



N.º 66

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SECCION
DIARIOS, FOLIODOS Y
LISTAS CHILENOS

Para
Todos

M. R.

\$ 1.20

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
HECHO EN CHILE POR
SECCION
DIARIOS, FOLIODOS Y
LISTAS CHILENOS
REVISTAS CHILENAS



El sol, el polvo y el
viento no logran
dañar la frescura
y belleza del cutis de las damas del volante gracias



a la imponente

Crema del Harem



PAPA TODOS

REVISTA QUINCENAL

AÑO III

NUM. 66

Santiago de Chile, 15 de abril de 1930.

Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



La Triste Novela de una Princesa Vienesa

Pocos conocen en Santiago a la princesa Ida, hija de José María Sulkovsky, rico aristócrata austriaco ya fallecido. Esta dama, que en otros tiempos fuera hermosa y envidiada, hoy se halla maltrecha y vencida. Cuenta 48 años de edad, tiene el pelo gris y de su pasado sólo le resta su silueta y sus mazanas, llenas de distinción.

Una tarde, el azar me puso frente a tan extraordinaria mujer. Ha sido en un parque, sentados en un banco.

—Mi padre—comenzó diciéndome la princesa—el príncipe Sulkovsky, conoció a mi madre en Viena, cuando actuaba como 1.º tipo de ópereta en el teatro Kursi. Se enamoraron los dos y a poco tiempo se casaron contra la voluntad de la familia de él. Esta, soberbia y ambiciosa, terminó por repudiarle. Así y todo, el incidente no hubiera tenido importancia si mi padre, en vez de hacer vida de ostentación y despilfarro, se hubiese moderado sus lujos y caprichos. Consecuencia de éstos fué el que su familia le recluyera en un manicomio y nombrara un tutor para cuidar sus bienes.

—Y eran muchos los de su padre?

—Una renta anual de 50.000 francos, miles de acres de tierra en Bankota, pueblo cercano de la ciudad húngara de Arad, y un gran palacio en Budapest, que contenía infinita cantidad de objetos y cuadros de infinito valor.

—¿Cuál fué su primer marido?

—S. n. d. e. r. Taganyi, abogado del pueblo citado, y que llegó a ser más tarde miembro del Parlamento.

Hay una pausa. La princesa se entristece y luego sonríe con melancolía para continuar de esta guisa:

—Pasó el tiempo y fui haciéndome mayorcita junto al calor de mi madre. Vivíamos modestamente. Con lo que nos daba nuestro tutor no teníamos para nada. A tal extremo, que en más de una ocasión nos vimos precisadas a empeñar y vender algunos objetos y prendas artísticas que guardábamos en el castillo como estimable recuerdo de mi padre, el príncipe José María.

—¿Cuál fué su primer marido?

—Siendo ya mayor de edad, me casé con mi tutor, el abogado Taganyi, que me entregó millón y medio de «guidens» y todos los «acres» de tierra, en Bankota. No obstante sus deslealtades y galanterías, sufria lo indecible por su carácter ordinario e irascible, que me violentaba constantemente. Un día, no pudiendo resistirle más, extendí la demanda de divorcio y al poco tiempo nos separábamos.

—Una vez alejada de su primer marido, ¿qué vida hizo?

—Volvi al lado de mi madre y al palacio de Budapest. Esta, entonces, me comunicó la trágica muerte de mi padre—se había secionado la yugular en su celda del manicomio—y que su familia habíanos arrebatado todos los pocos bienes que de él quedaban. Lloré mucho la pérdida de mi padre, y poco después, ya alejada definitivamente de mi madre, volví a contrarre matrimonio con un alemán: el conde Schmetten, que había sido procesado en varias ocasiones. Yo ignoraba la clase de moralidad que encerraba mi esposo; pero un día quedé asustada al leer los periódicos que publicaban su fotografía y dedicaban largo espacio a su última hazaña. Co-

mo usted puede suponer, me divorcié también de él, inmediatamente.

—Ante tal escándalo, ¿permaneció en Viena?

—Nó. Quería olvidar y me di a viajar por distintos países de Europa. Vi a un tiempo en París y tuve amigos numerosos y simpáticos que poco a poco me hicieron ir disipando tan tremendo fracaso.

—Allí contrajo de nuevo matrimonio?

—Tuve probabilidades de haberlo hecho; pero la nostalgia que sentía hacia mi país

me empujó otra vez a Viena. Me refugie en un gran hotel y poco después averiguaba que mi madre había muerto de pena y sufrimientos, luego de haber sido expulsada del castillo de Budapest.

El aro de un niño ha tropezado en las piernas de la princesa. Cuando viene el niño por él, se deja acariciar sus rubios cabellos por la mano de mi interlocutora. Luego, aquél, un poco cohibido y asombrado ante las palabras que ella le prodiga, vuelve a sus juegos.

—Le gustan los niños, princesa?

—Oh, mucho! Si Dios hubiera querido darmo uno, sería ahora la mujer más feliz de la tierra.

Calla de nuevo. Me mira fijamente y asoma de nuevo la sonrisa amarga a sus labios.

—Como le iba diciendo... Pasé un tiempo apesadumbrada y llena de melancolía. Ansibia encontrar un amor que compensara mis muchos sufrimientos y desgracias, cuando apareció a mi vista un hombre gallardo y, al parecer, bueno, que pretendía complacerme. Se llamaba Ivo Kunovsky, rico propietario polaco de envidiable popularidad. A los pocos meses me hizo su esposa y otros tantos tarde en conocer su conducta nada halagüeña para mí. Ivo, además de tirar el dinero alegramente y mantener a tres mujeres, era incontinente y pendenciero. Fué tarde cuando comprendí mi error, pues había ya dilapidado casi toda la fortuna que me legaron mis anteriores maridos.

—Presumo que se divorció de él, ¿no?

—No tuve fuerzas para ello. Era al que más había querido de todos y, además, él me abandonó. Desde entonces mi vida hubo de tomar otro rumbo más triste y doloroso que el que había llevado hasta entonces. Se me agotaron los recursos y decidí ganarme el sustento lo más decorosamente posible.

—¿Qué profesión ejerció?

—En París, desde señorita de compañía hasta dependienta de un almacén de calzado; desde mecanógrafa hasta freigar pisos en las casas. En Bucarest fui asistenta muy solicitada por las familias aristocráticas; pero nadie sabe que la señora Kunovsky fuera la princesa Ida.

—Y ahora, ¿qué le ha traído a Barcelona?

—Quería ver España antes de morir, y lo he conseguido.

—Así que dispone de algún dinero todavía?

Sonríe Ida acentuando ahora más su sonrisa.

—Dinero! ¡Tal vez no me alcance para vivir un mes!

Nos hemos despedido de la princesa Ida cuando ya las risas y canciones de los chicos han huido del Parque... La tarde, como una gran cortina, comienza a cubrir el sol...

EL MAR ESTABA ESPERANDO,

Por ELIZABETH
BENNECHE PETERS

El pueblo de Kristiansund sabía cuando cambiaban las estaciones, por el jardín de Kari Veage. Los que pasaban, veían que se acercaba la primavera, cuando, entre la nieve que aún persistía, se alzaba gloriosa la primera flor; luego, las amapolas anuncianaban el verano y cuando Kari se ponía triste y ya no se la veía en el jardín, todos sabían que ya estaba muy cerca el invierno. Causaba admiración el jardín de Kari, porque en esa parte de la costa de Noruega el viento del mar devastaba toda plantación. Kari tenía 17 años cuando dejó Romsdalén, ciudad llena de arroyos y flores, donde existía la nostalgia de Romsdalén; entonces fué cuando empezó a cuidar su jardín. Al principio, le costó mucho y le dió muchos sinsabores, pero, poco a poco, fue su alegría y su orgullo. Cuando siguió Sigurd Astrup pasaba por ahí en su camino para la oficina, parecía que no podía quitar los ojos de esa flor tan hermosa que para él se transformaba en una muchacha encantadora; porque Sigurd se había enamorado de Kari recién llego de Romsdalén. Una noche de verano ella escuchó la dulce canción de Sigurd, lloró de gozo y, sin embargo, Kari se casó con Peter Veage. Amó mucho a su marido; pero no podía olvidarse de Sigurd aun cuando nació su hijo... Cuando se encontraba con Sigurd, él miraba a otro lado para no ver al niño. Su mujer no tenía niños. Cuando Erling, el hijo de Kari, se fué para América, Sigurd fué padre de un niño: Reidar. Reidar creció, oyendo los cuentos de piratas, de buques, de aventuras. Un día pasando con su padre cerca del jardín de Kari, ésta le regaló un ramillete de no-me-olvides y Reidar dijo: —Me gusta la dueña de las flores, padre.

Y nunca supo por qué su padre cambió de ruta y jamás volvió a pasar por delante del hermoso jardín.

• • •

Erling se había ido hacia diez años y el marido de Kari había muerto, cuando una mañana llegó Astrid al jardín. Kari la vió desde la ventana y pensó que así había sido ella de niña.

Astrid preguntó: —Es usted Kari Veage? Usted es mi abuela!

Seguramente que te llamas Astrid—contestó la pobre mujer tan emocionada.

Así es—dijo la chica, palmoteando—y tengo seis años.

Kari la tomó en brazos y la llevó dentro de la casa. Era hijita de Erling, que muy luego había descubierto que en América las calles no están pavimentadas con oro. Su mujer había muerto y él mandó a su niña a la casa materna, seguro de que su madre la acogería.

Kari conocía horas dulces en compañía de Astrid. Pasaron los años y ahora un tercero llegaba con frecuencia a la casa de Kari a compartir el pan y la leche. Y era Reidar que desde que vió a Kari, la linda muchacha, se pasaba horas a su lado. Para él, solo había dos amores: los buques y Astrid.

Un día le dijo: —Eres tan hermosa, Astrid, como un buque.

—Un buque no es hermoso—protestó ella—un buque con palos sucios y velas rotas. Yo no soy así.

Reidar la miró desconcertado; la había ofendido. ¿Cómo podía hablarle de lo que él sentía cuando ella se reía y no lo comprendía?

Un día Reidar llevó a Astrid donde su viejo amigo Hans, que vivía en un buque.

Estaban los dos muchachos revolviendo la cómoda del viejo, llena de cosas raras, conchas de perlas, sedas de países desconocidos, cuchillos, dagas japonesas, una multitud de curiosidades, cuando entró Sigurd y al verlos, gritó: —¿Qué significa esto, Hans? ¿Cuántas veces te he dicho que no permitas subir a un extraño? Y tú, Reidar, que mal ojo tienes para elegir compañera. Tú, un Astrid, escogiste la hija de un aventurero.

Las lágrimas de Astrid empezaron a correr. No podía defenderte contra la rabia de ese hombre y, como sintió a su abuelita que la llamaba, se fué donde ella. Kari exclamó: —Vergüenza para ti, Sigurd Astrup. Un hombre debe de pensar en otras cosas que en molestar a una muchacha.

Todo el mundo empezó a hablar sobre el hijo de Kari, que sólo le había dado disgustos a su madre y que ésta, para enviarle dinero, había cerrado su jardín, y vivía ahora en sólo tres piezas en la ciudad. Resultó que un día al ver sus flores abandonadas, Kari no pudo resistir más y una tarde, después de comida, se fué con Astrid y llegando al jardín se puso a trabajar como en otros tiempos. Era tarea dura sacar las malezas, arreglar las matitas nuevas, podar, cortar, corregir. Astrid empezó a regar y de pronto, por sobre el muro, divisó la cabeza de Reidar. Se juntaron y el muchacho, tomándose las manos, murmuró: —Astrid, te quiero... — Ella le contestó con una dulce sonrisa. De nuevo volvieron a ser felices en el jardín. Pasaron un tiempo en que se arrancaban del lado de Kari y pasaban horas deliciosas entre las flores; pero el mar estaba esperando y Reidar sabía que ese era su destino.

El día que Reidar se embarcó, Astrid se encontró con Sigurd en la calle y en sus ojos brillaba el triunfo. Era preferible que su hija se fuera, a que se casara con la hija de un aventurero fracasado. En dos años que estaria afuera, seguramente la olvidaría.

Astrid se fué andando sola hasta el sitio donde se había despedido de Reidar. Había tormenta el día que él se fué; pe-



ro ella no tenía miedo estando con él. Nunca se habían sentado tan juntos; Reidar la tomó en brazos y la besó repetidas veces en los ojos.

—¡Astrid! —decía con ternura— ¡Astrid!... ¡Astrid!...

—Dos años es mucho tiempo—dijo ella.

—Pero cuando pasen, estaremos juntos para siempre... — La muchacha lloró al pasar por el camino que habían recorrido juntos la viéspora; ya nunca más volvería esa hora tan triste, pero tan dulce de la despedida.

Los días pasaban lentamente; pero llegó un collar de ámbar que Reidar mandaba para Astrid; luego, otro vapor, trajero seda de la China y cartas del viajero. Astrid se consolaba leyendo donde el viejo Hans, que la entretenía con sus historias. Entonces Astrid le escribía; muchas veces las lágrimas empañaban el papel; hasta que un día, esperando noticias de él, sintió que alguien se reía a sus espaldas, y al darse vuelta vió que era Reidar en persona que la tomaba en brazos, besándola una y otra vez. Días después se encendieron los viejos candelabros de cristal que hacía años no se usaban en la casa de Sigurd Astrup. Había regresado el hijo y el padre celebraba este acontecimiento con un baile.

Astrid estaba en pie desde el alba, concluyendo el vestido de seda que Reidar le trajo. Cuando llegó la invitación del viejo, apenas pudo creer la muchacha; pero sus lágrimas de dicha se habrían cambiado en llanto de pena si hubiera sabido que para obtener esa invitación, Reidar primero había peleado con su padre.

Al fin, Astrid se paró, saltando, delante del espejo, mientras Kari le arreglaba el lazo de cinta y un ramo de rosas en los hombros. Suspiraba la abuelita, pensando que ella también, una noche, fué así, joven y hermosa a encontrar a su amado.

Cuando Reidar vino a buscar a Astrid, ella sonreía encantada.

—¡Qué linda eres! —exclamó el joven, pareces un sueño; tu traje hecho de mar y tus cabellos rayos de luna.

—Mañana será como todos los días—dijo ella—. El sueño concluirá esta noche junto con mi vestido verde-mar.

Cuando entró Kari con el abrigo, Reidar sacó uno suyo de piel, y poniéndoselo a la muchacha, dijo:

—Ese tuyo es muy delgado; esta noche hará tormenta, por eso traje el mío.

Efectivamente, afuera soplaban un fuerte viento y caía la lluvia...

—Ves—gimió Astrid—cómo el mar te llama y te espera? ¿No sientes como ruge?

—Ni aún el mar puede separarme de ti. ¿Crees tú?

—Bueno. ¿Me lo prometes, Reidar?

Pero el viento soplaban fuerte y Bramaba el mar, de modo que él no la oyó.

Después de esa tarde, todo era confusión en la mente de Astrid. Música, baile, las flores entre sus cabellos, la furia de un viejo y los besos de un hombre. Bailó con Reidar y, tan absorto estaba uno en el otro, que no se dieron cuenta que la música se interrumpió y que todos los invitados rodearon a la joven pareja. Luego, el viejo Hans y una mujer, envuelta en un chal, penetraron a la sala.

—No puedes permitir que se embarque esta noche—decía ella—van a la muerte y mi hombre que tiene tres niños.

Sigurd Astrup, con voz que resonaba más fuerte que la tempestad que afuera rugía, contestó:

—Si tu hombre es un cobarde, puede quedarse; pero mi buque sale al mar esta noche.

—Pero señor, necesitas de su trabajo y he oido decir que su buque no está preparado para los temporales.

Reidar se acercó a su padre.—No puedes mandar al Troll King al mar, esta noche, padre; debes estar loco para pensar así...

—El buque saldrá; ya di mis órdenes. Ha soportado peores temporales.

—Sí, en sus buenos tiempos; pero ahora tiene hasta su ancla rota.

—Mi buque saldrá esta noche.

Por un momento, padre e hijo se miraron sin hablar; luego Reidar contestó: —Me voy a bordo, ésta noche... — Astrid corrió como loca, gritando:

—Reidar no te vayas, tengo miedo, Reidar, no te vayas! — Pero ya la puerta se había cerrado. Hasta la mañana del domingo no se tuvieron noticias del Troll King.

Grupos de mujeres esperaban ansiosos a la orilla del mar. Astrid, parada en una roca, diviso a un hombre viejo que se pasaba sólo y que la miró humildemente; solamente después que pasó, vió que era Sigurd Astrup. Kari fué a buscar a su nieta y la llevó a la capilla, llena de hombres y mujeres, que lloraban, mientras las campanas sonaban a muerte. Entró Sigurd y se hincó al pie del altar.

—Perdóname! —clamó—. He sido orgulloso y duro, y es por mi culpa que se han perdido todos vuestros hombres. Toda mi vida me ha colocado delante de los otros y ahora mi ambición me cuesta lo que tengo de más querido: mi hijo! — Se detuvo y un sollozo salvaje hinchó su pecho. En ese momento las campanas cambian-

ron de tono y rasgaron el aire con sones de alegría; todo el mundo salió fuera, gritando, mientras Kari, acercándose al viejo, murmuró con dulzura: —¡Sigurd!... ¡Sigurd!... — El Troll King entraba a la bahía. La felicidad es tan difícil de sobreestar como el dolor. Astrid no supo si vivía o moría cuando Reidar desembarcó y la tomó en brazos...

(Continúa en la pág. 79).

ARREPENTIMIENTO

Por E. M. DELAFIELD

La señora Caley era tan infatigable como asidua en los trabajos del hogar, pero también tenía sus ratos de descanso. Y éstos los empleaba en lo que ella misma llamaba su "pequeño vicio". Tenía una verdadera pasión por las revistas ilustradas, y las leía sin pasar por alto ni los anuncios, porque todo le interesaba. Los cuentos sentimentales, las crónicas de deportes, las instalaciones de pisos a la moderna, asuntos históricos de relativa amenidad: todo, en fin. Pero lo que más le agradaba eran las novelas cortas, en las que a grandes rasgos se reflejaba la vida real.

La señora Caley confesaba francamente que le faltaba tiempo para dedicarlo a la lectura, porque el cuidado de sus hijos y el de su esposo no le permitían malgastar las horas en su "vicio".

Era lo que se llama una madre de familia que podía citarse como un modelo perfecto.

Su hijo mayor, Miguel, cursaba el segundo año en la Facultad de Medicina. Le seguía Juana, la cual ya empezaba a frequentar algunas reuniones familiares. Catalina y Pedro, los menores, iban aun al colegio.

El señor Caley era de esos padres que aman a sus hijos, pero que están siempre dispuestos a criticar sus faltas.

Con bastante frecuencia, y desprendiéndose de sus ahorros, solían Miguel y Juana comprar las mejores revistas, con las cuales obsequiaban a su querida madre, sabiendo que aquéllos eran los mejores regalos que podían hacerle.

—Pero por qué hacéis eso? ¿Por qué os gastais el dinero que tenéis para vuestros caprichos? —les solía decir. A lo que le contestaba Miguel: —No son las revistas ilustradas lo que más te agrada?

—No te lo puedo negar.

—Pues a nosotros lo que más nos gusta es verte contenta y satisfecha.

Y terminaba el corto diálogo con las más fervientes caricias por parte de los tres.

La señora Caley también solía utilizar los secciones de modas de los periódicos para tomar ideas de trajes para Juana y hasta para ella misma.

También llegó a interesarle la sugestiva conservación de la belleza, obligándola a hacer periódicas visitas a cierto salón de uno de los barrios más próximos a su casa.

Al regreso de una de estas visitas, que por cierto las hacía sola y de las cuales no hablaba ni con Juana, leyó una especie de cuento acerca de una señora, madre también, de su misma edad, y este cuento, que por cierto estaba escrito de mano maestra, le produjo un efecto desconcertante, puesto que describía las luchas tan fútiles como humillantes de la heroína para hacerse pasar por joven a una edad en que la naturaleza empeataba a descubrir sus ruinas. Para conseguir los privilegios de la juventud, desafío los años, empleaba cosméticos y hasta tratamientos y operaciones quirúrgicas. Además, no se detenía ante los trajes más llamativos, propios únicamente para las chicas jóvenes.

Era la continua chacota del dueño y dependientes de la tienda de modas, donde se dejaba el dinero a punzados, adqui-



riendo siempre lo que me nos salida tenía.

Los masajistas la calificaban de vieja loca al querer transformar su nariz por medio de fricciones.

El cuento terminaba viendo claramente la protagonista el ridículo en que estaba, y, por fin, volvió a la realidad; abandonó sus monomanías y fue desde entonces la señora de respeto, que por su edad merecía toda clase de consideraciones.

No fue el interés, sino emoción, lo que sintió la señora Caley al leer el cuentecito, entre cuyas líneas se veía retratada, ilgando hasta a creerse la heroína de la fábula.

Verdaderamente, la señora Caley exageraba, porque aún no había recurrido a procedimientos de cirugía plástica ni dentro grandes cantidades en trajes de calle o *soirée*. Sin embargo, se reconocía culpable de haber comprado una colección pendiente de pago la cuenta del peluquero, en la cual apuraba más de una vez la aplicación *henné*, tinte especial para el cabello. Tenía también su rodillo para el masaje. Más tarde: aunque las faldas les pasaban de las rodillas, había que convenir en que eran demasiado cortas.

Tal vez sus hijos se sentían tan abochornados como los de la heroína del cuento, pero la señora Caley los tenía tan bien educados que no exteriorizaban su disgusto. ¿Quién era capaz de adivinar sus pensamientos? Pero no admítia duda que sus hijos soñaban con una madre respectable, con sus hilos de plata en el cabello, con su andar reposado, y luciendo

vestidos de terciopelo negro, sin adornos que llamaran la atención.

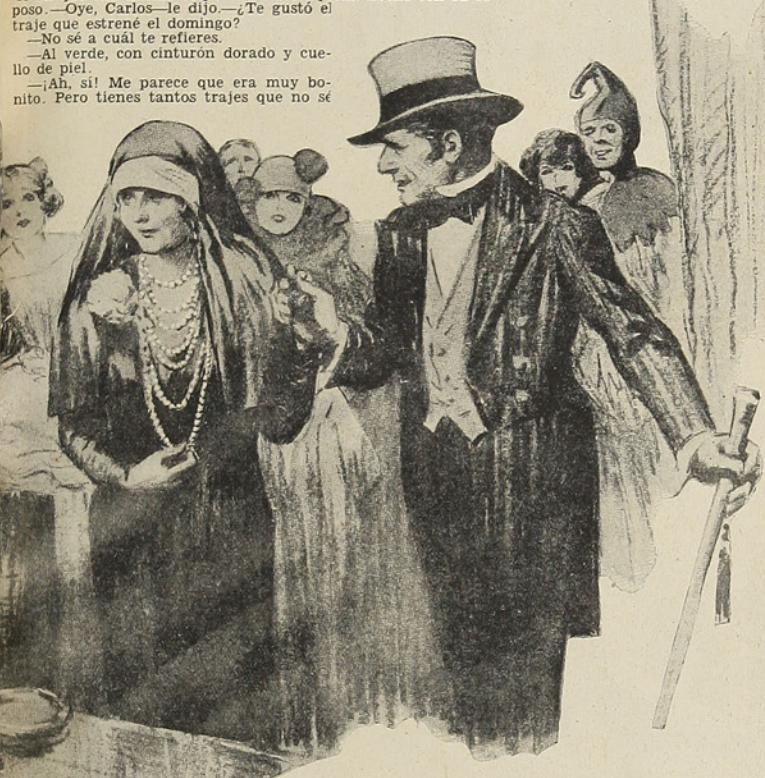
Esa era la madre buena.

Todas las ilusiones habían terminado para la señora Caley. El cuento de la revista ilustrada le había abierto los ojos. Con objeto de poder confirmar sus sospechas sobre el ridículo en que ella misma se ponía, habló aquella noche con su esposo. —Oye, Carlos —le dijo—. ¡Te gustó el traje que estrené el domingo?

—No sé a cuál te refieres.

—Al verde, con cinturon dorado y cuello de piel.

—¡Ah, sí! Me parece que era muy bonito. Pero tienes tantos trajes que no sé



de cuál de ellos me hablas.

La señora del cuento también tenía muchos trajes — recordó la señora Caley. Y añadió, dirigiéndose a su esposo: —Te parecen demasiados vestidos?

—No, mujer. Aún podemos gastar... No estamos arruinados ni mucho menos.

—Pero eso no quiere decir que yo no sea una manirrota gastando sin tasa.

El señor Caley la miró, sorprendido. Nunca se preocupó de lo que su mujer gastaba, pero le pareció que perdía una magnífica oportunidad si no aprovechaba aquella ocasión.

—Muy bien, querida esposa —le dijo—. Ya sabes que a mí me gusta que todos tengáis lo que os haga falta, pero no debes olvidar que no somos ricos; los chicos están creciendo y los gastos aumentan, como es natural. Sin embargo, creo que convendría que Juana luciera mejores trajes, porque su edad así lo requiere.

La señora Caley comprendió la indirecta.

Si esposo le hacía saber que lo que ella gastaba de más, dadas sus años, debía pasar a mejorar las necesidades que tiene una joven al presentarse en sociedad.

La esposa del señor Caley se acabo de resolver. Tenía que obrar como la dama del cuento y conformarse con dejar en paz a la naturaleza.

La tintura de los cabellos iría poco a poco desapareciendo hasta que paulatinamente se presentaran las canas como la cosa más natural del mundo.

¡Fuera la tintura!... Después quitó del tocador el lápiz para los labios, los polvos de color y los cosméticos que tan caros le costaban.

Tenía un corte de traje negro y ella misma pensó en su arreglo, con la mayor modestia.

Se acercaba el verano y era cuestión de hacer las compras. El señor Caley deseaba pasar la temporada en Folkestone, y como casi todas las noches había baile en el hotel, se hacia necesario comprar un par de trajes para ella y otros dos para Juana, sombreros y un traje de *soirée* para cada una.

Este era el momento decisivo.

Juana y Miguel sentían avergonzados ante las ridículas pretensiones de su madre y confiaban en que tendrían el talento suficiente para aceptar el cambio, sin hacer comentarios.

La señora Caley envió a Juana para que hiciera las compras, dándole las debidas instrucciones, según la resolución que ya había tomado.

Ya de regreso la joven, le dijo a su madre con cierto aire de duda:

—No sé si te gustará lo que he comprado.

—Y por qué no ha de gustarme?

—He visto cosas muy bonitas. Un hermoso traje de hilo amarillo para jugar al tennis, cuyo precio era de veinticinco cheelines, y un fular malva muy propio para ti. ¡Por qué no me has acompañado?

—Es lo mismo, hija mía; yo tengo ya el traje que necesito. Cuando una persona llega a mi edad...

Y aquí su voz se debilitó, hasta quedarse atónita al observar la sorpresa que estas palabras produjeron en Juana.

Era la primera vez que la oía hablar así y, por lo tanto, no había que extrañarse de su sorpresa.

El día de salir para Folkestone llegó al fin. Empezaba la durísima prueba para la señora Caley, pero esto no la arredraba; al contrario, estaba más firme que nunca.

Sus cabellos ya no tenían nada de *henné*, las ondas eran tan poco pronunciadas que le bastaba peinarse con el cabello algo tirante para hacerlas desaparecer por completo. Empezaba a ser otra.

No le faltaba más que ponerse el traje de seda negra y un collar de cuentas de ámbar para representar el tipo que se había imaginado de madre seria y sin pretensiones.

Cuando llegaron al hotel donde les tenían reservadas las habitaciones, como estaban cansados del viaje, no asistieron al baile aquella noche, pero Juana encontró a una amiga de colegio y se apresuró a presentarla a su hermano y a la demás familia.

Su madre estaba encantada, gozando con la alegría de sus hijos, los cuales ya hacían planes para el día siguiente.

—Iremos al parque, donde acaban de notificarse que están preparando un magnífico baile de trajes —dijo Miguel.

—Claro que iremos... —dijeron todos alegramente.

—Yo me quedaré aquí con vuestro padre —manifestó la señora Caley.

—Y por qué nos hemos de quedar? —preguntó el esposo con cierto disgusto.

—Me parece que...

(Continúa en la pág. 79).



Greta Garbo, la Expresiva

“Encuentro con Ibsen.”— Greta y su padre se acomodan en su localidad. Un marinero y una niña en el teatro. Cierto, los espectadores no llegan en coches ni llevan diamantes sobre las sortijas. Aserradores, ferrovíarios, marinos, gentes de ba-

rrio, gozosas de humildad y de buena salud. Nada es un marinero y una niña. Nada. Como el comerciante y su mujer. Como el empleado y su hermana. Como el tonelero y su sue-

(Continúa en la pág. 77).

Cómo se Conquista a un Hombre

La atracción es como cuando los dos polos magnéticos—positivo y negativo—se acercan uno a otro. Tan pronto entran en el radio de acción, un irresistible deseo impulsa al negativo a precipitarse sobre el positivo y fundirse con él. La influencia de que ahora hablamos es también como una fuerza magnética que tiene el mismo intenso poder de atracción. Llamémosla "ello" a esa influencia.

Una persona tiene o no tiene "ello". Y esta extraordinaria cualidad, ¡ay!, no depende en modo alguno del carácter, ni de la bondad, ni de ninguna virtud más elevada.

La heroína de una de mis novelas lo describe así, y yo no puedo hacer nada mejor que repetir sus palabras:

"Consiste en un especial estado de semi inconsciencia, de confianza plena en una misma, de indiferencia a gustar o no gustar, y un algo que se desprende de la persona y que da la sensación de que no es fría, de que si quisiera sería deliciosamente amorsa, de que gozaría en realidad con los besos del hombre amado... todo esto constituye el "ello", el "no sé qué" indefinible, el magnético don de atracción, que anticipa a la imaginación una sensación de gozo, de alegría, de dicha."

Un hombre o una mujer que tenga "ello" no necesita para nada mis consejos. La Naturaleza le ha dotado de todo lo preciso para desear amor, y la duración de la pasión dependerá de seguro de su propio gusto. Si detrás del "ello" hay una inteligencia corta, o un carácter mezquino, o un temperamento vicioso, estos defectos pueden eventualmente atenuar los efectos de la atracción magnética... aunque no siempre lo logran. No hay, pues, que ocuparse de los felices seres a quienes la Naturaleza dotó de bien tan exquisito. Mas, ¿cómo los hombres y las mujeres vulgares atraerán el amor de aquellos por quienes se interesen y que no hayan dado aun muestras de que la divina chispa haya prendido en ellos?

Place aux dames!

Hay actualmente docenas y docenas de muchachas que pasan la mayor parte de las horas de su vida en despachos y oficinas; muchas de ellas son compañeras de trabajo de otros tantos hombres, para los que, por regla general, han perdido el encanto, el misterio que pudieran tener, siendo sólo entre "buenos compañeros", "buenos camaradas". No obstante, estas muchachas de quienes hablamos tienen el mismo anhelo de amor y de felicidad que las afortunadas criaturas dotadas de "ello". Nada en sus vidas has contribuido a darles confianza en sí mismas, y tienen plena conciencia de que forman parte de un rebaño cuyo probable fin es el celibato gris y desolado. Muchas de ellas procuran engañarse diciendo que sus vidas han sido llenadas por su labor en pro de la Humanidad, del arte o de la literatura... Pero no... ¡Todo esto son "engañosas"! El supremo significado de la vida y la úni-

ca suprema felicidad de una mujer está en encontrar un compañero digno de serlo.

Ahora bien: ¿cómo hacer para inspirar a un hombre el deseo de inclinarse hacia Celia, por ejemplo? (Celia es el personaje de quien voy a tratar en el presente capítulo; la joven vulgar a quien es preciso que ayudemos.)

Lo primero que Celia debe hacer es preguntarse a sí misma, sin vaguedades, qué es lo que en realidad desea.

Lo que Celia desea es atraer a Enrique hasta el punto de que él la ame y la pida en matrimonio.

Bien! Pues si es esto, Celia no debe desviarse del objetivo marcado ni permitir que otros asuntos ajenos al principal y otras aspiraciones más bajas obstruyan su camino. Debe fijar su inteligencia y su voluntad estrechamente en el punto que le interesa y desplegar para lograrlo tanta habilidad como emplearía para ganar un partido de golf o de tennis. Pues es preciso recordar que ahorita tratamos del modo de atraer a un hombre que no ha manifestado sentir hacia Celia esa atractiva e irresistible atracción que, de haberla sentido, haría innecesario todos mis consejos.

Es preciso, ante todo, no perder de vista el fundamental principio de que las jóvenes feas o desprovistas de atractivo, deben aprender a agradar o se quedarán para vestir santos.

Enrique ha llegado a "saberse de memoria", a cansarse tal vez de la "buena compañera" que ha demostrado toda clase de excelentes cualidades para el trabajo. La ha visto retratada en otras cien... Y probablemente conoce también otras cien muchachas alegres—muchachas "Jazz" les llamo yo, a falta de nombre mejor—de las que le ayudan a pasar el tiempo en las horas de descanso. Acaso si Enrique hubiera visto a Celia muy de tarde en tarde y con dificultades, le hubiera parecido encantadora, pero Enrique está cansado de verla durante años y años, sin que ella se haya tornado más interesante, y ha llegado a considerarla como un buen compañero, como un socio que le entreteñe, sin obligarle a un excesivo ejercicio mental.

Celia, prototipo de las muchachas de su clase, se ha hecho con los años, fatalmente, un poquito egoista, algo tosca y bastante independiente, y como la Naturaleza no le ha dado esa fascinación que hace que algunas mujeres no pierdan "nunca" su atractivo, y como su belleza y su juventud declinan, pues se acerca a los veintiocho años, parece no tener grandes probabilidades de éxito, ¿verdad?

Lo cierto es que Celia no posee magnetismo alguno. Es consciente y no siente verdadera confianza en sí misma, aunque trate de aparentarla. No tiene "ello" y lo sabe. Conoce a Enrique de haberlo visto en su trabajo, en época en que ya no era para él más que un "camarada"; y ahora, al volverle

(Continúa en la página 73).



Experiencias de Mujer: Cultivad Vuestra Inteligencia

Vivía con mis padres y mis hermanos, en una posición muy modesta.

Tenía mi madre una hermana casada con un ingeniero, hombre cultísimo que ahora comprendo no pudo ser feliz con mi tía, mujer muy buena, pero completamente vulgar.

Mi tío Agustín perdió un hermano que al morir dejó a una niña sin fortuna ni más amparo que el de mi tío, y éste quiso llevársela con él para hacerla una muchacha capaz de valerse por sí misma más tarde. Su mujer se opuso tenazmente a recibir en su casa a la niña, y cuando al fin cedió fué con la condición de que habían de adoptar también a una sobrina suya. Y me eligieron a mí.

La huferanita se llamaba Victoria; era delgada, bajita, más bien fea.

Yo, en cambio, hacia volver la cabeza a todos cuantos se cruzaban conmigo en la calle. Para mí eran loselogios, los vestidos bonitos, las preferencias, y pronto me acostumbré a creerme superior en todo a Victoria. Únicamente en la escuela dudaba de esta superioridad. La sobrina de tío Agustín era la primera de la clase, y yo, que no pensaba más que en arreglarme y parecer más bonita, quedaba siempre rezagada.

Llegaron los exámenes. Victoria mereció todas las distinciones por parte del tribunal, y yo, en cambio, no supe contestar acertadamente ni a una sola pregunta de cuantas me dirigieron. Cuando llegué a casa llorando y conté a mi tía mi fracaso, aquella equivocada mujer me dijo:

—No te apures; hoy es el último día que vas a la escuela. Está bien que Victoria se preocupe del porvenir porque no tiene que agradecer nada a la naturaleza, pero ¿tú? Con esa cara que Dios te ha dado ¿qué necesidad tienes de romperle la cabeza aprendiendo cosas que no te han de servir después para nada? Dentro de poco tendrás los pretendientes a montones y elegirás un buen marido. Ya sabes medianamente leer y escribir; yo te haré una buena ama de casa y no necesitas más para ser feliz.

¡Pobre tía! ¡Qué error más grande el suyo! Al terminar aquellas vacaciones yo no volví a la escuela, y Victoria fué enviada por su tío a un buen colegio de Madrid; después pasó una larga temporada en otro de Suiza, y cuando volvió al pueblo era una sin ningún atractivo físico, pero que se hacía extraordinariamente simpática a cuantos la trataban. Yo estaba contentísima con mi suerte; en todos los sitios causaba admiración mi belleza, y empecé a recibir con frecuencia declaraciones amorosas de muchachos considerados en el pueblo como buenos amigos. Por entonces, murió mi buen tío, y como no tenía más que la carreta, su viuda quedó reducida a una pensión corta. Victoria marchó a Barcelona a buscar colocación, que halló pronto; yo no tuve más trabajo, para solucionar mi vida, que elegir marido entre los que aspiraban a mi mano, y el elegido fué Rafael Medina, un muchacho que estaba accidentalmente en el pueblo haciendo unos estudios sobre arte, pues era escritor y crítico. Cuando marchó a Madrid, donde vivía, yo le dije que me iba a dar vergüenza escribirle, pues lo hacia muy mal.

—No importa —me contestó—. Con tal que me digas en las cartas que me querés mucho me tiene sin cuidado que pongas amor con hache. Me basta con que seas bonita y me

tengas en orden la casa cuando estemos casados.

—Ya ves —me dijo mi tía cuando se lo conté— como tenía yo razón. A los hombres les cargan las mujeres sabilondas. De bastante le sirven a Victoria todas sus bichillerías: no tendrá nunca como tú un marido enamorado de ella.

Me casé y era feliz, aunque a penas veía a mi marido;



trabajaba siempre fuera de casa: en las bibliotecas, en el cirulo... Cuando salía conmigo, muchas veces, era para llevarme a exposiciones y conferencias, donde yo me aburría. El final fue decirle que prefería quedarme en casa, donde casi siempre tenía una labor (inútil y pesada) empredida. Y él, naturalmente, acabó prescindiendo por completo de mí.

Un día recibí carta de Victoria: venía destinada a Madrid como secretaria de una importante casa editora y quería que yo le buscara alojamiento. Yo guardaba de Victoria

(Continúa en la pág. 77).

El Aneurisma



Y no ostentaba abiertamente su hermosura sino en las noches de baile.

—Un discurso de Dotres,—añadió Garnica—no haría más que corroborar lo que acabo de decir. Mi castigo no se hubiera hecho esperar.

—Vamos a ver,—preguntó un poeta melenudo que dejaba flotar su talento por encima del mugriento cuello de su levita,—¿era un exordio?

—Sí—contestó Garnica.

—Entonces, te escuchamos, lugubre metafísico.

Cesaron los gritos y los murmullos.

El «Lúgubre Metafísico», como le llamaban sus contertulios, tenía el don de interesar a su acostumbrado auditorio de «guasones»; y se le perdonaban los exordios, como se tolera a los actores de fáma ciertos defectos que valdrían una sibila a los pobres comparsas.

Una vez entrado en materia, comunicaba tal intensidad a sus relatos, que cautivaba a todo el mundo, así por el interés del asunto como por la emoción sostenida con que lo explanaba.

No faltaba quien afirmase que Garnica era a veces el protagonista de las historias que contaba y que había llevado una accidentada vida de bohemio afortunado en amores.

—Julia Mendoza,—refirió Garnica—era una mujercita anémica. Su palidez y su clorosis exhalaban effluvios apasionantes de misticismo. Era rubia y vaporosa como una alemana de Goethe, y poseía, además, el atractivo de esas madrileñas enloquecedoras que no dibujan un sonrisa, ni aún siquieran en presencia de personas indiferentes, sin darle un excesivo valor de vagas promesas. Exquisita naturaleza de sensitiva, se arrebujaba en su pudor bajo las ardientes miradas de los amigos de su esposo, y no ostentaba abiertamente su hermosura, de ordinario incierta, sino en las noches de baile, en medio de millares de luces reflejadas en bronces, mármoles y cristales y en medio del brillo de los diamantes de las demás mujeres.

Julia era coqueta; pero la cantidad mensual que le entregaba su marido para el sostencimiento de la casa, no daba bastante para excesos de lujo.

Leonardo Igual, su marido, se complacía, sin embargo, en dejarse arrancar mensualmente un crédito suplementario, que excedía, a veces, al del presupuesto corriente.

Otros hubieran pagado mucho más caro el amor de Julia, si ésta hubiese querido.

Pero Julia no quería, al decir de todo el mundo.

Leonardo Igual no recibía más que a un amigo, Carlos Oltra, amigo íntimo, amigo como hay pocos, afortunadamente.

Porque Oltra se había apoderado del corazón de Julia, que le llamaba su querido poeta, pues Carlos había empleado el ritmo y el consonante como principales medios de seducción.

Y como Oltra no estaba mejor organizado para la poesía
(Continúa en la pág. 78).

—Yo creo,—decía Garnica—que toda falta lleva en sí misma su castigo, como en el pecado se lleva la penitencia; creo que nadie escapa a las consecuencias del mal que causa a sus semejantes, y que rige el mundo moral una gran ley ineluctable, que viene a ser un producto, un resultado matemático. El orden trastornado se venga. Lo que llamas casualidad o coincidencia no es más que el choque de dos elementos puestos durante más o menos tiempo en presencia uno de otro en la naturaleza.

—¡Uf!—exclamó Dotres.—Eso necesita explicación. Enciende tu linterna.

—Creo,—continuó Garnica—que si el hombre es a veces el instrumento que castiga, después de las deliberaciones públicas de los «Señores del Tribunal», es casi siempre el castigador de miserables cuyos crímenes ignora. Un ser que martiriza a otro ser, es a su vez, tarde o temprano, víctima de alguien, y

—(Por ejemplo?)

—Sí, venga un ejemplo!

—Ejemplo al canto!

Exclamaron los tertulianos de la cervetería en que Garnica llevaba la batuta, dejando vagar una indefinible sonrisa en medio del humo de su cigarro.

Sin abandonar su imperturbable calma, éste continuó:

—Creo.

—Ya no estás de moda las profesiones de fe!—interrumpió Dotres.

—Basta de credos!—exclamaron varios tertulios.

Garnica, sin inmutarse, prosiguió:

—Creo en un castigo más directo, más inmediato, que emanaba inesperadamente de los hechos mismos, de las circunstancias que han rodeado el crimen y del medio en que éste se ha cometido.

—Crees también divertirtón con tus metafísicas?—vociferó Dotres.—Voy a impedirte el uso de la palabra, apelando al sistema del obstrucionismo.

—¡Que hable Dotres!—gritaron en tono burlón algunos parroquianos de la cervetería.

Para Todos.— 2

AMOR DE ARTISTAS

Los marqueses de Guzmán sucumbían al dolor de la mayor desgracia.

El hijo único, heredero de timbres nobiliarios que seguramente acrecentarían sus talentos y de caudales fabulosos con qué sostener la magnificencia proverbial de ilustres antepasados, apenas cumplidos los quince años, edad de las más atrevidas esperanzas, fué víctima de enfermedad gravísima cuyos efectos alcanzaron al más preciado de los sentidos.

La ciencia logró, no sin esfuerzo, arrebatar a la muerte una segura presa; pero el mal hizo grandes estragos en la vista del joven marquesito, y a la progresiva debilidad sucedió un triste amanecer en que el sol no consiguió impresionar aquellos ojos nacidos para la contemplación de una felicidad segura.

Desde ese día, el palacio de Guzmán cerró al mundo sus puertas, reduciéndose los padres amantísimos de Alfredo al exclusivo cuidado del hijo querido, a mitigar con la solicitud del verdadero cariño la desdicha indescriptible que supone vivir condenado a las tinieblas quien goza una vez de la contemplación de la naturaleza.

La que hasta entonces fué mansión favorita de la dicha, convirtiéose rápidamente en templo del dolor. Y ya no pensaron los infelices padres sino en ocultar su llanto y distraer cuanto posible fuera la vida de su hijo, sin renunciar jamás, por supuesto, a la esperanza de que la ciencia lograra devolver a la cámara obscura de aquellos ojos mortecinos la impresionabilidad y tentativa que va enviando incansablemente al álbum de la memoria cuantos clíses produce la contemplación de la naturaleza y de la vida.

Alfredo aceptó resignadamente su desdicha, y como gran aficionado de la música, encontró en el divino arte alguna compensación a los placeres que le robaba la ceguera.

Alternando con el constante ir y venir de los más eminentes oculistas del mundo entero, reuníose en torno del marquesito una corte de maestros y compatriotas, artistas famosísimos, que pronto hubieron de considerarle camarada. Como siempre, el arte sirvió a la ciencia, y sus consuelos prodigios ahuyentaban a veces el espíritu de Alfredo el triste recuerdo de lo perdido.

A cada desahucio médico correspondía un sensible progreso en el manejo del violín, que satisfacía la pasión artística del ciego. Las notas substituyeron a los rayos del sol, la armonía al colorido los motivos a los cuadros plásticos de la vida, los grandes poemas musicales a los sublimes espectáculos de la naturaleza. El sonido triunfo de la luz, contra la ley física que consigna mayor vibración del éter en este segundo fenómeno, y Alfredo llegó a considerarse feliz cuando con el arco improvisaba melodías dulcísimas y pasajes épicos, inspirados a veces en el recuerdo de su misma desgracia.

Consagrado en absoluto al estudio pasó todo el primer invierno de la eterna noche de su vida, y apenas algunas flores anunciaron la proximidad de la primavera, los marqueses de Guzmán determinaron fortalecer al cieguecito obligándole a la actividad corporal en la más hermosa de sus residencias veraneñas.

Trasladáronse a un antiguo castillo, recuerdo histórico de la nobleza del apellido, situado a orillas del Océano, entre bosques cuya espesura creyérase buscada para ocultar a la profanadora curiosidad la irreparable desgracia de inspirar compasión quien hasta entonces solo despertó la envidia de todos los campesinos comarcanos.

Aun allí, alejado de sus relaciones artísticas, continuó Alfredo consagrado a su pasión favorita. Durante las horas de calor repasaba en el piano las óperas que oyó cantar en el

Real a los más célebres artistas de la época en aquellos tiempos que como sueños se representaban a su imaginación, juzgándolos, cuando más, recuerdos de otra vida ya extinguida por la transmisión sin duda del espíritu ya encarnado ahora a su ser. Y a la caída de la tarde solían padre e hijo hacer largas expediciones por los lugares inmediatos, bien a orillas del mar, bien por los bosques que abundaban en la comarca, deteniéndose frecuentemente para rendir Alfredo algún tributo a su delirio artístico, pues ni aun en aquellos momentos consentía separarse del violín, único consuelo de su desdicha.

Era entonces cuando su inspiración llegaba a más felices concepciones, improvisando bellísimas armonías en que combinaba los sublimes ruidos de la naturaleza con el estado de su espíritu entristecido: cantos de amor de un ruiseñor que aun ciego quisiera saludar el despertar del día.

Una tarde hicieron alto en las frondosas cercanías de antigua casa solariega, convertida en finca de alquiler por sus modernos y plebeyos propietarios.

Allí, como en todas partes, Alfredo buscó en el violín alguna expansión a su alma, y comenzó a tocar el dios de *Lohengrin*. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando a sus oídos llegaron ecos de lejanos acordes de un piano en que, como cosa de sueño. Elsa respondía a las demandas de amor del fantástico personaje!

Fué extraordinaria la emoción que a Alfredo produjo aquella inesperada y gratis conjunción artística.

En vano el padre intentó calmar la excitación nerviosa del cieguecito, reduciendo el suceso a las más modestas proporciones de la realidad.

Alfredo tan sólo replicó que adivinaba un gran artista. Pero quedó, para sus adentros con la segura impresión de que era una mujer, sin duda hermosa y de poéticas inclinaciones, quien tan oportunamente había respondido al protagonista de su ópera favorita.

Aún más, adivinaba que aquella mujer también sufría, y también como él buscaba un amor que ocupara el vacío de su alma. Y no fué necesariamente para que esta pasión, hasta entonces para él desconocida, bajara del cerebro al corazón de Alfredo, violentando la resignación de su espíritu.

Durante varias tardes repitió la misma prueba, siempre con igual alagóreo resultado. Al canto de *Rahul* respondió *Valentina*; al de *Radamés*, *Aida*; al de *Sansón*, *Dalila*; al de *Hámlet*, *Ofelia*.

Y una tarde hubo un momento en que *Margarita* y *Fausto*, salvando las distancias, llegaron a confundir sus melodías con precisión verdaderamente matemática. Las notas semejaban invisibles emisarios de amor que iban a encontrarse en el espacio, las ondas sonoras se cruzaban en brazos de infinita pasión, dirigiendo sus vibraciones al corazón aún más que a los oídos; y los desconocidos amantes, excitados por el indescifrable misterio de su inesperada conjunción artística, tuvieron instantes de esa fiebre que inmortalizó a los elegidos.

Pero Alfredo, dichoso en sus conversaciones musicales con la mujer adivinada, al regresar al castillo sentía en su espíritu, cada día con mayor violencia, el deseo de verla, estériles protestas sugeridas por el recuerdo de más felices días.

Los padres, alarmados, hicieron venir al lugar a los más reputados oculistas extranjeros, en tanto calmaban la febril impaciencia del hijo con una esperanza de una próxima operación que había de reintegrarle la plenitud de los sentidos.

Mientras ese día llegaba, Alfredo no faltó una sola tarde a la cita tacitamente convenida entre los amantes artístas. Iba ya seguro de que la imaginación no le engañaba.



Por referencias de la servidumbre sabía que habitaba la antigua casa solariega un aristocrático matrimonio inglés, cuya hija, de diez ocho bellísimos abriles, buscaba en las playas meridionales algún alivio a la tisis inicial que minaba su débil naturaleza.

La imaginaba rubia, fina, esbelta, tipo ideal de una raza en que la mujer encarna la suprema elegancia, y artista, además, artista de corazón ardiente y grande fantasía, revelados en la facilidad de acomodarse a la diversidad de emociones estéticas a que él la había sometido como prueba de la imprevisibilidad de su temperamento.

—¿Cuándo es la operación?, preguntaba sin cesar, desde entonces Alfredo.

—Pronto, hijo, pronto, replicaba el padre casi automáticamente, violentando la sinceridad de su corazón desengañado para sostener la esperanza de aquel otro pedazo de corazón, esclavo irredimible, al parecer de la desgracia.

Y así transcurrían pesadamente días y semanas, renovándose padre e hijo las mismas fantásticas esperanzas.

Por fin, a las constantes demandas de los padres, presentóse un día en el castillo un oculista inglés, más sabio o más audaz que otros especialistas igualmente famosos, cuyas promesas llegaron a inspirar absoluta confianza.

El milagro lo realizaría una operación sencillísima que en

perando en vano el eco de un amor ideal en que cifró todas sus esperanzas.

A veces iniciaba en el piano algunas de las melodías favoritas, tanto como gritar: "¡Estás, bien mió!" Pero se asomaba de nuevo, y el solitario roncar de la naturaleza parecía responder a sus oídos de tísica: "¡Quién piensa en románticas fantasías?"

Una madrugada pasó cerca del jardín la ronda de monos tocando las guitarras. "Ya está!", se dijo. Saltó de la cama, se asomó... y llorando su decepción quedóse en el balcón medio dormida, sin darse cuenta de la frialdad del viento tempestuoso que azotaba los árboles, ni de la lluvia torrencial que empapaba su débil ropaje. Pasó así largo rato, hasta que un brusco escalofrío la volvió a la realidad, y callenturamente cerró el balcón mecánicamente y se acostó murmurando entre sollozos: "¡Me ha olvidado!"

Pocos días después, en el castillo de Guzmán todo era dicha.

Los padres titirataban de emoción ante la gran seguridad del doctor famoso; este preparaba con orgullosa calma, atento a los más mínimos detalles de la *mise en scène* la solemne demostración de su gran triunfo; y Alfredo repetíase aún en las convulsiones de su esperanza incierta: "¡Por fin podrá verla! ¡Iré a buscarla!"



pocos días devolvería la vista al infeliz enamorado.

—¡La veré! ¡La veré! ¡Podré buscarla!, repetíase sin cesar el cieguecito.

Idea fija que hubiera acabado con su razón a prolongarse la esperanza.

Y así aguardó encerrado en su gabinete, convertido en cámara obscura, ocho días de impaciencia mortal exigidos por el médico para asegurar el éxito de la curación que constituiría la felicidad a aquella familia tristeza.

El padre constituyóse en incansable enfermero. La madre vivió aquella semana en la capilla. Y el oculista dedicó sus diarias visitas a conservar el fuego sagrado de la esperanza.

A la inglesita, que ignoraba en absoluto la suerte de su soñado amor, parecía eterna la ausencia del artista desconocido.

Pasaba las noches asomada a los balcones del jardín, castigando su débil pecho en la ferrea dureza de la barandilla, clavada la cabeza en las manecitas con frecuencia, ocupadas en enjugar las avendidas de su corazón desbordado por los desengaños, atenta a cuantos rumores llegaban a su oído, es-

quito el doctor las vendas al cieguecito, levantóle los recortes azulados que tapaban sus ojos, y abriendo timidamente la ventana, le dijo con imperio:

—¡Mira!

Gritó el vidente, loco de alegría; cerró en seguida los ojos como miedoso del mundo ya olvidado, y al volver a abrirlos, intentó volcar en ellos de una vez el universo, por si acaso de nuevo se cegaban.

Un espectáculo tristísimo vino casualmente a contrarrestar la alegría del increíble triunfo.

En aquel momento atravesaban la carretera varios sacerdotes entonando el fúnebre pregón de la muerte, seguidos de una carroza del color de la inocencia.

Al marquesito se le saltaron violentamente las lágrimas, y un fatal presentimiento le obligó a preguntar:

—¿Enterraran a una joven?

—Sí, contestó el médico. Una infeliz compatriota mía, gran artista, estaba tísica. ¡Pobre Lady Betty!

—Lady Betty, rugió Alfredo.

—¿Acaso la conocías?, exclamaron los padres sorprendidos.

—No, les replicó, cayendo desvanecido. ¡La adoraba!

R. AGUILERA Y ARJONA

La Moda del Momento



Ha pasado el invierno y la moda definitiva se ha formado por eliminación, como siempre. La clientela exigente—y la parisíen lo es más que ninguna—dejó extravagancias y *bizarries* para quedarse solo con lo mejor que le ofrecieron.

Hay modelos—como uno de terciopelo negro de Lanvin, largo y distinguido, o como el de tul grueso alforzado con volantes en la falda de Hartnell—que parecen haber cautivado a la mayoría.

Y sombreros como el turbante en corduroy de Reboux, o el casquete de Jane Blanchet que han tenido tanto éxito que hay señoras que se los han hecho hacer en varios tonos.

La cuestión del talle está ya decidida y sea de día o de noche su lugar es siempre en su sitio natural.

El largo de la falda, otro factor importante de la moda de ahora, parece tomar también standard. Y se acepta como bueno que los trajes de sport y de calle bajen tres pulgadas más abajo de la rodilla, mientras los de tarde quedan a doce pulgadas del suelo, a diez los trajes de interior, y sobre el tobillo los de restaurants.

Los de noche son largos hasta el suelo y con cola por detrás, y mientras más ininterrumpida tengan la línea del dobladillo, es mejor. Se permite una ligera caída a los lados o la cola formal, pero el largo desigual formado por godets o vuelos de corte aplicados, se considera demode.

La amplitud sale desde el mismo talle y en los trajes de dia se recoge en

plegues sobre la cadera que caen sin plancharse.

La blusa gana en importancia de dia en dia y en la Riviera se ven constantemente sin la compañía del saco que hasta ahora fué su inseparable.

El Conde Armand de la Rochefoucauld decidió distraer su aburrimiento dedicando a restaurante un pabellón de su Castillo de Enmenonville, heredado recientemente—y que hace el noveno en su colección—y ocupándose él mismo de su dirección.

Por ser de él tuvo asegurada la clientela más chic de Paris desde sus comienzos, la primavera pasada, y como Rouzeaux vivió en el castillo y hasta tuvo



su tumba allí antes de su traslado al Panteón, se le dió el nombre de Hostellerie Jean Jacques.

Siempre tiene gente y sobre todo el domingo a la hora de almuerzo.

Allí, quizás mejor que en otros lados, se puede juzgar lo que es elegancia de la mujer francesa y su inigualable sentido de propiedad en el vestir.

Greta Garbo ha impuesto en América del Norte la melena larga y recogida sobre el cuello. Y como París se apresura en adoptar las cosas de América—diganlo sino el jazz, los cantadores ne-

gros y la hora del cocktail—la moda de Greta americanizada ha sido copiada también. Madame Dalmau, la esposa cubana del famoso dibujante, nos la muestra en una fotografía que aparece en este artículo, con gracia y distinción insuperables.

En el Aguila Rusa—el restaurant de noche más chic de París—un suceso ha causado más sensación que las canciones formidables de Cora Madou: una señora apoyaba, bailando, su mano blanquísima sobre el frac de su compañero y

(Continúa en la pág. 55).

—¿De modo que vive aún don Martín?

—Y da alguna sombra a su nieta, aunque parece un árbol falso de quimas. Aquí se medra hasta sin jugos naturales, al ocre alimenticio del bosque y del mar.

—A ese señor —murmura Andrés, meditabundo— le recuerdo siempre muy anciano; a ella, muy niña, con las trenzas largas, el vestido corto, las pupilas azules, llenas de amargura, humedas tal vez por el agua salobre del Canábrico...

—¿Y qué más?

—Nada; me gustó mucho. Tenía en esencia una fuerte realidad de mujer, que se me aparecía en estado vibrante y luminoso, y yo la trascubría de su propia lumbrera en mis primeros veranos, alejando su radiante devoción por mí. Llegó a quererme con una manía obcecada, atento el espíritu a cuanto me interesaba, sin querer diera a su ternura otro valor que el de un episodio juvenil. Fué la musa de mis

ensayos poéticos, la novia impúber que nos mira como un ángel, al que nunca podemos desprender en absoluto de la memoria porque nos ha suscitado ansias indefinibles...

—Pues aquí la tienes, soltera y bonita, huraña y singular, como ninguna otra muchacha de Villanoble.

—No ha tenido pretendientes?

—Muchos, pero sin correspondencia; es muy esquiva y al mismo tiempo sonadora. Cae en éxtasis invencibles, que le duran como una enfermedad incurable. Consiste en una languidez extraña, una calentura secreta, y le mantienen en los ojos un fuego que se pudiera tomar por una mórbida insolución.

—Hablas de ella con entusiasmo.

—Es que... también me gusta a mí, inútilmente.

—Se los has dicho?

—Ya lo creo!... Y ahora, de pronto, al oírte hablar, se me ocurre si la habrás seducido para siempre con tu aureola de poeta y el interés errabundo de tu vida. Acaso pertenece a esa raza exquisita y triste de los enamorados leales. Te descubro mis cavilaciones porque ya no eres un rival peligroso.

Andrés palideció, bajando la cabeza. En la iluminación brusca de sus pensamientos, la muchacha se erguía radiante, fiel a un solo cariño, sensible a un enorme rencor, un poco embrujada de soledad, un poco enloquecida por los secretos de la selva y de las olas; muda entre los dos colosos de la orilla, el monte y el mar; nutriendo su atención, reconcentrada, en los salvajes gritos inhumanos.

—En qué piensas —preguntó su amigo. —En que ya es tarde para emprender el retorno a ese amor, verdad?

—Nunca es tarde cuando bien se ama—responde Martíval, levantando ahora la frente con todo el empaque de su orgullo.—Pienso que, si ella me quiere tanto como tú dices..., no me perdonaría. Y temo su odio, su venganza, mantenidos en el silencio durante nueve años.

—Miedo tú a una mujer!... —Bah! No me comprendes. Yo hice daño a mucha gente, sólo he temido a esa niña por lo mismo que lo era. La ilusión más profunda, y al dejarla en una repentina desesperación no la supe consolar ni la quise sostener. Fui impulsable sin mala intención... Pero ya no es posible borrar del tiem-

(Continúa en la pág. 55).

Pequeña

por Concha Espina



—Aquí vive Pequeña—advirtió el médico Juan Luque, señalando una casita blanca y menuda, apenas visible entre el follaje.

—Todavía?

El asombro de Andrés al pronunciar esta palabra de interrogación era excesivo y agudo.

—¡Hombre!... ¿Cómo que «todavía»? No se ha muerto; es muy joven... ¡y muy bella! ¡Ay!—suspiró el doctor.—Pero ¿no fué novia tuya?... Creo que sí.

—Novia?

Y Andrés Martíval, recién llegado de América, ansioso de revivir el tiempo de su primera juventud en Villanoble, parecía decidido a responder sólo con preguntas. Acaso al rumiar sus memorias en la conversación de este paseo recordatorio, el nombre de Pequeña le solicitaba como lo único afirmativo y temible del pasado; por eso no lo quería pronunciar.

Pero, huyendo de él, lo evocaba en el foco de luz de aquella antigua inclinación, que en la ausencia había tomado caracteres de supersticioso remordimiento, pena escondida, tanto por el mal causado como por el miedo a un castigo misterioso.

Y en resumen, ¿qué? Las promesas de amor hechas a una chiquilla ignorante y humilde, sin importancia ninguna, repetidas luego a mujeres de todas las categorías en distintos mundos: frases para siempre olvidadas, costumbres irreverentes del galanteador. Hasta que un día el tranquilo viajero tuvo que casarse. Aun aquella falta y prudencia le dolió muy poco. Abandonó a su esposa y siguió ecuánime, sonriente, el camino triunfal de las conquistas. Pero nunca, ni antes, ni después del tropiezo matrimonial, consiguió olvidarse de Pequeña, la niña de la playa, la insignificante persona que hasta en el nombre era tenue como un cachón de sepuma, simple como algo que apenas tenía mérito y validez.

Los dos amigos siguen paseando con lentitud a través del pueblo en esa hora obscura del anochecer, tan propicia a las confidencias.

—Novia tuya, sí—insiste Luque, ya picado de la curiosidad ante la turbación de Andrés.—Por cierto que cuando te marchaste, la pobre chica estuvo como loca. Y acaso desde entonces el carácter se le ensombreció hasta el punto de aislarse y casi recluirla sola con su abuelo, que ha ido acortándose, muy bien cuidado por ella, según dicen, y está hecho un fantasma.

El Amor de los Chinos

POR

El amor — la cosa más discutida a y menos comprendida, según el Dr. Sum Nung Au-Young, sabio chino moderno, poeta, viajero y filósofo — es un arte que la mujer china sabe apreciar mucho mejor que la occidental. Está convencido el doctor Sum, después de muchos años de estudiar tanto la civilización de Occidente como la de su país que la mujer occidental podría aprender muchas cosas acerca del matrimonio o nido de su hermana del extremo Oriente.

Este filósofo chino, que conoció siendo muy joven al doctor Sun Yat Sen, fundador de la República a China y más tarde a muchos pensadores de Europa y América, habiendo residido en Nueva York durante dos años para continuar sus estudios de filosofía, tiene una comprensión más que científica de las relaciones domésticas que fomentan la felicidad duradera. Tan exactos parecen sus juicios y su profunda visión de tales problemas que se ha convertido como si dijéramos, en un «director espiritual» de muchos.

«Cómo retener al marido» dice el doctor Au-Young, es una frase que se usa con demasiada frecuencia, en tono de broma, en Norteamérica donde se les enseña poco a las jóvenes acerca del amor. En China se toman esas cosas en serio. En realidad, considerando de la mayor importancia semejante enseñanza.

La joven china cultiva una perfección de coquetería por medio de la cual, con sus otras cualidades, hace atractiva la vida matrimonial. Dicha coquetería viene a ser parte integrante de su carácter, y la práctica con tal naturalidad que le añade nueva gracia y nuevos encantos.

La joven china comprende el valor que tiene el llegar a dominar al marido, pero sabe hacerlo de modo exquisito. Es adaptable, intuitiva, esquiva cuando conviene, y sutil: todas estas características se encuentran en la mayoría. La modestia es muy estimada por ella y utilizada como una fuerza de pri-

ARRETTA L. WATTS



mera, pues no sólo se viste convencionalmente, sino que también no le gusta hacerse demasiado conspicua, ni es muy demostrativa.

«En China una mujer no da por sentado que podrá retener al marido, única y exclusivamente por el lazo matrimonial que los une. Comprende que al hombre hay que galantearlo continuamente. Siempre está alerta, empleando sus diversas cualidades y dotaciones en el arte de amar. Comprende que el amor es la esencia de la vida y que vivir para el amor significa una dignidad, verdadera y perdurable misión.

«Se supone comúnmente que los chinos son una raza poco emotiva. Juzgando por nuestra calma exterior, nuestra euanimidad que casi nunca perdemos, se cree que no nos falta afecto, que no sabemos lo que es ser demostrativo y os en el amor. Es una impresión totalmente errónea.

«Desde la niñez se enseña a los chinos a considerar impropio cualquier pública demostración de sus sentimientos. Acaíto en este respecto, segamos demasiado vanidosos. En la santidad del hogar la ternura tiene suma importancia.

«Tanto los hombres como las mujeres, en China, hacen un estudio profundo del amor, con el resultado de que comprenden su belleza mucho más que otros pueblos.

«En la prisa y el torbellino de la civilización moderna — particularmente de la civilización occidental — el amor no solamente pierde mucho de su encanto y de su gracia, sino también mucho de su esencia vital: su paciencia, su bondad, su cortesía y su desprendimiento. El amor es paciente, sereno y pacífico. Sufre mucho y lo soporta todo, cree en todas las cosas, lo espera todo.

«Los chinos entienden como ninguna otra nación el arte de enamorar. Tienen una apreciación cultural basada en la meditación y la delicadeza que es característica de la raza a pesar de su naturaleza inflamable. Esta apreciación es la cla-

de las felices relaciones matrimoniales de los chinos.

Sir Robert Hart, ex Inspector General de las Aduanas Marítimas Chinas, residente en aquel país durante más de cincuenta años, comparando la institución del matrimonio en aquella tierra y en Occidente, dice:

"En el Occidente el matrimonio es como quitar de la candelilla una cafetera de agua hirviendo y ponerla a un lado a que se enfrie, mientras que en China el matrimonio es como poner a la candelilla una cafetera de agua fría para que hierva".

La belleza del sistema es que el agua sigue siempre caliente. El matrimonio es el comienzo, no la consumación del amor. El vasto número de divorcios y matrimonios desdichados que hay en Norteamérica y el correspondiente vasto número de matrimonios dichosos que hay en China demuestra que los métodos norteamericanos no son del todo buenos ni los chinos completamente malos. La idea fundamental que informa a los matrimonios chinos es más amplia y más profunda que la que respalda a los del Occidente, donde el individuo se considera solo. En China es la familia lo que se considera allende de toda otra cosa. Y, después de todo, hemos de reconocer que la unión del varón y la hembra no es cosa individual. Su principal objeto, mirese como se mire, es la continuación de la especie, el impulso más fuerte, más verdadero de la raza".

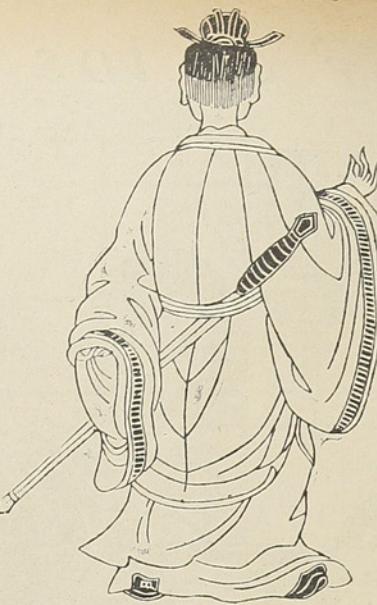
El problema del divorcio, que ha alcanzado vastas proporciones en Norteamérica, se resolvería fácilmente, según el doctor Au-Young, si los hombres y las mujeres norteamericanas tuvieran idéntica apreciación del matrimonio de los chinos. Aunque en China hay hoy día alguno que opta por el divorcio, no es cosa que se lleva a los tribunales y se le dé mucha publicidad, como en Norteamérica. Basta con un simple sueldo en el periódico anunciando que fulano y fulana no son ya marido y mujer.

Los chinos son una raza orgullosa, y ninguna mujer china se humillaría hasta aceptar de su ex marido pensión alguna. En lugar de eso, en caso de divorcio, vuelve al techo de su padre, donde siempre es recibida con los brazos abiertos.

Los jóvenes de Norteamérica que tienen libertad para escoger el o la compañera de toda la vida, suelen hacerlo muchas veces al calor de cualquier capricho pasajero. Los tribunales de divorcio demuestran con cuánta frecuencia se equivocan. En China el matrimonio es más una cosa de la familia que del individuo, ajustándose los detalles a satisfacción de la casa familiar en la cual la suegra viuda suele ser la figura dominante. Sin embargo, el contento y la satisfacción familiar es como un imán que atrae juntándola no solamente a la familia sino a un grupo numeroso de parentes con el que se forma una fuerte vida patriarcal, de clan.

«Como es la costumbre, el joven trae a su esposa a vivir con él bajo el techo paterno. Si el padre es pobre, se da a la pareja una habitación. Si es rico, dispondrá de un amplio departamento o un pabellón en la casa paterna. En China los padres, generalmente, mantienen a los hijos, para que todo el dinero que el hijo gane pueda gastarlo prodigiosamente en su esposa. El padre de familia asume también la responsabilidad de mantener a los pobres de su parentela y con suma frecuencia da de comer a una verdadera horda de parientes. De esta manera el chino rico comparte literalmente su fortuna con los pobres.

«En sus países occidentales», prosigue el doctor Au-Young, «parece existir una brama muy extendida y muy popular sobre la suegra, siempre antipática e indeseable. Semejante chiste no se comprendería en China, porque allá, aunque la suegra viuda gobierne la casa con su superior sabiduría, siempre es muy cariñosa con su nuera. Se pone de su parte en todas las encrucijadas, disputas, sinsabores, contrariedades y dolencias. La



suegra siempre es generosa, pródiga; se convierte en una segunda madre para la esposa de su hijo".

«La mujer occidental parece incapaz de comprender cómo es posible que dos mujeres adultas sean dichosas y señas las dos bajo el mismo techo. Esta situación no es en ningún sentido un problema en China, porque allí la posición de cada cual está claramente definida. La una rara vez se imponga en las cosas de la otra. Como parte de su educación, la joven esposa ha aprendido los deberes convencionales de una nuera y los de cortesía y de las esperadas demostraciones de afecto a la madre de su marido.

Todas las mañanas al levantarse le lleva personalmente una taza de té a su suegra y le pregunta si ha pasado buena noche.

«El dinero muy contadas veces se toma en consideración en los matrimonios chinos como ocurre en tantos del Occidente. En China el marido le entrega todo a la mujer, confiando en su habilidad y su viveza para aprovisionar la casa.

«Un marido chino es universalmente generoso.

Lo que es suyo es de su esposa y lo que es de ella, de ella sigue siendo. Esta actitud también caracteriza a la suegra, quien, al llegar la recién casada, abandona las riendas de la casa y puede entonces llevar una vida de menos responsabilidad.

Se retira a segundo término pero a un segundo término muy dichoso.

«En la China antigua la población así como el status social de la esposa dependía del número de hijos que trajera al mundo, especialmente los varones.

Semejante idea todavía se estima en mucho en nuestro país. Después que los hijos han llegado a hombres suela haberse de la madre generalmente como de una mujer santa, y muchos aún creen que su proximidad ilumina por cierto misterioso influjo de suerte a otras esposas que deseen hijos.

Por lo tanto, a una madre no le faltan nunca invitaciones cordiales.

«Aunque muchos chinos son pobres y no tienen la oportunidad de ir a la escuela, todos aprenden las máximas de Confucio. Hasta los obreros más pobres y los culies, aunque generalmente analfabetos, recuerdan y practican las máximas que les enseña en la niñez.

«Confucio dijo: "Tengo al hoy en la mano, acaso no veré al mañana". Predicó también en favor de los matrimonios tempranos, y como resultado de sus predicas, en China hay menos solterones de ambos sexos que en ningún otro país del mundo.

«Pero con todo esto no quiero hacerle creer que todos nuestros matrimonios son igualmente dichosos. Todavía no hemos resuelto del todo el gran enigma del sexo. Porque, después de todo, el amor es un arte y el matrimonio una ciencia.

«He descubierto que los chinos más que ninguna otra nacionalidad, son más normalmente equilibrados en la vida sexual, lo que explica su contento y su felicidad. La búsqueda de consorte en la vida es la más imperativa de todas las necesidades. Es aún más imperativa que el hambre.

«El amor perfecto significa una inteligencia, una comprensión perfecta. Confieso que el amor perfecto es muy raro en la vida real, pero los chinos como nación se acercan más que ninguna otra a dicha comprensión.

«Es esta comprensión de las verdades fundamentales de la vida lo que da por resultado en el contento y la indiferencia por las preocupaciones que sienten los chinos, lo que para el Occidente constituye un enigma. Un periodista norteamericano preguntó una vez a un patriarca chino por qué era que los chinos no se preocupaban por nada.

El filósofo chino le contestó que esa era una cosa por la cual él nunca se preocupaba.

LA ENVIDIA

La historia demuestra que la envidia ha sido siempre el factor más detestable en la marcha de la humanidad. Se encuentra en el fondo de todas los grandes trastornos sociales y políticos. La envidia ha causado más daños que la miseria.

Si las clases dominantes hubiesen sabido resistir a los falaces encantos de la envidia, la humanidad habría segui-

do una marcha diferente a la que hoy sigue.

Los que se complacen en sembrar la envidia, no pueden dudar de su influencia venenosa. Ella humilla, rebaja y agría los caracteres. Una vez arraigada en el alma, la domina como la mala hierba en terreno cultivado, ahogando el crecimiento de la buena simiente.

Los sentimientos de justicia, de bondad y de simpatía, bajo la influencia

de la envidia parecen cual la hierba al contacto del viento del desierto.

Si es funesta para la dicha individual, lo es aún más para la felicidad colectiva; porque la envidia engendra el odio y éste, a su vez, exaspera y paraliza la voluntad.

Las luchas sociales emanan, con frecuencia, de la miseria de los pobres; pero casi siempre se fundan en la ceguera moral de los ricos. —J. F.

TEMAS MEDICOS

LA TRANSPIRACION

La transpiración es indispensable al organismo, y por medio de ella librarse el cuerpo de elementos tóxicos arrastrados por el sudor. Es, por lo tanto, una función saludable que es peligroso combatir.

Tan saludable, que numerosas enfermedades son combatidas fomentando la transpiración.

Es la limpieza del organismo hecha de adentro para afuera. No hay, pues, razón para librario, a título de limpieza y comodidad, de uno de sus elementos de defensa.

El concepto erróneo que muchas personas tienen de la higiene y la propensión a imitar, en muchos de nuestros actos, al proceder del avestruz, que esconde la cabeza y cree que no lo ven... induce a proceder contra el buen sentido y la lógica más elemental.

Un falso razonamiento nos lleva a discurrir de esta manera: si elimino el sudor, no tendré necesidad de bañarme y siempre es más cómodo espolvorearse que tomar el baño. Además, no habrá razón para cambiarse de ropa tan a menudo porque no se ensucia. También me economizaré lavado y aplanchado de ropa. Y como la limpieza tiene una doble base, puesto que limpieza es no ensuciar y limpieza es lavar, barrer, sacar lo sucio, no puede tacharse de persona sucia a la que parezca cumplir con el requisito que constituye una de las bases.

Si el sudor, en vez de ser incoloro tuviera un tinte achocolatado, estarían estas consideraciones de más; los hechos hablarían con sobradá elocuencia.

Véase si no qué es lo que más preocupa: la fetidez, el olor intensamente penetrante de la transpiración. Y no por la modestia que produce, sino porque delata a distancia a la persona, que no cuida debidamente de la más elemental higiene de la piel.

El sudor no se ve pero se huele. He aquí la primera preocupación y la primera pregunta que se le formula al médico: «¿Cómo podría sacarme el olor del sudor? Porque por más que me bane...»

No tratemos de engañarnos a nosotros mismos. El baño y el cambio de ropa es lo primero que se impone. Una frecuente renovación de las prendas interiores y la limpieza de la piel son indispensables.

Las molestias de la transpiración encuentran un alivio notable según la ropa usada.

Aquellos tejidos que empapan el sudor impiden que el líquido se deslice por la piel y los enfriamientos cuando, estando transpirados, nos situamos en plena corriente de aire. El talco perfumado es el complemento de todo baño.

Otra consideración merece el sudor de las manos, así que la excesiva transpiración de los pies. Dándose fricciones tres o cuatro veces por día de la siguiente fórmula:

| | | |
|---------------------|----|--------|
| Borato de sodio... | 4 | gramos |
| Ácido salicílico... | 2 | |
| Ácido leórico... | 1 | |
| Glicerina... | 10 | |
| Alcohol diluido... | 16 | |

Quedará combatida la transpiración local que tan molesta se hace para quienes tienen necesidad de tocar cosas delicadas como papel, tejidos, dibujos, etc.

Para los pies, puede usarse con éxito una mezcla en la siguiente forma:

| | | |
|-----------------------------------|------|--------|
| Perborato de cinc o de sodio... | 20 | partes |
| Talco... | 80 | |
| Escencia a gusto de la persona... | C.S. | |

Las axillas, como los pies, necesitan una limpieza más esmerada, luego de la cual pueden empolverse con tanino o ácido salicílico, al que se añade talco, un poquito de mentol y el perfume preferido.

Por el contrario, cuando deseamos provocar una transpiración abundante como primera medida, habrá que acostarse a la cama y, luego de un rato, tomar una tisana, sea de flor de tilo, de saúco, de violetas, etc., o bien vino caliente y aromatizado. Luego habrá que permanecer quieto hasta que haya pasado la acción del sudorífico y no desabrigarse.

La transpiración excesiva no suele ser síntoma de buena salud; no obstante, no es el enfermo a quien corresponde tomar la iniciativa para combatirla; debe ser el médico, el que, tras un minucioso examen, habrá de indicar el régimen a que deberá ajustarse el paciente.

El abuso de las bebidas en la estación estival es otro circuito vicioso. El sudor continuo debe ser lógicamente reparado y la sed insaciable clama por esa reparación, pero también el continuo beber hace sudar y sudar. ¿Cómo poner freno?

El limón en una taza de té clarito apagará más la sed que las bebidas heladas.

Para Todos.— 3



**JABON
DE
ROSS**
Certificado Puro

M. R.

The Sydney Ross Co. — Newark, N. J.

EL DOLOR DE MORIR

Por

VICTOR DOMINGO SILVA

¿No lo crees? Yo vivo
perpetuamente enfermo
del miedo de morir. Ni cuando escribo
escapo a la obsesión, ni cuando duermo.
¡Me siento tan inerme y tan desnudo!
Yo, que fui tan rebelde y tan altivo,
me sorprende a menudo
llorando sin motivo.

¿Sin motivo? No, no. Porque yo siento
dentro de mí el tormento
de una pena muy íntima y muy vieja,
que, ansia de lo más puro y lo más santo,
cuando llega a mis labios se hace queja,
cuando llega a mis ojos se hace llanto.

No sé lo que será. Quizá el peso
de los días lejanos... Quizá nada:
el perfume de un beso,
la luz de una mirada,
la caricia furtiva
con que soñé al calor de una velada;
lo que he adorado, lo que habré perdido
cuando esté muerto — ¡cuando ya no viva! —
bajo la tierra helada,
¡voraz como el olvido!

¡Yo no quiero morir! Yo amo la vida
tal como existe, tal como la veo:
inaccesible, extraña, dolorida,
brutal: hoy, ascensión; luego, caída;
hecha a mitad de hastío y de decepción.

La ilusión que rió junto a mi cuna,
junto a mi tumba ha de llorar; yo siento
que, obra de esa ilusión, se irá mi aliento
en un rayo de luna,
en un soplo de viento...

Y nada más. Y mientras tanto, pienso
de una pena sin fin. Pasa a mi lado
el raudal de la vida, ya sereno,
ya desencadenado.

¡Pasa, mientras cautivo en la ribera,
yo miro deslizarse la corriente
en la actitud de aquél que cuando espera
sabe que ha de esperar eternamente!

La vida fluye en mi redor. Borbota
en el chorro temblante y cristalino;
hecha perfume en el ambiente flote,
y es hecha luz y nota,
tinte en la flor y música en el trino.

¡Yo la siento, la siento!
¡Quisiera retenerla, hacerla mía,
para que fuese claridad de día,
eternidad de amor y de alegría
para mi corazón siempre sediento!

No le temo a la vida, y si a la muerte:
la horrible muerte, que vendrá algún día,
como el dolor, sombra,
como el hastío, inerte.
Sufro de envejecer, porque si he amado,
puse en amar el corazón entero:
llámalo tu pecado,
yo lo llamo pasión....

Ya sé que mueres;
ya sé que me despiertas
melancólicamente;
ya sé que viene prematuro olvido
a aletear en torno de mi frente.

¡Pero, alma a flor de labio, te confieso
que en el terror de la agonía, nada
pondrá tanto esplendor en mi mirada,
como el recuerdo del sabor de un beso
sobre una boca ardiente y adorada!



FAJAS de GOMA

DESEA USTED hermosear su cuerpo? Pues, use las famosas fajas y sostén-senos IDEAL de goma. Reducen la gordura conservando al mismo tiempo la línea natural, respondiendo así a las exigencias de la moda actual. Pase a ver los distintos modelos y elija el que más le convenga. El material es de primera calidad, de mucha duración y los precios de \$ 90.— hasta \$ 120.— UNICA FABRICA EN EL RAMO, que tiene mucha práctica. A provincias se remite contra reembolso.

De parte de mis clientes recibo a diario los más elogiosos agradecimientos por los resultados obtenidos.

También soy fabricante de los maravillosos rodillos para automasajes "SOUG-ROLLER", para combatir la gordura.

PRECIOS: DESDE \$ 40.—

FABRICA DE ARTICULOS DE GOMA
de Julio Heerwagen

Santo Domingo, 2048 SANTIAGO
Teléfono 88915 Casilla 3665

RECHACE
LAS
IMITACIONES

CASA HEERWAGEN
SANTO DOMINGO
2048

MUJERES DE OTRA EPOCA.

Olimpia de Gouges

Retrocedamos un siglo y medio, antes de la Revolución, cuando el romanticismo literario y el feminismo político en el limbo no habían alcanzado, ni con mucho, nuestras múltiples maneras de hablar y de conducirnos.

Hemos aquí, en 1789, en un teatro, en el cual asistimos a la primera representación de un drama en prosa que se llama «La esclavitud de los negros».

El tema es completamente nuevo, porque entonces no había sido aún tratado en forma magistral por la novelista inglesa Becher-Stowe, en «La cabaña del Tío Tom».

El autor de esta novísima pieza,—nos referimos a «La esclavitud de los negros»—es un a mujer, cuya vida aventurera, la facundía meridional y las escapadas han desencadenado la crónica escandalosa parisense, bastante menos despojada de prejuicios de lo que piensan las honradas y prudentes personas de la burguesía. Esta se ampara muy voluntariamente y con una crueldad y una curiosidad muy particulares, en los hechos y gestos reales o inventados, de las actrices y las mujeres de letras.

El diálogo tiene del estilo grandioso y de la palabra trivial. La presuntuosa filosofía es nebulosa, obra de una Corina poco cultivada, pésima gramática, pero animada de intenciones generosas y largamente convertida a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad, principios que se proponen unir en una felicidad universal, las razas y los pueblos.

Estas ideas son expuestas con fuego, pero estamos en Francia, en la patria de los Cornelle, Racine y Voltaire, letrados que acordaron en cadencia sintética, los nobles sentimientos y los versos armoniosos.

«La esclavitud de los negros» desarrolla una tesis fraternal, con descabelladas escenas de gritos. Es la aurora de un arte dramático que triunfará con el romanticismo, cincuenta años más tarde.

Por el momento, esta presentación poco académica de sentimientos exasperados permanece incomprendida para un público que vive una página demasiado dolorosa de su historia, demasiado dolorosa, para interesarse en las desgracias de los negros de América, de África y de Australia. El ridículo surge de las situaciones y del diálogo; se ríe, cuando el autor quiere hacer llorar. Se llora, pero a fuerza de desternillarse.

Los actos son interminables, las situaciones embrolladas, sin ninguna luz al final. ¡Qué desastre para el autor y para sus intérpretes!

Sin embargo, la joven y hermosa Julia Candeille, una actriz de la clase de la admirable Simone, avanza hacia el proscenio para nombrar al inventor de ese galimatías.

—El autor de la pieza que acabamos de representar, es la ciudadana Olimpia de Gouges—pronuncian los purpurinos labios de sabia dición.

Entonces, como un diablo mecánico que saliera de una caja embrujada por un resorte, un busto salió del primer palco a la derecha de la escena. ¿Es Guignol o su cocinera? El personaje lleva un enorme sombrero de taratana, fea y ridícula adaptación del gorro frigido a la moda. Los brazos de astillan, y una vez gruesa por la cólera grita agriamente, con todas las fuerzas de que es capaz:

—Olimpia de Gouges soy yo ciudadanas. Si mi pieza os ha parecido mala, es que ha sido horrosoamente representada.

Una inmensa carcajada de la muchedumbre respondió a esta sabrosa improvisación, inesperada conclusión de un drama que no volvió a ser jamás representado por los indignados actores.

Pero la divertida escena en la sala, cara a los vaudevillistas y clowns, estaba creada.

El destino de Olimpia de Gouges fué el ser una innovadora en todos los puntos.

Nacida en Montauban, en 1748, hija de un carnicero, se casó contra su voluntad en 1764, con un cierto Aubry, cocinero, de sesenta años.

La muchacha, a quien llamaban «Babichón» era, a juicio de sus conciudadanos, un prodigo de gracia y de viveza.

La ambición golpeaba ese cerebro de quince años, y bien pronto, descontenta del estado de su padre, contó a todos una historia que la daba por padre a un académico notorio, Le



USINE A NANTERRE

PARFUMS FORVIL

LES 5 FLEURS.—LE CORAIL ROUGE.—LA PERLE NOIRE.

120, CHAMPS - ELYSEES - PARIS

Son los Perfumes de alta calidad, de aromas finos, incomparables, que más se usan hoy en el mundo entero por las personas de gusto refinado.

ESENCIAS, LOCIONES, COLONIAS, POLVOS, TALCO, CREMAS

Se venden en todas las buenas Perfumerías y Boticas del país

Agencia en Chile: PARFUMS FORVIL. — Casilla 1798. — Santiago

Distribuidores: S. A. DROGUERIA FRANCESCA.—Huérfanos, 840.—Santiago

Fume Piccardo TABACO SIEMPRE IGUAL

Franc de Pompignan. En seguida, abandonó marido y familia y se vino a París con un bebé, que la muchacha ligera, buena madre sin embargo, no abandonó jamás.

Proteo femenino, cambió muchas veces de estado, de amo, de servidores y de opiniones.

Las excentricidades de esta amazona figuraron a menudo en picarescos relatos en «El año de damas nacionales», colección capitosa, a manera de los cuentos del viejo Brantome.

Los principios de Olimpia de Gouges como mujer de letras, se situaron en 1778. Una de sus piezas, «L'héritier naufragé», fue admitida en la Comedia Francesa. Algunos años más tarde, «Molière chez Ninon» fue rehusada.

El autor Fleury se manifestó particularmente hostil a esta mujer de letras, cuyo genio carecía de belleza, y cuyas desgarbadas maneras disgustaban a sus bellas amigas, las damas de San Amaranto, titulares de un salón literario donde se debatían los méritos privados de sus concurrentes.

«¡Qué de orejas habría cortado!»—escribe Olimpia a un amigo respecto del rechazo de «Molière en casa de Ninon».

La verdad es que Olimpia de Gouges apenas sabía escribir, y no lo ocultaba. Dictaba sus obras y se la podía ver, inflamada por la inspiración, crear en seis días una pieza de numerosos actos.

—La marca natural del genio está en todas mis producciones—solía decir con un orgullo immense.—Yo dicto con mi alma, jamás con mi espíritu.

Olimpia dejó ver, con una admirable tranquilidad, su ignorancia, su aturdimiento, su buen corazón, su sensibilidad, sus dones de profeta. Ella quiere hacerse notas absolutamente, ya sea por sus méritos, ya por sus defectos.

Publica por su cuenta libelos y affiches que no carecían

algunos de valor. Maldiciendo a la vez la realeza y la revolución, traduce bastante fielmente las incertidumbres de un pueblo perdido, temeroso y furioso, ni más ni menos que la manada que pierde a la vez pastor, perro y albergue.

Pero Olimpia fué la única que, en el momento de declararse los derechos del hombre, habló de los derechos de la mujer. Leopoldo Lacour, historiador, le atribuye la maternidad del feminismo contemporáneo.

Lanzó un affiche solicitando la investigación de la paternidad, el acceso de la mujer a los empleos y a los estudios.

Hela aquí en sus invectivas a Robespierre, que propone el referéndum a las tres urnas: Monarquía, República, Federativismo.

Su panfleto termina en provocación:

«Soy yo, Maximiliano Robespierre, quien es el autor de ésto, yo, Olimpia de Gouges».

Detenida el 20 de julio de 1793, fué ejecutada el 3 de noviembre, a pesar de su estado de embarazo que ella invocó, en vista de una liberación que le fué denegada.

Escribió una carta suprema a su hijo Pedro Aubry, a quien adoraba.

«Muero, hijo mío, mi querido hijo, muero inocente».

En el momento de morir, la desgraciada se acusó de su fatal deseo de renombre.

«He querido ser algo»—murmuró con acento arrepentido. Olimpia de Gouges fué alguien, al margen heroico de las grandes figuras de la Revolución.

Si hubiera nacido hombre, habría podido representar un papel útil y brillante, en lugar de aparecer ridícula a los ojos de sus conciudadanos.

«Qué de iletrados, en épocas convulsiónadas, dan la medida de un genio natural, muchas veces empleado y reconocido!

Hay que convenir en ello, para ser justos respecto de Olimpia de Gouges. A despecho de las tareas adquiridas e innatas, esta ardiente patriota debe ser colocada en la élite. Aprendiendo por el corazón y la inteligencia. La activa falange de mujeres modernas, que todo lo han conquistado, excepto el derecho a votar, le debe una reparación.

Una Noticia para Uds.

En el mundo entero, las SALES KRUSCHEN (M. R.) están siendo cada día más aceptadas por las mujeres que desean una figura atractiva, libre de gordura, de tal manera que llegarán a provocar la admiración de todos. He aquí la receta para hacer desaparecer la gordura y que se reduzca a los atractivos naturales en todos los sentidos.

Cada mañana, antes del desayuno, tome la cuarta parte de una cucharadita de las de té

de SALES KRUSCHEN en un vaso de agua

caliente o en una taza de té. No deje de hacer esto TODAS LAS MANANAS, pues

esta dosis diaria es la que le quitará la gordura". No omita una sola sola noche.

Del hábito de tomar KRUSCHEN (M. R.) resulta que los depósitos sanguíneos, ácidos y gaseosos son expelidos del sistema. Al mismo tiempo, el estómago, hígado, riñones e intestinos son tonificados y la sangre pura y fresca — contenido en las salsas vivificantes de la naturaleza — es llevada a cada órgano, glándula, nervio y fibra del cuerpo; luego viene el "BIENESTAR DE KRUSCHEN" que trae salud, actividad y energía reflejadas en los brillantes cutis claro, vivificado, feliç y una figura encantadora. Bevanta en todas las boticas.

Base: Sales de Sodio Potasio y Magnesio.

JOSE LAPLACE

TALCAHUANO

Representante en Chile:

H. V. PRENTICE

LABORATORIO LONDRES

VALPARAISO

PIPPERMINT J. L.

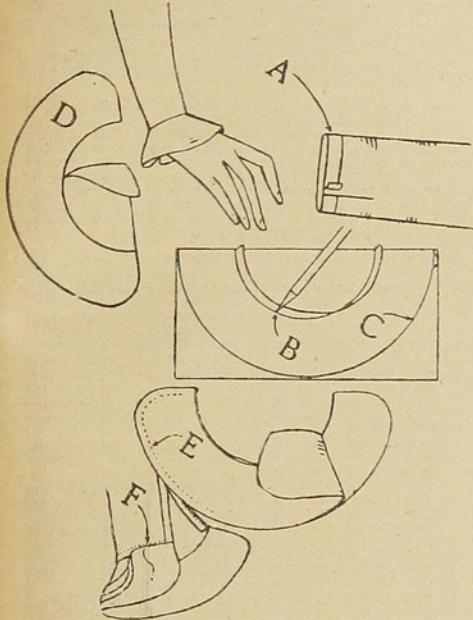
A black and white illustration of a waiter in a uniform and cap, smiling and holding a tray. On the tray is a bottle of Peppermint J. L. and two glasses filled with liquid. The waiter is standing next to a large bottle of the same product.

JOSE LAPLACE
TALCAHUANO

Remate Semicircular Para Mangas Ajustadas

La estación impone la manga larga para los trajes de calle y continúa la boga de las ajustadas, consistiendo su originalidad en los puños o remates.

El que ofrecemos hoy a nuestras lectoras es muy fácil de confeccionar, teniendo, además, la ventaja de que favorece mucho la mano.



Para cortar un patrón de este volante en forma se emplea una tira de papel fuerte, de unos 3 centímetros de ancho y lo bastante larga para dar la vuelta a la manga, como señala la A. Esta tira se colocará de canto y en forma de semicírculo sobre un pliego de papel, siguiendo su linea con un lápiz cual demuestra la B. Hecho esto, se traza otro semicírculo a la distancia de 10 centímetros del primero (C), y se corta el papel por las dos líneas, según indica la D, redondeando ligeramente las puntas, como vemos en el dibujo.

Este volante en forma de abanico debe ser doble, y, colocado el patrón sobre la tela doble, se deja una pestaña de un centímetro de ancho por ambos lados para las costuras. Ya cortadas las dos haces, se ponen una sobre otra, con el derecho hacia dentro, y se cosen a máquina tal y como enseña la E. Vuélvase al derecho y, después de aplanchar el borde, no falta más que pegar el volante a la manga en la forma que nos enseña la F.

SOBRE LA MUJER

Creo firmemente que si amásemos a una jorobada, no veríamos su joroba, aunque esta fuese tan grande como una montaña. ¡Y se pregunta por qué el amor es ciego!

Una mujer desea todo, hasta lo que no mira. No existen mujeres distraídas.

Una campaña basta para transformar a una ingenua en un general experto.

Admiramos a la mujer fiel; pero existen mujeres modales que no gustan ser admiradas.

¿Está Usted resfriado?

¿Se siente Usted atormentado por los perfinaz, ronquera y molestias de las vías respiratorias? Si es así no deje Usted de tomar inmediatamente el preparado de acción infalible y sabor agradable



CRESIVAL

M.R.
BAYER

(M.R. - Solución de sulfocresolato de calcio al 3%)
y verá Usted que el efecto bienhechor es casi instantáneo.

Señora:

Cuide y hermosee su cutis científicamente.

Para ello son indispensables tres requisitos fundamentales:

Limpiar

Tonificar

Hermosear

LOS PRODUCTOS

"AURENTIA"

SON LOS UNICOS QUE CUMPLEN ESTAS CONDICIONES ESENCIALES

PROXIMA APERTURA DEL SALON DE VENTAS Y TRATAMIENTOS EN

MERCED, 729

VIDA SOCIAL

Fumadoras



Un sueño tranquilo

es bienestar para los nerviosos y para los que trabajan sin descanso, fortalece y da nueva vitalidad. Para conseguir un sueño tranquilo se emplean las

Tabletas de
Adalina

M.R.: a base de Bromodietilacetilurea

¡No tiene los efectos
nocivos del Bromuro!SU NINO
TIENE RAZON

rehusando tomar tan repugnante medicamento como lo es el aceite de hígado de bacalao, cuando existe la

PANGADUINE

M. R.

que bajo una forma agradabilissima encierra todos los principios activos de dicho aceite.

DOS FORMAS:

Elixir
Granuladode venta en todas
las farmacias.

A nadie se le ocurriría, en nuestros días, criticar a las mujeres que fuman. El derecho de intoxificarse y molestar muchas veces a los otros, ha dejado de ser el privilegio masculino y han pasado los tiempos en que una dama, no habría osado jamás encender un cigarrillo, no solamente en un sitio público, sino en su propio salón, aunque ella sólo tuviera un visitante.

En estos tiempos de libertad femenina, las mujeres fuman en todas partes y a veces sin medida. No es mi intención ni nada lograria con ello, de disuadirlos de esta costumbre, exponiendo las razones de higiene y de estética, que deberían moderar su gusto por el tabaco. Me limitaré a indicarle en qué momentos convendrá encargarse a él, libremente sin faltar a la educación.

Este gusto, por otra parte, no data de hoy día, si vamos a creerle a Saint-Simón. ¿No nos cuenta él, que Luis XIV, que detestaba el olor del tabaco, descubrió un día a las princesas de la sangre instaladas en el cuerpo de guardia de Versalles, fumando la detestada planta en las pipas de los oficiales? El rey Sol a la vista de las grandes damas que lanzaban en torno de ellas mal olientes nubes, manifestó una cólera violenta y reprendió a las delincuentes con la más terrible severidad. Saint-Simón no dice si ellas manifestaron mucho arrepentimiento, pero tampoco dice que ellas no volvieron a recomenzar.

Entre el hecho de fumar después de las comidas, por ejemplo, después que se toma el café, y el de encender un cigarrillo inmediatamente después que el que se tenía en los labios se ha extinguido, hay la misma diferencia que existe del gusto al vicio, porque esta manía es un vicio, porque es realmente un vicio el fumar sin cesar, vicio que engendra una necesidad, y provoca enfermedades si no se le satisface. No hablaremos de aquellos y de aquéllos para quienes el vicio del cigarro se ha vuelto tan indispensable como el pan y la sal, sino solamente de las personas que fuman sin exceso, y que por consecuencia pueden privarse de incomodar a sus relaciones. Ya hemos dicho que, después de comer y luego de servirse el café, es muy natural que una dama fume un cigarrillo o que un señor encienda un cigarro. La dueña de casa debe, por consecuencia ofrecer el uno y el otro a sus invitados, o hacerles pasar las cajas por la persona que atiende el servicio.

Cuando los invitados han cogido, sea el cigarrillo, sea el cigarro, las cajas deben permanecer abiertas a la disposición de los que deseen fumar de nuevo. Pero, aunque la oferia misma del tabaco da testimonio que el humo no es desagradable para vuestra huesped, es preciso, por una palabra o por un gesto, pedir permiso para encender el cigarro o cigarrillo. El tacto más elemental exige que, si se sabe que entre las personas allí reunidas, hay alguna a quien el olor del tabaco vuelve realmente enferma, se abstenga de fumar, mientras se está en la habitación de aquella a quien daña el tabaco, sin hacer la menor alusión a la pequeña privación que nos hemos impuesto. Por otra parte, si, porque no fumamos nosotros nos vamos a volver intolerantes al gusto de los otros, cometíremos una grave deserción suprimiendo el placer que ellos esperaban. Bajo ningún pretexto debe fumarse durante la comida. En Rusia se veía, hace todavía pocos años encender su cigarrillo a los fumadores entre cada plato, y yo me acuerdo del aspecto singular y un poco feínebre que ofrecían los restaurantes a la hora del almuerzo, cuando en pleno día todas las mesas tenían una bujía encendida que servía para que los clientes encendiieran allí sus cigarros y cigarrillos.

Nosotros no hemos alcanzado todavía ese grado de manía tabaquica, pero ya estamos bastante cerca de ello para que pensemos en ponernos en guardia y defendernos. A las mujeres toca el impedir resueltamente la enojosa costumbre de mezclar el perfume venenoso de la nicotina al sabor de los alimentos, y pueden hacerlo, sin ser tratadas de remilgadas y escrupulosas, con solo no dar el ejemplo!

Siempre es mejor que una mujer evite el fumar en un sitio público, no por respeto humano que felicímate no es de nuestro siglo, sino por que el humo impregna sus cabellos y sus vestidos, arrabatándole una gran parte de su seducción. En cuanto a las muchachas, deben abstenerse, en cuanto les sea posible de una costumbre que es susceptible de crear mal entendidos en su futura vida conyugal, porque por el momento, el número de hombres que no fuman, es tan grande como el de mujeres que no tienen el gusto del tabaco. Si en una reunión, después de haber pedido el consiguiente permiso, se saca el estuche de cigarrillos, es preciso ofrecerlo a las personas con quienes nos encontramos, comenzando por las damas. Un hombre bien educado, desde el punto en que ve a una mujer aprestarse para llevarse a los labios un cigarrillo, debe darle fuego, si no fuma, pero si él fuma, le está prohibido por el buen gusto, ofrecerle su propio cigarroillo para que con él encienda el de ella, amenos que los fósforos falten totalmente, y en este caso, debe excusarse y tender su cigarrillo a la dama, que lo cogera utilizandolo y devolviéndole en seguida, lo más delicadamente posible.

Medicina y Belleza.

El Supremo Medicamento del Silencio.

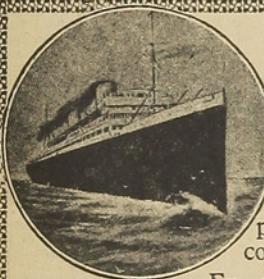
El silencio es oro, dice un proverbio. Pero desde el punto de vista únicamente terapéutico donde yo me coloco, no sólo es de oro, sino de platino, de diamante!

Para un organismo fatigado por el surmenaje o deprimido por una causa cualquiera, (convalecencia de enfermedad) por ejemplo, el silencio es el más activo de los tónicos y reconstituyentes, en el sentido que pone el cuerpo en estado de reparar sus fuerzas perdidas. La naturaleza es una gran farmacia y el hombre puede encontrar en ella casi todos los remedios. Ella ha puesto el silencio al alcance de todos, el silencio, es decir, la ausencia de ruidos ordinarios que nos rodean con su caos ensordecedor.

Si, el silencio es un medicamento. Es el complementario del reposo, el cual es ilusorio en medio del ruido. No os equivoquéis: cuando dormís en medio del estruendo de una ciudad vuestro sueño no tiene la calidad del sueño llevado a cabo en medio de una calma absoluta. Se vive mientras se duerme, y nosotros continuamos inconscientemente sintiendo todos los ruidos que golpean nuestros oídos. Sin duda, la costumbre en ese medio, hace que no percibamos sino parte de esos sonidos, pero si escapan a nuestra conciencia, influyen en nuestras células nerviosas a manera de un traumatismo. I se trata justamente de hacer reposar durante nuestro sueño a estas células nerviosas.

La célula muscular no es tan susceptible. Se repara fácilmente en medio del ruido que le basta con la sola ausencia de acción.

En otro término, un intelectual, un trabajador cerebral, tiene necesidad de un sueño impregnado de silencio. Un labrador puede dormir en cualquier parte. En cuanto a los deprimidos se encuentran en el caso del intelectual, porque son sus cé-



Los lujosos vapores que unen a Valparaíso con el resto del mundo son famosos por su excelente cocina.

En casi todos los transatlánticos se usa exclusivamente la Sal de Mesa Cerebos, lo mismo que se halla en el "home" de toda ama de casa inteligente del mundo entero.

La Sal de Mesa Cerebos nunca desmiente su merecida fama. Sólo hay una calidad—la mejor—para los comedores de este lujoso transatlántico—y para usted.

SAL DE MESA
Cerebos



EL MEJOR PRODUCTO
AGENTES GENERALES
GRAHAM, ROWE & CO.

lulas nerviosas, tocadas, sea por la fatiga, sea por las toxinas, las que necesitan silencio.

El silencio, según mi humilde parecer, forma parte de la convalecencia de todas las enfermedades infecciosas, y muy particularmente de la gripe, enfermedad especialmente deprimente. He creído notar, por ejemplo, que las convalecencias de la gripe son mucho más largas en la ciudad que en el campo. ¿Por qué? A causa del silencio.

¡El campo, recinto encantado del silencio! Es su gran virtud.

¿El oxígeno? Pero si también le hay en la ciudad. I no es un decir mío. Se ha analizado el aire de Montmartre, por ejemplo, y el de pleno campo. El oxígeno existe en ambos más o menos en igual proporción. ¿La alimentación? Es menos sana en las ciudades donde los alimentos se consiguen menos frescos. Sin embargo, los que quieren pagarlos, pueden obtener también en una ciudad, alimentos de frescura absoluta y de primera calidad.

Persisto pues en creer que la gran acción del campo sobre los organismos deprimidos, se debe al silencio. Qué de gentes que quieren rehacer su organismo, piden la salud a preparaciones misteriosas, encerradas en botellas de prometedoras etiquetas. Ya se trata de una pildora, de un líquido, de un polvo, la palabra "fortificante" impresa sobre la caja, las atrae, las himnotiza. I ya son las dos cucharadas de té o los dos cachet tomados cada día, antes o después de las comidas. Todos estos arsenicos, todas estas estricninas, se sabe por donde entran, pero lo que se hacen dentro. ¿Cómo asimilamos esas sustancias? Mejor harían los dominados por la fatiga nerviosa, bebiendo silencio.

Pero el silencio se hace cada vez más raro. Es preciso hoy día buscarlo en ciertos rincones perdidos, para dar con él. I todavía la gente se empeña en arrojarlo de todas partes conduciendo, donde sea, fonos y radios. Ante ese silencio de los campos, interrumpido por los aparatos musicales, me acuerdo de esas palabras de Capus.

En una soirée, una niña se pone al piano y comienza a cantar el célebre romance:

Le soir ramene le silence...
—Entonces, ¿por qué canta ella? —dijo Capus.

DOCTOR LOVARY.

La Aguja Cuento de Niños. Por Andersen

Había una vez una gruesa aguja de coser esteras, tan convencida de ser delicada y fina que casi se creía aguja de coser telas de hilo.

—Cuidado! ¡Ténganme bien! —dijo a los dedos que la tomaban. —Si me dejan caer será difícil encontrarme. Soy tan fina...

—¡Bah! ¡No importa! —dijeron los dedos, —y tomaron la aguja por la mitad del cuerpo.

—Ven? Ahora salgo con mi largo séquito —dijo la aguja de esteras. —Y salió, en efecto, seguida por una hebra muy larga. Pero el hilo no tenía nudo.

Los dedos clavaron la aguja en una botella vieja que tenía la caña descosida. Necestaba una par de puntadas.

—Es un trabajo demasiado grosero —murmuró la aguja. —No podré hacerlo.

Y luego exclamó:

—Voy a romperme! Vvoy a romperme!

Y se rompió, en efecto.

—No dije? Soy demasiado fina... Demasiado fina...

—Ya no sirve para nada —dijeron los dedos; —pero debieron sostenerla un momento más para que la cocinera dejara caer una gota de lacre en un extremo roto y hiciera así un afilador para prenderse el chal.

—Heme convertido en un afilador de señora —dijo la aguja de esteras. —Está segura de que haría carretera. Cuando se tiene algo en si, siempre se llega a algo.

Y sonrió discretamente, con air de satisfacción. Lástima que nosotros no podamos ver la sonrisa de las agujas. Y se erguía muy orgullosa en su nuevo puesto, mirando altivamente, como si manejara una carroza de cuatro corceles.

—Disculpe la pregunta: ¿usted es de oro? —dijo la aguja a un afilador vecino. —Su aspecto es bastante satisfactorio. Se conoce que tiene cabeza, aunque no es muy grande. Sería bueno que se esforzara por crecer. No todos tienen la

sueerte de que les caiga en la cabeza un trozo de lacre.

Y la aguja alzó la cabeza con tanta altanería que se desprendió de la pañuelita de la cocinera y cayó precisamente en el caño de la piletita.

—Heme partido para un largo viaje —se dijo. —Con tal de que no me pierda!

Su temor resultó confirmado: la aguja se perdió.

—En verdad soy demasiado fina para este mundo —pensaba mientras yacía en el fondo del albañal. —Pero, por lo menos, me conozco a mí misma, y esto es siempre un consuelo.

Así la aguja de estera conservó su orgullo y no perdió el buen humor. Pasaban, flotando sobre su cabeza, toda clase de objetos: harapos, pajitas, trozos de periódicos.

—Fijense cómo navegan —decía la aguja. —No sospechan quién está debajo. Yo me quedé aquí muy tranquila. Allá va un trapito. Se diría que no ha encontrado en el mundo nada mejor que pensar en si mismo. Ahora una paja... No hace más que dar vueltas sobre si misma. Piensa en otra cosa, hijita. Cuando uno no tiene ojos sino para sí, corre el riesgo de ir a pegar en una piedra. Allá va un pedazo de periódico. Hace tanto que ha sido olvidado lo que tiene escrito, y, sin embargo, qué tono se da! Encuentro a mí, me quedé aquí tranquila y pacientemente. Sé quién soy y quedo contento.

Un día se detuvo a su lado algo que brillaba. La aguja creyó que era un diamante, si bien no era más que un pedacito de vidrio de botella. Y como brillaba tanto, la aguja le dirigió la palabra dándose a conocer como afilador de corbata.

—Supongo que es usted un diamante.

—Sí; algo parecido.

Y cada uno creyó que el otro era un objeto de gran valor; y comenzaron a hablar de las cosas del mundo con cierto desdén.

—Vivía en una caja perteneciente a una señora —refirió la aguja. —Esta señora era cocinera y tenía cinco dedos en cada mano: jamás he visto gente más fastidiosa que esos dedos. No había más que ellos para sacarme de la caja y para ponerme en ella.

—Eran por lo menos, de buena familia? Brillaban por alguna virtud? —preguntó el trocito de botella.

—¿Cómo no? —replicó la aguja.

Pero de una soberbia insufrible... Eran diez hermanos, todos de la familia de los dedos, y vivían muy unidos, aunque eran de diversa estatura. El mayor es don Pulgar, individuo rechoncho, no tiene más que una articulación en el espinazo y no sabía, por consiguiente, hacer más que una reverencia; sin embargo, sostenía que él faltaba en la mano el nombre no podía ir a la guerra. El segundo, don Lameplatos, nubarrón, en lo agrido y en lo dulce, se permitía señalar el sol y la luna y pretendía que eran suyos los signos que el hombre dejaba al escribir. Don Largo, el tercero, miraba a los demás por encima del hombro. El cuarto, Fajadeoro, se pasaba veinte horas porque llevaba un cinturón dorado, y el último, don Pebebete, se pasaba el día sin hacer nada, lo que no impedía que se diera aires de importancia. ¡Oh, le aseguro que en esa familia no andaba escasa la vanidad! Por eso me fui.

—Y ahora estamos aquí y brillamos— dijo el trocito de vidrio.

En eso entró en el albañal tal cantidad de agua que arrastró al trozo de vidrio y se lo llevó.

—Ese pobre ya está otra vez en camino —pensó la aguja. —Yo, en cambio, aquí me quedé. Soy demasiado fina. Pero este es mi orgullo. Estoy por decir, al verme tan sutil, que naci de un rayo de sol. Y hasta me parece que los rayos de sol, mis hermanos, me están buscando aquí, debajo del agua. Si tuviera todavía el ojo que perdí al romperme, lloraría de emoción... Mejor dicho, no; no lo haría: llorar no es cosa propia de gente distinguida.

Un día dos chiquillos se pusieron a revolver el fondo del albañal con la esperanza de hallar clavos viejos o alguna moneda.

—Oh! —exclamó de pronto uno de ellos que se había pinchado con el pedazo de aguja. Aquí tienes algo para ti.

—No soy «algo»; soy un caballero —dijo la aguja.

Pero no le hicieron caso. El pedazo de lacre se había desprendido y la aguja se consideraba más fina que antes.

—Mira: ahí viene flotando una cascara de huevo —dijo uno de los chiquillos.

Y clavó la aguja en el centro de la cascara, y puso a ésta en el agua sucia que corría por la calle.

—Bien; bien—pensó la aguja. —Las paredes blancas hacen resaltar el vestido negro. Ahora se me verá más. Con tal de que no me dé mareo...

Pero no le dió mareo y la aguja se dio:

—Contra el mareo, lo mejor es un estómago de acero y la conciencia de ser más que los otros. La gente distinguida es la más resistente...

—¡Crac! —hizo de pronto la cascara de huevo, aplastada por la rueda de un carro.

—Oh, cielos! ¡Qué catástrofe! —exclamó la aguja. —Ahora si que me dará mareo. ¡Ay! ¡Voy a romperme!

Pero no se rompió, aunque la rueda le pasó por encima. Allí se quedó tendida y allí debe estar todavía.

GYRALDOSE

M. R.

para la higiene íntima de la mujer

LA GYRALDOSE

se presenta en forma de polvos o de comprimidos. Es un producto que no es ni un simple caustico, desinfectante y desinfecta, es microbicida, compuesto a base de polidiana, de glicerina, de terebentina, de aceite de almendras y salicálico. Lo emplea mañana y tarde toda mujer recelosa de su higiene.

Comunicación
a la Academia de Medicina
(14 de Octubre de 1913)

Antiséptico
y Perfumado

Establishement CHATELAIN
Proveedores de las Hospital
2 bis, Rue de Valenciennes
Paris, a todas las farmacias

Avenidas:
ARDITI & CORRY
643 Moneda
SANTIAGO



La GYRALDOSE de belleza y esbeltez

Base: Ácido Timíco y Pyrolisan.

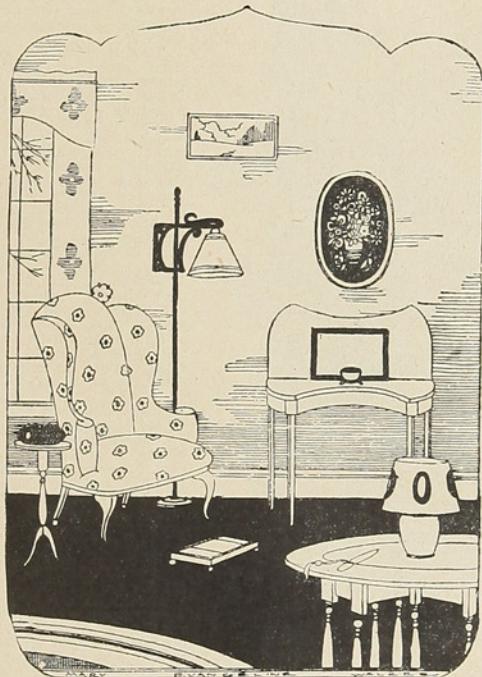
IMPORTANCIA DE LOS COLORES EN LA DECORACION

El color ha llegado a tomar una boga tan predominante en la decoración de nuestros interiores, que muchas veces se emplean sin el discernimiento necesario acerca de la armonía de sus contrastes. Para un hábil decorador cada color tiene su significado especial en el decorado de una casa, y se combinan para obtener resultados específicos.

Los colores que por sí mismos son luminosos se emplean para imitar el reflejo del sol y están muy indicados para comunicar luz y alegría a los apartamentos orientados al norte. Este es su pro-

la vista y cuya acción es pasiva sin estimular ni deprimir. Su propia insignificancia y falta de definición les permite armonizar con todos los tonos y mobiliarios. Si bien las tintas neutrales son de inmenso valor en el decorado de los interiores, debe evitarse el prodigarlas para no caer en un defecto de monotonía, cuyo resultado inmediato sería causar una reacción desagradable sobre la vista y los nervios.

Una necesidad actual. — Nunca como ahora ha sido tan imperiosa la necesidad de que una ama de casa conozca el



pósito material. Pero esos mismos tonos pueden ejercer una saludable influencia en la persona que los habite, siendo causa de una favorable reacción, y en esto consiste su valor psicológico.

Colores oscuros. — Los colores oscuros son necesarios para atenuar los tonos vivos a fin de que éstos no lleguen a molestar la vista de las personas que hayan de vivir entre ellos y también para evitar el que una decoración resulte demasiado ostentosa. Los colores oscuros son esenciales en las habitaciones llenas de sol. Por un fenómeno de óptica parece que acercan las paredes, y, así, deben emplearse cuando se deseé que un apartamento disimile el ser demasiado grande para el objeto a que se le destina. Si el mobiliario es rico y dominan en él los matices vivos, un fondo obscuro en paredes y suelo será lo que más haga resaltar el valor del conjunto.

Colores discretos. — Se designa así a los colores neutrales, que nunca ofenden

acerca del empleo de los colores si quiere dar un sello artístico a su hogar. Los violentos contrastes, llamados orgía de colores, deben ser empleados con grandes reservas y únicamente en el caso de que la estancia sea de vastas dimensiones y toda su decoración y mobiliario armonicen con dicho estilo. Desde luego, las paredes pintadas hoy día solo pueden permitirse si toda la elegancia del apartamento está en consonancia con este refinamiento o en habitaciones de un estilo especial.

Indicaciones que se han de tener en cuenta. — Antes de proceder al decorado de una habitación, el ama de casa debe estudiarla detenidamente y, sin perder de vista los muebles que han de ir en ella, decidir qué grado de tonos vivos puede soportar y qué cantidad de matices neutrales son necesarios para producir la deseada armonía, que esté tan distante de la tendencia caótica común de la insulsa monotonía.



Suavidad en la Escritura

La pluma fuente "CONKLIN" le prestará útiles servicios durante toda su vida.

La "CONKLIN" "Endura" está fabricada con un material irrompible, denominado "Piroxilina", que por su fuerte consistencia y liviandad, constituye la mejor garantía de duración.

El servicio gratuito de reparación, que sus fabricantes ofrecen por intermedio de sus agentes distribuidores, constituye el mejor SEGURO DE DURACION INDEFINIDA.

Únicos Distribuidores:

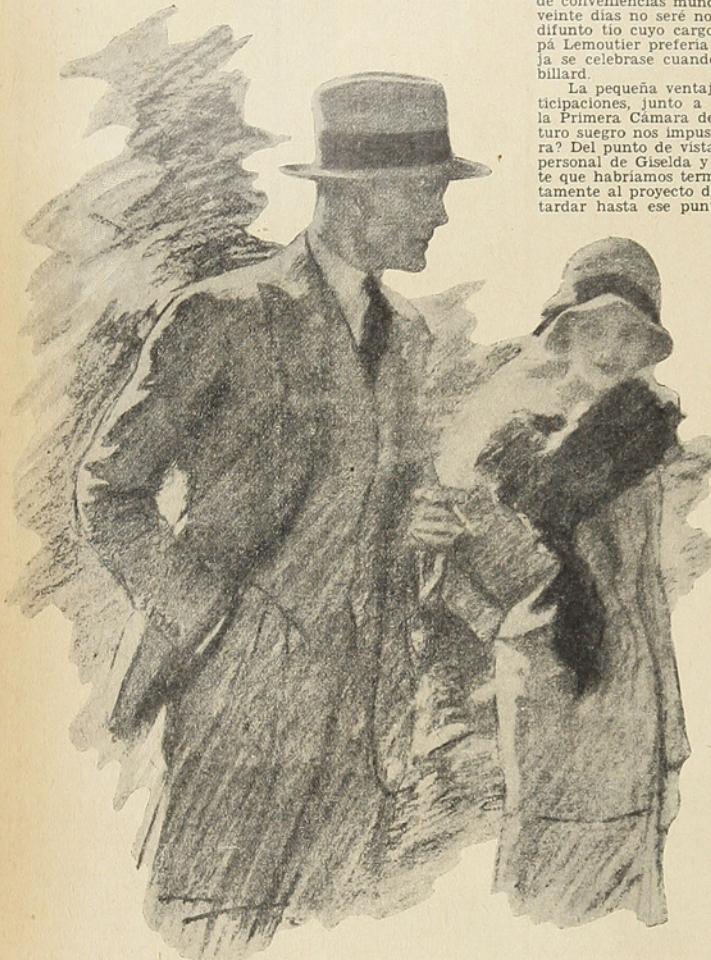
UNIVERSO
SOCIADAD MÓDENA Y LITOGRAFÍA

Cástilla 102 V.

Valparaíso

Conklin
ENDURA

Ruptura de Relaciones



¡Ay, mi buen camarada! ¡En qué fastidio se ve envuelto tu pobre amigo mientras te escribe estas líneas!

¿Qué me sucede? Escucha. Tú sabes que yo estaba comprometido con Giselda Lemoutier, la hija del escribano doctor Lemoutier; tú sabes que debíamos casarnos dentro de tres semanas; tú sabes que nos adorábamos... Pues bien: desde hace exactamente dos horas, mi matrimonio ha quedado probablemente deshecho; en todo caso, mi noviazgo ha sido roto... y bien roto.

¿La causa de este cataclismo?... Es toda una historia, una historia estúpida como... una historia estúpida, pero de la que, ¡ay!, no

veo por el momento la forma de escabullirme decorosamente... Creo haberle dicho ya que nuestro enlace no había tenido lugar con anterioridad por razones

de conveniencias mundanas. En efecto: hasta dentro de unos veinte días no seré nombrado camarista en reemplazo de mi difunto tío cuyo cargo me corresponde por escalafón. Y papá Lemoutier prefería esperar para que mi unión con su hija se celebrase cuando yo fuese ya el camarista doctor Rollard.

La pequeña ventaja de poder hacer imprimir en las participaciones, junto a mi nombre, la mención "Miembro de la Primera Cámara de Apelaciones", ¿justificable que mi futuro suegro nos impusiera a Giselda y a mí semejante espera? Del punto de vista de la "galería", quizás; pero del punto personal de Giselda y mío, ciertamente que no. Y es evidente que habíamos terminado, ella y yo, por oponernos resueltamente al proyecto de este excelente papá Lemoutier de retardar hasta ese punto el momento en que podríamos, por fin, amarnos sin testigos, si... si... si en un día reciente no hubiésemos contraido la costumbre — un poco censurable, desde luego, pero tan dulce — de vernos intermitentemente, a oculitas, distantes de todos.

De qué manera procedímos?... Debes figurártelo. Todas las mañanas, cuando Giselda preparaba con su madre el empleo del tiempo del día, ella proyectaba ir a pasar un momento, por la tarde, en casa de ésta o aquella amiga. Y por la tarde, en lugar de trasladarse efectivamente a casa de su amiga Berta o de su amiga Susana, iba a reunirse conmigo en un lugar que ambos habíamos determinado con antelación (parada de omnibus, estación de subterráneo, etc.), desde donde iniciábamos deliciosos paseos a pie, de brazo, a través de las callejuelas desiertas de un barrio excéntrico, o deliciosas excursiones al Bois, amorosamente estrechados el uno contra el otro dentro de un taxi.

Y, de esta manera, las cosas se desarrollaban de acuerdo con los deseos de todos, inclusive de papá Lemoutier.

Mas, he aquí que hoy...

(Me interrumpo, pues hago mal en querer precipitar así, subitamente, la cadencia de mi narración. Respetemos el arte de las preparaciones, administremos nuestros "efectos", ¡que diablos!...)

Hoy, pues, como los días precedentes, estaba citado con Giselda a las cinco de la tarde, en una estación del subterráneo, en la estación de la plaza del Teatro Francés. De allí partimos en taxi para el Bois, y lo recorrimos en todas direcciones por espacio de dos horas. Luego, a las siete, dejé a mi querida novia en las proximidades de su casa; si a las siete y no más tarde, pues, como todo buen novio, cenó diariamente en

casa de mis futuros suegros y necesitaba pasar antes por mi apartamento...

Ahora bien, generalmente, cuando llego a casa de Giselda a alrededor de las ocho de la noche, es a ella a quien encuentro en el salón, esperándome y preparada a recibirme con una sonrisa de complicidad: "¡Ah, qué tarde tan dichosa ha pasado! ¡Chist! Callemonos. Podrían oírnos." Pero hoy, por excepción, ha sido con papá Lemoutier con quien me he encontrado cara a cara, apenas introducido en el salón; con un papá Lemoutier muy diferente del que yo había conocido hasta entonces, con un papá Lemoutier de una frialdad desconcertante.

— ¡Ah, es usted, señor! — se ha sonreído agraciadamente al verme entrar. — ¡Celebro verle! Le esperaba... ¡Tengo que hablarle.

— ¿Tiene usted que hablarme, mi querido papá suegro? — he interrogado, vagamente inquieto. — ¿Y de qué se trata?

— ¿De qué se trata?...

Papá Lemoutier se ha tornado más frío y distante, si ello era ya posible. Y ha proseguido en estos términos:

(Continúa en la página 62)

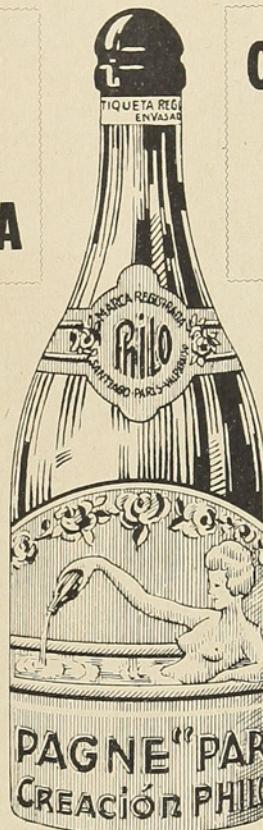
Exija
películas
de esta
marca



Son las
mejores
= del =
mundo

LA MEJOR
AGUA
DE COLONIA

CHAMPAGNE
PARA
EL BAÑO



NOMBRE Y ETIQUETA REGISTRADOS

CREACION "PHILO"

SANTIAGO
Huérfanos, 1020

CASA PHILO

VALPARAISO
Condell, 213

Precio de la botella: \$ 12.00. La remite al interior, contra reembolso, la Droguería Francesa, Huérfanos, 840, y la Casa Philo.

DE VENTA EN TODAS PARTES

El marqués D'EON, o el secreto del caballero mujer

Hace algún tiempo, una de nuestras lectoras nos preguntó respecto de la verdadera e histórica personalidad del marqués d'Eon. Nosotros no teníamos noticia alguna de este personaje, y no pudimos complacerla. He aquí ahora lo que hemos sabido, gracias al interesante libro del señor Charmain, que ha venido a informarnos sobre el personaje de la película que vimos el año pasado y que tanto llamó nuestra atención. Cuando se lee, ya en las memorias de la época o ya en libros como en el del señor Charmain, que se han consagrado a este personaje, la extraordinaria vida de la "marquesa de Eon", se pregunta uno con admiración, cómo, en una época de policía, se pudo durante tanto tiempo mantener el engaño sobre el verdadero sexo de este antiguo capitán de dragones, que se hizo mujer por obra y gracia de la mayor parte de sus contemporáneos.

Tan manifiesto error parece increíble. Se acaba por dudar del buen sentido de Luis XVI y de Luis XV. Y, sin embargo, un hecho diverso muy reciente que ha tenido a Inglaterra por cuadro, no nos da cuenta de que una mujer, Mrs. Smith se transformó en "coronel Barker", lleva uniforme, contraía deudas, llegó en su audacia hasta contraer matrimonio con una distinguida señorita?

Ahora si los ingleses, que han gozado siempre de un espíritu positivo, han sido mistificados en pleno siglo XX por una aventurera disfrazada de hombre, ¿qué tiene de sorprendente que los franceses — y los ingleses también, del siglo XVIII — hayan creído en la autenticidad de un aventurero disfrazado de mujer?

Entonces aquello fué un misterio. Hoy ya no lo es. Los documentos aquéllos han sido puestos al día y aclarados todos los puntos oscuros de la peregrina historia. Después de otros muchos, la biografía que acaba de darnos el señor Charmain acaba de quitar definitivamente el velo a la verdad. La marquesa de Eon fué en realidad el marqués de Eon. Pero por razones de qué sorprendente azar, ¡por qué inimaginables circunstancias!

El verdadero nombre de este personaje era Carlos Genoveva, Luis, Augusto, Andrés, Timoteo d'Eon de Beaumont. (Advertid que una fantasía no premeditada de su familia había colocado entre sus nombres el de Genoveva, que es tan esencialmente femenino). Nació en Tonnerre en 1728. Su padre era director de los dominios del rey. Su infancia y su juventud transcurrieron como la de todos los muchachos. Después de sólidos estudios adquirió el título de doctor en Derecho y fué abogado del Parlamento de París. ¡Abogado! Segunda indicación del destino. Hubo de llevar faldas. Pero es de creer que esta falda negra sin atractivos no le gustó, porque no tardó en abandonarla, primera para hacerse agente secreto de Luis XV en Rusia y luego para entrar en la Armada. Y la futura marquesa, entonces capitán de dragones, se reveló en la

batalla de Cassel y en varios otros sitios, un soldado muy bravo.

Probablemente, d'Eon habría seguido la carrera de las armas, pero el destino lo dispuso de otra manera.

Luis XV se acordaba de los servicios prestados por su agente secreto en Rusia, y entonces lo envió a representar el mismo rol en Inglaterra. Y fueron los ingleses los primeros en feminizar al antiguo capitán a pesar suyo.

En Londres, d'Eon fué lo que debía ser, es decir que, joven, lleno de atractivos y amigo del placer, se hizo notable en los bailes, las comidas, las caza y las reuniones deportivas.

Pero la naturaleza había dado a nuestro hombre una apariencia frágil, delicados y finos rasgos. Ni una sombra de barba ensombrecía su mentón ni sus rosadas mejillas. Por otra parte, y contrariamente a lo que hubiera podido esperarse de un hombre tan gentil, no se le conocía ninguna aventura galante. Pronto circuló en Londres el rumor de que el agente enviado por Luis XV era una mujer disfrazada y todo el mundo o casi lo creyó. Las muchachas le escribían para saber la verdad y la leyenda crecía.

En seguida, es curioso constatarlo, d'Eon tomó la cosa a mal. Se enojó, protestó, distribuyó algunas bofetadas y declaró públicamente:

"Probaré a los ingleses, tanto como sea necesario, no solamente que soy un hombre, sino un capitán de dragones con las armas en la mano".

Nadie osó aceptar el desafío, pero la leyenda continuó extendiéndose no sólo en Londres sino también

en Francia. Pero, sin duda d'Eon reflexionó. Pensó que esta nueva personalidad podía ser útil a sus designios. Dejó entonces cundir la voz y aún obró de suerte de acrecentar las dudas.

Finalmente se produjo este acontecimiento extraordinario: Beaumarchais, el padre de Figaro, había sido enviado a Londres por Luis XVI para tratar un asunto secreto y fué puesto en relaciones con d'Eon, que debía remitir al rey papeles de importancia. Se volvieron a encontrar. D'Eon le reveló "que era una mujer". Beaumarchais se convenció en el acto, y al dar cuenta de su misión a Luis XVI, escribió esta frase que ahora nos hace sonreir: "Cuando se piensa que esta perseguida criatura es de un sexo al cual se le perdona todo, el corazón se mueve a dulce piedad".

La mistificación no debía detenerse allí. Para cuidar de los papeles en cuestión, d'Eon había exigido una renta viagera de doce mil libras. Esta se le acordó, pero Beaumarchais puso una condición, a saber, que el marqués d'Eon no volvería a ser tal, sino que recobraría su verdadera personalidad y no volvería a llamarse sino la marquesa d'Eon.

"Exijo, escribió el autor de Figaro, que la farsa que ha ocurrido hasta hoy la persona de una joven bajo la apariencia del marqués d'Eon, cese para siempre y sin procurar molestar a Carlos Genoveva Timoteo d'Eon con un cambio

(Continúa en la página 63)



EL CUTIS

Casi se puede asegurar que un cutis áspero o manchado es señal infalible de alguna deficiencia en el estado general. Hoy día, que tantas cremas se venden y se emplean con prodigalidad, es punto menos que imposible el que exista una mujer de mediana cultura, cuyo cutis sea defectuoso por falta de limpieza. Pero no hay cremas, jabones ni agua que pongan diáfano y terso un cutis si la alimentación es falsa o el funcionamiento del cuerpo no es normal.

Si alguna de mis lectoras no está satisfecha con su cutis, pruebe el siguiente tratamiento durante unas semanas y es muy probable que el resultado sea satisfactorio. Al irse a la cama, untese el rostro con una crema que limpia, cuidando de que penetre bien en los poros. Después se moja un paño blanco y fino en agua y jabón caliente, eliminando toda la grasa. Si después de esto el cutis queda demasiado seco, aplíquese otro poco de crema y si se notaran algunas arrugas, háganse desaparecer mediante un masaje facial.

La absoluta limpieza del cutis por la noche y los usuales cuidados durante el día es todo lo que necesita un cutis para mantenerse fino y terso por lo que respecta a medios exteriores. Si, a pesar de su empleo, el cutis no mejora y sigue áspero y con manchas, es indudable que la causa es interna. En ese caso es indispensable cambiar de régimen alimenticio, suprimiendo la mayor cantidad de grasas que sea posible, disminuyendo a la mitad el consumo de carne y aumentando considerablemente el de verduras cocidas o crudas y sobre todo la fruta. La carne, principalmente la de buey o cerdo, es difícil de digerir y sus fermentos producen acidez en el estómago y trastornos generales. Si después de unas cuantas semanas del cambio de alimentación no se halla mejoría, lo más prudente será consultar a un médico para que éste haga un detenido reconocimiento.

EDNA KENT FORBES

LA RONDA

Si todas las mozas del mundo la mano se quisieran dar en torno del mar un corro podrían formar.

Si todos los mozos del mundo se hicieran marineros podrían hacer con sus barcas un puente por encima del mar.

Y entonces en torno del mundo podríase un corro formar si toda la gente del mundo la mano se quisiera dar.

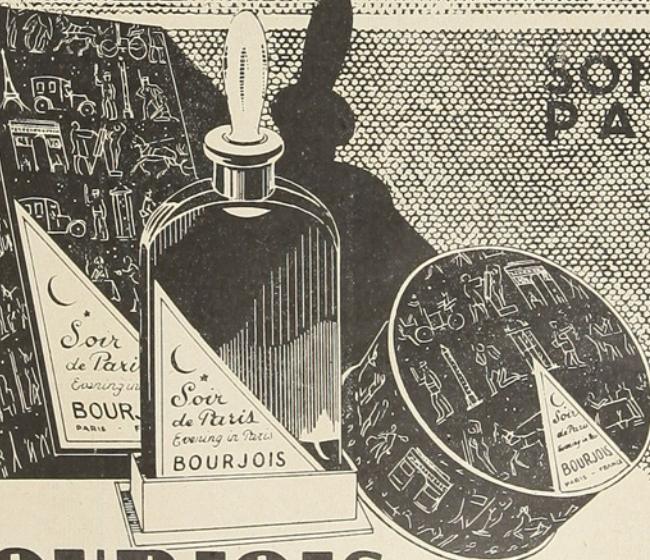
**EXIJA
CANDEE
BOTAS Y ZAPATILLAS PARA LLUVIA Etc.**



BUSQUE ESTA MARCA EN LA SUELA

PIDALAS EN TODAS
LAS ZAPATERIAS

SOIR DE
PARIS



BOURJOIS

SOLICITE UD. DE SU PROVEEDOR TARJETAS PERFUMADAS.

Concesionario para Chile:

AUGUSTO MEY TRE

VALPARAISO

CALLE OHIGGINS, 72, 74, 76.

LOS PERFUMES
QUE ASEGUAN
PERSONALIDAD

Instituto de Belleza

Dra. Elva de Tagle

Especialista en imperfecciones del cutis. Atiende nuevamente a su clientela.

«Mi tratamiento Bizzornini, que extrae radicalmente el vello, se compone de tres preparaciones: la primera extrae el vello de raíz y las dos siguientes, son para que no vuelva más a salir. Su aplicación es de lo más fácil y no dura en absoluto el cutis. Pida prospecto gratis. Se envía todo pedido de provincia. —Dra. ELVA DE TAGLE — San Antonio 265, Casilla, 2165.

NOTA.—«Mi tratamiento Bizzornini jamás se ha vendido bajo otro nombre; es de mi propiedad y está debidamente registrado con la marca de fábrica, bajo el N.º 11,978, desde el año 1914».

MENU

ALMUERZO

Caldo de cabeza de cordero.
Budin de mondongo.
Tortilla improvisada.
Espumilla.

Caldo de cabeza de cordero.

Se le sacan los sesos a una cabeza de cordero y se deja un rato en agua fría, se pone después a hervir en mucha agua,

VIGILAD VUESTRO ESTOMAGO

Muy pocos pacientes dedican la atención necesaria a los primeros síntomas de un disturbio estomacal. Las más temibles afecciones estomacales tienen un origen benigno, empezando con ligeras molestias del tramo digestivo, tales como pesadeces, flatulencias y una vaga sensación de dolor después de las comidas; que después de cierto tiempo dan lugar a manifestaciones de orden crónico, algunas veces graves. Dedicad desde el período inicial la mayor atención a combatir tales disturbios estomacales, tomando al primer síntoma de dolor, media cucharadita de las de café de Magnesia Bisurada en un poco de agua caliente. La Magnesia Bisurada no solamente neutraliza el exceso de acidez, causa de la mayor parte de los disturbios mencionados del aparato digestivo, sino que además suaviza y protege los delicados epitelios de la cavidad gástrica. La Magnesia Bisurada (M. R.) se vende en todas las Farmacias.

Base: Magnesia y Bismuto.

DEL DOMINGO

añadiéndole sal, dos cebollas, dos clavos de olor, dos nabos, una zanahoria, perejil, un vaso de vino blanco y una taza de cebada perlita; cuando la cabe-

y las zanahorias; se une bien todo y se le pone el arroz cocido y escurrido, sal, pimienta, pan rallado y dos huevos batidos. En una sartén se echa un poco de aceite, se le agregan dos dientes de ajo, y cuando están quemados se retiran y se hace la tortilla.

Espumilla

Se baten bien una docena de yemas de huevos con 500 gramos de azúcar; aparte se baten las claras a punto de nieve, se mezcla todo y se ponen a fuego, revolviéndolas hasta que se espesa.

COMIDA

Macarones saltados.
Fritos de zanahoria.
Redondela de ternera.
Budin de nieve.

Macarrones saltados

Se cuecen los macarrones en leche o agua con sal, se cuelan y se colocan en una fuente; se les pone un panecito de manteca derretida y mucho queso parmesano rallado. Se les puede poner también salsa de tomate colada.

Fritos de zanahoria

Se cuecen las zanahorias con sal y se deshacen bien; se les pone tres huevos, leche, pan rallado, sal y azúcar; se forman croquetas y se frien en grasa bien caliente.

Redondela de ternera

Se dorá en aceite una redondela de ternera. Aparte se hace una salsa poniendo a calentar aceite y grasa; se le agregan cebollas, tomates y pimientos, todo picado; se le pone caldo, sal, pimienta, un poco de vino y una cucharada de conserva de tomate; se le añade una cucharada de harina para espesar y una cucharada de azúcar, se cubre la redondela con la salsa y se deja pasar a fuego lento.

Budin de nieve

Se batén seis claras con dos cucharadas de azúcar, se acaramea una budinera y se ponen a cocer al baño de María. Aparte se batén las seis yemas con seis cucharadas de azúcar y vainilla; y una vez que están a punto se espesa se ponen a cocer al baño de María como si fueran papilla; cuando se espesa se retira. Se pone el budín en una compostera y el dulce de huevo alrededor.

CURA GÁSTRICA

Gelosa, Gelatina, Caolín purificado

ARDOR
PESADEZ ACIDEZ
CALAMBRES

GASTRALOSE

M.R.
TABLETAS

Dosis:

DOS TABLETAS UNA MEDIA HORA ANTES DE CADA UNA DE LAS COMIDAS PRINCIPALES, POR LA MAÑANA AL LEVANTARSE, POR LA NOCHE ANTES DE ACOSTARSE, EN CASO DE NECESIDAD EN EL MOMENTO DE LAS CRISIS DOLOROSAS.

La GASTRALOSE tómase al natural o disuelta en un poco de agua

El jardín de los poetas

CORAZON DOLORIDO DE SUEÑOS

Con la hoz lunar sobre los hombros,
Se va la noche por la pradera celeste de la madrugada.
En la rama musgosa del tiempo
Un nuevo día abre su flor de plata.

La bruja Silt hace bailar los siete colores
sobre el globo azul de la brisa recién llegada.

Corazón dolido de sueños nocturnos,
Hazte a la mar con el sol marino,
Toma estas tres margaritas de oro
para ir deshojándolas en el viento.

Toma esta caracola de nácar
Para jugar a las escondidas con los ecos.

Cuando tires la red en el agua espejante,
Arrojo tu fiebre como pasto de los peces de la mañana.
Corazón dolido de sueños esnudos,
Aljérate en la luz y vistete con la inocencia del alba.

BALADAS DEL HOSPITAL

Ecos de alma lejana,
como un canto mortuorio,
flotan dentro la ufana
virtud del oratorio;
presurosa la Hermana
penetra al consultorio:

su faz de porcelana
en resto de ofertorio
le sonríe a la mañana;
y una mosca revuela en la ventana
cuál violin ilusorio.

El Cristo en ansia vana
por abrazar se afana
clavado en la pared...

—Hermana, buena Hermana,
acérqueme la taza de tisana
que me muero de sed.

La hora se engalana
al calor enervante,
con el sopor que emana
el trozo de diamante
que corta la ventana;
la mosca su pavana
ya no balla temblante;

lee un breviario la Hermana,
y en la pieza olorosa a valeriana
dormita el practicante.

El Cristo en ansia vana
por abrazar se afana
clavado en la pared...

—Hermana, buena hermana,
retirame la taza de tisana
que ya no tengo sed.
De la sala cercana
surge un hábito yerto:
ya no tose la anciana
que mantuvo despierto
mi sueño en la mañana,
la mosca en vuelo incierto
se va de la ventana
por un vidrio entreabierto:
y una voz extrahumana
en la brumosa obscuridad arcaica
como que anuncia un puerto...

El Cristo en ansia vana
por abrazar se afana
clavado en la pared.

—Hermanita, mi Hermana,
dáme otra vez la taza de tisana
que estoy muerto de sed.

Jorge Mateu.

L A P A L M E R A

Al llegar la hora esperada
En que de amarla me muera
Que dejen una palmera
Sobre mi tumba plantada.

Así, cuando todo calle,
En el olvido disuelto,
Recordará el tronco esbelto
La elegancia de su tale.

En la copa, que su alteza
Doble con melancolía,
Se abatirá la sombría
Dulzura de su cabeza.

Entregará con ternura
La flor, al viento sonoro,
El mismo reguero de oro
Que dejaba su hermosura.
Y sobre el páramo yerto,

Parecerá que su aroma
La planta florida toma
Para aliviar al desierto.

Y que con el deleite blando
Hasta el nomade versatil
Va en la dulzura del dátil
Sus dedos de ámbar besando.

Como un suspiro al pasar..
Palpitando entre las hojas
Murmurará mis congojas
La brisa crepuscular.

Y mi recuerdo ha de ser.
En su angustia sin reposo,
El pájaro misterioso
Que vuelve al anochecer.

LEOPOLDO LUGONES

¡COMO CAMBIAN LOS TIEMPOS!

¡Como cambian los tiempos! ¡No recuerdas? Un día,
bajo el embrujamiento divino de tus ojos,
negros como mis penas, provoqué tus enojos
con decirte que al cabo tu rigor vencería.

¡Con qué extraña y sañuda, tenaz antipatía,
pagaste desde entonces mis cálidos antojos!
Para mí no tuvieron nunca tus labios rojos
sino desgarrradoras sonrisas de ironía.

Pero por sobre todo triunfó mi crudo empeño.
De noble y fiel esclavo me convertí en el dueño
de todos tus afectos, en tu único señor.

Y hoy, al ver lo mimosa que te muestras conmigo,
pienso en aquellos tiempos pasados y me digo:
"¡Cuán corta es la distancia que hay del odio al amor!"

JOSE GUILLERMO BATALLA

E L E X T A S I S

Cose, en silencio, bajo la lámpara,
una gorrilla rosa.
Jamás se vio tan linda y dulce cosa.

Vibra, de pronto, en la amplia túnica
con extraña sonrisa.
La labor de su mano se desliza.

Aguarda así, atenta y pálida,
trémulo el pecho:
¿a qué luz se volvió su alma en acecho?

Nunca este agudo espasmo de éxtasis
dió a su rostro color
al cenirlo los brazos del amor.

Nunca tan bella rió entre lágrimas
en la hora de pasión
unidos corazón y corazón.

Así la bruna hija de Nazareth
vió la sagrada luz.
las dos manos, humilde, uniendo en cruz.

Así escuchó la voz nueva y terrorífica
que dice a la dormida
ternura maternal: "Héme aquí,
¡oh Vida!"

(De Ada Negri)

A F I N A M E N T O

El alma, que me crece cada día,
Va quemando mi carne adelgazada
Y es sólo un hez de luz la carne mia
Un velo transparente a la mirada.

Ya se me puede ver, dentro del pecho,
Desmesurado, el corazón sangrante
Y oír rodar el río palpitante
De mi sangre a tumultos en su lecho.

Como una planta hacia la altura crezco,
Si respira otra vida yo padezco
Y zumba en mi pasión toda pasión.

Música dulce fluyen mis entrañas,
Y si el viento me roza las pestanas
Ya muere carne de mi corazón.

Alfonsina Storni

EL RETO

Al entrar en su villa, Héctor de Combezón encontró en el jardín a su mujer, que salía.

—¿A dónde vas, querida? —le preguntó.

—A casa de tu abogado.

—¿Para qué?

—Porque tu conducta me desagrada. Tengo dudas acerca del amor que me tienes.

Pero, querida, demasiado sabes que te quiero y que dese de que nos casamos todas las aventuras amorosas de mi juventud pasaron a la historia.

—Pues eso es lo malo en tí. De tus éxitos femeninos de otros tiempos te ha quedado un aire de conquistador que resulta impertinente y molesto. Hablas a mis amigas en un tono que parece decir: "Ya puedes agradecer que yo no sea libre; porque si no caerías en mis brazos sin ofrecer la menor resistencia". Ayer tarde, sin ir más lejos, estábamos en el parque con los señores de Varenne. Laura es amiga de la infancia. Es una mujer seria, en la que tengo gran confianza. Está casada hace seis meses. Pues cuando la hablabas y la mirabas parecía que te dirigías a una mujer frívola de la que fueras facilísimo triunfar. ¿Crees que Laura es mujer capaz de escuchar una declaración de amor?

—No lo sé, hija; no he probado todavía.

"Todavía". Esta palabra es ya una confesión. Pues bien, intentalo; te lo permito.

—Estás de broma.

—Nevera bromeo con las cosas del corazón. Te repito que intentes hacer el amor a Laura.

—¿Y si me niego?

—No volveré a dirigirte la palabra.

—Es decir, que insistes en que haga la corte a Laura, tu amiga?

—Si. Quiero que veas humillada tu vanidad de Don Juan y aprendas que todavía hay mujeres honradas en París, y que Laura es una de ellas.

—Entonces, si tú lo deseas...

—Quieres darme una lección?

—Sí.

—¿Y si fueras tú quien la recibieses? Si conquistase a Laura, ¿me guardiarías rencor?

—No. Este triunfo implicaría de tu parte una reputación tal de irresistible que no tendría más remedio que inclinarme y admirarte como el hombre a quien no pudo resistir la mujer más virtuosa. Serías un Don Juan moderno.

—Entonces, ¿convenido?

—Convenido.

Al día siguiente Héctor no fué a almorzar a su casa; al otro, no fué a cenar; al siguiente, no fué a dormir.

Al regresar por la mañana le preguntó:

—Creí que te había ocurrido algo.

—He pasado la noche en el Círculo.

—¿Y Laura?

—Me parece invencible, y renuncio a la aventura.

—¿Vencido? —preguntó desdenosa.

—Y convencido de la honradez de Laura.

Por la noche, al arreglar el traje de su marido, cayó de un bolsillo una carta perfumada. La abrió y leyó:

"Querido Héctor: Cada hora que pasa me arrepiento más de haber correspondido a tu amor, pero no me pesa porque eres irresistible—Laura".

Llena de ira fué a buscar a su marido.

—¡Caballero, voy a casa de mi abogado!

—Para qué?

—Porque quiero divorciarme. Acabo de saber que ha tenido usted relaciones con mi amiga Laura. No lo niegue. Esta carta suya me ha enterado de todo.

—Pero no fuiste tú quién me lanzó a ello?

—Yo nunca creí que te atrevieras a engañarme con mi mejor amiga. Adios; no nos volveremos a ver.

—Aguarda. Te voy a confessar la verdad. Yo nunca he tenido relaciones con Laura.

—¿Y esta carta?

—Es mía. Fijate en la letra: la mia. Huele su perfume; el tuy.

—Entonces, ¿a qué qué esta superchería?

—Para pasar a tus ojos por un hombre irresistible a quien ninguna mujer sabe negar su cariño.

—Eres un intríngante —dijo ella sonriendo y descargando su corazón de un gran peso.

—Lo hecho merece disculpa por el gran amor que te tengo.

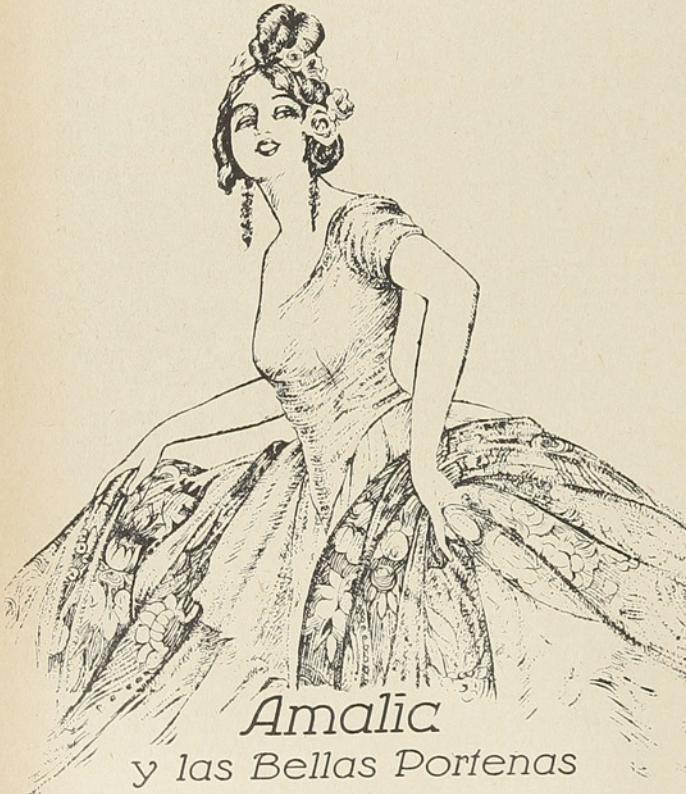
—¿Es verdad?

—Demasiado lo sabes.

—Entonces dame un abrazo y recuerda siempre que nunca hay que retar al diablo.

—Ni a la mujer —dijo él riendo.

GUY PERON.



de la época de la tiranía gozaban de un prestigio sin igual entre sus demás hermanas de la América del Sud. Este prestigio les provenía, en gran parte, de la singular belleza de su cutis, belleza que lograban conservar aún en medio de las más tristes vicisitudes de esos agitados días de tiranía y de guerra civil.

Y aun en nuestra época, agitada como ninguna por la intensidad de la vida moderna, consiguen las hermosas mujeres Portenas conservar la singular belleza de su tez, pues, gracias a la maravillosa acción de la cera mercolizada, el cutis se renueva constantemente, ofreciendo el más delicioso aspecto de tersura, suavidad y limpidez.

La Tragedia de los 30 Años



Has tenido esta mañana una sorpresa desagradable y todavía no lograste tranquilizarte por completo. Más todavía: tiene la impresión de que no podrás recobrarte nunca jamás. Nada volverá a ser como antes, porque... ¡tienes treinta años!

No lo hubieras pensado de esta manera hace un año. Fero era que entonces todavía estabas en los veinte y... todavía podías tener la pretensión de llamarla una «chica moderna», y defender a la moderna juventud, ya que estabas en sus filas. Pero ¡ahora?

Es esa la edad en que se comienza a recapacitar. ¿Qué has hecho de tu vida? Mirando hacia atrás da la impresión de que, prácticamente, no has hecho absolutamente nada. ¡Trabajo! Sí, desde luego; has trabajado duro y parejo. Pero no has llegado a ser famosa. Eres, al más ni menos, una de las que integran el millón de muchachas que se ganan la vida. Y si has logrado avanzar hasta un punto en que, a fin de mes, te recompensaban con un sobre bien provisto, eso no ha sido suficiente como para apagar tus ansias de aventura, de romance. Es verdad que ahora te puedes dar el gusto de vestir muy bien, mucho mejor que antes; pero los vestidos no son en esta vida... ¡Si era mucho más entretenido cortar los propios vestidos tirada sobre el piso del dormitorio cuando tenías diez y ocho años!

Hoy días puedes costearte paseos más largos y más caros. Por fin podrás sacar pasaje en un vapor, cosa que, en un tiempo, constituyó tu sueño dorado. Pero hace una semana que regresaste de París y confiesas que te aburriste soberanamente...

Has perdido el entusiasmo de la juventud.

Miras todo con ojos fríos, aunque claros. Las ilusiones, los sueños, las esperanzas han desaparecido. Los castillos en el aire se han derrumbado y yacen en ruinas. ¡El sentido cri-

tico ha pasado a ocupar el lugar de la irresponsabilidad! Algunas veces sientes impulsos de volver a obrar como una chiquilla, pero eso no sería bien visto en una mujer de treinta años...

Aquellas cosas antes tenían el poder de entusiasmarte... los bailes; un traje de fiesta; una obra de teatro; una creación encantadora; una linda película cinematográfica... ¿por qué ahora no tienen el mismo poder de antes? ¿Por qué no te entusiasman?

Todo parece ser anticuado.

Deseas que suceda algo que tenga poder suficiente como para excitarte, pero si sucediera, probablemente no te sentirías interesada. ¿Qué es lo que te pasa? Justamente esto: estás empezando a sentirte vieja...

Treinta años: te aquí dos palabras horribles, pero con sólo compararlas con estas otras: setenta años, parece que adquieres todo el encanto de una nueva y brillante juventud. Solo que si una consigue olvidar de que es una misma, los amigos se encargarán de recordárselo. ¡Es que ya no los ves oísteis algunas veces!

—Pero desde luego, no podemos hacer eso a nuestra edad...

—Ahora que vamos para viejas no podemos esperar que causemos mucha impresión...

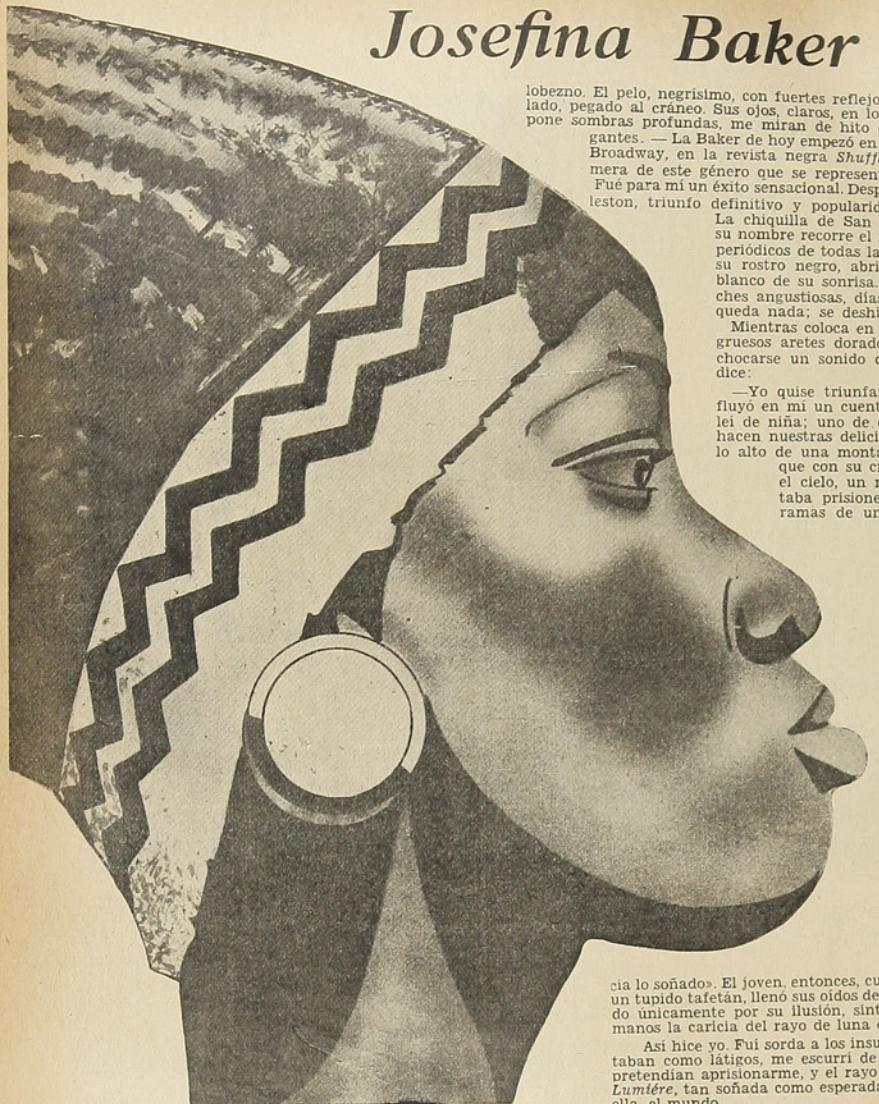
Y todos por el estilo.

Y es por eso que sientes, al fin del día, ese sentimiento de extrema cansancio de estúpido cansancio. Una quisiera sentarse en un cómodo sillón y estirar las piernas cerca de la chimenea en vez de tener que vestirse para ir al baile del club. No es que tengas ganas de irte a dormir temprano ni que estés realmente cansada. ¡Será entonces que, realmente, te estás haciendo vieja?

Y no solamente se trata de síntomas que pudieramos llamar

(Continúa en la pag. 55).

Josefina Baker abre el Abanico de su Sonrisa y dice...



PARIS, RAYO DE LUNA.

—No; no quiero hablar de mi niñez precaria. Aquella chiquilla del Misisipi está muy lejos de la Josefina Baker de hoy.

La célebre mulata que lanzó por los ámbitos del mundo el estruendo de su charlestón descomuntando, está aquí ante mí, en su camerino, adornado con sencilla alegancia, sin ese derroche de damascos, muebles frágiles y guecas alfombras que ostentan los music-halls parisinos. Josefina Baker ajusta sobre su cintura flexible de bayadera el característico ramo de plátanos. En uno de sus concisos gestos hace un guiño pícaro a la otra Baker, que le contempla remendolando desde el fondo del espejo.

La danzarina del Folies Bergère sugestiona de cerca igual que entre los reflectores de la escena. Su cuerpo es delgado y ondulante, de un color canela, armonio y suave de líneas. Su boca, grande, de dientes blancuzcos y recios como los de un

lobezno. El pelo, negrísimo, con fuertes reflejos azules, charolado, pegado al cráneo. Sus ojos, claros, en los que el rimmel goteante — La Baker de hoy empezó en el music-hall de Broadway, en la revista negra *Shuffle along*, la primera de este género que se representó en el mundo. Fue para mí un éxito sensacional. Después, Paris, charleston, triunfo y popularidad estremecedora.

La chiquilla de San Luis es célebre; su nombre recorre el mundo, y en los periódicos de todas las lenguas asoma su rostro negro, abriendo el abanico blanco de su sonrisa. De lo otro: noches angustiosas, días de hambre, no queda nada; se deshizo en el pasado.

Mientras colocan en sus tobillos unos gruesos aretes dorados que tienen al chocarse un sonido de cascabel roto, dice:

Yo quise triunfar, y triunfó. Infliyó en mí un cuento fantástico que lei de niña; uno de esos cuentos que hacen nuestras delicias infantiles. En lo alto de una montaña inaccesible, que con su cresta casi tocaba el cielo, un rayo de luna estaba prisionero en las viejas ramas de un árbol centenario. Aquel rayo como de plata tenía una virtud: el que lo hiciera suyo vería cumplidos todos cuantos deseos sonara.

Cierto día, un joven a quien no arredaban peligros, decidió poseerlo, a pesar de que cuantos hasta entonces lo intentaron hubieran percidido. Y una voz misteriosa, que sin duda pertenecía a un hada, lo animó, diciendo: «Escala la montaña, no desmayes. Muchos pretendrán impedirlo; oíras insultos, amenazas, gritos. Hazte sordo a todo y ve hacia lo soñado». El joven, entonces, cubrió sus ojos con un tupido taftán, lleno sus oídos de algodón, y guindó únicamente por su ilusión, sintió al fin en sus manos la caricia del rayo de luna deseado.

Así hace yo. Fui sorda a los insultos que me azotaban como lágitos, me escurri de las intrigas que pretendían aprisionarme, y el rayo de luna, la Ville Lumière, tan soñada como esperada, fue mía, y con ella, el mundo.

Hace una pausa para pasar la barra por sus labios, que deja en ellos un rojo sangriento, y sigue: — Así logré que entre los reflectores de la escena. Su cuerpo es delgado y ondulante, de un color canela, armonio y suave de líneas. Su boca, grande, de dientes blancuzcos y recios como los de un

JOSEFINA, SU SIMPATÍA Y LOS PIMIENTOS DE RIOJA.

Al regresar de Hamburgo D. Gregorio Roncero, de contratar a Josefina en un gesto de empresario liberal y entusiasta, después de haberla visto bailar su sardana descomunadas en el Hansa-Theater, me dijo entusiasmado:

—Ya verás cómo baila la Baker; es algo nunca visto y de una simpatía atrayente, sugestiva.

Josefina Baker trae de sus andanzas por los continentes una leyenda de mujer vampiro, de demonio amorral, de fuerte perfume sensual que asustaba a las gentes. Teniendo delante a Josefina, contemplando su risa y sus ademanes, más que

la «vampiro» que pregón su celebridad, veía yo en ella un cierto aire de ingenua muchacha sencilla y revoltosa a quien no cegó su popularidad ni endiosaron sus triunfos. Josefina une a su arte de diablo de color, de dueña del baile desarticulado de ritmos extravagantes, una simpatía franca, que le hace hablar a todo el mundo como si fuera un amigo antiguo. Siempre está pronta a sonreír; y rie con los ojos y con la boca. Todo y todos cuantos la rodean han de estar a su tono.

En el teatro jueguesa con los «botones», hace bromas a los tramoyistas, juega al escondite con los hijos del empresario y pone en el juego más entusiasmo que los pequeñuelos. La enloquecen los niños.

—¡Oh, niño jolte! — exclama ante cualquier cabecita rubia. Y rie, hace fiestas y posturas raras hasta que contagia al chico en su alegría estremecida.

—Es mi ilusión — dice — tener un *enfant*... ¿cómo se dice?... ¡travieso!... eso es: ¡travieso!...

Al entrar la noche de su debut en el escenario del teatro Gran Metropolitano — ese suntuoso local, muy a lo americano, que los hermanos Roncero han alzado en la amplia avenida del Ensanche — no pude sospechar encontrarme a la estrella negra componiendo un cuadro de tan viva simpatía, y tomando parte (presidiéndolo vestida con el traje de escena y su abrigo de *petit gris* sobre los hombros) en un festín popular.

Sirviéndola de mesa un cajón de decorado viajero insensible de infinitas rutas — de madera sucia y astillada, rodeada del jefe de tramoya y sus carpinteros, en contraste los trajes y «monos» azules con el atavío exótico de la bailarina, ésta, en unión de los obreros, arremete valientemente contra unos *bistecs* traídos de un restaurante próximo, remojándolos con largos tragos de rubia cerveza coronada de espuma. La Baker come y rie — rie más que come, — y al ponerla sobre la mesa (¿?) un colmado plato de pimientos de Rioja, batatas fritas entusiasmada.

—¡Oh, qué rico! — y arrastrá la erre al pronunciarla.

Con su tenedor va ofreciendo a los comensales.

—*Voilà!*

Al ver yo que rehuso con un gesto, cogé presurosa un cestillo que a su alcance tiene lleno de amarillos plátanos — ¿serán los que se colocan en la cintura para la *Danza sauvage*? — y me los ofrece sonriente. Mientras despacio tomo uno y lequito a tirones su envoltura, le pregunto:

—Mademoiselle Baker, ¿tenía usted deseos de actuar en Madrid?

—Muchos, muchísimos. Ansíaba visitar este país tan sugestivo, tan lleno de leyenda. Ya he dicho muchas veces que mi padre era español, de Barcelona.

Después de un momento de pausa, que aprovecha para engullir otro plátano, sigue:

—Yo no quería haber llegado con nieve. Nieve al salir de París, nieve a llegar a Madrid. Me hubiera gustado sol, mucho sol; este de España tan proclamado. Me gustaría ver Sevilla, Granada, Barcelona. ¡Ah, y también una corrida de toros! ¡Fiesta gallarda!

Muestra deseos de saber cómo es una corrida, y yo, que de taurofilo no tengo nada, he de echar mano de mis cortos conocimientos en el arte de Cuchares y explicarle como Dios me da a entender la lidia de un toro, para satisfacer su curiosidad. Al preguntarme el sueldo que ganan los toreros y traducirselo yo en dólares, dice asombrada:

—¡Tanto!

—Tanto! — repito con un gesto bien poco asombrado, pero muy convencido.

—Y filmar, ¿no le gusta a usted filmar?

—Sí, mucho. He interpretado en París varios films. Uno, el más completo, lo dirigió Mister Nalpas, sobre un asunto que Maurice Dekobra escribió expresamente para mí. He filmado también la revista del Folies *Bon jour, París*, y alguna otra.

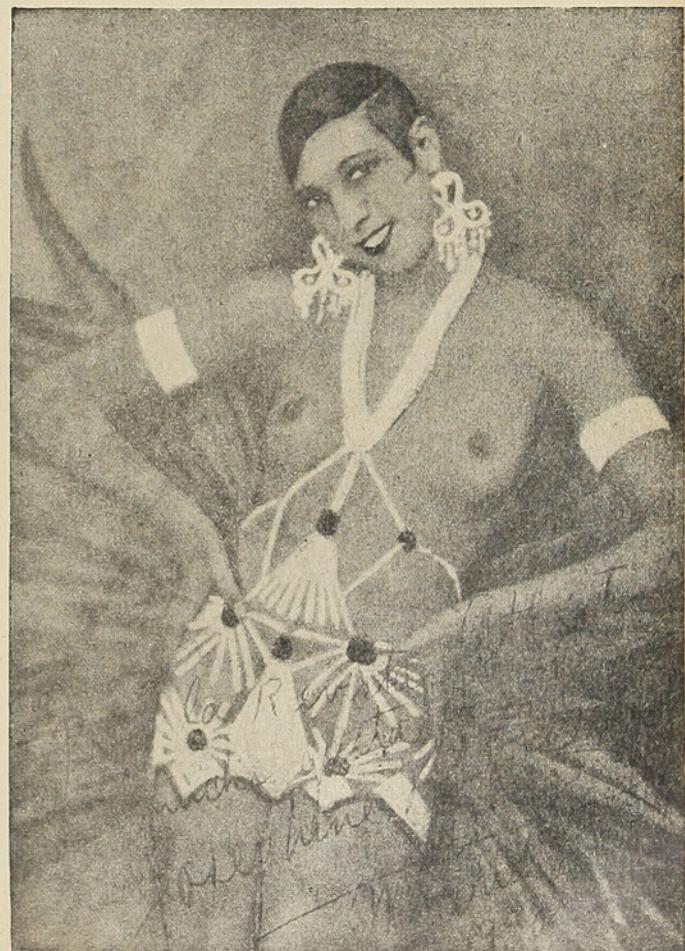
El timbre del escenario suena insistente. Josefina y los tramoyistas dan por terminado el festín y yo también, llevando a mi boca el último pedazo de plátano. La Baker, prensada, entra en el escenario, y mientras me tiende la mano de uñas plateadas, dice en clarísimo castellano:

—Adios. Hasta luego, que haremos la *photografie*.

La puerta del escenario, esas antípaticas puertas a las que empuja un fuerte mueble, se cierra en un golpazo.

¡Allá va Josefina Baker, «la Venus de ébano», a retorcerse una vez mas en el estruendo de su charlestón, que representa todo un momento y toda una evolución!...

E. HERNANDEZ GIRBAL



PARIS, RAYO DE LUNA.

La Felicidad y el Amor

Confieso, ante todo, que creo en la existencia de muchos seres que, a pesar de estar dotados de cierta firmeza de carácter y regular percepción de las cosas, alternan con el mundo para sufrir toda la vida; a menudo he tropezado con personas prematuramente envejecidas que han hecho humedecer mis ojos con el triste relato de sus infortunios, y por algo fatalmente cierto se ha convenido en decir que habitamos en un mundo de lágrimas; sin embargo, me atrevo a afirmar que una gran parte de los seres que asisten como una sombra al luminoso espectáculo de la vida, deben sus pesares a la falta de serenidad.

¡Ser feliz!... Sueño dorado de todas las almas; motor de todas las maquinaciones; tierra de promisión de toda suerte de peregrinajes, cuando a mí entender no es cuestión de ir hacia la felicidad, sino en saber alternar con ella.

Cuando queremos alegrarnos en una festividad, lo primero que procuramos es vestirnos de fiesta; deberíamos convenir, por lo tanto, en que es casi imposible ser feliz si ante todo no engalanamos nuestro espíritu con flores de felicidad.

Quisiera que mis lectores, principalmente los jóvenes, que entran de lleno a la algarada del mundo, profundizasen sobre mi opinión. La vida no es más que una serie de resultados que sumándose entre sí forman el total que leemos en la hora de la muerte; y como sea que uno de los sumandos de mayor importancia que juega en el problema de la vida es el amor, por eso llamo con preferencia la atención de la juventud.

Amese bien y no ciegamente, como sucede en la mayoría de los casos; libre de todo interés que esté reinado con la sublimidad del amor; sin otro cálculo que el de realizar una comunión perfecta de ideas y sentimientos con el ser amado; no amando nunca por puro capricho, sino porque el objeto que nos inspire amor sea digno de él, y hallaremos la fe-

lidad, que brota únicamente de una pasión serena, dura-ble y verdadera.

Siendo las narraciones lo que más comúnmente com-prueban la bondad de los procedimientos, puesto que se pueden apreciar en su aplicación a los hechos arrancados de la vida real, me permitiré hablarlos de Isolina, intitutriz en casa de los señores de Doar.

Su padre, hombre de poco corazón, había cifrado todo su sueño de felicidad en poseer una gran fortuna; vivía quieto; amontonaba oro para exponerlo continuamente en empresas gigantescas inspiradas sólo por una ambición desmedida, y como la fatalidad se cerniera sobre sus cálculos, vino un día en que barrió todos sus planes del porvenir, hundió su obra de ambición, y el descrédito, seguido de una miseria espantosa, envolvió a su familia. Los periódicos se ocuparon de un suicidio, y madre e hija cayeron violentamente en el sotabanco de la sociedad.

Sobre sus cabezas rodaron los mismos coches que ellas habían ocupado, y ensordecidas por el estruendo de los que seguían luchando por la vida, no acertaban a tomar un partido que las pusiera a flote. Isolina fué la que experimentó todo el peso de la desgracia. Tenía un carácter firme, luchador; y como nunca hubiese creído que la felicidad proviene del dinero ni de sus joyas, hubiese resultado extraño su abatimiento, si no tuviera por causa otro suceso que aquellos apurados instantes la hacia verdaderamente infeliz.

Andrés, quizás el más íntimo dependiente de las oficinas de su difunto padre, al que secretas y apasionadas promesas de amor le unían a ella, no se presentaba; nada sabía de él, y si en un principio temía por su salud, mas tarde llegó a sospechar lo que al propio tiempo que la sumía en altros des-encanto, debía cambiar las ideas que abrigaba respecto al amor.

Andrés no la había amado nunca; su insaciable sed de honores y riquezas que había habido de sos-pechar, le apartaban de ella, pobre niña que, abandonada de la suerte, tendría que luchar por el pan como una simple proletaria.

Y entonces Isolina se alegró en lo profundo de su alma, secó sus ojos y dijo a su madre, que no acertaba a explicarse el cambio que se operaba en su hija:

—La pérdida irreparable de nuestra fortuna me ha librado de una irreparable desgracia: la pérdida de mi felicidad. Mi corazón gozaba de un engaño: libre de él, soy dueña de mi porvenir. Si a vos, madre mía, os hubiese acontecido lo propio...

—Hija mía...

—Respeto su memoria, pero mi padre era otro Andrés, que, prefiriendo la felicidad material marchó en contra de la felicidad verdadera... ¿Fue feliz acaso un sólo momento de su vida?... ¿Lo hemos sido



nosotras?... — Así va el mundo... profirió su madre en un triste suspiro. ¡Qué le vas a hacer?...

Amar únicamente lo que sea digno de amarse.

Y besando a su madre, se encerró en su humilde aúñique limpia habitación de blanqueadas paredes.

La desgracia quiso que en su peregrinaje por la ciudad en busca del sustento hallase únicamente a industriales poco escrupulosos, lo que la decidió a aceptar el propósito de colocarse como intituiriz en alguna casa de aristócratas.

Llamó a la puerta de los Sres Doar y fué atendida.

Muy pronto se granjeó la amistad de la señorita Marta, joven de dieciocho años con escaso conocimiento del mundo, que vivía atormentada en medio de las grandezas de su casa por un amor que consideraba imposible, dado el carácter severo de su padre.

—¿Es usted correspondida?, preguntóle dulcemente cierta tarde mientras acariciaba los deliciosos bucles de la traviesa Anais, pequeñuela de la familia.

—Me ama tanto, que en esto consiste toda mi pena. Desea verme, escribirme, sin hallar el medio para que nuestra correspondencia escape de la vigilancia de mi padre... Toda mi felicidad consistiría...

—Puedo procurar a usted esa felicidad, Marta... Mi casa será un asilo seguro.

Y así fué en efecto. Cada mañana, al presentarse Isolina en casa de los Sres. de Doar, entregaba furtivamente un sobre cerrado a la señorita Marta, contenta de procurar por la felicidad ajena. Lejos de sentirse ofendida por el lujo especial que aconsejaba, huendo de la miseria, olvidaba su pasado de ostentación y hubiese querido poder dotar al novio, a pesar de no conocerle, de todos aquellos atributos que pudieran arrancar del Sr. de Doar el anhelado consentimiento.

Esfuerzándose en este noble propósito, había logrado de la madre de Marta, que la tenía en mucha estima por las relevantes dotes que la adornaban, la necesaria complacencia para que insinuase en el corazón de su marido la lucha entre su inflexibilidad y el cariño que indudablemente profesaba a su hija.

Así las cosas, greyóse en el deber de aconsejar a su protegida que combatiese todo exceso irreflexivo en amor.

—Debemos amar serenamente, la decía, puesto que de ello depende la felicidad de nuestro porvenir.

Y para dar fuerza a sus palabras, le reveló la equivocación que había sufrido su alma, sin darse cuenta que al descubrir un suceso tan importante de su vida, se hallaba obligada a contar toda su historia.

Marta volvióse reflexiva en un principio, debido, sin duda alguna a esta clase de conversaciones; escuchaba a la novia intituiriz como a un enviado de la felicidad; llegó a sospechar del mundo y aprendió a andar sigilosamente, puesto que de los días de nuestra juventud parten los años de la vejez.

Isolina notaba este cambio, pero lo que la extrañó sobre maneras fué que a medida que aumentaban las atenciones de la familia Doar para con ella, Marta se ponía triste y meditabunda. Sin embargo, este fenómeno duro muy pocos días, y Marta pronto apareció nerviosa y dichosa.

Una tarde en que Isolina se hallaba en el florido jardín de la casa, haciendo un ramo de flores, oyó muy cerca de sí el crujir de la arena. Incorporóse sin sospechar la ruda prue-



ba que la aguardaba. Su protegida paseaba entonces del brazo de su ex novio Andrés.

Lo que pasó por su alma es indescriptible. Ella, que se había esforzado tanto en hacer feliz a su protegida, no había hecho otra cosa que abismarla en la infelicidad.

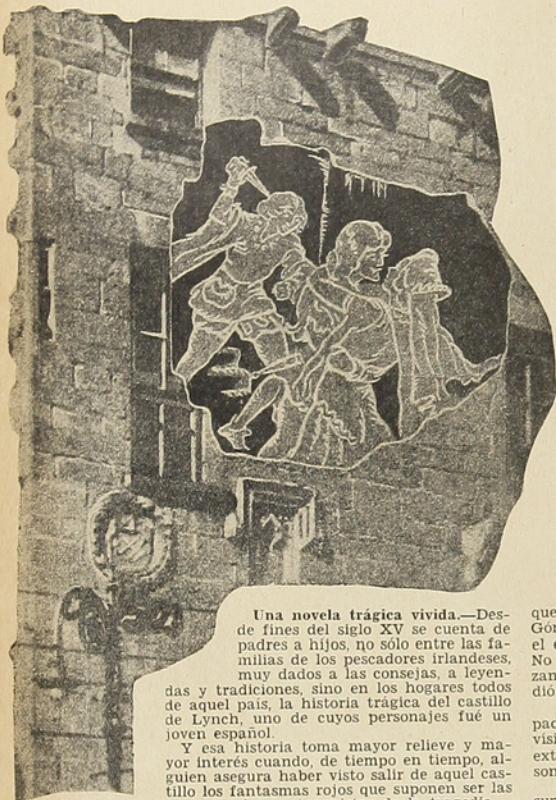
Pero la señorita Marta, que observaba la culpable turbación de Andrés, acudió a consolar el alma de Isolina hablando en esta forma:

—Usted, buena amiga, que me ha instruido en lo que debe ser el amor y la felicidad, deseo que en estos momentos me tome lección...

Y dirigiéndose sarcásticamente a su novio continuó:

—Caballero, hay casualidades que cambian el aspecto de las cosas. Afortunadamente, a través de sus fementidas cartas he leído un pasado que le humilla a nuestros ojos... Puede usted marcharse.

Los Fantasmas de Galway



Una novela trágica vivida.—Desde fines del siglo XV se cuenta de padres a hijos, no sólo entre las familias de los pescadores irlandeses, muy dados a las consejas, a leyendas y tradiciones, sino en los hogares todos de aquel país, la historia trágica del castillo de Lynch, uno de cuyos personajes fué un joven español.

Y esa historia toma mayor relieve y mayor interés cuando, de tiempo en tiempo, alguien asegura haber visto salir de aquél castillo los fantasmas rojos que suponen ser las almas de los protagonistas de la tragedia.

Los aparecidos, vistos recientemente por una niña y un poeta.—Hace poco, una niña de Galway, Patricia Lydon, a quien su madre encargó que fuese por un jarro de cerveza a una bodega próxima, para llegar a la cual había de pasar por delante del castillo de Lynch, dio un grito desgarrador, cayendo sobre se hallaba frente al tristemente célebre castillo, y echó a correr, gritando:

—¡Los fantasmas! ¡Los fantasmas!

Los parientes de Patricia, personas inteligentes y cultas, echaron a broma el suceso y calmaron a la pequeña, que, ante los razonamientos de su familia, acabó por exclamar:

—Tal vez me lo he imaginado!

Pero dos noches después, un joven poeta?

IRLANDA ENTERA SE HA ESTREMECIDO AL SABER QUE HAN VUELTO A SER VISTOS

Paidric Dreen, que después de cenar, paseaba por las calles de Galway, al pasar frente al castillo empezo a dar voces de «Socorro», y dos policías que acudieron lo encontraron despavorido y transfigurado, pronunciando palabras ininteligibles. Cuando se consiguió serenarlo, dijo que había visto los espectros del viejo Lynch y del hijo de éste, a quien el viejo mató en las murallas del castillo.

Al día siguiente no se hablaba de otra cosa en Galway, y se daba por cosa segura que los fantasmas habían corrido por los muelles, por los barrios bajos, por los jardines de las casas de los ricos, por toda la ciudad. La noticia, ampliada y comentada, saltó de Galway a toda Irlanda, y todo el país se conmovió, horrorizado, ante la nueva de que habían sido vistos otra vez los fantasmas de Galway.

La trágica historia.—En 1493, Jaime Lynch Fitzstephen fue elegido Mayor de Galway. Tenía un hijo único, Walter, a quien quería entrañablemente, el cual se enamoró de la hermosa Ana O'Langhlin. Conforme el padre con estos amores, se fijó la fecha de la boda.

Pero ésta hubo de aplazarse porque los negocios del viejo Lynch hicieron preciso que Walter marchara a España a adquirir un cargamento de mercancías.

Llegó Walter a Bilbao y, aunque su amor por Ana era extremado, el sol, el vino y las mujeres de España le emborracharon de tal modo que, cuando llegó el momento de regresar a Irlanda, Walter se había gastado el dinero con que debía pagar las mercancías.

Tras insistentes gestiones, consiguió que el mercader que le vendía el género consintiera en que su hijo, Diego Gómez, acompañara a Walter a Galway y fuese hospedado en casa de Lynch.

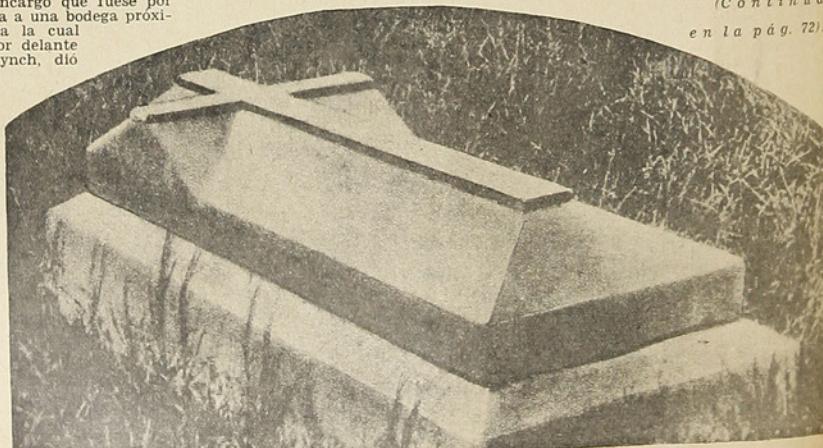
El español conocía a Ana, y la tragedia surgió sin que nadie pudiera preverla. Diego Gómez se enamoró de Ana. Gómez la requirió de amores, y un día, en el momento en que el español intentó abrazar a la novia de Walter, éste lo vió. No pidió ni esperó explicaciones. Los celos le cegaron y, lanzando un terrible juramento, desenvainó un puñal y lo hundió en el corazón de Diego.

A Walter había de juzgarle el viejo Lynch, que era su padre y era también el Mayor de Galway. El delito era gravísimo, a más de otras circunstancias, por ser la víctima un extranjero huésped del asesino. Los deberes de hospitalidad son algo muy sagrado.

Y el mayor de Galway, que amaba locamente a su hijo, supo dominar sus sentimientos y condenó a Walter a ser ahorcado.

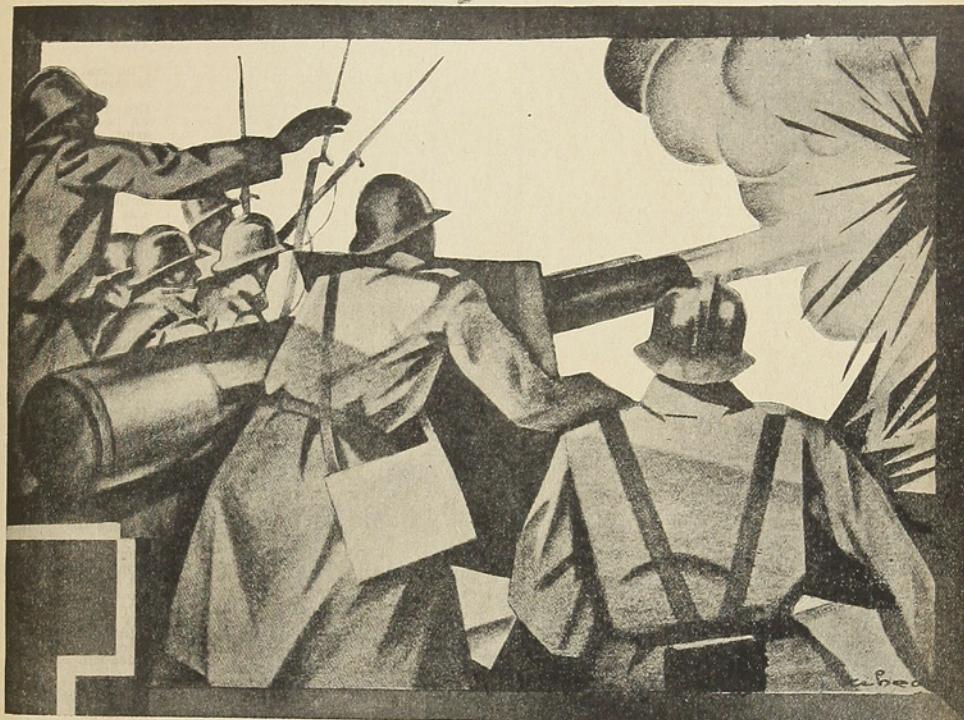
Pero aún no acaba aquí la tragedia. El crimen y la seve-

(Continúa
en la pág. 72).



UN BESO

Por VICENTE BLASCO IBÁÑEZ



Esto ocurrió a principios de septiembre, días antes de la batalla del Marne, cuando la invasión alemana se extendía por Francia, llegando hasta las cercanías de París.

El alumbro empezaba a ser escaso por miedo de los «taubess», que habían hecho sus primeras apariciones. Cafés y restaurantes cerraban sus puertas poco después de ponerse el sol para evitar las tertulias del gentío ocioso, que comentaba, criticaba y se indignaba. El paseante nocturno no encontraba una silla en toda la ciudad, pero, a pesar de esto, la muchedumbre seguía en los bulevares hasta la madrugada, esperando sin saber qué, yendo de un extremo a otro en busca de noticias, disputándose los bancos que en tiempo ordinario están vacíos.

Varias corrientes humanas venían a perderse en la masa estacionada entre la Magdalena y la plaza de la República. Eran los refugiados de los departamentos del norte, que huían ante el avance del enemigo, buscando amparo en la capital.

Llegaban los trenes desbordándose en ramicos de personas. La gente se sostenia fuera de los vagones, se instalaba en las techumbres, escalaba la locomotora. Días enteros invertían estos trenes en salvar un espacio recorrido ordinariamente en pocas horas. Permanecían inmóviles en los apartaderos de las estaciones, cediendo el paso a los convoyes militares. Y cuando al fin, molíos de cansancio, medio asfixiados por el calor y el amontonamiento, entraban los fugitivos en París, a mediánche o al amanecer, no sabían adónde dirigirse, vagablan por las calles y acababan instalando su campamento en una acera, como si estuviesen en pleno desierto.

La unió, de la madrugada. Me apresuré a sentarme en el vacío todavía caliente que me ofrece un banco del bulevar, adelantándome a otros rivales que también lo deseaban.

Llevo cuatro horas de paseo incansante en la noche caligráfica. Sobre los tejados pasan las mangas blancas de los reflectores, regleteando de luz el ébano del cielo. Contemplo, con la satisfacción de un privilegiado, a la muchedumbre deshecha que se desliza en la penumbra lanzando miradas coquettosas al blanco. El reposo me hace sentir todo el peso de la

fatiga anterior. Reconozco que si los hulanos apareciesen de pronto, trotando por el centro de la calle, no me movería.

Una pierna me transmite su calor a través de una tenue faldamenta de verano. Me fijo en mi vecina, muchacha de las que siguen viñendo al bulevar por costumbre, pero sin esperanza alguna, pues el tiempo no está para bagatelas.

Tiene la nariz respingada, los ojos algo oblicuos y un hocico gracioso coronado por un sombrero de cuatro francos noventa. El cuerpo pequeño, agil y flaco, va envuelto en un vestido de los que fabrican a centenares los grandes almacenes para uniformar con elegancia barata a las parisinas pobres. Por debajo de la falda asoman unas pezuñas de terciopelo polvoriento. Sonríe con un esfuerzo visible, frunciendo al mismo tiempo las cejas. Se adviña que es una mujer ácida, de las que «hacen historias» a los amigos; una especie de calamar amoroso, que esparce en torno la amarga tinta de su mal carácter.

Conversa con una respetable matrona que vuelve llorosa de la estación de despedir a su hijo, que es soldado. Junto a ella está una hija de catorce años, mirando a la vecina con ojos curiosos y admirativos. Los que ocupan el resto del banco dormitan con la cabeza baja o sueñan despiertos contemplando el cielo.

La burguesa, al hablar, gratifica a la muchacha ácida con un solemne *madame*. Hace un mes habría abandonado el asiento, a pesar de su cansancio, para evitarse tal vecindad. ¡Pero ahora!... La inquietud nos ha hecho a todos bien educados y tolerantes. París es un buque de peligro, y sus pasajeros olvidan las preocupaciones y rencillas de los días de calma, para buscarse fraternalmente.

Sigo su conversación fingiéndome distraído. La madre es pesimista. ¡Maldita guerra! Parece que las cosas marchan mal. Le van a matar al hijo; casi está segura de ello, y sus ojos se humedecen con una desesperación prematura. Los enemigos están cerca; van a entrar en París «como la otra vez». Pero la joven malhumorada muestra un optimismo agresivo.

—No, no entrarán, *madame*.... Y si entran, yo no quiero verlo, no me da la gana; no podría. Me arrojaré antes al Señor... Pero no; mejor será antes que quede en mi ventana, y al primer que entre en la calle le enviaré...—

Y enumera todos los objetos de uso íntimo que piensa emplear como proyectiles. Vibra en ella la resolución absurdamente heroica de los insensatos gloriosos que protestan para hacerse fusilar.

Algo pasa por la acera que interrumpe estos propósitos desesperados. Avanza lentamente un matrimonio de viejos: dos seres pequeñitos, arrugados, trémulos, que se detienen un momento, respiran con avidez, gemen e intentan seguir adelante. Ella, vestida de negro, con una capota de plumajes rojos por la pollilla, se muestra la más animosa. Es enjuta y obscura; sus miembros, flacos y nudosos, parecen sarmientos trenzados. Se pasa de mano a mano una maleta que tira de ella con insufrible pesadez, encorvándose hacia el suelo.

A pesar de su cansancio, intenta auxiliar al hombre, que es una especie de momia. Su cabeza de pelos ralo aun parece más grande moviéndose sobre un cuello cartilaginoso, del que surgen los ligamentos con duro relieve. Los dos son de una vejez extremada; parecen escapados de una tumba. Les atormentan los paquetes que intentan arrastrar; caminan tambaleándose, como la hormiga que empuja un grano superior a su estatura. En este cansancio aplastante se advina un nuevo suplicio, el de ir vestidos con las ropas guardadas durante muchos años para las grandes ceremonias de la vida: ella con falda de seda dura y crujiente; él el puesto de levita y paletó de invierno.

El viejo deja caer el fardo que lleva en los brazos, y luego se desploma sobre este asiento improvisado.

—No puedo más... Voy a morir.—

Gime como un pequeño. Su pobre cabeza de ave desplumada se agita con el hipo que precede al llanto.

—Valor, mi hombre... Tal vez no estamos lejos. ¡Un esfuerzo!

La viejecita quiere mostrarse energética y contiene sus lágrimas. Se advina que en la casa que dejaron a sus espaldas era la dirección, la voluntad, la palabra vehemente. Su diestra escamosa, abandonando a la otra mano todo el peso de la maleta, acaricia las mejillas del viejo. Es un gesto paternal para infundirle ánimo; tal vez es un halago amoroso que se repite después de un parentesis de medio siglo. ¡Quién sabe! ¡La guerra ha despertado tantas cosas que parecían dormidas para siempre!...

Yo me imagino el infortunio de esos dos seres que representan ciento setenta años. Son Filemon y Baucis, que acababan de ver sus apergaminado idilio roto por la invasión. Tienen el aspecto de antiguos habitantes de la ciudad que han ido a pasar el resto de su existencia en el campo, dejándose cubrir por las petrificaciones asperas y saludables de la vida rural. Tal vez fueron pequeños tenderos; tal vez ganó él su retiro en una oficina. Cuando no existían aun los hombres maduros del presente se refugiaron los dos en esta felicidad mediocre, en este aislamiento egoista soñado durante largos años de trabajo: una casita rodeada de flores, con algunos árboles; un gallinero para ella, un pedazo de tierra para él, aficionado al cultivo de legumbres.

Entraron en este nirvana burgués cuando los ferrocarriles eran menos aún que las diligencias, cuando la humanidad soñaba a la luz del petróleo, cuando un despacho teatográfico representaba un suceso culminante en una vida... Y, de pronto, el miedo a la invasión alemana, que suprime un pueblo en unas cuantas horas, les ha impulsado a huir de una vivienda que era a modo de una secreción de sus organismos. Luego se han visto en París, aturdidos por la muchedumbre y por la noche, desamparados, no sabiendo dónde seguir su camino.

—Valor, mi hombre — repite la esposa.

Pero tiene que olvidarse de su compañero para dar gracias, con una cortesía de otros tiempos, a alguien que le toma la maleta e intenta levantar al viejo.

Es la muchacha acida, que da órdenes y empuja con irresistible autoridad.

Ahora reconozco que no lo pasará bien el primer hulano que entre en su calle. Con un simple ademan limpia de gente una parte del banco para que se instalen con amplitud los dos ancianos.

Oquedo espacio libre, pero yo me guardo bien de volver a sentarme. No quiero recibir un bufido con acompañamiento de varios nombres de pescados deshonrosos.

S O B R E L A M U J E R

Una mujer fría es una casa cuya escalera olvidó el arquito, una lámpara sin aceite, un farol sin luz, un hogar sin fuego.

Las mujeres perdonan y justifican todo, excepto la indiferencia.

Sin duda la presencia de estos viejos ha resucitado en la memoria de la muchacha la imagen de otros viejos largamente olvidados.

La trémula Baucis da explicaciones. Dos días en ferrocarril. Han huido con todo lo que pudieron llevarse. Su última comida fué en la tarde del día anterior; pero esto no les afflige: los viejos comen poco. Lo que les aterra es el cansancio. Llegaron a las diez; ni un carrojuelo ni un hombre en la estación que quisiera cargar con sus paquetes. Todos están en la guerra. Llevan tres horas buscando su camino.

—Tenemos en París unos sobrinos — continúa la anciana.

Però se interrumpe al ver que Filemon se ha desmayado, precisamente ahora que descansa. Los curiosos del bulevar, que esperan siempre un suceso, se aglomeraron en torno del banco. La protectora empuja e insulta, sin dejar de ocuparse de los viejos.

—¿Y viven cerca los parientes?

—Plaza de la Bastilla — contesta Baucis, que no sabe dónde está la plaza.

Un murmullo de tristeza; un gesto de lástima. Todos miran el extremo del bulevar, que se pierde en la noche. ¡Tan lejos! ¡No llegarán nunca! Circularon pocos automóviles; sólo de vez en cuando pasa alguno.

Los brazos de la bienhechora trazan imperiosos manoteos; su voz intenta detener a los vehículos que se deslizan veloces. Carcajadas o palabras de menoscabo contestan a sus llamamientos; da suelta al léxico de su cólera, intercalando con frecuencia la frase más célebre de Waterloo.

Cuando transcurren algunos minutos sin que pasen vehículos, vuelve al lado de los viejos para animarlos con su energía. Ella los instalará en un carrojuelo; pueden descansar tranquilos.

De pronto salta en medio del bulevar. Viene mugiendo un automóvil del ejército, desocupado y enorme, a toda fuerza de su motor. El soldado que lo guía cambia de dirección para no aplastar a esta desesperada que permanece inmóvil con los brazos en alto.

Su prudencia resulta inútil, pues la mujer, moviéndose en igual sentido, marcha a su encuentro. La multitud grita de angustia. Con un violento tirón de frenos, el automóvil se detiene cuando su parte delantera empuja ya a esta suicida. Deber de haber recibido un fuerte golpe.

El chauffeur, un artillero de pelo rojo y aspecto campesino, que lleva sobre el uniforme un chaquetón de caucho, increpa a la muchacha, la insulta por el sobresalto que le ha hecho sufrir. Ella, como si no le oyese, le dice con autoridad, tuteandole:

—Vas a llevar a estos dos viajeros. Es ahí cerca, a la Basílica.

La sorpresa deja estupefacto al soldado. Luego ríe ante lo absurdo de la proposición. Va de prisa, tiene que entrar en el cuartel cuanto antes. La grita que se aleje, que salga de entre las ruedas. Ella afirma que no se moverá, e intenta tenderse en el suelo para que el vehículo la aplaste al ponerse en marcha.

El artillero jura, indignado, tomando por testigos a los curiosos. Esto no es serio; le van a castigar; el cuartel... los oficiales... Pero ella está ya en el pescante, inclinando hacia el conductor su rostro cenudo, esforzándose por encontrar un gesto de graciosa seducción.

—Yo te recompásaré. Llévalos y te daré un beso. Sonríe el soldado débilmente, mirándola a la cara para apreciar el valor del ofrecimiento. No es gran cosa, pero, ¡qué diabolo!, un beso siempre resulta agradable.

La gente ríe y palmotea, y la muchacha, mientras tanto, se aprovecha de esta situación para instalar a los viejos en el vehículo con todos sus paquetes.

El chauffeur pone en movimiento su motor.

—Gracias, *madame* — dice, lloriqueando, Baucis, mientras Filemon articula gemidos de gratitud.

Pero *madame* no les oye, ocupada en depositar dos besos sonoros en las mejillas del artillero, brillantes y ennegrecidas por la grasa de los engranajes. *Toma... toma...*

Se aleja el automóvil y se deshacen los grupos. Las pezuñas de terciopelo vuelven hacia el banco. Una de ellas cojea dolorosamente. Siento la tentación de besar también, de besar a la muchacha acida, pero me inspira miedo.

Temo que interprete torcidamente mis intenciones...

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Una ingenua es una planta de linda flor e insipido fruto.

La religión de las mujeres aseméjase a la de los marineros: invocan a Dios cuando se ha perdido todo.

Una familia aristocrática y feliz



1. Una familia que específicamente
remos: abuelo, madre y nieto.—
2. Padre e hijo, en un
retrato fiel.— 3. Cinco deliciosos
Mopse, la raza más solicitada
de falderillos.



**La gracia y el arte
exquisito de los nuevos
sombreros**



Bon
PARIS

La toca de seda modelo de Jane Blanchot, creadora de los mejores sombreros



Elegante modelo de mediodía, modelo de Sorbier

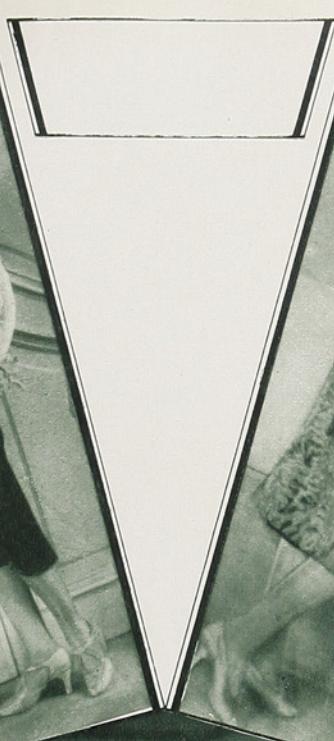
Toca negra con la fantasía de una bonita flor que la ariva



Un modelo de Von Agnes



Abrigo de paño negro
y armiño. Modelo de
Philippe y Gastón.



Abrigo «caracoles» bei-
ge y zorro. Modelo de
Martial y Armand.



Abrigo de paño negro
con cuello y puffs de
zorro gris



Ensemble sport falda
y echarpe de lana
clara y pull over de
diversos tonos. Modelo
Barclay.



Vestido de mañana de
lana gris claro.
Modelo de Gerlain.



LAS MAS
HERMOSAS

Srta. Ruth Ingrid Richard,
que obtuvo el 2.o premio.

Una foto portrate de Ger-
trud Steckler.

Dorit Nitykowsky
elegida Miss Ger-
mania. (1930)

Charlotte Falk, que obtuvo
el tercer lugar entre las
concurantes.

Nanny Sach, también per-
tenece a las 150 señoritas
que se presentaron en el
concurso de belleza Berli-
nense.

La hermosa ru-
bia Gerda Fran-
kes.

Madres
dichosas



Johanna Hofer, la actriz
berlinesa

Hilda Korber, que se ha
retirado del teatro para
ser sólo una buena ma-
dre



Camilla Spira, una es-
trella célebre



Maria Koppenhofer, que
asegura que su hijo vale
más que el teatro

J A U R I A



TAMBIEN TIENEN ELLOS SU EXPRESION.

L A

N O C H E



Jamás moda de noche fué más eléctrica que la que vemos actualmente. Todo se lleva. No es raro, al encontrar en el mismo salón, mujeres vestidas de largos trajes de raso drapado, cerca de mujeres con toilettes de encajes con godets o de georgettes con volantes.

El sitio de la cintura ofrece al mismo tiempo efectos bien diversos.



Todas las mujeres no han adoptado, por diversas causas, la cintura estrecha. Al lado de tallas deliciosamente cimbreantes, orgullo de las muchachas, se ven numerosas tallas bajas con lazos cerca de las caderas. Muchas elegantes salvan la dificultad, llevando una especie de largos cuerpos rectos, estilo edad media, a los cuales se agregan nudos y volantes muy modernos.

El corto abrigo de crepé haciendo juego, o de muselina de seda completamente recto, transparente y ligero, sin mangas a veces, reemplaza sobre las espaldas de las fríollentas, el echarpe pasado de moda. A veces un gran volero, agrega a estos trajes una nota imprevista.

Mientras que para este invierno, se nos permite exhibir los trajes creados en principio de estación, los costureros trabajan. Rodier que no se detiene, ha entregado al mundo, numerosas familias de nuevas telas.

CLAUDIA.

LA NUEVA ESTACION

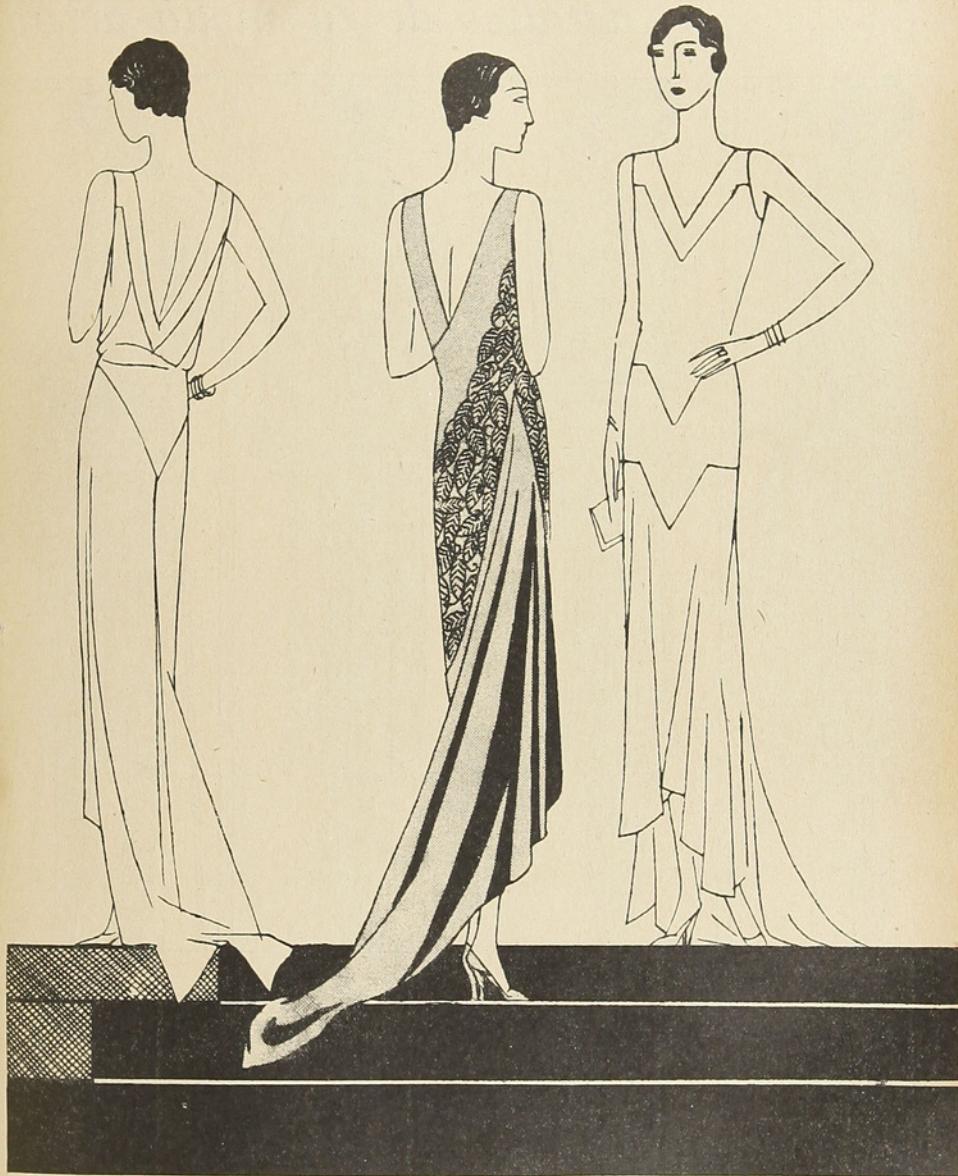


Abrigo en kashdrap habana claro, guarnecido de marta.

Abrigo de terciopelo de lana verde botella. Gran cuello chal y adornos de castor.

Abrigo en terciopelo inglés color gris platino, guarnecido de zorro gris.

La cola reaparece en los trajes de noche

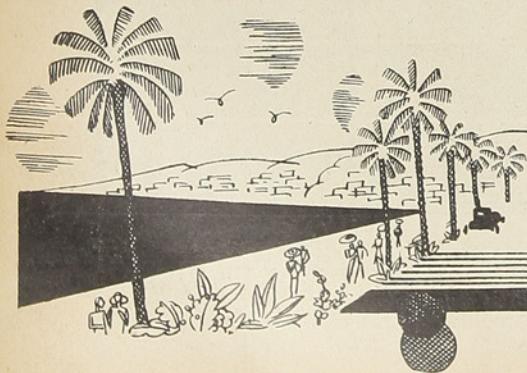
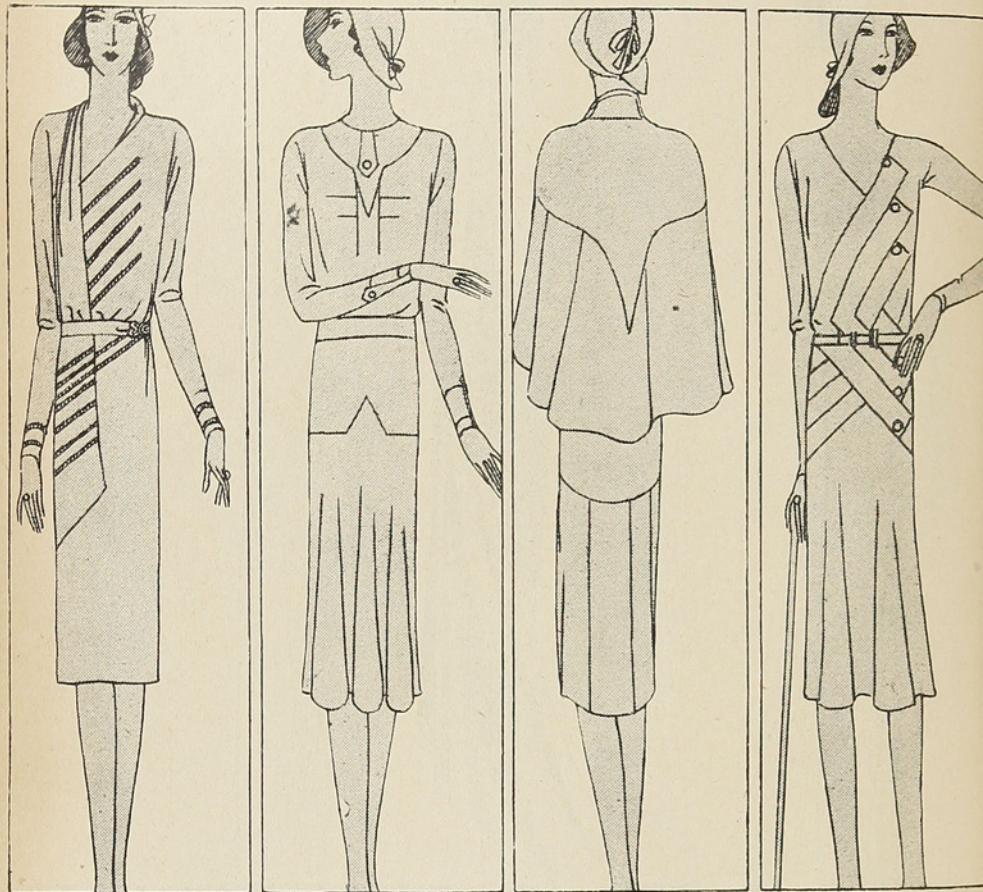


La cola reaparece en los trajes de noche, prolongando la linea de la mujer y dándole un aspecto muy noble. Aquí, en este modelo de raso blanco, ella se desdobra graciosamente.

Traje de terciopelo delgado, «salomé», cuya cola parte a la derecha, bajo un bordado de perlas que ciñe muy estrechamente el cuerpo. Este traje convendrá especialmente a las mujeres bien hechas.

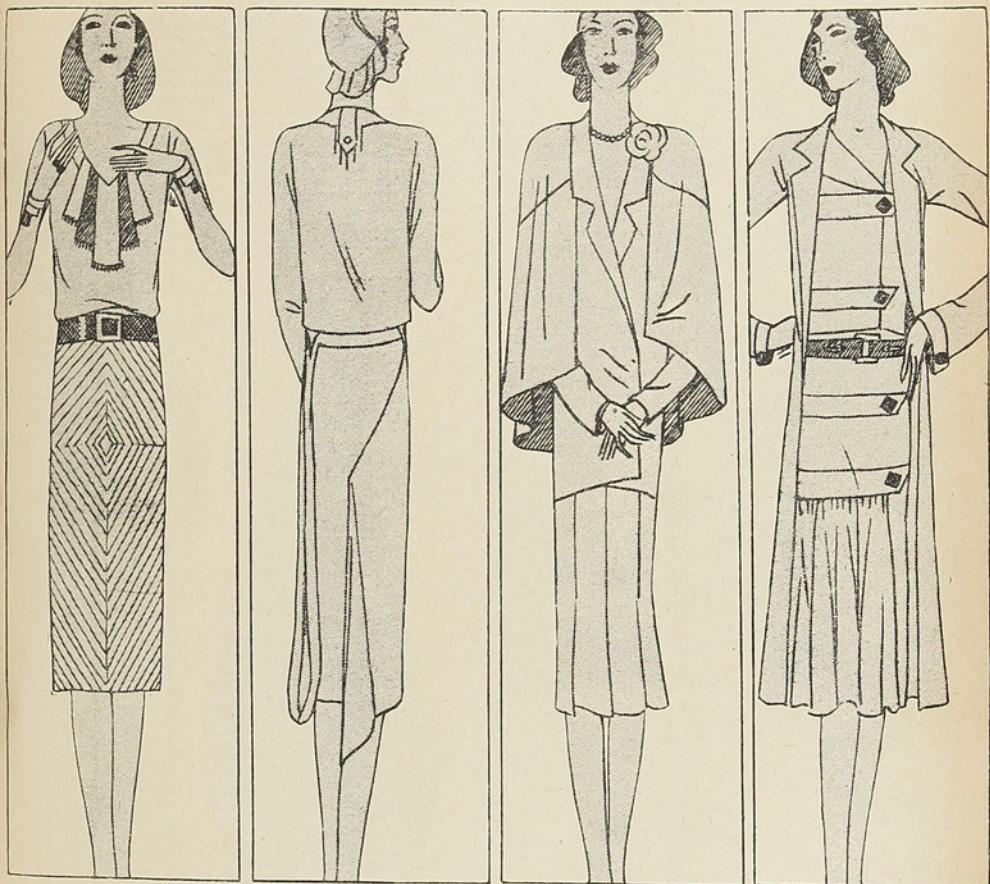
El primer traje, visto por delante, debe admirarse la originalidad de la pieza de las caderas, que da amplitud y suma gracia a la falda.

Son más cuidados los detalles de la moda actual



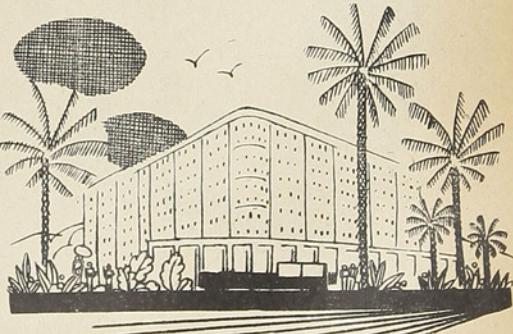
El movimiento dado desde hace poco tiempo en París, en favor de los trajes un poco más largos, se continúa, pero no hay que olvidar que se llevan muy poco más largos, y siempre de aspecto deportivo, por las mañanas. Sin embargo, estos trajes encantadores, tracionan una elegancia rebosada y exquisita a la que ya estábamos desacostumbrándonos. Así todos estos trajes se hacen en laniñas lisas o de fantasía, en crepe liso o labrado. Una mirada sobre estos cuatro modelos ofrecidos hoy a nuestras lectoras, dirá para ellas más que muchos comentarios. El primero es de Magdalena Viennet, en crepe beige adornado con deshilados, y cuyo echarpe pasa por bajo el cinturón. El segundo es de Lucila Paray; es de marocain negro, con puños y cuellos de marocain blanco. Viene en seguida, una deliciosa capa en forma de Lucila Paray y un precioso traje de Doeillet Doucet en lanilla gris, adornado con recortes, alforzas y botones.

*Los trajes vienen apenas un poco
más largos para la mañana*



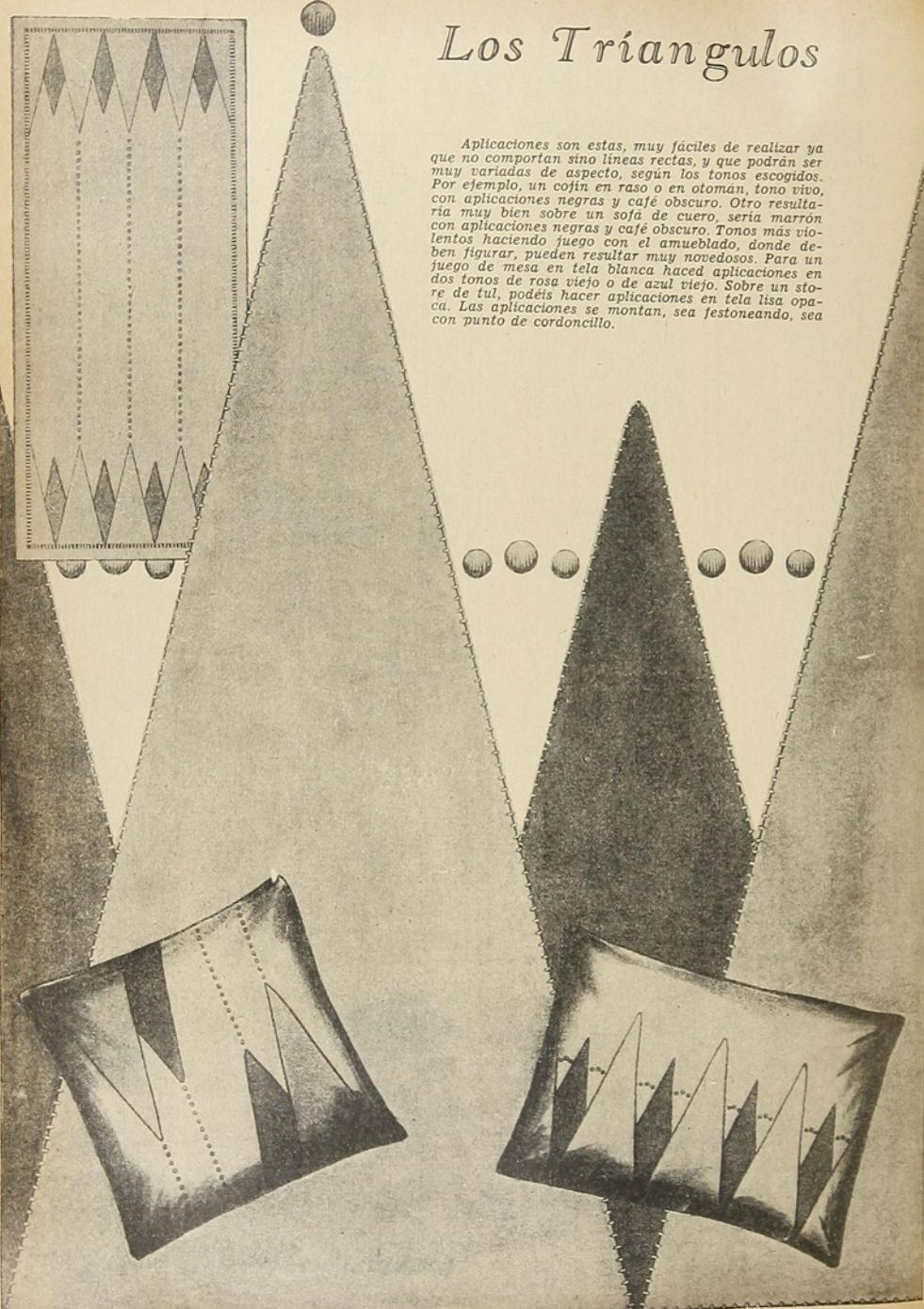
Es incontestable que los detalles en la moda actual, acusan cierto refinamiento que las hace mucho más elegantes.

Un cuello, una flor, agregada a una línea más larga, más rebuscada que la del antiguo traje camisa, contribuyendo a su aspecto más «habilé». Pero al mismo tiempo, se les da un aire más gracioso y deportivo con el cinturón de cuero o de la propia tela de la cual están hechas, pero trabajado como el cuero. Así, por ejemplo, en este traje de Miranda, con falda de lanilla rayada gris y negra, unida a la blusa por un cinturón de cuero negro. La blusa es de crepe de China gris, a la cual se le agrega una corbata amarilla, negra o gris, que le da un aspecto muy coqueto. Los que siguen son modelos de Lucila Parayuno, sin capa y otro con capa, éste de marocaine blanco como la falda, con una rosa amarilla. El último es un «ensemble» de Lenief, lanilla azul gris y cinturón de cuero negro, adornado con grandes botones de madera.



Los Triangulos

Aplicaciones son estas, muy fáciles de realizar ya que no comportan sino líneas rectas, y que podrán ser muy variadas de aspecto, según los tonos escogidos. Por ejemplo, un cojín en raso o en otoman, tono vivo, con aplicaciones negras y café oscuro. Otro resultaría muy bien sobre un sofá de cuero, serie marrón con aplicaciones negras y café oscuro. Tonos más violetinos haciendo juego con el amueblado, donde deben figurar, pueden resultar muy novedosos. Para un juego de mesa en tela blanca haced aplicaciones en dos tonos de rosa viejo o de azul viejo. Sobre un sofá de tul, podéis hacer aplicaciones en tela lisa opaca. Las aplicaciones se montan, sea festoneando, sea con punto de cordoncillo.



(Continuación de la página 14)

PEQUEÑA

po aquel instante de nuestra despedida, cuando ella, sintiéndose abrumada por toda mi crudeza, alzó contra mí el puño débil y tembloroso; me miró atontada, despavorida, y me dijo, distante de amenazas y maldiciones: «Serás feliz».

—Nada más que eso?

—Nada más, ¿te parece poco? Nos acabamos de decir mutuamente que Pequeña es una criatura extraordinaria; hemos advertido que tiene los ojos llenos del mar y llenos del sol, que vive casi en abandono a la sombra escasa de un viejo. Pues bien: así desvalida y excentrica, me produce terror. Veo siempre aquella mano suya frágil y pálida, sibilística sobre mi destino; oigo su acento augural cuajado de lágrimas puras, y reajo cada día la expresión celeste y espantosa de su cara, como un reproche y una advertencia que, en efecto, no me permiten ser feliz.

Juan Luque participa ahora de la intensa preocupación de su buen amigo.

Casi llega a suponer cómo será de bello y trascendente el rostro de Pequeña cuando se acentúe iluminado por un furor sublime.

Z Z Z

—Invidable! —exclama.

Y se apoya, meditativo, en el arco del puente, donde se ha sentado Martíval.

Sube la marejada por debajo de la carretera, bárbaro el son, que en este solsticio veraniego crece como nunca. Están alertas los astros al filo de la noche. Luque sale de su mutismo y se atreve a insinuar:

—Acaso sea imperdonable destruir la fe de quien nos ama desde el fondo de su inocencia con apasionado candor.

Lo debe ser. Porque yo he cometido pecados que parecen mucho más graves y no me punzan, no me desvelan; sólo de éste el arrepentimiento y necesito la absolución. Por él hui de regresar a Vilamallo, y al cabo he vuelto por él! No quise haber de Pequeña ni buscárala, ante la posibilidad de que hubiese muerto sin rendir su mano activa y leve, cerrada contra mí, sin humanizar el gesto sombrío y misterioso que tuvo en la hora de nuestro adios: me hubiera parecido, entonces, que se eternizaba su profecía con un poder angelical e invencible.

—Pero tendrás que ir a verla para que te libre y perdón.

—Lo intentaré, ya que no puedo vivir con esta inquietud.

Mucho más tarde ambos amigos dejaron allí la pleamar tremenda y gritadora, cuando ya tenía el puente los anchos ojos traspasados de luna.

Con el aroma nuevo de la mañana se dirige Andrés Martíval a la costa ribereña de don Martín y, llevado instintivamente por la vieja costumbre, busca la parte baja de la cerca, por donde tantas veces se asomó a ver a su novia.

Desde este sitio recatado admiraba el crecimiento del plantel, que ha hecho del jardín casi un bosque. Los árboles tendidos, copudos en forma de parasol, parecen otros, de tan fuertes y grandes, recoletos en estrecha avenida hasta la casita pulcra y senil.

Diseñó que la entrada principal, abierta y obscura, se hunda más lejos que antes, según se hunde en el fondo de un manto de luz, bajo el desgarrón de la fronda.

Está la modesta finca muy cerca del mar, oyéndole rugir, y tiene al sur la bellaza ruda y soleada de una montaña, que también ruge o solloza como el Cantábrico. Entre los dos grandiosos vigías la habitación y el jardín de Pequeña permanecen bien guardados y seguros, y al viajero le imponen lo mismo que una fortaleza inexpugnable.

(Continuación de la pág. 13)

LA MODA DEL MOMENTO

¡oh sorpresal!, las uñas tenían el color verde vivo de un jade.

Ya nos habíamos habituado al rojo terracota en las uñas aunque encontrándolo vulgar.

—Nos acostumbraremos al verde?

Pasa la moda invernal, en parade continua, y empiezan a hacer su aparición timidamente las primeras telas de primavera.

Son hechas para satisfacer tanto o más al tacto que a la vista y con ellas hay que desconfiar también de las apariencias, ya que se hacen telas que pa-

recen ser lanas siendo sedas, y crepitan suaves y brillantes que podrían creerse terciopelo.

La primavera sugiere las telas floreadas y para este año la colección de sedas con pequeñas flores es enorme.

El corte de los trajes actuales exige que el diseño sea pequeño, de manera que ya siendo en flores, en rayas o en cuadrados, el tamaño es siempre reducido.

Los colores más a la moda serán: el marrón oscuro con blanco, el rojo oscuro con blanco y el azul zafiro—que reemplaza al azul marino tradicional—también con blanco.

En las sedas multicolores el fondo más chicle es el negro.

Un soplo de violencia natural surge del huerto, cándido y apacible en sí.

—Es mi superstición—se dice Andrés, tratando de serenarse.

En tal momento sale Pequeña de la casa, se detiene al sol y se queda mirando al mar. Es la misma criatura esbelta y fina que antaño enamoró Andrés: los ojos azules, las trenzas largas, seráfica y angustiosa la expresión. El propio nombre familiar la reduce y suaviza, casi la suprime.

Si pufo, cerrado y coérico, no debe tener más peso que una flor; sus labios, muy dulces, de fijo no saben maldecir.

Pequeña viene hacia la tapia sin ver al hombre que la buscas.

Trae los brazos caídos, el andar sonámbulo, en las pupillas marinas y soleadas un estupor inmenso, tan atrozmente triste, que Andrés cierra las suyas, incapaz de sostener el volumen obscuro de aquella pesadumbre llena todavía de sorpresas y de interrogaciones.

Siente Martíval como nunca todo el horror de haber traicionado la primera fe de una alma tierna y encendida, y renuncia para siempre al consuelo del perdón.

En su ansiedad tormentosa supone, mientras hueye de Pequeña como de un imposible, que la niña de la playa seguirá levantando contra él, hasta más allá de la vida, el rencor de su puño endeble y formidable.

CONCHA ESPINA

LA TRAGEDIA DE LOS 30 AÑOS

(Continuación de la página 33)

mar de orden moral, también aparecen algunos síntomas físicos. Por ejemplo, algunas arrugas junto a los ojos. Y si también ya apareció un cabello blanco que se destaca violentemente sobre el negro de la cabellera! Es tiempo de recurrir, entonces, a los masajes faciales y de exponer las espaldas a la benéfica acción de la lámpara que produce rayos solares artificiales... o de exponerse directamente al sol.

Y no hay por qué descuidar el exceso de tejido adiposo que se está desarrollando bajo el maxilar inferior y alrededor de la cintura. Por cansada que te sientas, si no quieres apartar vejez antes de tiempo tendrás que recurrir a todas estas artimañas físicas, por muy cansada que estés.

—Pero con qué propósito? Si de todos modos nunca más volverás a ser joven, y todo el mundo lo sabe! Quizás hayan perdido para ti todo su interés los paseos en compañía de tus amiguitas. Y si sigues adelante en tus tareas es por costumbre, pero sin encontrar ningún atractivo en ellas. La independencia, la soledad y la libertad de tu vida han perdido todo su encanto.

Muchas veces te pones a pensar si debiste dejar pasar o no aquella oportunidad que se te presentó cuando tenías veintitrés años. Desde luego reconoces que entonces te reiste de él. Te interesaba mucho la vida, querías vivirla por tu sola cuenta. Y él pretendía llevarte por no se cuántos años a una desolada región de la Patagonia.

Muchas veces te preguntas si debiste casarte con él. Era un muchacho muy simpático y quizás te hubiera hecho feliz. ¡Por lo menos ahora no estarías sola y desconsolada como estás! Quizás tendrías algún hijo. ¡Pero, bah, son tonterías! También en aquel entonces tuviste en cuenta esos detalles y, sin embargo, dejaste pasar de largo la oportunidad. ¡Pero ahora, te das cuenta de todo lo que has perdido!

Estás sola, completamente sola, en lugar de ser la reina del corazón de un hombre y de un hogar. Eres una solterona de treinta años, que es una cosa muy distinta de ser una chica soltera de veintitrés!

SOBRE LA MUJER

La señora de V... cayó en tierra desde su caballo, ante numeroso público. «A lo menos habré caído bien?—preguntó sonriéndose de pie.— Si, contestaron los espectadores.—No, repuso el marido.

Sólo otra mujer puede curar las heridas causadas al hombre por una mujer. De donde se deduce que el remedio es peor que la enfermedad.

Muy de justicia es la celebridad que glorifica a la isla de Itaca: en ella vivió una mujer fiel.

La mujer es el objeto del culto de la mujer.

VESTIDOS PARA DIARIO



Dos delantales por lo menos necesitan los niños que van al colegio y para ser prácticos deben hacerse de tejido de algodón, vichy o cualquier otro que sea perfectamente lavable. Junto a estas líneas se ven dos modelos, uno de los cuales servirá para una niña pequeña y el otro para la hermana mayor. El de aquélla es de tejido a cuadros azules y blancos y está montado sobre un canesú cortado en punta descendente. El segundo es de tela gris y su pequeñísimo canesú termina con una tableta para abrochar; un cinturón de cuero mantiene los frunces en el lugar conveniente.

Junto a estas líneas, delantal de tejido de algodón gris cuyo vuelo delante y detrás llevan grupos de pliegues y cuyo canesú está cortado en el escote en punta; las mangas son largas y con puño estrecho. El segundo modelo es negro, con cuello blanco y corbata de lunares, que le dan una nota muy alegría. El último delantal es de vichy rayado en cuadrícula; la parte inferior va montada a pliegues fuelle sobre un canesú liso con mangas largas y puño pequeño. Como los otros modelos de esta página, se puede hacer muy fácilmente este delantal con un buen patrón, que podremos proporcionar ateniéndose a lo indicado en la sección de «Dicen que...».





...sí, Señora:

Vd. Tiene Una Sola Cabellera

Si en lugar de una cabellera, tuviera usted varias cabelleras, podría exponerlas a pruebas que pueden ser fatales para sus cabellos. Como solo tiene una, debe meditar muy bien antes de decidirse por un preparado para teñir sus canas. Un error de elección puede ocasionarle daños irreparables.

Si — por un desmedido afán

de lucro — algún comerciante poco escrupuloso le ofrece otros pretendidos sustitutos del Agua de Colonia "La Carmela", rechácelos sin vacilar.

Compre Agua de Colonia "La Carmela". Usela por las mañanas, como una loción, en el momento de peinarse y sus cabellos volverán a tener el color natural de los veinte años.

En venta en todas las farmacias y perfumerías. Precio del frasco \$ 18 m/l

Agentes exclusivos para Chile: DROGUERIA del PACIFICO S. A. — Suc. de Daube & Cia.

CANAS

El Agua de Colonia
"LA CARMELA"

es un producto digno de toda confianza. Reúne las siguientes propiedades características que son las que la distinguen de todas sus imitaciones:

1. Devuelve al cabello canoso su color natural exacto: rubio, castaño o moreno.
2. Es absolutamente infensiva.
3. Es de uso sencillísimo, pues no requiere lavados de cabeza: se aplica al peinarse, como cualquier loción.
4. No engrasa ni mancha en lo más mínimo la piel ni la ropa.
5. Higieniza el cuero cabelludo y disuelve la caspa en 4 días.

PATRON PARA OCHO TRAJECITOS



El primer modelo es hecho en crêpe de China azul lavanda. La falda plisada está montada sobre un canesú abierto y anudado por delante. Bocamangas y escote festoneados.

En muselina bordada, el segundo modelo es sencillamente realizado con pequeños volantes fruncidos de muselina lisa con bordes.

Para el tercer modelo de fino jersey, convendrán tres tonos degradados al beige y el motivo será en aplicaciones de fieltro rojo y beige.

El modelo 4 es en velo de seda rosa. La falda va atra-

sada con largos pliegues religiosos, y va montada con nidos de abeja.

El siguiente es de tafetán escocés, rojo sobre fondo beige. Lo bajo de la falda, el cuello y la cintura, son de tafetán rojo liso.

Un traje de vestir hecho en linón blanco adornado de florcitas bordadas a la inglesa.

Para quedarse en casa este traje de cretona amarillo vivo en el canesú y lo bajo de la falda. El resto es en cretona impresa. Para un traje elegante, resulta muy bonito este modelo en tafetán verde agua. Rucha en lo bajo de la falda.

Para el Ama de Casa

La bolsa del kimono

Entre los accesorios para el casi indispensable viaje no deben faltar las respectivas bolsas para el kimono y las zapatillas, que, según los últimos dictados de la moda, deben ser confeccionados con el mismo género a fin de formar juego.

Estas bolsas ofrecen oportunidad para emplear en ellas unas marcas hechas a punto de ganchillo que, por su novedad, son actualmente las favoritas para marcar toallas, mantelerías, etc. Esta clase de bolsas tienen la forma de un sobre grande y generalmente se hacen de un satín liso o floreado, forradas de blanco o de un color muy claro, y es una nota de buen gusto el meter un par de *sachets* perfumados entre la tela y el forro. La bolsa para las zapatillas tiene el mismo corte, pero su tamaño es más reducido y, naturalmente, ha de estar en correspondencia con las pantuflas que haya de tener.

Dónde se ponen las iniciales

En la mayoría de los casos las iniciales se cosen en el centro del pico que cierra el sobre, pero no faltan innovadoras que las cosen en el centro del lado liso, alegando que es el sitio en que se escribe la dirección en los sobres. Como ya hemos dicho más arriba, las iniciales hechas a punto de ganchillo obtienen ahora la preferencia sobre las de canamazo, bordado al pasado, etc.

Elección de colores.

Es una idea muy acertada el hacer la bolsa para el kimono con la misma tela que éste, pero, en caso de que no se dispusiera de dicho género, sería conveniente escoger un color que se diferenciara mucho de los demás bolsos que harán de marco parte del equipaje, con objeto de que pudiera ser encontrada con facilidad en las inevitables prisas que trae consigo un viaje.

La letra V en punto de ganchillo

Como en todos los trabajos de *filet*, los agujeros constan cada uno de dos cadenetas (cd.) al aire y un palito (pl.) que siempre se engancha en el pl. de la vuelta anterior. Los puntos rellenos (pr. r.) constan de 2 pl. enganchados en 2 cd. o pt. r. de la vuelta anterior.

LYDIA LE BARON WALKER

COMPRIMIDOS

Pies.—Muchas veces he buscado la razón del número considerable de tiendas de calzado que adornan las capitales del mundo. ¿A qué religión corresponde este abnegado culto? Paul Morand cuenta que en Cuba, las vitrinas de las tiendas de calzado, son de un lujo impresionante.

Lujo generalizado entre los árabes, los hispanos y los orientales, que solicitaban el pie elegante, la botita impecable. Un chino no puede contener su emoción ante un pie desnudo...

Dichosos Celestes. Allí la belleza del pie occidental, no es más que un recuerdo. Luis XV debe responder ante la posterioridad de bastantes desaguisados, para que no se le eche en cara todo el tiempo, los famosos talones altos, instrumentos de tortura de la mujer moderna!

Todo París conoce a Mme. J. S. Esta yashwooman apasionada, se da un maligno placer en invitar a sus amigas a largos cruceros, simplemente porque ella posee un pie maravilloso, impecable, y la regla de abordo es atravesar el puente con los pies desnudos.

Perritos.—Un veterinario parisense acaba de instalar baños de sol para perros. ¿Por qué? El pekines y el showshow, tienen en el corazón de las mundanas, la porción que dejan libres sus parecidos flirts. Jamás la afición de las mujeres por estos bichos fué más sensible.

Es sabido que en la escuela veterinaria de Alfort existe un servicio de consultas. El otro día una linda parisienne presentó al profesor C... un lindo pekines enfermo del instintivo.

No es nada, diagnosticó el eminentísimo práctico. Un poco de bicarbonato de soda en su sopa.

—Pero es que él no toma sopa, doctor.

—Un poco de bicarbonato de soda en su carne.

—Pero es que él no come carne, doctor.

—Pero entonces, un poco de bicarbonato de soda en su leche.

—Es que él no bebe...

—Pero cómo se alimenta entonces?

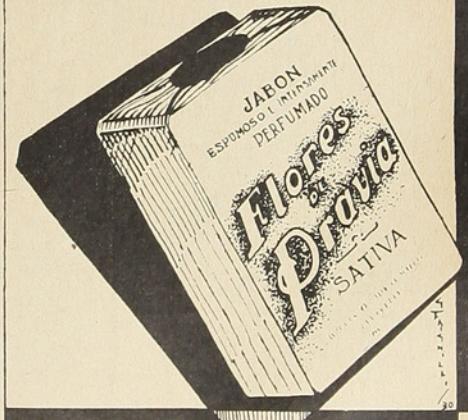
—De croquetas de chocolate, doctor.

—Bicarbonato de soda en sus croquetas de chocolate, concluyó imperturbable el profesor C... en medio del atento círculo de sus oyentes.

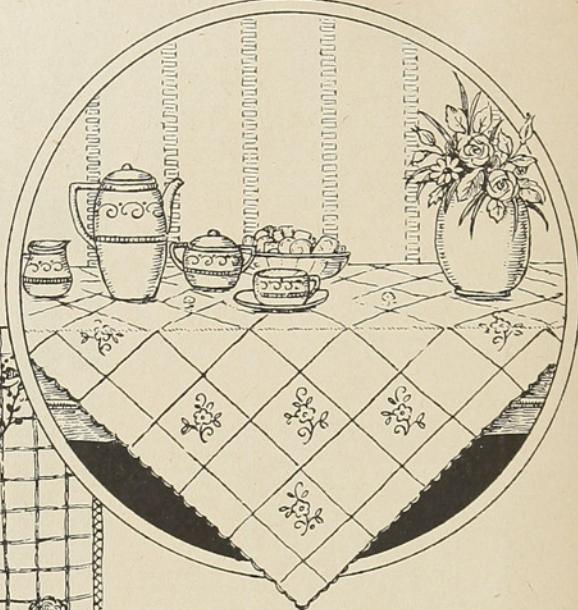
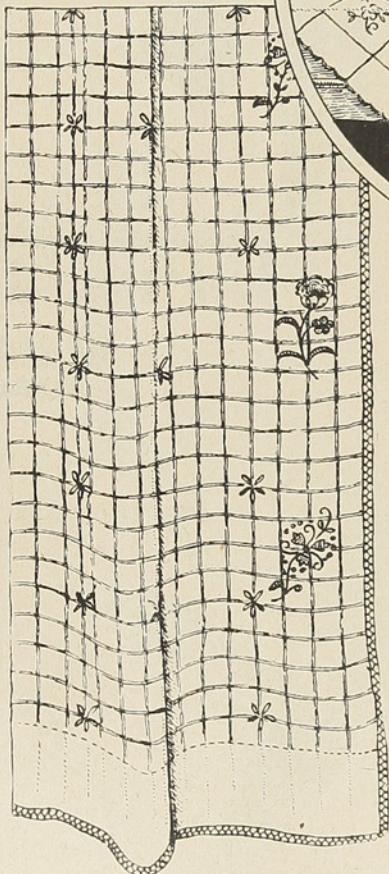


Flores de Pravia

EL PREFERIDO
de la gente chic



Una Cortina y un Mantel para Té



Los tejidos a cuadros son sumamente alegres y prácticos para la lencería de mesa, pero por su aspecto no pueden ser usados a diario o en fiestas y reuniones de alguna ceremonia. Para estos casos, y con el fin de no dejar de emplear los cuadros de que tanto gusta la moda actual, se emplean tejidos rayados en cuadricula o bien en tejido liso, sobre los que se hace el cuadriculado con un pescante, punto de cordón, punto de cadeneta o con unas trecillas aplicadas. Sobre el tejido así preparado, se bordan, como la cortina, que está a la izquierda de estas líneas, unos motivos sueltos como caídos a voleo, es decir, sin excesiva regularidad, y se obtiene un efecto muy lindo, alegre y sumamente elegante. En el mantel de té se empleará también un tejido rayado en cuadros o cuadriculado por los procedimientos antes indicados para la cortina, pero los motivos, en vez de ser bordados sobre la cuadricula, están inscritos dentro de los cuadrados y se harán con colores iguales a los del juego de té de cerámica que haya de usarse con él.

DE LA EDUCACION

Cómo debemos sentarnos. — Tan pueril como parece el asunto reclama unas observaciones.

Todas vosotras habéis observado que no son los niños los que se sientan con más descuido y despreocupación. Sometidos a una disciplina escolar y a una educación recibida de sus padres, están más bien cohibidos y procuran no cometer ninguna falta, porque ignoran su importancia. Es luego, en el periodo en que la persona suele prescindir de la educación recibida para substituirla por la que le dicta su carácter cuando se afina o se pervierte. Y son las personas de "critorio propio", por decirlo con eufemismo, las que hacen caso omiso de las fórmulas sociales.

"Las sillas son para sentarse", oímos decir a gentes que asisten a todas partes con una terrible familiaridad. Se arrellanan en el sillón, extienden las piernas, las cruzan, descansan un pie sobre otro, y con inquietante nerviosidad pedalean y no se dan un momento de reposo. Se sientan otras con tal violencia que la silla gime bajo el peso de la desconsideración...

Entre estas personas las hay que completan la incorrección con una impertinencia mayor. Surge el comentario sobre la fragilidad de los muebles de ahora. Lejos de lamentar el percance material de una silla que han roto al sentarse, lo agravan insistiendo en el tema de la imperfección de las industrias. Se levantan, quieren demostrar que la culpa es del mueble. Y al volver a sentarse, la silla queda en calamitoso estado. Hay que sentarse con cuidado, permanecer erguidas con naturalidad y no estar inquietas cambiando de posturas constantemente.

Los preceptos de urbanidad-dictados en el colegio no deben limitarse al comportamiento en el establecimiento de enseñanza, y la parte teórica, perfectamente conocida por los alumnos, debe practicarse en todo momento en la escuela, como en la calle, como en casa, como en cualquier parte.

El respeto a los demás debe garantizar el que deseamos que se nos tenga. Cometer la falta de pedir disculpa para seguir cometiendo falta, tras falta y seguir pidiendo disculpas, es servirse de los modales como antifaz que oculta nuestros verdaderos actos. Abrirse paso entre un grupo a fuerza de codazos y pidiendo permiso, luego de habérselo tomado, no es propio de persona correcta. Jugar en la calle, tomándola por campo de deportes, paetar la pelota y dirigir la patada viendo venir a un transeúnte es no respetar a nadie y adueñarse de lo que a todos pertenece sin ser de ninguno.

Vivir en la ciudad exige el cumplimiento de los deberes de un correcto ciudadano.

Cómo debemos hablar. — En toda reunión de personas, a poco numerosa que sea, hay una persona más locuaz que las otras, lleva el timón de la conversación y tercia, habla, interrumpe y se entromete sin dejar expresar a los demás cuánto quería decir; él se anticipa y da forma al pensamiento ajeno... Suele ser impulsivo y no sabe dominar su incontinencia verbal. Pero existe el caballero reposado, consciente de su importancia social, que considera imprescindible expresar sus ideas revistiéndolas de un empaque más ceremonioso y solemne; este caballero es el orador que llamamos espontáneo...

Para hablar en público, es indispensable tener algo que decir que interese a todo por igual y saberlo decir de tal modo, que la voz de uno solo exprese lo que dos hubiesen querido decir, aunque no todos lo hayan pensado. El que sabe expresar el sentimiento ajeno merece la aprobación general y es sinceramente felicitado. Eleva su persona sobre un pedestal de aplausos y tiene la simpatía de la concurrencia. La barra de algunos que se las dan de oradores, sólo logra de los que tienen el dolor de escucharlos, los bostezos y las muestras de aburrimiento.

El mal hablador o blasfemo. — Este ser asqueroso, inmunda de la sociedad, halla también campo abierto en las reuniones y banquetes. Acostumbra tener empeño en querer hacerlos reír con sus simplezas, torpes e insultantes palabras, que os falta al respeto y decoro a vosotros mismos, rebajando vuestra dignidad, poniendo en sus palabras la asquerosidad mezclada con las blasfemias más irritantes. Cuando os encontréis con esos bichos, mostrad vuestra disconformidad haciéndoles el vacío, dejad que se diviertan solos.

C. N. M.

El Vendedor de Felicidad

Una revista literaria pregunta el mes último a sus colaboradores y amigos: "¿Cuál es el sueño de su vida?"

Tengo aquí el cuaderno donde se recogieron las respuestas. Tonterías, palabras ingeniosas, gritos de metafisicas, angustias, confidencias amargas, rasgos de hipocresía, suspiros elegiacos o bucolicos, de todo hay allí adentro. Y aunque los sueños de cada uno no se parecen al de los otros, y aun más, se contradicen, tienen todos un punto común: el egoísmo.

Gloria, honores, salud, ciencia, paz, he aquí lo que reclaman nuestros ilustres contemporáneos. La paz, sobre todo, que les hace, parece, una falta terrible: la vida moderna es dura para los hombres célebres. Andrés Lang, más modesto, se contentaría con una receta para la obediencia. En suma, la mayor parte son muy exigentes. Si ideal se encuentra por todas partes en el comercio, y si el destino quisiera molestarlo un poquito, tener mejor dicho, algo de buena voluntad con los pobres mortales, los dejaría satisfechos a casi todos.

Una sola de estas demandas, da deseos de enviársela a su expeditor, dándole miles de gracias: es la del señor Henry Bordeaux.

"Si me fuera posible, dice él, escoger entre mis sueños, yo elegiría como Alfonso Daudet, el ser comerciante de felicidad."

"Por qué no pide también la luna? Hay gentes que no son razonables.

Yo sé, amigas de caritativo corazón, lo que vais a decir:

"En fin, he aquí un hombre que no piensa solamente en él!"

Pero no nos equivocaremos. Yo conozco bien el sueño del señor Henry Bordeaux, por haberle sentido yo misma muchas veces. Es un lindo sueño, tan egoísta como los otros.

Allez, rien n'est meilleur à l'âme.

que faire une ame moins triste.

Verlaine dice la verdad. Es un placer de los dioses.

Pero sin embargo, los propios dioses no parecen muy interesados en procurárselo. Pero no. Hay un dios que comprende la vida, y ese dios es Júpiter. Se pudo cambiar en cisne, en general de Tebas, en lluvia de oro...

—Para seducir pobres ninjas! Vaya un egoísta...

—Egoísta! Un comerciante de felicidad, ha de lograr también su pequeño beneficio.

G. A. MASON.

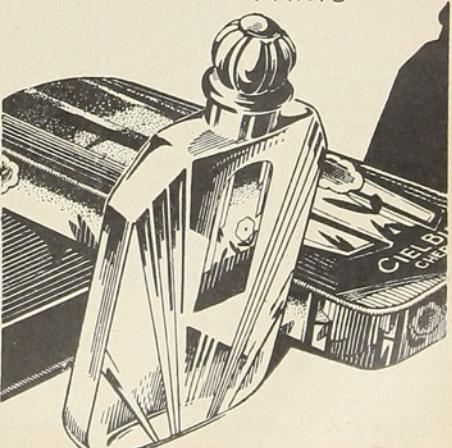
CIEL BLEU

(CIELO AZUL) MR

"VENTANA ABIERTA
EN LO INFINITO
DEL ENSUEÑO"
NUEVO PERFUME
DE
CHERAMY

PARÍS

MR



(De la página 26)

RUPTURA DE RELACIONES

—Se trata de una cosa muy clara, caballero: ¡jamás, comprende bien? ¡jamás será usted el esposo de Giselda!... A menos que yo estuviese loco (¡caramba que no lo estoy!), no podría dar mi hija a un hombre que la dispensa tan poco respeto que a menos de tres semanas de su matrimonio, cultiva aún relaciones culpables y se exhibe en público con una mujer indigna...

—Yo... yo... yo cultivo aún relaciones culpables?... — he tartamudeado, lleno de asombro. — Yo... yo... me exhibo en público con una mujer indigna?... ¿Quién... quién... quién es el autor de esa absurdísima invención?

Papá Lemoutier se ha plantado frente a mí con los brazos cruzados, y ha exclamado, apocalíptico:

—No niegues usted, caballero! ¡Es inútil negar! ¡Lo sabemos todo!... Escúcheme, hombre insensato, ya que es absolutamente necesario poner los puntos sobre las íes: esta tarde, a las cinco y doce minutos exactamente, mi esposa y yo que pasábamos casualmente a esa hora por la plaza de la Concordia — hemos divisado a usted dentro de un taxi que se dirigía a los Campos Elíseos. Usted abrazaba a una mujer, una mujer cuyos rasgos no hemos podido distinguir, pues usted la ocultaba, pero que le hemos visto besar en los labios... si, le hemos visto tan bien como estoy viéndole en este momento en que se rasca usted la nariz ineducadamente. Debia ser algo de muy distinguido la tal... señora... En fin, ¿se siente usted avergonzado ahora?... ¿convicta y confeso?... ¿Tenemos aún algo más que decirnos usted y yo?...

Eh?... ¿Qué te parece la historia, mi buen amigo?... Papá y mamá Lemoutier nos habían visto a Giselda y a mí o, más exactamente, me habían visto a mí, a mí y a una mujer, una "mujer indigna" cuyos rasgos no habían podido distinguir. Supusieron en seguida que la tal "mujer indigna" era el objeto de una aventura cualquiera y que yo no había tenido el tacto, o el valor, de romper con ella hasta ahora...

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? ¿Qué habrías dicho?...

Los que están consagrados al alivio de la humanidad

saben que para los dolores, no existe nada igual a la

Cafiaspirina

No sólo calma el dolor en pocos momentos, sino que regulariza la circulación de la sangre y levanta las fuerzas, proporcionando así un saludable bienestar.

Los médicos del mundo entero la prescriben con absoluta confianza, porque NO AFECTA EL CORAZÓN NI LOS RÍONES

Dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; cólicos menstruales; reumatismo; consecuencias de las trastocadas y los excesos alcoholíticos, etc.

CAFIASPIRINA (M.R.) Ester compuesto etánico del Ácido orto-oxibenzoico con Caffeína



En un principio he estado a punto de echarme a reír; en seguida, he experimentado deseos de indignarme y de decir a papá Lemoutier: "Es inconcebible, señor, lo que usted se atreve a insinuar... Usted me ha visto esta tarde, en la plaza de la Concordia con una mujer. Y eso le hace creer que yo no amo a Giselda... Pues bien, ¿quiere usted saber quién era la "mujer indigna" que yo besaba esta tarde, dentro de un taxi, en la plaza de la Concordia? Era su hija. Sí, exactamente, su hija, su hija Giselda, mi Giselda adorada, y no otra..."

Sin embargo, he comprendido en seguida la imposibilidad de expresarme así con un padre, con un papá Lemoutier; e, inclinando la cabeza bajo la tempestad, me he retirado — como se me invitaba a hacerlo — muy apenado...

Pero...

Pero mi noviazgo ha quedado bien roto. Y por el momento te lo repito — no veo la solución de todo este enredo... A menos que... a menos que nos decidamos, Giselda y yo (y es quizás la única solución práctica), a hacer intervenir en nuestro favor a su abuela, la buena anciana Lemoutier, tan comprensiva, tan indulgente...

... Por un momento yo había confiado en que, después de mi partida del hogar Lemoutier, las cosas se arreglarían por si solas. Pero, ¡ay!, en lugar de arreglarse, parece que, por el contrario, en este momento se han complicado mucho más...

Giselda, que ha podido telefonearme hace un momento, mientras yo te escribía, me ha dicho, en efecto, que, puesta al corriente de mi "infame conducta" por sus padres ha insinuado, en la esperanza de apaciguar un poco a los esposos Lemoutier:

—¡Pero, en fin, vamos a ver, papá, mamá: si él besaba a una mujer en los labios, eso prueba que sabe besar! ¡Siempre es algo!

Ahora bien, el único resultado (sin duda poco lisonjero) obtenido por Giselda con esta intervención conciliatoria, ha sido el de hacer exclamar a mamá Lemoutier, a una mamá Lemoutier desdenosa y apliada, esta sentencia fulminatoria: —¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!... ¡Todo esto es más terrible de lo que suponía...! Cándida e ingenua como es esta criatura, si se hubiera casado con un aventurero semejante, antes de dos meses, antes de uno quizás, su vida se habría transformado en un verdadero calvario!...

MAX ALEX FISCHER

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Se ponen a hervir 400 gramos de azúcar, tres vasos de agua, una copa de jugo de naranja y el jugo de un limón

Una vez hervidos, se ponen a enfriar; luego se les agregan 40 hojas de cola de pescado remojadas, dos claras de huevos batidas ésto se deja hervir después en baño de María. Se cuela a través de una servilleta, se llenan las cáscaras de las naranjas cortadas por la mitad, y se dejan enfriar entre el hielo pisado.

Se sirven en una dulcería adornadas con hojas verdes de naranja.

PUDING CABINET

Se hiere un litro de leche con un pedacito de vainilla, se retira un poco del fuego, se agregan ocho yemas y dos huevos batidos con media libra de azúcar. Se hace un poco de caramelito claro en la sartén, se unta el molde con manteca. Luego se cortan en pedazos 200 gramos de dulce de higos naranjas, cidra y guindas, se lavan en agua tibia 50 gramos de pasas de Sultana; se ponen en un plato, se corta en pedacitos la primera prepartación se pone en el molde y se salpica con pasas. Así sucesivamente, hasta llenar el molde.

PARODONTOL

**EVITA
CURA
SANA**

**PIORREA
(PARODONCIA)**

FRASCO USASE SOLO POR GOTAS
FID
BASE:
YERBAS MACERADAS

(De la página 28)

EL MARQUES D'EON O EL SECRETO DEL CABALLERO-MUJER

de estado y de sexo cuya falta comienza en sus padres, y aún haciendo justicia a la conducta honesta y reservada, aunque varonil y vigorosa que ella ha mantenido bajo sus hábitos de adopción, exijo que el equivoco de su sexo que ha sido hasta aquí motivo de burlas malvadas y desprecios poco decentes; exijo, digo, y en nombre del rey, que el fantasma del marqués de Eon desaparezca enteramente y que una declaración pública haga neto, preciso y sin equivocos su verdadero sexo, y que la vuelta a tomar sus trajes de niña fije para siempre las ideas del público a su respecto..."

Después de tal decisión, ¿cómo quieren ustedes que d'Eon, de vuelta a Francia, no fuese considerada como una verdadera mujer? Para todos ya no fué sino la "señorita caballero". Se le escribían cartas de amor. Beaumarchais, cada día más ciego, declaraba con un pequeño aire de superioridad: "Todo el mundo dice que esa niña está loca por mí". Se vendían en la calle sus retratos con trajes escotados y diamantes en las orejas. María Antonieta le ofreció un tesorillo. Mme. Bertin, la costurera de moda, le hizo trajes. Mme. Baranat un corset flexible y elástico. Brunet, el peluquero, un peinado de tres pisos. En vano la interesada declaraba a un ministro: "Desde que he dejado mi uniforme y mi sable, estoy más imbécil que un pato que ha perdido la cola. Trato de caminar con los tacos puentiagudos y los talones altos, pero estoy siempre a punto de caerme y romperme una pierna, y en lugar de hacer reverencias, siempre voy a coger mi peluca creyendo que se trata de mi sombrero o de mi casco". Pero d'Eon debía permanecer mujer.

Fué en ese punto cuando La Tour hizo su retrato al pastel y nos lo representa, bajo el aspecto más femenino que es posible. Su imagen debía pasar así a la posteridad.

Brillantes horas que el héroe de esta increíble historia saboreaba, sin duda con alguna ironía. Rápidas horas que debían durar.

La marquesa se encontraba en Inglaterra cuando estalló la Revolución. Comenzaron los años de miseria. D'Eon debió para vivir constituirse en profesor de francés, maestro de danza y profesor de esgrima. Un día lohirieron cruelmente en la axila con un florete y quedó constreñido a la inmovilidad. Empeñó sus últimas joyas. Murió por fin en 1810 en una habitación solitaria y pobre, pero fiel al juramento que debían durar.

Se le creería tal vez sin los documentos irrefutables que desde entonces han llegado hasta nosotros y que ha puesto hábilmente a la luz el señor Charmain, su último biógrafo.

R. R.

S I N D O L O R . . .

Adiós, mujer... No quiero que haya en la despedida ni reproches ni quejas entre nosotros dos. Si nuestro amor se escapa al contemplar su huída agitemos la mano para darle un adiós...

Que no nos mire tristes porque nos ha dejado, que tampoco es motivo para sufrir por eso. Déjale que se escape, que vuele libertad; ¡pobre pájaro loco, bastante estuvo preso!

Si ahora nos abandona no sintamos rencores, que si al fin es tristeza ventura fué primero; alegró nuestra vida con sus trinos mejores y nos hizo dichosos mientras fue prisionero.

Y ya verás que pronto será una triste ruina el castillo de ensueños que nuestro amor forjó, que por la misma senda donde el amor camina va el Olvido pisando las huellas que dejó.

Hasta hoy marcharon juntos tu destino y el mio porque amor los llevaba de la mano a los dos. Si ahora el Amor se escapa porque llega el Hasticio sin lágrimas ni quejas te digo sólo... "¡Adiós!"

Alejandro García Gutiérrez

Bé-mecé

M.R.

Bicarbonato de Sosa, Magnesia, Carbonato de Cal

**ESPECIFICO DE LAS
ENFERMEDADES
del ESTOMAGO**

Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces - Flatulencias - Bostezos
Pesadez e Hinchacon de ESTOMAGO
Bochornos - Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispensias. Gastritis, Hiperacidez, etc.

DOSIS Una cucharadita despues de cada comida

de Venta en todas las Farmacias

**ANTI-REUMÁTICO
ANALGÉSICO-SEDANTE**

**NEURALGIAS, FIEBRE,
JAQUECAS, GRIPE,
CIATICA, REUMATISMO**

Resfrios, Dolores de cabeza y muelas

*Alivio inmediato:
sin efectos secundarios nocivos*

ASCEINE M.R.

Comprimidos de Acido acetil-salicílico
Acet fenetidina, Cafeína



De venta
en todas las
farmacias

ASCEINE
ANALGÉSICO-SEDATIF
ANTIRUMATISMAL

Tubos de 20 tabletas.
Sobrecitos de 1 y ½ tabletas



Transportes en Común

NOTAS DE PARÍS.

QUE PUEDEN SER DE TODAS PARTES...

París ofrece verdaderamente al amateur del turismo, la gama de las modas de locomoción más ricas que se puedan concebir. Desde el viejo barco mosca, estival, que pasea por sobre las aguas de noche, una especie de isla de luz, y en el cual el capitán, único amo después de Dios, es igualmente el único pasajero, hasta el majestuoso autocar, emperador de la calle, pasando por todos los diversos vehículos que asumen bajo tierra o en la superficie, el cuidado de

transportarnos, hay en el sistema circulatorio de la gran ciudad con qué satisfacer a un dilettanti y procurarle las sensaciones más dulces y las más violentas.

Por supuesto que a cada temperamento convendrá una manera de transporte diferente. Los impacientes, las gentes apuradas para quienes el deseo de llegar rápidamente vale más que el confort con que se viaja, y cuyo olfato no es muy quisquilloso, prefieren el metro.

La clientela del tráin se recluta al contrario, entre los desocupados, los funcionarios, las esposas que van a dar una vuelta por los grandes magazines, de un modo general, entre las personas que tienen tiempo y que no desean ocupar éste, observando la vida, y siguen con divertida atención el cine de la calle. Por último, los nerviosos, los fatigados, los enamorados que corren a una cita, los hombres de negocios, los celosos, los políticos, los literatos y las gentes que tienen la conciencia intranquila, encontrarán en el taxi un colaborador inteligente que les proporcionará por medio de hábiles frenadas y vehementes toques de bocina, o por admirables maniobras cuya técnica es su secreto, un juego de emociones apropiado a su inquietud.

En cuanto a los voluptuosos, si no pueden pagarse el lujo de un medio de transporte individual o si su coche se encuentra en el garaje, yo les recomiendo el autobús. Sin duda este paquidermo no tiene el estomago delicado del automóvil particular, bestia de lujo que sigue toda la vida un régimen muy estricto. El autobús es por esencia omnívoro. Le hace falta contentarse, lo mismo con la vendedora de pescado que con la linda dama que sale del teatro envuelta en un abrigo de petit-gris. Pero la verdad, ésta se introduce muy escasamente en su esfagio o se desliza de un solo golpe hasta el fondo como un bomboñ forrado, mientras que la primera con su indigesto canasto, se detiene en la entraña.

Y qué exquisito es este medio de transporte para el que gusta de contemplar formas agradables! Por cuatro tickets se saca casi siempre en la lotería del autobús una linda mujer. Naturalmente, hace falta ayudar un poco el azar. Pero la estrategia no es complicada. Basta con instalarse desde la partida en la banqueta del fondo, de espaldas al chauffeur. Desde allí se la ve venir, y uno se puede bajar en el curso del camino según la fuerza de atracción que se desprende de la pasajera bajada en el último paro, y ello sin temor de que el señor de enfrente impute este cambio a otra causa que al deseo legítimo de no caminar retrocediendo. Por fin, exquisita atención a la cual los timidos no pueden mostrarse insensibles, el autobús permite, gracias a sus vidrios que juegan el rol de espejos extraviadores, el mirar a una mujer tan largamente como se desee, sin impertinencia y manteniendo el aire de contemplar el paisaje.

Me dirán ustedes que este pasatiempo no es mucha felicidad. Soy de esa opinión también, pero ello no quita nada para que yo sea partidario, entre todos los medios de transporte, del autobús.

G. A. M.

S O B R E L A M U J E R

Las mujeres alardean de su imperio cuando deberían emplear todo su arte en disimularlo. Todas las mujeres incurren en la humorada de disfrazarse de siervas, son reinas.

Quién más fuerte que una débil mujer.

El único milagro que aún se verifica en nuestros días es el de la encantadora Circe, que transformaba a los hombres en bestias.



¿Se Resfría Usted Fácilmente?

La potencia tonificante de las sales minerales y demás valiosos elementos científicamente combinados, hacen del Jarabe de Fellows un reconstituyente de gran alcance que se puede tomar en toda época del año.

Es una señal de debilidad orgánica . . . Con cada resfriado sus fuerzas se van minando y su organismo queda despojado de resistencia. Fortalézcalo a tiempo con el Jarabe de Fellows, el tónico que puede crear fuerzas en su sistema; estimular su apetito; ayudarle a extraer de los alimentos más poder nutritivo; devolverle su vigor físico y agilidad mental. Tome el Jarabe de Fellows con la confianza que inspiran 60 años de eficacia insólita.

En las Farmacias de
58 países es
FELLOWS
el tónico predilecto.

M. R.

**JARABE DE
FELLOWS**

Base: Hierro, quinina, estricnina e hipofosfítico de manganeso potasa, sosa y cal.



C. Sócrates G., Teniente "C", Rancagua, 26 años, desea correspondencia con fines matrimoniales con señorita o viuda, sin familia, no mayor de 25 años. No exijo posición social, sino cariñosa, instruida que reúna condiciones para formar hogar feliz.

Dalila G. San Javier, desea correspondencia con joven serio dispuesto a formar hogar con persona enemiga del modernismo.

J. Zamorano, desea correspondencia con jovencito no menor de 25, trabajador, cariñoso. Correo Galvarino.

José Ramírez, Regimiento "Talcahuano", de Artillería de Costa de Talcahuano, desea correspondencia con señorita de 22 a 26, ilustrada, seria y cariñosa. El es moreno, simpático, corazón noble.

Otto N. Benigno B. y Ciro A. Fuerte Borrego, Talcahuano, irresistibles marinos, buscan concurso de lectoritas, que se sirvan endulzar la vida amarga del mar. No importa que no sean bellas como Venus, si son buenas y sinceras.

Arnoldo Alvarado, Casilla 638, Concepción, 17 años, bueno-nosco, bigotitos a lo Ronald, desea correspondencia con señorita simpática.

Nina D. G., Correo 6, Santiago, busca amigo espiritual, confidante sincero, que sepa lo que es el dolor.

Betty Hermosilla, Correo 2, Chillán, 14 años, desea correspondencia con mocoso no mayor de 16, que sepa amar. Enviar foto.

Maggie U., Correo 2, Chillán, ojos verdes, 15 años, desea correspondencia con chiquillo hasta de 18. Foto.

Deseo correspondencia con jovencito que se tituló en la Escuela Normal de Chillán. Actualmente trabaja en la E. de Mecánicos de Valparaíso. Sus iniciales son R. G. M. G. Soy la chica que estudiaba en el L. P. A. en casa de B. V. A. Meche. Correo Cauquenes.

Carlos Yáñez V., Correo San Fernando, 26

consultorio sentimental

años, moreno, atlético, sincero, leal, lleva en su corazón la imagen de una mujer que ha de ser encantadora, honrada, cariñosa, sumisa. Edad, 15 a 17 años, ojos verdes, pelo rubio o castaño, boca chica, regular estatura, y posición. La quiero para compañera de mi vida.

Tota, Tita y Taya, Correo Principal, Valparaíso, desean correspondencia con tres jóvenes santiaguinos, 16, 23, 26. Prefieren estudiantes. Contestar separado.

Lidia Varela V., Correo Central, Santiago, muchachita que ha sufrido por amor; pero que huyó de ese amor, por encontrar un engaño; busca amistad desinteresada sin mala posición. Tiene escasa libertad.

Alberto Ferreira, Casilla 4616, pregunta a Luna de Plata por qué dejó de escribirle. Se interesa mucho por saber de ella. Retire carta del Correo 3, de Valparaíso.

M. López, Correo 3, Valparaíso, joven modesto, sin vicios, 33 años, desea conocer señorita simpática de más o menos 25, con condiciones para formar hogar que corresponda a mi situación. Preferiría de Santiago o Valparaíso. Ojalá foto.

Wallace y Art Acord, amigos de 19 años, desean experimentar amor puro y eterno con hermanas o amigas dispuestas a corresponder a estos corazoncitos. Correo, Potrerillos.

C. C. Pérez, Manuel Infante 226, Santiago, joven chilanejo, actualmente en Santiago, desea entablar relaciones con fines matrimoniales con señorita santiaguina o pro-

vinciana de 18 a 25. El es alto, moreno, feo, pero agradable. Posee situación desahogada y ofrece muy buenas cualidades. No tiene vicios. Escribir y enviar foto.

Margot X. Correo 2, Valparaíso, 19 años, buena familia, no tiene pareja, amante del cine, la música, la lectura, desea correspondencia con joven alto, simpático, ojalá marinero o militar, no mayor de 23 años, bien educado, buena presencia, rublo, de Valparaíso.

La chiquilla de la Casilla 365, le ruega a Humberto Mansilla que le haga el servicio de devolverle el retrato que le tiene, y no quiere saber más de él en vista de su silencio. Por lo tanto, que se abstenga de escribir, porque ya es tarde.

Anny Spry Esmond, ruega a Enrique Nawrat que le devuelva su foto a la misma dirección de antes.

Nina Vicuña, Correo 18, declara que su ideal sería un cadete naval o militar, no mayor de 17, muy serio.

Amarhti y Astary, Correo, Linares, primas de 16 y 18 desean correspondencia con dos jóvenes que tuvimos la felicidad de conocer en la Plaza de Armas viendo girar "la rueda". Uno de ellos es de "La Bola de Oro". El otro no sabemos dónde está.

Carlos Astudillo. Falta dirección.

Juan Vicuña y Antonio Astudillo, Correo 2, Valparaíso: 18 años, desea correspondencia con señoritas de 16 a 18, cultas y de corazón sincero.

C. A. F., Fuerte Rondizzoni, Quiriquina, Talcahuano, desea correspondencia con chiquilla de 18 a 22, bonita, amante del cine y en la casa. Yo soy marinero y me encanta en la Compañía Disciplinaria por seis meses.

Maria Valdés Marchigüe. Falta dirección. Yolanda de Montel, Marchigüe, "La Es-

Para personas "chic"
(Medias Der-Ven)

Armónico complemento de las más hermosas prendas femeninas, las Medias DER-VEN son prendas de color, diseño y elegancia. La maravillosa suavidad de su rica seda no les impide, sin embargo, resistir firmemente el desgaste y uso intenso y frecuente de lavados.

Combinan así calidad, distinción y economía.

Der-Ven

¿Es posible adelgazar

sin que se debilite el organismo?

Esta es la pregunta que se hacen todas las señoritas que sufren por su obesidad y que han empleado ya MUCHOS MEDIOS de combatirla sin lograr el resultado tan deseado, obteniendo sólo perjuicios para su salud.

Sabido es que la causa de la OBESIDAD cuando no proviene de exceso de comer, se debe al MAL FUNCIONAMIENTO del cuerpo tiroides y esto es fácilmente remediable ayudando a este órgano de secreción interna con sus propios EXTRACTOS o con los PRINCIPIOS ACTIVOS DE SUS SECRETIONES (combinaciones yódicas).

Este es el criterio que ha inspirado a los técnicos del LABORATORIO GEKA, para incluir en la fórmula de la DELGADINA el EXTRACTO TIROIDES como un principio activo de ella.

Aconsejamos a las personas que usen la DELGADINA, someterse a la vez a un régimen alimenticio, absteniéndose de las grasas, aceites, féculas, etc..., pudiendo en cambio ingerir verduras frescas en CUALQUIER CANTIDAD sin temor de debilitarse.

Recomendamos la DELGADINA como el ÚNICO MEDIO SEGURO de combatir científicamente la gordura sin perjuicio alguno en la salud.

No lo olvide, la DELGADINA es preparada por especialistas, a base de Extr. Tiroides, Extr. frangul, Extr. fucus, Tint. Rubíbarbo, Tint. Iodo iod. Alcohol, Agua y azúcar.

PIDALA EN TODAS LAS BOTICAS DEL PAÍS

LABORATORIO GEKA

MAESTRANZA, 1165.

CASILLA, 3867

SANTIAGO



Labios Tangee

.MATIZ

RADIANTE

Labios seductores, radiantes, frescos, pero naturales. El Lápiz Tangee, de fama mundial, al aplicarse suavemente a los labios cambia su matiz hasta armonizar con sus facciones, como la obra misma de la Naturaleza. Un milagro real. El Lápiz Tangee no deja rastro de grasa o pigmento; produce el color radiante de la juventud y belleza. Protege y suaviza los labios.

Pruebe también el Colorete Compacto, la Crema Colorete, el Polvo Tangee, la Crema Nocturna, la Crema Alba y el Cosmético.

Representantes
Klein & Cia. Ltda.
Santiago, Chile



THE GEORGE W. LUFT CO., D. de E.
417 Fifth Avenue, New York, E. U. A.

Por 20 cts. oro americano enviamos una cajita conteniendo los seis productos principales.

Nombre.....
Dirección.....
Ciudad..... País.....

trella', 17 años, alta, delgada, físico no deseable, dispuesta a querer de verdad, busca amigo no mayor de 22, simpático, educado, buenos sentimientos.

Graciela Vicuña, Correo 18, hermanitas serias, sinceras, desean correspondencia con aviadordos.

Odette Moraga, Correo Central, Santiago, busca amigo o amigo, porque no quiere amor, que siempre es falso, para cambiar ideas sobre literatura y otras ciencias.

"Misterioso", Talcahuano. Correo, 22 años, educado, desea amar y ser amado por señora de corazón libre.

Nely Aguilera V., Correo, Concepción, 19 años, amante del hogar, nada exigente, desea encontrar un lectorito de "Para Todos" que sepa comprender para llegar a ser grandes amigos.

Cheh X., Correo 2, Valparaíso, desea, amigo feo, pero simpático, retórica sencilla, pero emotiva, educado, y que sepa amar.

Morocha Pinochet, avisa a sus correspondentes que no es linda ni joven, sino vieja y humilde. Agraece, pues su atención para con ella, y desde este rinconcito los saluda cariñosamente, mientras toma un matecito. Correo Talca.

Luis Villegas Z., moreno, 22, desea conocer jovencita de 16 a 20. Correo 2, Valparaíso.

Lionel Prado, Correo 7, Santiago, romántico empedernido, busca la última mujer romántica que quede todavía sobre la tierra.

Tita, Nena y Lía, Correo Viña, desean correspondencia con jóvenes víñamarinos. Envíale foto.

Mary y Adriana, 17 y 19 respectivamente, morena y rubia respectivamente, desean conocer simpáticos rubitos de ojos azules. Ojalá bigotitos. Correo 17.

Manuel. Falta dirección.

Incógnito, Correo 5 desearía ser el amigo y confidente de la linda y triste señorita que vive en Campo de Marte, primera cuadra. Viste de luto.

Ilusión Marchita, Correo Central, cualidades y físico aceptables, 22 años, morena, piso ondulado, quiere todo un hombre que sepa comprender el dolor en un corazón ajeno.

G. E. M., Valparaíso. Falta dirección.

R. E. H., Correo 3, Valparaíso, desea conocer joven educado, cariñoso, y buena presencia, no mayor de 18. Ella es morena, simpática y tiene 16. Ruego enviar foto.

Gloria G. y Marcela A., desean correspondencia con lectores de "Para Todos", buenos amigos, porque nosotras somos inseparables y contamos con 16 años. Correo Talca, por separado.

Navita Ramírez, Correo 4, ha quedado completamente enamorada de un joven de Calera, que se llama Bernabé Mesías.

Maggi Geldert, Correo Chillán, desea correspondencia con joven no mayor de 20; prefiere alemán. Ella: 17 años, rubia, sincera.

Mufieca, Correo Parral. Estoy enamorada de un jovencito calabaceado, hermosos ojos azules. Raúl A., me ofrece para consolarme.

Julio Abrigo y Julio Pinto, dos marineros enfermeros, 17 y 21 años, desean认识se con chiquillas que sepan querer. Hospital Naval, Valparaíso.

Lector, no preguntes, ¡será! rubia, morena, joven.... No es mi deseo dar tales detalles, porque bien comprendo que no es el físico el que impera en la vida de las almas y éstas no tienen color ni edad, pero si pueden ser grandes o pequeñas, según sus sentimientos, y hacer felices o desgraciadas a las personas que nos rodean. Luz Maya, Talca. Correo.

Brisa Porteña, Correo 3, Valparaíso, 19 primaveras, ojos verdes, simpática, desea en-

contrar entre los lectores de esta Revista, joven alto, simpático, ojalá extranjero, que ame con amor sincero, y tenga muy buenas sentimientos.

S. V. Kross, Correo 3, Valparaíso, 22 años, buen sueldo, rubio, desea amistad con fines matrimoniales, ojalá morena.

Alma en Pena, desea correspondencia con estudiante de la Escuela de Artes y Oficios, cuyo corazoncito no tenga dueña. Correo Talca.

Ramón Navarro, Correo Talca, desea correspondencia con la simpática sanjaviñera cuyo nombre es Ester C., que vive, si no me engaño, en la calle Sargento Aida esquina Esmeralda.

Marta S., Correo Talca, desea correspondencia con el jovencito sanjaviñero a quien una vez di mi dirección. Su nombre es René, pero yo le decía siempre Renito.

M. y M., Casilla 206, Ovalle, extranjero, 25 años, profesional, recién llegado, desea conocer con fines serios, señorita distinguida que sepa inglés francés o alemán, amante de la música y del deporte, de 18 a 21 años. Ruego enviar foto.

Rodolfo Ocampo, Correo 11, Providencia, desea amistad con chiquilla de 17 a 18 años, buen físico, morena o rubia, que le guste cine y auto. Soy moreno, 20 años, simpático y poseo un folleto cerrado cinco asientos.

Sergio Stephen D., Correo Principal, Valparaíso. Hace años soy admirador de Bertha Gamboa y espero siempre que algún día tan adorable persona corresponda al amor que le profeso. Sería muy feliz si contestara.

Nieve del Valle y Judith Briceño, Correo 3, Talca, desean correspondencia con jovencitos de 17 años, querendones y de buena familia. Ojalá foto.

Sofía Delux, Correo Central. Me cuento en el número de las más simpáticas, situación económica y social buena. Creo tener la felicidad de un hombre exigente. Yo de seño alto, moreno, buena situación, muy simpático, canas en las sienes, capaz de amar y comprender y valorizar la virtud en la mujer.

Diana, Casilla 219, Parral, 20 años, seria, trabajadora, juiciosa, desea correspondencia con joven de sentimientos nobles y culto. Pelo castaño y ondulado.

Rosalía Letelier, Correo Linares, 16 años, ricaschona, bonachona, desea correspondencia con joven de 18 a 20, educado, culto, sentimental, fino, instruido. No importa físico ni situación.

Augusto Soberano, Correo Angel, espiral, 29 años, instruido, culto, importante empleo bancario, presencia elegante, amores, desearía relacionarse con fines matrimoniales con señorita chilena o hija de españoles, simpática, bonita y culta, residente en Temuco, Lauritaro o Victoria.

Carmencita. Falta dirección.

Norma Drake, Correo Central, señorita que teme quedarse solterona, 25 años, buenas cualidades, trabajadora, modesta, amante de su casa y del amor, vaya a ser su marido, desea correspondencia con joven trabajador de familia respectable.

Muchachita sin pretensiones, moderna, goleta, simpática, desearía tratar amistad con lector de "Para Todos", de 17 a 20 años. Bertha Jirón S. Estación Peralillo, Calleque-Colchagua.

Rosenda. Falta dirección.

Alejandra Fusller. Carta y dirección libres.

E. R. Zafartu. Falta dirección.

Marie Luisa Latour, Correo Central, Valparaíso. Porteña amadrinadora de Manuelito C., jefe de la firma Buchanan Jones, desearía saber si su corazón es libre. Escriba si se interesa por esta incógnita.

Maritza Sillies, Correo 3, Valparaíso, 18 años, nofea, simpática, desea corresponden-

cia con extranjero de buena familia, forma, 22 a 25 años, sentimental.

Aurora Herrera, Correo Central, Santiago, 22 años, desea tener amistad con joven de 22 a 25, serio educado. Solo desea un amigo que la acompañe en el cine y para lo físico es menos que regular. ¡Será mucho pedir, una amistad sin compromiso alguno?

Mónica, Correo Concepción. Simpática, 16 años, morena, alta, amante de la música y deseas correspondencia con universitario peninsular.

Lucy C. Correo 3, Valparaíso, desea correspondencia con el simpático violinista de las rotativas del Colón. Antes usaba bigote. Conteste, si su corazón no está comprometido.

Margot V. Z. Correo, Talca. Mi ideal sería siempre mi querido Covadonga Correa, secretario de la Caja Agraria de San Javier. Te quiero hoy más que ayer y menos que mañana. Contesta.

J. B. B., Correo 5, Santiago, desea correspondencia con el joven de azul que viajaba en el tren que sale de Cartagena a las 4:40 horas, para llegar a Santiago a las 8 horas. ¿Se acuerda de la chica de verde?

Lola Magda, Correo, La Serena, desea encontrar un verdadero amigo, no importa físico si sabe querer. Ella: 19 años, seria, franca.

Gloria Smilyh e Inna Tallman, desean correspondencia con jóvenes de 20 a 25, ojalá extranjeros. Que sepan castellano. No importa físico. Correo 2, Temuco.

Jorge Aravena G. Tú eres mi ideal siempre. ¡Adivinas quién soy?

Japonesita, Correo Central, Valdivia, figura agradable, dispuesta a amar, deseas correspondencia con joven de 20 a 25 años, educado, atractivo.

Antonieta, Correo, Viña, desea correspondencia con el simpático chiquillo que vive en Las Salinas y estudia en el Liceo de Viña. Lo veo diariamente en la góndola de el Recinto. Se lo pide una chica, también estudiante, que no sabe estudiar sola.

Ketta Ravelot, Correo, Curicó, desea correspondencia con joven honorable, buena ocupación, de 26 a 30 años.

Mercedes Salinas, Nataniel 956, desea noticias de los hermanos Chipe y Lalo Sauré, que se encuentran en Concepción.

E. F., Correo, Collipulli, desea correspondencia con joven de familia distinguida, que sea médico, de Santiago o Concepción.

Freddy: reconozco que he procedido mal, pero ha sido involuntariamente. Desearía explicarle lo que pasó. Si usted me ha perdonado, desearía continuar esa bella amistad. Fresia, San Fernando".

E. C. F., Casilla 355, Quillota, a Saladino Reyes, Correo, Osorno. Lei su parrafo y desearía datos de su persona o mejor foto.

L. Venegas, Correo Central, 24 años, desea encontrar una alma que lo acompañe en sus horas de tristeza. La prefiere viuda, no mayor que él. No importa físico, pero sí, que sea cariñosa y de buenos sentimientos.

Blanca Estela del Mar, Correo, Talca, desea correspondencia con joven de 24 a 35 años. De carácter amable del país. Sin vicios, con un corazón capaz de comprender y sentir una amistad libre de toda pasión. Ella tiene 22 años. Sencilla, trabajadora, no es bonita, pero sí simpática.

Fred Lenn, Correo Central, Santiago. Vi una predilecta chiquilla en el Septiembre, el domingo 2 de marzo, acompañada de su hermanita. Vestía traje color lila, cinturón blanco, collar de perlas finitas, preciosos zapatos. ¡Pololea seriamente con alguien? Yo soy el joven de negro que la miró mu-

cho en el teatro y la siguió hasta su casa, calle Claras.

Charles Grace, Correo, Iquique, 23 años, rubio, ojos azules, amante a los deportes y música, buena familia, atractivo sin pretensiones, desea correspondencia con lectoría de esta importante revista, para ofrecerle lo que su corazón encierra.

Vera Velásquez, Correo Providencia. Soy muy pobre, y deseoamar con todas las fuerzas de mis primaveras desbordantes de ternura, ¿dónde estará ese corazón hermano?

Nelly del Campanario, Correo, Ovalle, 20 años, romántica, dueña de casa, muy formada, desea correspondencia con joven profesional, doctor o farmacéutico, pero sólo con fines matrimoniales. Soy del campo, y nunca he poleoleado.

R.— A una que desea vida tranquila— Usted esperar. Es usted muy razonable para tener sino más de 17 años, por la misma razón, crea que atenderá nuestro consejo. No se case usted hasta que ame su novio. Es peligroso casarse sin amor. Pero cuando se enamorada y con un mal hombre, pero usted está en circunstancias de esperar. Con el tiempo, es probable que olvide a su primer novio, tan precozmente amado por usted. Si, con el tiempo también se enamora del novio, resuelve usted el caso en forma doblemente favorable. Pero es mejor que no se case, mientras contiene emociones de primero. Esto no implica ser mayor para amar de veras. No se apresure. Las muchachas no deberían hecharse encima las cargas del matrimonio, hasta pasados los veinticinco años. ¡Es tan dulce la juventud de una muchacha soltera, cuyos padres son buenos! Siempre a su disposición.

Delia T. Santiago, Correo 3, Profesional, admiradora del mar y sus marineros, desea hábil piloto que pueda llevar el timón de un corazón sensible y bueno. Indispensable foto.

Sirena de los Mares, Correo Central, Valdivia, 25 años, simpática, desea corresponden-

**El
desinfectante
que toda mu-
jer debe usar
diariamente
para su hi-
giene íntima**



NEOLIDES

antiseptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.



Previenen
y alivian
de muchas
dolencias
femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



**Segura, Inofensiva, Rápida para
aliviar la Grippe y los Resfriados**

**FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZON
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO**

No puede saberse nunca cuanda va a venir un catarrro. Pero si podemos saberlo es cuando se va a ir a dormir las tabletas de FENALGINA. Un catarrro no debe dominarte al amanecer, porque si lo haces que atenderlo porque rápidamente puede convertirse en una bronquitis, o en una pulmonía mortal si no se cura a tiempo. Un resfriado, por fuerte que sea, desaparece en una noche si tomas FENALGINA.

En cuanto se sientan los primeros síntomas de un resfriado —picor en la garganta, tos, estornudos, escalofríos o fiebre, tómense 1 o 2 tabletas de FENALGINA.

Leéanse las instrucciones que vienen en cada cajita.

Pueden tomárla hasta los niños pequeños.

NO ACEPTE SUSTITUTOS.

EEJA SIEMPRE QUE LE DEN

PHENALGIN
(FENALGINA)

FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carbo-ammoniada.

Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.

Unico distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile





Uñas Perfectas... Sencillamente...

UNAS encanto el de unas manos atractivas, con uñas bien cuidadas! ¡Y qué fácil es tener uñas perfectas! ¡Y qué feas se ven si se desacuidan! Debe atenderse de preferencia a la cutícula. Esta nunca debe cortarse. Suavícesela y désele forma con este sencillo método Cutex.

PRIMERO: Mójese un pedazo de algodón en CUTEX Removedor de Cutícula, pasándolo suavemente debajo y en torno de la uña, empujando la cutícula hacia atrás, dando así a las uñas una forma perfecta lo que hace resaltar la media luna. Observe como el Removedor de Cutícula remueve cualquier mancha en las uñas. Enjuáguese las manos en agua pura y renueve la cutícula muerta que el Removedor haya desprendido.

SEGUNDO: Dá a las uñas ese natural brillo que solo CUTEX Esmalte Líquido puede darle, o si Ud. prefiere, pula las uñas con cualquiera de los famosos Brillos Cutex.

Las preparaciones Cutex se venden donde quiera que haya artículos de tocador.



Removedor de
Cutícula
Cutex

6 manicuras completas por Tres Pesos

Envie Ud. Este cupón con Tres Pesos y recibirá un Estuche de Presentación que contiene todo lo necesario para la manicura a domicilio.

ENVIE ESTE CUPON HOY MISMO

GUSTAVO BOWSKI, Edificio Mutual de la Armada,
7.º piso, Oficina N.º 10, Casilla 1793, Santiago

L. O.-4

Incluyo Tres Pesos en sellos de correo para un Estuche de Prueba de Manicura de Cutex.

Nombre _____

Dirección _____

dencia con joven que la supere en edad y tenga buen porvenir. Inútil escribir sin enviar foto.

Esperanzado. Correo 11. Desde hace tres años, es mi único ideal la simpática morena, L. Muñoz, que estudia y vive cerca de mi casa. La querido con toda mi alma. Ojalá me reciba estas frases sinceras con la indiferencia con que pasa junto a mí. ¿Sabe quién soy?

L. Valencia. Correo Antofagasta 20 años, no creo en el amor pero quiero tener. Soy un Valentino en mi mundo pero aún no he encontrado muchacha que me guste. Ojalá la encuentre entre las lectoras de esta revista. Mido 1.75, peso 70 kilogramos, pelo negro, moreno. Ofrezco mi corazón en plena subasta.

F. Fallow. Falta dirección autorizada por usted.

F.lor de Lys. Correo Central, Valdivia, 19 años, morena, ojos matadores, desea correspondencia con joven que la supere en edad, estatura y físico agradables.

Elena Suárez. Correo. La Serena, desea correspondencia con joven de 23 a 30 años, serio, educado. Ojalá de Talca, puerto o salitreras, porque pronto partiré para esa lugar.

Increíble. Casilla No. 1, Petrerol. Soy alto, moreno. No creo en el amor. Hay alguna lectora que crea en él y sea capaz de convertirse. Le agradeceré su correspondencia, y que me haga cambiar de opinión.

J. Aguayo. Correo. Casilla 12, Pallacal-Agrícola, 45 años, alto, delgado, buena figura, joven de cuerpo y espíritu, buena educación y conducta excelentes, desea correspondencia amorosa y trabajar en sociedad con soltera o viuda, de 30 a 50 años de edad. La prefiero gordita. Agradeceré foto.

María Antonieta. Correo. Viña, 29 años, buena dueña de casa, pasado cristalino, desea correspondencia con joven de 30 a 40, de las salitreras o de la Braden Cooper. Prefiero extranjero.

Regina Lais, triste de no saber qué tristeza, busco consejo y consuelo. Correo, Chillán.

C. Mayorga. Correo Galvarino, morena de ojos grandes, desea correspondencia con jovencito rubio, ojos claros.

Dama de las Camelias. Correo Central Santiago. Joven poseedora de cien mil pesos, más una casita amoblada, desea conocer joven de 30 o 25 años, rubio o moreno, simpático.

R. M. Correo Principal, Valparaíso, desea conocer a una chica muy simpática que viene en el Almacén San José, Cerro Larrain.

Luciana Montalva. Correo 5. Santiago, escribió a un señor Ferdinand Fols, Talcahuano. No le contestó. ¿Por qué?

Luciana Montalva. Correo 5. Santiago, desea correspondencia con muchacho amante de los libros. Se trata de una chiquilla de 23, a la antigua, que no ha poleado jamás.

Morucha y Bessie, chiquitas y morenas, trabajadoras como las hormigas, desean correspondencia con alemanes. Ojalá de Valparaíso. Correo 3.

R. O. V. G. Correo Central, Talcahuano, desea correspondencia con una señora de 16 a 18, educada, amante del hogar, morena, esbelta, prefiere no sea de Concepción. Yo soy alto, moreno, regular posición, establecimiento propio, 26 años. Mi aspiración es casarme en seguida.

Loreley Davis. Correo. Temuco, desea correspondencia con joven honorable, no mayor de 24. Ojalá foto.

Desaría saber si la señorita Berta Salazar Prieto, no ha recibido la carta que le he escrito, o si mis cartas no han sido de su agrado. Correo 2. Santiago. Manríquez H.

Granal. Ilat. Toradé, jóvenes serios, con intenciones de amar, desean correspondencia

con tres chicas simpáticas, que sepan querer. Ojalá foto. Correo Conchi, Chiloé.

Renato del Río. Correo Concepción. 23 años, sencillo, serio, situación, desea encontrar una joven de 18 a 26, familia honorable, porte mediano, excelente salud. Prefiere de esta ciudad o campesina de los alrededores, cuya aspiración sea formar un hogar-círculo aproximado a la felicidad.

Inés Pereira, Angol. Correo, desea correspondencia con joven de 18 a 22, ojala millonaria. Me encantan los deportes. Soy de buena familia. Educada en Santiago, Colegio Juana de Arco. Por ahora, veraneo en mi fundo. Envíe foto.

Dalia, Correo Central, Santiago. Mi ideal es un jovencito muy simpático que vive en Carmen 189.

Sonia y Mirela, Correo Central, Santiago, desearían conocer a dos jovencitos. V. Arre y R. Troncoso, que conocieron este verano en el simpático pueblo de Victoria. Los dos son empleados en Grace y Cia.

Tatiana, Correo Central, Santiago, ama en secreto al teniente López del Grupo Sotomayor de Victoria. Es morena, y nadie mal parecida.

Leonie, Correo Central Santiago, desearía ser amada por el joven A. V., empleado en el Banco Español de Victoria.

W. H., Correo Central, desea saber si lo amará algún día la encantadora nena Hebe S. C. En diciembre de 1929, en Valparaíso, le recogió una revista que se le cayó cuando venía saliendo de la clínica del doctor Tomacelos. ¿Recuerda que la siguió hasta Casablanca y después hasta el lago Peñuelas? Conteste por favor a este pobre gringo que no puede olvidarla.

Pola Negri, Correo. Talca adora a un joven de apodo "El Vallenato" que vive en Valparaíso frente al Teatro Cinema Star. Soy la chiquilla de blanco que él encontró varias veces en la Semana Porteña, una de las veces fué en la Avenida Argentina. El la siguió durante todo el paseo. Después nos encontramos varias veces en la Avenida Peñal Montt y en las rotativas del Colón.

A. O. Alarcón. Creo corresponder a su ideal. Soy rubia, regular estatura, hija de familia. Casilla 355. Quillota.

Para O. Z., de Coquimbo.—Olga: dime recordas? Yo no olvido los domingos felices en que jugábamos a las bolitas y a las cartas. Conservo en mi dedo la ilusión que me diste. Detré tus miradas en los años 22 al 26, y te verás junto a mí, en medio de la más grata dicha infantil. Si aún me eres fiel, escríbeme al nombre y dirección que sabes. Tu amigo de Antofagasta.

Violeta M. B., Falta de nuevo su dirección.

Wid Cat. Casilla 1. Potrerillos, desea correspondencia con señorita de 16 a 22, instruida y cariñosa, corazón libre, dispuesta a mitigar las penas de un corazón destrozado.

Carnet 154750, Correo 3. Jóvenes aburridos, amigos, desean conocer lectoretas serias, buena familia, simpáticas, visten bien, amantes del cine, música, baile. Ojalá del Puerto. Mandar fotos, que serán cuidadosas y reservadamente devueltas si no agradan.

Gappi, Villa.—Falta dirección.

C. del Tebe. Correo. Coronel, desearía saber del subteniente que ahora pertenece al Regimiento Exploradores N° 8. Antofagasta, que conoció el año 1927. Recuerde el nombre que escribió en el fondo de su gorra.

Ruth y Noemí Valenzuela, Correo Renca, buscan su ideal. 14 y 15 años respectivamente. Ruth lo desea moreno, de 20 a 25. Noemí lo quiere de 18 a 22. Las dos son bien dientes.

Alberto Piepper, Correo Principal, Valparaíso, desea una mujercita con buenos sentimientos, sincera, dispuesta a hacerme pasar una vida agradable. Soy joven, alto, delgado y no fumo.

Ormuz y Atiman, Traiguén, Casilla 183, espíritus definidos y extraordinarios, solicitan correspondencia con almas semejantes también extraordinarias. Escribir separadamente, cuidando de no envolvérse en la dirección, lo que sería de fatales consecuencias, dado lo extraordinario de este suelo.

Lina B., Correo, Curicó, desea correspondencia con teniente de 20 años, simpático y querido.

L. Petersen, Rancagua, Tte. C. Rubio, ojos verdes, desea correspondencia con una linda chica rubia y admiradora de "Para Todos".

Carnet 8469, simpática fortuna, desea correspondencia fines matrimoniales con señorita que sea amar. Correo Potrerillos.

J. M. S. P., Correo Serena, 29 años, regular fortuna, desea relacionarse con fines matrimoniales, con señorita de 20 a 22 años, bonita cuerpo, pobre, pero culta y amante del teatro.

Mary Torres, Buenos Aires 408, Santiago, morenita 18 años, habla inglés, desea correspondencia con marino o joven que sea ingles o lo hable, pues le encanta practicarlo.

Lucesita, Correo, Parral, desea hombre que sólo con su inteligencia haya surgido en la vida. Simpático.

José Crespo y Jorge O'Brien, Correo San Javier, desean correspondencia con señoritas de 20, que sepan corresponder.

Jhon Gilbert, Correo, Talca, desea saber si se encuentra en Santiago la señorita M. Lobos que estudiaba en Santiago. Ojalá me ha-ga saber su dirección.

Sara Olmo, Correo 5, morena, pobre, pero decente, desea conocer joven oficial de carabineros, serio, edad 27 a 35.

Nora, Correo, Parral, desea encontrar amigo o camarada para cambiar impresiones.

La Tarde Violeta, Correo 2, desea saber si Humberto T. A. T. está enamorado, o es el Heraldo de San Fernando su única entrevención.

Villeta de las Torres, Correo Central, Talcahuano, desea correspondencia con joven 22 a 23, moreno, ojos verdes. Ella es simpática, morena ojos verdes. Si se interesa, manda foto, que yo no tendré inconveniente en mandar la mia.

Hortensia Romero, Correo, Rengo, 20 años, educada, familia honorable, desea correspondencia con joven de las mismas cualidades.

Alumno tercer año de la Escuela de Mecánicos de Valparaíso, desea correspondencia con señorita del sur, noble de corazón, aunque no bonita. Dirigirse N. N.

Selma Rubens, Correo 2, Santiago, solterona 30 años, no fea, no aspira al matrimonio por haber sufrido una gran desilusión, pero desearía correspondencia con solterón 35 a 45, inteligente, culto, capaz de ser un buen amigo espiritual.

Ma-ia de los Milagros, Correo, Concepción, sabe querer como pocas lo saben, ardiente y tiernamente. Si alguien padece, que venga a mí.

Flory Fernández, Correo 1, Temuco, rubita que gusta del cine, 15 años, familia honorable, desea correspondencia con joven sincero.

Furton C., Correo, Mina El Teniente, no feo, 23 abriles, estudiante, busca niña que le consuele de decepción amorosa. Es pobre. Su petición es seria. No quiere pasatiempos. Ha de tener 18 a 25 años.

Ana Karenina, idealista, romántica, busca hombre sincero, y asegura que el que conteste no se sentirá apesadumbrado. Concepción, Correo.

Telsmith, Casilla 2 V., Valparaíso, busca chica bonita, 16 años, sepa lo que es amor, que me quiera sin conocerme. Yo, ya estoy muriendo de amor por ella.

Emmy y Elisa Wilson, Correo, Copiapó, hermanas, morena y rubia respectivamente, de-

sean correspondencia con jóvenes simpáticos, educados, sin vicios. La rubia lo preferiría oficial de carabineros, o extranjero, hasta 35 años.

Nona, Correo 2, Valparaíso, alma solitaria, espera encontrar amigo sincero entre los lectores de "Para Todos". No importa físico.

Rex, Casilla 2 V., Valparaíso, 19 años, buena estatura. Amará sinceramente a la muchacha que me quiera lo mismo.

G. F., Correo 2, Valparaíso, morenita sim-

VAHIDOS Y ATURDIMIENTOS

LA ENFERMEDAD DE LOS RINONES AFECTA TAMBIÉN LOS NERVIOS



ESTE MEDICAMENTO QUE DATA DE MÁS DE CUARENTA AÑOS, LE HARÁ SENTIRSE ALIVIADO.

Puede ser que la mayoría de hombres y mujeres que se quejan de vómitos, dolores y malestares, coqueras y masculinos, a tristeza, pérdida de vigor y demás, a tristeza, perdida de vigor y demás, a tristeza, que es muy probable que su enfermedad provenga de los riñones.

Los riñones son órganos vitales, pues de ellos depende la pureza de la sangre, por tanto es el punto de los nervios y músculos. Cuando los riñones fallan, los venenos se acumulan en la sangre, causando dolores en los músculos y articulaciones; en consecuencia, los nervios llegan a desgastarse e irritarse cada vez más, dando dolor en los nervios.

¿Qué bien pueden hacerle los tónicos en estos casos? Para qué debilitar su cuerpo con purgantes, cuando el medio más seguro y lógico para restablecerse y conseguir salud y vigor es establecer el funcionamiento normal de los riñones.

¡Sabe Ud. que miles de personas han comprobado que después de seguir un breve tratamiento con las Pildoras de Witt, para los Riñones y la Vejiga, se hallaron en el sendero de la salud?

Miles de personas recomiendan este medicamento que se vende por millones en el mundo entero.

PRUEBE ESTE MEDICAMENTO GRATIS

Para que Ud. pueda comprobar por sí mismo su verdadero valor, le ofrecemos una muestra gratis de las Pildoras de Witt para los Riñones y la Vejiga, que tienen fama de curar años.

Cuando Ud. haya recibido su obsequio y lo tome durante 24 horas, haya observado, por el cambio de color en la orina, que las Pildoras de Witt han empezado a hacerle bien, pase Ud. a la botica, compre un frasco y póngase en camino de recobrar la salud. Solicite su tratamiento hoy mismo. Mescela su número y dirección a C. G. De Witt & Co. Ltd. (Dpto. F. Todos). Casilla N° 3312, Santiago de Chile.

Pildoras DE WITT

para los Riñones y la Vejiga

(Marca registrada)

FORMULA: A base de Extractos Medicinales de Pichi, Buchú, Enebro y Uva Ursi como diuréticos y Azul de Metileno como desinfectante.

F. 3803 A.

pática, 25 años, desea correspondencia con joven de 25 a 30, buena presencia; prefiere guardiamarina o teniente de aviación.

Morena Jhon, Correo, Concepción, desea correspondencia con el simpático estudiante del Liceo de Hombres de ésta. Su nombre es Mario Garry. Conteste pronto.

Yoli y Lala, liceanas, 15 a 16, morenas, ojos negros y verdes, desean correspondencia con jóvenes simpáticos, 17 a 19, no muy altos, delgados.

Elena Jhon, Correo, Concepción; mi ideal es un muchacho que se fué de esta ciudad a Iquique. Sus iniciales son I. A. Estudiaba en el Liceo de Hombres.

Violeta Díaz, Concepción, desea correspondencia con un jovencito empleado en la Ca-

sa Williamson. Su nombre es Carlos G., Correo.

Pola y Nena Fernández, Correo 2, Chillán, desean pololear con marineros no mayores de 25.

D. L. F. M., Rancagua, Temiente "C", 24 años, empleado, ojos verdes, desearía coroncito amante. ¿Habrá lectorcita que se decida? La correspondencia puede enviarse en francés o castellano.

Carnet 1065349, Correo Central, 20 años, ocupado en un Banco de ésta, busca nena educada, cariñosa, bonito cuerpo, dispuesta a amar y ser amada con amor muy grande y puro.

L. Duarte, Correo Chillán, desea saber por qué el señor Carlos Fernández, de la Serena, no contestó su carta.

Cendrillón, desea conocer joven francés o mestizo, 30 a 40 años buena familia, nobles y elevados sentimientos, capaz de apreciar una joven buena, bastante simpática, excelente en casa. Correo 4, Santiago.

Doris Kenyon, Correo Central, alta, delgada, rizos, bonito cuerpo, 17 años, profesional, cariñosa, trabajadora, desea correspondencia con joven 25 o 30, alto, figura distinguida, moreno, ojos verdes, educado, familia honorable.

N. F. H., Casilla 79 C, Concepción, rubio, no feo, 16 años, sincero, desea correspondencia con señorita, aunque sea fea pero que quiera amar.

Rubia Margarita, regular estatura, lindas trenzas, amante del trabajo, la tranquilidad y la sencillez, desea correspondencia con joven alto, no importa físico, familia honorable. Ella no ha amado nunca. Correo, Coronel.

Amador Amado —Falta dirección.

Iuslin del Valle, Correo, Concepción—Quiere correspondencia con algún jovencito que lea esta revista. Ella es una chiquilla jugetona, pero sin embargo, bastante romántica.

Erminia Diaz, Correo, Ovalle, desea correspondencia fines matrimoniales, con joven trigueno, 20 años, educado, profesión. Ella tiene 16, educada, buena dueña de casa.

Elena Moné, Casilla 274, Temuco, 18 años, desea correspondencia con joven moreno, buena familia, amante de los deportes.

Violeta S., Correo, Concepción—Mi ideal es un estudiante de medicina que pasa todos los días frente a mi casa. Es alto, delgado, y he oido decir que su nombre es René. Recordaría a la rubia de negro con quien habló una vez en la Alameda?

Silvia Kente, desea correspondencia con persona optimista, corazón generoso y entusiasta, capaz de todas las ternuras y sacrificios. Correo, Concepción.

Segundo M. Galindo, Correo Central.—Quiero para mí hogar una reina que lleve por diadema la virtud en que brillen con diamantino fulgor, el pudor, la pliedad y la nobleza de sentimientos. Ha de ser culta y distinguida y poseer las demás cualidades que las madres cristianas deben sembrar en el corazón de sus hijos. Confío en que, así como he sabido, a pesar de mi juventud, honrar a mi Patria, pueda, gracias a mi preparación y profesión, mantener inolvidable tal reinado.

Quela F., rubia, mediana estatura, 14 primaveras, desea correspondencia con estudiante del Liceo, moreno simpático, de 16 a 18. Foto. Correo, Concepción.

Lupe Vélez, Correo, Osorno, desea correspondencia con el señor A. Pizarro C. Mineral "El Teniente", que expuso su ideal en esta encuesta. Agradecería foto.

Circe y Sonia, Correo, Talcahuano, blanca y morena, respectivamente, 18 años ambas, serias, francesas, dispuestas a querer con la fuerza del primer amor, desean correspondencia, la primera, con el teniente II ejecutivo Langlois, y la segunda, con el teniente I.O. ejecutivo, Carlos Lagos.

Nanita, Casilla 3, Concepción, desea correspondencia con joven educado, alma soñadora, amante de la pintura y la poesía, capaz de otorgar amistad sincera. Tengo 18 años, y soy amiga verdadera a la cual pueden confiar penas y secretos.

Arturo Molina, Correo Americano, Chiquicamata, rubio, ojos verdes soñadores, amante de la música, desea correspondencia con señorita culta, queridona, amante de su casa, no mayor de 24. Fines servicios.

Puerto Montt, Correo—Cipriano Oyarzo, viudo, bienes de fortuna, buen mozo, sin hijos, ojos encantadores, desea correspondencia con chiquilla 18 primaveras.

M. Mainey, Correo 6, desea conocer joven 20 a 25, moreno, alto, simpático, buena situación, familia honorable. Soy morena, 17



Limpia más rápida y fácilmente y mucho mejor

BON AMI, el limpiador de las mil y una aplicaciones caseras, como mágico talismán, limpia a maravilla todo lo que toca—cristales, batería de cocina, servicio de loza—todo brilla—todo queda limpísimo bajo la acción rápida del Bon Ami.

Sólo es preciso poner una ligera capa de Bon Ami con un trapo húmedo—dejarla secar durante breves instantes y limpiar la superficie con un trapo blando. El resultado maravillará a Ud.

De venta por todas partes

años, físico regular, dispuesta a amar al que sepa corresponderme.

Lily, Correo Osorno, desea correspondencia con chiquillo empleado en "Zig-Zag". Se llama Lalo A.

Carlos Marinovich, Playa Ancha, desea correspondencia con una santiaguina que conocí el año pasado. Es absolutamente en serio, y seguramente, al saber más datos, tiene que interesarle. Escriba a Tita Hope, Correo 5, Santiago.

Beatriz y Violeta, Correo. Viña, desean enternecerse por carta en el simpático deporte del polo con marineros o militares, ojala de la Escuela de Comunicaciones.

O. J. T., Correo, Valparaíso, desea saber por qué la señorita Elcira Mena no contesta las cartas a quien la ama sinceramente, por una amiguita suya que están en su poder.

Maria Sepúlveda, Correo 1, Valparaíso, quiere conocer joven simpático, regular estatura, serio, 23 a 27 años. Ella es morena, bajita, 20 años.

Chiche Juan, mi ideal eres tú, Mario Gary, Correo, Concepción.

Desearía saber de Emilio Alarcón, empleado en la tracción eléctrica. Polita L., Concepción. Correo.

Betty Hansson, Estación Peralillo, desea correspondencia con muchacho de 20 a 25, correspondencia puramente amistosa. Desearía que su correspondiente no se aburriera algún tiempo, y se retirara sin dar una explicación.

Leonidas E. A. T., calle Colón 825, Valparaíso, instruido, alto, moreno, porvenir asegurado, quiere encontrar entre las lecturas de esta revista, juventina rubia, 18 a 20, que sepa endulzar las amarguras de la vida y despertar el amor dormido.

Marquesa de Attravante, Correo, San Felipe, desea conocer joven sincero, nobles sentimientos. Ella es alta, trigueña, pelo castaño, ojos claros.

Perla del Mar, Campamento Americano, Chonquicamata, no feda, desea encontrar joven buena presencia, educado, profesión. R. A. S. R., Correo Galvarino, desea correspondencia con el contadotor recién titulado que vive en Arenal, Talcahuano. Se llama Alberto Henríquez.

Tímida, Correo, Curicó, mi ideal es un joven que vivía antes en Curicó, hoy en Panquimela. Es extranjero y vive de luto.

Enrique C., Casilla 138, Traiguén, joven,

22 años, desea correspondencia con señorita buena familia, 18 a 20 años, simpática, seria, noble corazón.

Nené F. S., Correo Concepción, moreno, ojos verdes, mediana estatura, desea correspondencia con el simpático joven René Gotuzzo.

Maria Antonieta, Correo 2, Chillán.—Mi ideal sería joven 20 a 28, estatura regular, vista elegante, familia honorable, respetuoso, educado. Ojalá de Santiago o Concepción.

G. D. y A. Ch., Ovalle, Calle Socos 118, nativa mal parecidas, desean encontrar entre los habitantes del Mineral Potrerillos jóvenes que deseen formar hogar. G. D. lo desea de 30 a 35 años, trabajador, no exigente en materia de físico, pero de familia decente. Ella es huérfana, buena dueña de casa. A. Ch. lo desea de 25 a 30, sin vicios, serio, cariñoso, familia decente, sincero, y que no quiera distraerse con nuestras cartas, si no pensara seriamente en casarse.

Lali F., Correo, Concepción, desea saber del jovencito que estaba empleado en la Barraca Cautín, de ésta, y ahora se encuentra en Santiago. Su nombre es Alfredo Vifueñas.

Nilda Díaz, Correo 2, Valparaíso, 16 años, busca amiguito sincero.

Ketty Moreno y Nena Carrasco Valdivia, 16 años ambas, distinguidas familias, alegres, bonita figura. Una, morena, lindos ojos, las doce instruidas, desean correspondencia con guardiamarinas del crucero «Chacabuco» y del destructor «Videla», que sean finos, alegres, buena figura. Correo.

O. C. A. Sewell, 20 años, educado, desea correspondencia con chica de 20, dispuesta a querer. Ojalá foto.

Deseo correspondencia con joven de 25 a 35. Lo prefiero alto, culto, franco, sincero, leal. Hoti, Correo Central.

Kid Fox, Casilla 40, Valdivia, 20 años, desea correspondencia con señorita 16 a 20 años, admiradora de los deportes.

C. Anna B., Correo, Santa Juana, desea correspondencia con el jovencito C. Sanchez, actualmente en Talcahuano. Ojalá no busque amor de las porteñas, porque aquél padecerá un corazón por él.

Mi ideal sería encontrar un jovencito de 19 a 21, moreno, físico agradable, cariñoso, ojalá porteño. Tengo 18 años, seria, buena, capaz de querer. Mary González Pérez. Correo 3, Valparaíso.

Irene de la Vega, Correo 2, adora al jó-

vencito rubio, de ojos azules, que se llama Julio R. V. Vive en Campo de Marte. Ojalá conteste.

Luisa Latorre, Correo 1, se acuerda siempre de las hermosas cartas de Alberto Latour. ¿Quieres saber quién soy?

O. H. H., Correo, Calera, 18 años, desea amistad con joven marino, 20 a 35, corazón sincero. Ella es simpática.

E. C. H. J., Correo, Concepción, 17 años, descendiente de padres alemanes, alto, amante de diversiones y deportes, desea correspondencia con chica simpática, 14 a 17 años.

Chela Beltrán, Correo 2, Valparaíso, desea correspondencia con joven 18 a 21, regular estatura, delgado, pelo negro, cariñoso, sincero, enemigo de la moda.

Luis Carrasco B., Correo Principal, Valparaíso, desea entablar correspondencia con jovencita de 15 a 18, de cualquier punto del país. El es rentista, ojos verdes.

Ariel L. B., Correo, Maule, pregunta por qué no contestó la última carta Judith Bleew, de Concepción. Si no la ha recibido, es porque ella me ha dado otra dirección. Espero alguna explicación de lo sucedido.

Rabbi Dom y Roberto Damas, Casilla 25, Parral, son dos simpáticos y atractivos jóvenes y desearían correspondencia con señoritas de iguales condiciones.

Ivette Bravo, calle Santa Elvira 715, Providencia, Santiago, desea correspondencia con un joven de cualquier punto del país, con tal que sea de Santiago. Lo deseó constante, para ser alcaldesa, mandando tres o cuatro cartas, y que escribiera bien para que me describiera las bellezas de su tierra. Ojalá sea de un punto apartado de la capital. En mi respuesta conocerá el motivo de esta especial petición. Soy chilena.

Maria S., Correo, Concepción, desea consolar tristes.

Manuel Toro S., Correo Chillán, desea correspondencia con señorita que vive de luto y vive en la calle 5 de Abril. Sus iniciales son E. H. Fines matrimoniales y absoluta servidumbre.

Baledam, San Carlos, desea mantener correspondencia con la señorita que vive al lado del Mercado, en una bodega de frutos del país; es alta, gordita, muy simpática, tiene bonita voz. Si soy correspondido, conste. Mi físico es: alto, gordito, calzo 43 y soy gringo. Correo.

L. R. Carnet N.º 0035011, Correo, Talca, 22 años, amante del cine, busca lectorita de "Para Todos", ojalá menor que él, muy simpática, afectuosa, sincera.

Dos simpáticos amigos, de 18 a 19, católicos, serios, de buena familia, desearían correspondencia, sin llegar a concertarlos, con dos chiquillas, también serias y católicas. P. M. J. es rubio, de ojos oscuros, y B. N. M. es moreno, alto y de mal genio. Casilla 7, Rancagua.

Violeta Garfield, Correo 2, Valparaíso, chiquilla de 17 años, educada y cariñosa, desea amistad con joven de 18 a 24, amable y sincero.

Cuatro chiquillas, dos rubias y dos morenas, 17 y 18 años, desean correspondencia con jóvenes de buena familia, de 20 a 25 años, serios y simpáticos, de honorable familia. Las morenas peinan a lo Dolores del Río y las rubias a lo Greta Garbo—Greta, Ruby, Myriam, Lia. Correo, Concepción.

Corazón que Sangra, Correo, Concepción, ruego al distinguido joven R. Quiroz, que no la olvide. Cesaron para mí sus encantadoras cartas, y no tengo más esperanzas, sino que el arrepentimiento llame a su corazón, y comprenda que no le será fácil encontrar otro cariño tan puro, invariable y sincero.

M. L. V., Valparaíso, Correo 2, desea correspondencia con joven serio y educado.

Fior Urriza, 23 años, desea correspondencia con joven de vasta ilustración, moreno, alto, 28 a 35, situación holgada. Ella dará

Después del Vermífugo...

Cuando el médico receta un vermífugo para las lombrices, por lo general recomienda que se tome una purga después. Laxol es ideal para después del vermífugo: su eficacia está probada, porque Laxol es aceite puro de ricino.

Y, sin embargo, Laxol, a causa de su combinación con esencias aromáticas, es grato al paladar y carece de sabor y olor repulsivos. Hasta los niños lo toman sin refunfuñar.

*Lo venden las mejores farmacias,
en la copiosa botella azul.*



LAXOL

A. J. WHITE LIMITED, 70 WEST 40th STREET, NUEVA YORK, E. U. A.

Aceite de Ricino Purificado 58.96 gramos
Esencia de Menta 0.90 gramos
Sacarina 0.14 gramos
Total 59.00 gramos

por carta detalles de su persona. Valdivia, Correo Central.

Rafael Barrosa, Regulares de Melilla, número 2, Ametralladoras del 1º Tabor, militar de la legión extranjera, desea correspondencia con señorita chilena, cualquiera situación, para que se digne endulzar mis penas.

Me gustaría mantener amistad con joven de 22 a 30, serio, educado, físico me es diferente. Tengo 19 años, Carmen Laserna D., Correo 5, Barón, Valparaíso.

Diana de la Roque, Correo, Concepción, desea mantener amistad con joven empleado en la Caja de Seguro Obligatorio de Concepción. Su nombre es Domingo Fuentes.

Eduardo G. V., Correo, San Carlos, desea correspondencia con la señorita Alicia E., que se encuentra en la capital.

Luz del Castillo.—Falta dirección.

Chunny, Estrella y Emmy Ojeda, de una familia honorable y antigua de esta encantadora isla, desean encontrar marido profesional. Las dos primeras, lo quieren de 26 a 30. La última, de 23 a 25. Somos excepcionales dueñas de casa, serias, educadas, inteligentes e ilustradas. Poseemos muy buenas relaciones. Simpáticas, y fieles hasta la muerte. El que se interese por cualquiera de las tres, puede dirigirse a la primera, y anadir, para entregar a, Correo, Ancud.

Sofadora, Valparaíso.—Mi ideal sería un marino de 25 a 30, que se pareciera a John Gilbert, para que con sus caritativas endulzara la monotonía del otoño que va a empezar. Correo Principal, Valparaíso.

Hace algunos años nos conocimos con el entonces cadete A. A., siendo para mí un serio y correcto compañero. Ultimamente lo he vuelto a ver con alguna frecuencia, comprobando con placer que él también ha cambiado en sus gustos. Cuánto me gustaría ser nuevamente su compañera, pero la plaza parece estar tomada, porque de lo contrario, se habría diligenciado para acercarse a mí.—Gaviota, Correo, Valparaíso.

F. Z. D., Correo 2, Valparaíso, desea tener correspondencia con un joven serio, simpático, trabajador. Yo soy una muchacha sencilla, no bonita, pero simpática y de buen corazón.

Al simpático M. Rodríguez. ¿Te acuerdas de aquella tarde en el Hotel de Santa Cruz? ¿Recuerdas que te acercaste a la ventana donde yo estaba? ¡No habrás olvidado lo que me prometiste! Sería muy feliz si me escribieras diciéndome que siempre me amas. Acuérdate que me prometiste darme tu dirección, pues yo pienso ir luego a tu casa para que me presentes a tu mamácatita (queso). La gordita que te hechizo. Hotel Santa Cruz.

L. C. M., Teniente C., Rancagua, 21 años, no feo, desea correspondencia con señorita igual condición, prefiere pobre, pero de corazón noble.

Royé Condé, Temuco, Correo 2, de 27 años, regular estatura, sentimientos nobles y generosos, desea correspondencia con señorita hasta de 21 años, rubia, ojos azules o verdes, cariñosa con el que va a ser su ma-

ritido. Soy tipo de buena situación y no feo. Ojalá foto.

Rubio de 19 años, desearía conocer señorita de 16 a 18, morena, para que alegre este corazón que aún no ha tenido la dicha de amar. Correo Principal, Valparaíso. Arture Zapata.

Tita Fernández, Correo 6, desea encontrar hombre capaz de quererla con toda el alma, educado, familia muy honorable, 28 a 35 años, rubio o moreno, profesional y simpáticosimo. Ella tiene 27, no fortuna, pero sí un corazón muy querendón.

S. O. S., Vapor «Don Alberto», Lota, inseparables marineros abandonados, desean encontrar tres dulces corazoncitos que deseen compartir con ellos las penas y alegrías de la vida del mar. Tienen 20 y 23 años. Se ruega enviar fotos.

Mi ideal sería un joven de 18 a 20 que vista decentemente. Tengo 16, alta, delgada, trabajo en una cigarrería, soy seria. Correo Central.—Marta Diaz.

Raquel Miranda, Correo, San Felipe, desea encontrar militar de 20 a 22, dispuesto a amar sinceramente. Soy rubia, ojos verdes.

Stella y Betty Brown, Correo, Chillán, simpáticas chicas de 17 y 16, desean correspondencia con jóvenes de 18 y 19.

G. Seguel, Carahua, ojos castaños, moreno, alma traviesa, desea correspondencia con chiquilla de 18, sencilla, nobles sentimientos.

Nancy Bustos, Correo Central, Valdivia, desea correspondencia con teniente al asistente del Regimiento Bui, educado, serio, de 23 a 30.

Teresa Valle M., Correo 7, busca extranjero que sea moral, sincero. Yo soy católica, hacendosa, buen carácter, fiel y cariñosa con el que sea mi marido.

Nelida, Correo, Talca, simpática, morena, ojos verdes, fortuna, desea correspondencia con joven iguales condiciones. Moreno y del Norte.

Nay y Ary, Correo 2, Valparaíso, desean correspondencia con militares de cualquier Regimiento, no importa feos, pero que sepan querer. Somos estudiantes de medicina de esta localidad.

Marina, Correo Central, Santiago.—A pesar de no contestarme, quiero que sepas, teniente Arteaga Llanos, que mi corazón solloza la nostalgia de tu amor, y que no puedo olvidarte.

Simpáticas chiquillas, María y María Palacllos, 15 y 16, desean correspondencia con los subtenientes del Regimiento Guías de Concepción Arturo Sepúlveda y Alberto Corral, Correo, Concepción.

Marcos Nobel, Correo 3, Santiago, estudiante próximo a recibir, desea conocer señorita educada. Escribir enviando foto.

S. Pérez M., Correo, La Mina, Potrerillos, personas correctas y seria, moreno, simpático, 26 años, desea correspondencia con se-

ñorita seria, 18 a 26. La prefiero rubia. Ojalá enviarla foto.

Héctor Bolognini, 21 años, violoncellista, desea correspondencia con chiquilla de 16 a 20, buena familia, amante de la música y del cine. Correo 2, Valparaíso.

R. W. Ch., desea correspondencia con la encantadora morenita, que creo que se llama Lolita Núñez. Ojalá conteste. Correo Chileán.

Tres talquinas simpáticas desean correspondencia con jóvenes de 20 a 23. Mirla, tiene 19 años, sería deseosa joven delgado y apasionado. Gloria, 18 años, lo quiere rubio, honorable familia. Lila, 17 años, lo quiere rubio también. Contestar Correo, Talca.—Gloria Portales.

Zenale Lamartine, Correo 3, Valparaíso, considera su ideal un joven de ojos azules y pelo castaño, que forma parte del equipo de la división de honor del Club B. F. A.

V. F. A., Temencia de Carabineros, Oficina de Bío, Iquique, desea correspondencia con chiquilla simpática, del sur o del norte de Chile que desee mantener esta correspondencia con un fin sincero. El, 24 años, moreno, ojos pardos, nariz perlada, gustos refinados, sin vicios.

T. E. M., Correo Central, Concepción, 15 años, estudia en el Liceo, desea correspondencia con señorita no mayor de 16.

Por error, tal vez ha venido una carta para la señorita Z. Z., en respuesta a la que de ella se publicó en el número 53 de esta revista, en el mes de octubre. Puede pasar a reclamarla cuando quiera, a Antonio Bellet 98.

J. Ávila M., Correo Central, Santiago, quisiera tener amistad con la simpática Gladys C.

Nina Merino, 19 años, desea correspondencia con joven sentimental, de corazón libre. Indispensable foto. Correo, Lirquén.

Estrella del Mar, Correo, Lirquén, desea correspondencia con alguno de los simpáticos lectores de este consultorio. Ha de tener 20 a 25. No importa feo, pero instruido.

Elena Silva y Nora Bustamante, estudiantes, poseedoras de un corazón puro y bendecido, desean correspondencia con jóvenes sinceros. Correo Central.

Nelly Sumanible y Mary Wilson, dos chicas simpáticas, hijas de españoles, desean encontrar dos jóvenes de 24 a 30, españoles o gringos. Correo, Angol.

Mac Nolan, Correo 5, Santiago, 23 años, gordo, sin vicios, timido, desea relacionarse con señorita o vindita sin hijos, 18 a 25. Sólo exijo seriedad y fines sinceros.

Mi ideal es un jovencito muy simpático, que trabaja en la Compañía Marítima Roland. Su apellido empieza por B. Somos dos liceanitas que pasábamos por la calle Blanca, una de azul y la otra de color.—Violeta Solitaria, Correo 3, Talcahuano.

Linette Basulto Z., Correo, Concepción, desea correspondencia con un muchacho que vive en Iquique, cuyo nombre es Gustavo Vallejos C. Lo conozco por retrato. Ojalá enviarla unas líneas.

das una calavera y dos tibias cruzadas y bajo las cuales se lee: «Acordadas de la muerte. Vanidad de vanidades. Pura vanidad».

Y una tabilla explicatoria dice: «En conmemoración de la austera justicia de Jaime Lynch, Mayor de la ciudad en 1493, quien condenó y ejecutó a su propio hijo Walter en este sitio».

La historia es cierta, indudablemente. ¿Lo es también que dos fantasma rojos vagan por el castillo y hacen a veces ruidos por la ciudad?

Podrá no serlo, no lo es seguramente; pero, de tiempo en tiempo, algunos de los que pasan por las cercanías del castillo aseguran haber visto al viejo Lynch y a su hijo Walter como dos sombras rojas que se escapan por las próximas calles. Y siempre que alguien, como ahora esa niña y ese poeta, asegura haber visto los fantasmas, la noticia corre como un reguero de pólvora por toda la ciudad y por toda Irlanda.

LOS FANTASMAS DE GALWAY

(Continuación de la pág. 38)

ridad espartana del viejo Lynch impresionaron tan hondamente al vecindario, que no hubo quien se prestara a ejecutar al criminal. Y entonces, el Mayor de Galway, padre amoroso, pero juez inflexible, con sus propias manos colgó a su hijo, al hilo a quien tanto quería, de una viga de la cornisa del castillo.

Poco después, y abrumado por el pesar, murió el pobre viejo.

La triste popularidad de «la ley de Lynch» tiene su origen en esta ejecución.

Una lápida y una inscripción.—Sobre la puerta del castillo se colocó, en 1624, una lápida en la que aparecen graba-

COMO SE CONQUISTA A UN HOMBRE

(Continuación de la página 7)

a ver en un balneario o colonia veraniega, ansia que él le haga el amor... a ella, ¡a la mujer!

Lo primero que debe hacer Celia es estudiar cuáles son los gustos, aficiones, simpatías y antipatías de Enrique, antes de salir ella de la sombra, antes de destacarse a los ojos de él de entre las otras muchachas que le rodean. Sólo cuando Celia haya adquirido estos conocimientos podrá aprovechar, para utilizarlos, la primera ocasión en que Enrique y ella se encuentren solos. Al mismo tiempo deberá mostrarse todo lo más atractiva y todo lo menos parecida a la antigua empleada desagradable y llena de preocupaciones¹, que le sea posible.

Debe, en fin, ser diferente del recuerdo que él guarda de ella... Debe tratar de hacer suave su voz, debe ser dulcísima, debe recordar, ante todo, que el hombre es un animal poligamo, un dominador, descendiente del cazador primitivo, y, no perdiendo de vista estas circunstancias, hacer ver a Enrique que al fin ha encontrado la compañera que le conviene, la que es, ante todo, capaz de comprenderle. No necesita para ello fingir ni engañar, puesto que si Celia realmente está enamorada de Enrique, deseará comprenderle. Y, en consecuencia, hablará con Enrique de las cosas que a él le interesan, sin empolpearse en hacerle escuchar las que le agradan a ella, ya que ella es la que solicita, no la solicitada.

No debe nunca tratar de retenerlo un momento más cuando él se dispone a separarse de ella, ni—esto sobre todo—mostrar, en ningún aspecto, su deseo de conquistarlo. Debe esperar el efecto que causan sus palabras y sus actos y, según lo que observe, gularse por estas observaciones para su conducta futura. Como ya he dicho antes, "no debemos empeñarnos en dar azúcar a un pájaro si el azúcar le sienta mal o si otro alimento lo conviene más". Es preciso que Celia busque lo que atrae a Enrique y que sea esto lo que le dé. Entonces, cuando está encendida la chispa del interés, es cuando se requiere la mayor habilidad para encerrarse en un pequeño misterio, para correr un velo que él deba esforzarse en descubrir, para despertar su instinto de dominador, de conquistador, en fin. Y sobre todo, debe Celia lograr que él, a su lado, se sienta siempre halagado, satisfecho de sí mismo, hasta que la atracción llegue a un grado en que sea precisa una pequeña expansión, a la que ella, en cierto modo, debe estimularlo. Mas si Celia, animada por verdadero deseo de amar y ser amada, ha estudiado atentamente la idiosincrasia de Enrique, olvidándose, ante todo, de sí misma, de un modo instintivo, comprenderá lo que tiene que hacer después. Entre esto que deberá hacer se cuenta el no "representar escenas", ni dejarle sentir que tiene interés por conquistarla; antes, al contrario, procurará dar la sensación de que él es quien conquista, de que es de él de quien parte todo avance, toda iniciativa.

Como, aparte los instintos fundamentales, los hombres son distintos unos de otros, son distintas también las cosas que les atraen. Algunos se dejan vencer por la dulzura y la suavidad femeninas, otros por el discreto, la alegría, la independencia de carácter; otros, en fin,—bastantes, aunque no todos—por la indiferencia. He aquí por qué, para no emplear un sistema equivocado, es preciso el previo estudio del carácter de Enrique.

Mas, sea cual fuere el sistema empleado, Celia debe usarlo con perfecta sencillez y naturalidad, desechando toda afectación. Al decir que debe estudiar a Enrique, no quiero significar que tras este estudio deba representar una comedia, sino sencillamente que debe emplear la misma o mayor inteligencia que emplearía en complacer a un superior o en escoger un instrumento determinado para facilitar la ejecución de su trabajo. Deberá siempre recordar que Enrique es aún por completo libre, y que si no despierta en él el sincero deseo de volver a verla, es dueño de darle una excusa y alejarse para siempre. Por tanto, la única probabilidad es mostrarse tan interesante, hacer que a él le parezca tan grata su conversación, su compañía, que ansie renovarla.

La tendencia dramática de la mujer echa a perder sus mejores intenciones. Son raras las que pueden resistir a la tentación de presentar las cosas de un modo exagerado, romántico, de sentir su orgullo lastimado cuando no existe ofensa, de reprochar cuando nadie las ha querido ofender. Introduciendo un elemento de discordia no hacen, sino (yo, si Celia fuera capaz de comprenderlo así) desahogar su natural excitación nerviosa, dar rienda suelta a su propensión al dramatismo. En estos casos, la mujer pone el puñal en el pecho al hombre para que tome una decisión... ¡y en nueve casos de cada diez, el hombre en cuestión puede reflexionar, da media vuelta y ella no le ve más!

Dpués de casada, "acaso" una mujer pueda hacer de cuando en cuando y durante los primeros tiempos una escena a su marido, sin perderlo del todo, porque él no va a separarse de ella por tan poca cosa, pero en el caso de Celia, que

desea conquistar a Enrique, sería una tontería imperdonable. Una vez que Celia haya logrado hacerse agradable a todas horas a los ojos, a los oídos y a la mente de Enrique, se mostrará siempre natural y digna, y se hará valer ante él cuanto pueda. El antiguo método del "buen compañerismo" no le sirvió de nada. ¿A qué continuarlo? Enrique ahora quiere ver en ella algo nuevo.

Por lo general, en América, donde los hombres están en mayoría, las mujeres pueden darse la importancia que les plazca, pues la conciencia de su supremacía les presta cierta atracción magnética, pero aún así las mujeres feas o vulgares se ven en situación poco ventajosa y la lucha por el matrimonio—ya que actualmente es, en verdad, una lucha—resulta cada día más enconada. Y fuera tontería decir que tal lucha es indigna de una mujer o de una señorita. ¡Se trata de un mandato de la Naturaleza, y esto basta!

Lo natural es que toda mujer normal quiera casarse, y la batalla por el marido se regule en cada país por el estado de los números. ¡Qué locura disfrazar el origen del asunto, sacando a relucir desatinados convencionalismos! Cada mujer debe preguntarse a sí misma qué es lo que realmente desea. ¡Acaso mostrar el "digno orgullo" en que ha sido educada—y que muchas veces, sin embargo, se convierte en brusquedad, en repelente rudeza—o atraer la admiración y el amor de un hombre determinado? Si fuera esto, entonces, ¿para qué usar sistemas que, sin poderlo evitar, han de llevar al fracaso? El conocimiento es el poder. Estudiese, pues, al hombre, para conocerlo. Claro está que sería mejor para las feas vivir en un país donde fueran preferidas a las guapas, pero... como eso es una utopía, Celia—la muchacha vulgar, desprovista de "ello"—habita en un lugar donde existen a cientos las mujeres más atractivas que ella.

Por lo tanto, si en realidad deseas atraer a Enrique (ahora hablo particularmente con Celia), no seas tonta, domina todo particular egoísmo, toda vanidad, y emplea toda tu inteligencia en estudiar qué es lo que le atrae. Acaso te agrade tu dulzura o tu simpatía... o tus caprichos, pero te recomiendo que debes observar el efecto de tu sistema como un marinero su barómetro, ya que, como antes te he dicho, siéndote quién pretendas, no te encuentras en la feliz posición de poder mostrarlo según tu propia personalidad, sin preocuparte de si así le atraerás o él no. Si así fuera, sería señal de que poseñas ese irresistible magnetismo que inconscientemente atrae y del que ya hemos hablado.

Cuando un hombre ama a una mujer y ella no se interesa por él, ella es quien tiene en su mano las riendas y puede mostrarse tan egoísta como le parezca ser. Cuando no es así, se requiere toda la inteligencia de una mujer, todo su valor y todo su dominio de sí misma, para atraer al hombre. Y una vez le ha atraído, son precisos nuevos esfuerzos para retenerle. Pero ésta es otra cuestión que ya trataremos... Ahora, lo que nos importa es, tan sólo, que la pobre Celia conquiste a Enrique.

Jamás deberá Celia mostrar su ansiedad. La naturalidad, la sencillez, son encantos poderosos. La naturalidad guizada, claro está, por aquella fina intuición que comprende cuando empieza a aburrir. Celia no puede ser inconscientemente natural, porque obedece al secreto designio de atraer a Enrique, y, por tanto, su naturalidad estará ayudada, dirigida, por los recursos de su inteligencia. Los hombres en general, no gustan de las mujeres que hablan y se mueven sin cesar; les molesta el ruido, del que están cansados. Tampoco son tontos; el trabajo ha aguzado su ingenio, y de aquí que la alegre criatura ruidosa, charlatana, que fuma, que baila, que bebe, la mujer "Jazz", como yo le llamo, sólo atrae su atención de un modo superficial, para pasar con ella el rato, más no es fácil que en este tipo de mujer cifre el ideal de la que ha de ser la compañera de su vida.

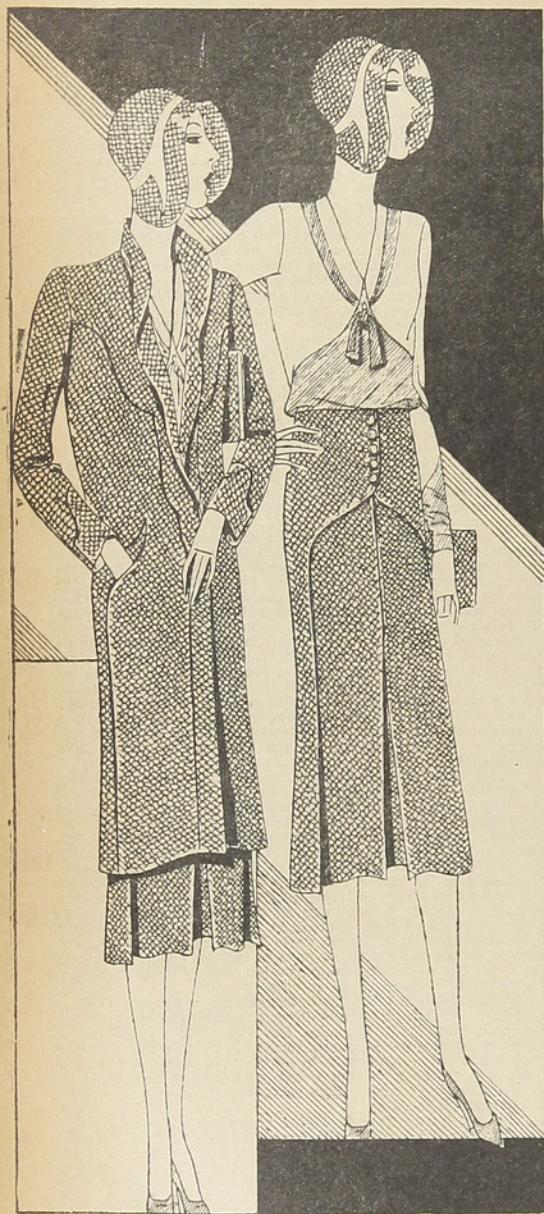
Para esto, casi todos los hombres desean una mujer tierna, dulce, encantadora, que llene sus aspiraciones y sea el descanso después de la lucha. Por ello Celia podrá, con su carácter propio, ser la buena amiga, la "camarada" de muchos hombres, pero no será la adorada de Enrique si no estudia sus gustos y aficiones, sus simpatías y antipatías, y, en consecuencia, emplea todo su talento en presentarse ante él tal como él la desea.

Lo que nunca deberá olvidar ninguna Celia, es que ningún Enrique la amará si a la vez no la respeta. Desde el momento en que ella pierda el derecho a este respeto, su juego quedará descubierto: en cuanto demuestre lo que desea y tienda abiertamente a conquistar a Enrique, sin reparar en los medios, despertará en él un antagonismo que le hará huir de ella. A todas las horas debe Celia decirse: "Yo estoy en la desdichada situación de quien pretende; por lo tanto, yo soy quien debe emplear todos los recursos de la inteligencia en aprender el modo de hacerme agradable."

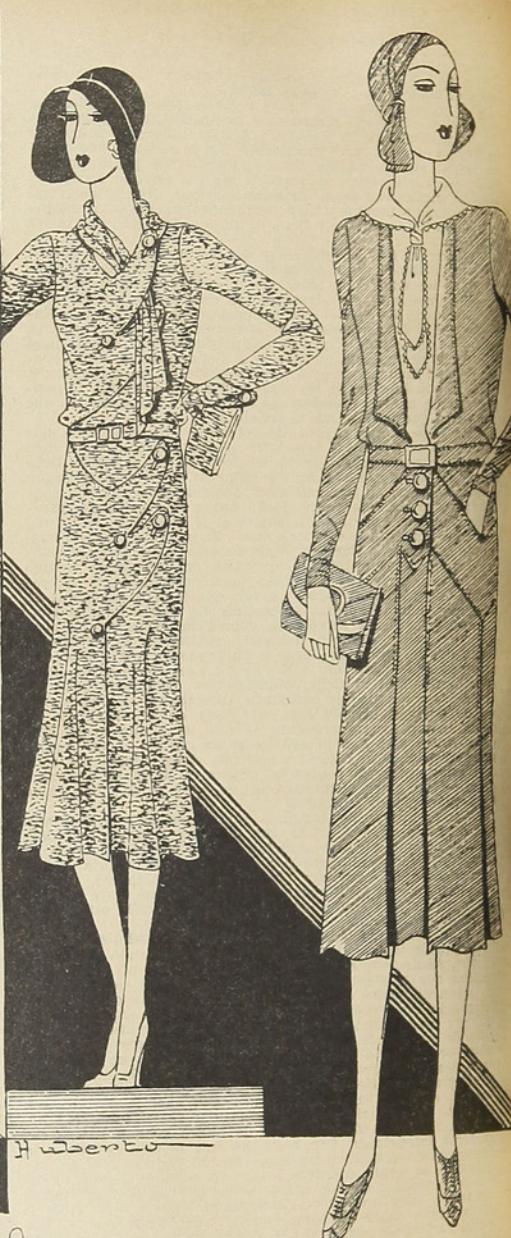
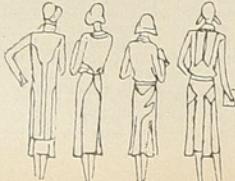
Los hombres, al parecer inconscientemente, se fijan en todo. Una posición desmañada al sentarse, una costumbre antipática: el morderse los labios, o arrugar la frente o pellizcar las mejillas, por ejemplo, son detalles que a veces los sublevan o, sin llegar a tanto, los desilusionan. Pues bien, Celia, es preciso tener cuidado con todas estas pequeñas cosas, conviene no desilusionar a Enrique.

(Continúa en la pág. 77).

UN TROUSSEAU NUEVO



Ensemble sport. Abrigo tres cuartos y falda tweed negro y blanco a recortes y pliegues cruzados. Blusa en jersey blanco y gris.



Traje en tweed jersey marrón, beige y amarillo, con recortes pespunteados adornado con gruesos botones amarillos.



Traje de tarde en crepe satin azul marino aclarado con crepe blanco en los costados. Volantes lisos superpuestos. Escote oblicuo e inscritado con bandas de crepe mate. Botones blancos.



Ensemble de vestir. Traje de raso impreso negro y blanco, que cae en los costados. Volantes lisos superpuestos. Escote oblicuo anudado en punta. Abrigo tres cuartos en raso negro, con mangas formando pelerina y cuello echarpe de armito.



Un Abrigo, un Traje y tres Cuellos



La mujer chilena tiene con justísima razón, reputación de elegante. Pero la verdad, es que cada día le cuesta más sostener esa reputación. Creo pues, hacer un verdadero servicio a las señoras y señoritas que me leen dándoles algunas ideas para que puedan variar el aspecto de sus vestidos con un mínimo de gastos. Este es el objeto de esta pequeña crónica.

De mis encendidos labios, no oirás hoy, sino consejos prudentes, virtuosos, clásicos, consejos tales, que si los dejáis leer a vuestro marido, a vuestro padre, es seguro que cada año os renovarán la suscripción de esta interesante revista. ¿No es verdad?

Para no derrochar demasiado dinero, y tener sin ambargo un aspecto nuevo y variado, cualidad tan preciosa en la intimidad, (ved el Eclesiastés), como en el mundo, (leed los Consejos prácticos de la Condesa Nasí), es preciso encontrar ideas de detalle. El tema del Claro de Luna de Mozart, no es nada. ¡Pero las variaciones, las variaciones!

En este sentido, los cuellos y las mangas tienen un particular interés.

Ved ahora este "ensamble" que se compone de un abrigo de lana negra adornado con recortes, anudado con una

corbata de caracol blanco arrasado y de una túnica de crepe de China negra con volantes en forma, montada bajo un severo ajustamiento de caderas.

La versión número 1.o será muy «costura», gracias a los adornos de crepe georgette rosa anudados en chal y rodeados de grandes filetes redondeados.

La versión número 2.o será muy juvenil, gracias a los adornos de batista de hilo, bordados de un pequeño volante de batista muy fino (y endiabladamente odioso para aplanchar).

La versión número 3.o será muy «grand monde» a causa de los adornos de espesos encajes ocre o de viejos encajes de familia.

La molestia de estos viejos encajes de familia, es que jamás se osa cortarlos de ninguna manera, y naturalmente, no nos prestan ninguna utilidad.

Lo mejor en tal caso, es comprar los viejos encajes de familia, a las familias que no tienen medios de conservarlos. En las tradiciones de los otros se puede cortar como se quiera. Lo esencial es salvaguardar las suyas.

(Continuación de la página 73)
COMO SE CONQUISTA A UN HOMBRE

Para jugar con los niños a un juego cualquiera, aunque sea a la gallina ciega, es preciso emplear alguna perspicacia. Si se trata del bridge o del ajedrez, hay que poner ya toda la inteligencia; y lo mismo en el golf, en el tenis y en los demás deportes. Ninguno de esos juegos puede ganarse si se descuidan las reglas, y en lugar de prestar atención al juego del contrario se fija uno en otra cosa.

«Como vamos a imaginar que algo tan difícil como ganar a un hombre va a venirnos a las manos sin ningún esfuerzo de la mente?

No hagas nunca, Celia, nada que rebaje tu dignidad, pero ten cuidado de que sea tu dignidad y no tu vanidad o algún convencionalismo anticuado y ridículo lo que te impulse. En los momentos en que no estés con Enrique, trata de adquirir personalidad, que es, sin duda, una de las cualidades que proporcionan mayor atracción. Piensa que si te sientes nerviosa y desasosegada cuando estás con él, esta intranquilidad se le comunicará, y el resultado no será otro que incomodidad de su parte y falta de atracción de la tuya. Domina, pues, tus nervios, y trata de mostrarte del modo que hayas comprendido que mejor lo traen.

Y cuando lo hayas atraído y asegurado..., entonces prepárate de conservarlo.

(Continuación de la página 6)

GRETA GARBO, LA EXPRESIVA

gra... Y se alza el telón, porque la comedia debe empezar, según los anuncios y según la dirección. «Peer Gynt». Nueve y cinco. Los ruidos desalojan la sala.

Greta sigue con viva atención las peripecias de Peer Gynt y los gestos de los actores. Solo los niños saben cuándo los pies de una actriz se enredan en la alfombra mal colocada, y cuándo un traspunte mira por un agujero de la decoración, y cuándo a un actor se le ha rasgado una manga de su traje. Solo a los niños, al llegar a casa, se les puede preguntar si los cómicos sabían su papel, o si la actriz tenía el pelo obscuro o canoso, o si los pies de los actores eran deformes o perfectos. Los mayores discutirán si la obra es entretenida o aburrida. Solo los niños discutirán si el telón baja por cuerdas o por ruedas, o si a un árbol de la decoración le sobraba o le faltaba una hoja.

—Papá: ¿cómo dices que se llama el que ha hecho ésto?

—Ibsen.

—Peer Gynt está un poco loco, ¿verdad?

—Acaso. Los héroes siempre suelen ser un poco locos. Por eso nos divierten.

Sin embargo, hoy ha sucedido algo que no sucedió ayer: una niña salió del teatro del brazo de su padre, marinero. Ciertamente, otros días también saldrán del teatro niños del brazo de sus padres, marineros. Pero la niña que ha despertado aquí su vocación, la niña que más tarde será actriz, la niña que después de unos años subirá, llena de seducción, a todas las pantallas del mundo, sólo ha salido hoy del teatro del brazo de su padre, marinero, sin que la gente, ni las luces, ni la ciudad advirtieran nada.

A entrar Greta en la habitación, sus hermanos se despiertan. Todos preguntan curiosos:

—Qué, ¿era muy bonito el teatro?

Y Greta les cuenta la obra, exaltándose y gozando en la referencia.

—¡Solveig!

Ahora, en un ambiente de confianza, Greta actúa de pequeña actriz. Cambia la voz. Produce gestos. Hace referencias mímicas.

—Vosotros no sabéis nada de la obra? ¡Solveig es una muchacha muy buena! Sale de la cabaña, y se encuentra al final con Peer Gynt. Mira: tú haces de Peer Gynt. Y yo de Solveig. Ven aquí. Yo te tomo en mis brazos.

Greta toma entre sus brazos a su hermano pequeño, y recita con emoción los versos finales de la obra:

Duerme en -az niño mío,

yo te voy a meter dulcemente.

El niño ríe y juega en brazos de su madre.

Ellas pasan juntas una vida entera.

El niño sonríe y duerme sobre mi seno.

Que la vida es buena, ¡oh mi dulce tesoro!

El niño tiene inclinada su cabeza, cansada,

sobre mi corazón. Así ha pasado mi vida.

Yo te mereceré, niño mío.

Sueña tranquilo sobre mi corazón.

Todos aplauden a la pequeña actriz. Y el padre, al oír el ruido, entra en la habitación de los muchachos.

—¿Qué es esto? —Por qué no dormís?

—Greta nos está contando la obra. Hace de actriz.

—Greta —dice el padre—: no te comprare el libro si te acuestas en seguida y dejas que tus hermanos sigan durmiendo.

T O D O S

Al poco rato se acaba la improvisada representación. Duermen. La luz se oculta en la sombra. El silencio tensa la habitación. Sólo Greta, entre las sabanas, sigue viendo y hablando al amistoso fantasma de la obra.

—¡Solveig!

(Continuación de la página 8)

EXPERIENCIAS DE MUJER

un buen recuerdo: no en vano había sido la compañera de mi infancia y siempre fué buena conmigo, mejor que yo para ella. Como estaba casi todo el día sola, me pareció de perlas que viviera cerca de mí, y aun quisiera arreglarle una habitación en nuestra propia casa, pero Rafael se opuso; no la conocía y le resultaba molesto tenerla de huésped; le busqué una pensión no lejos de donde vivíamos.

Llegó Victoria; seguía sin ningún atractivo físico, al parecer, y, sin embargo, había algo en sus ojos, en su voz, una distinción y una elegancia en su persona que atraían irresistiblemente. Comiéramos con nosotros, y aquella tarde, por primera vez en su vida de casado, mi marido no salió de casa. Estuvieron hablando de muchas cosas que yo no entendía, y cuando, por la noche, se marchó Victoria a su pensión, oí asombrada que me decía Rafael:

—Se me ha pasado la tarde volando. ¡Sabes que esta mujer es maravillosamente atractiva? Yo creo que resulta mal que viva en una fonda sola, teniendo nosotros casa suficiente. Podías decirle que se viniera con nosotros; una mujer como ésta es siempre agradable, y en la intimidad aun más.

Y yo, que estaba muy segura de mi belleza rubia, que aun se acentuaba con la comparación de la insignificante y menudita figura de Victoria, fui a suplicarle que viniera a vivir con nosotros. «Así mi marido se aburrirá tanto en casa», pensé.

No quise aceptar nuestro ofrecimiento, pero alquilé, para estar más cerca de nosotros, una especie de estudio de pintor, mas bien una buhardilla grande, que había desalquilado en el último piso de nuestra misma casa. Yo me reía pensando en lo mal que iba a vivir allí, pero cuando ya instalé todo, subimos a verla Rafael y yo, nos quedamos maravillados. Victoria había hecho de aquella habitación destapitada una vivienda cómoda y confortable. Era biblioteca, despacho, comedor y alcoba, todo junto. Cuadros, cerámica, hierros artísticos, butacones cómodos, telas bonitas y, sobre todo, muchas revistas y libros y por todas partes muchas flores y mucha luz.

Desde entonces, apenas acabábamos de comer, Rafael se subía a charlar con Victoria. Yo también iba a la hora del té, que la dueña de la buhardilla servía con un refinamiento que a mí me era imposible adquirir, por más que lo intentaba. Y la que decía mi tía que no sabría nunca gobernar un hogar más de una vez dilo recetas de cocina y enseño a la perfecta ama de casa labores útiles y bonitas.

Yo un día, un poco celosa de Victoria, aunque sólo veía en ella un buen camarada de mi marido (como mujer no me inspiraba ningún cuidado; aún creía en mi superioridad), le reproché a Rafael el poco tiempo que estaba en casa, y tuve la amargura de oírle decir:

—Escucha. Elvira: tú eres una mujer muy guapa y una buena ama de casa, pero... ¡nadie más! Me han llenado el piso de juguetes inútiles y cursis, de pañitos con encajes que se enganchan en todas partes, de mueblecitos incómodos. Me clasificas los libros por tamaños y no hay quien encuentre uno sin perder media hora en su busca. Constantemente he de estar pendiente de la ceniza del cigarro para no ensuciar con ella el piso. He de preocuparme de ver dónde coloco, para que no te molestén, libros y revistas. La habitación mejor y más clara de la casa la tienes ocupada con el salóncito, de querlo y no puedo, para recibir a unos amigos que cuando vienen me estorban mi trabajo. Comprendo que este todo muy limplo y muy ordenado en estas habitaciones pequeñitas que cada una sirve para que en ella se realice un acto de nuestra vida; pero yo me atrae aquella otra de arriba, un poco desordenada siquieres y, sin embargo, donde me encuentro muy a mi gusto. Además, no debes sentirlo: antes pierdes las tarjetas en el café; ahora, al lado de Victoria, trabajo más y mejor, puel ella siempre encuentra la palabra o la idea que a mí se me escapan y aun en el descanso me proporciona con su conversación nuevos motivos para el trabajo; desde que ella está aquí gano más dinero, que tú, mi dueña administradora, sabes gastar y distribuir tan bien.

Y, dandome un beso precipitadamente, le vi con un montón de libros correr escaleras arriba para recuperar el tiempo que había perdido hablando conmigo.

Yo, como había querido mi tía, era una buena administradora de mi marido, ¡nadie más! La compañera, la amiga, la que se había apoderado de su alma, era Victoria, aquella mujer incapaz de enamorar a ningún hombre, según ella.

A los pocos días subimos, como siempre después de comer, a casa de Victoria, pero habíamos tenido prisa de salir y bajamos otra vez a casa: Rafael, muy desilusionado. Iba a leer a su ya imprescindible amiga un trabajo sobre unos cuadros que habían visto juntos en una exposición.

Toda la tarde la pasó de mal humor; y a las siete se asomó al balcón para fumar. Yo me puse a su lado, y como vivíamos en un entresuelo, todos me miraban, al pasar, con

la admiración que estaba acostumbrada a despertar; pero entonces —cuanto la agradecía Así mi marido se daria cuenta de que estaba casado con una mujer que llamaba la atención de todos por su belleza. Rafael, sin embargo, no se aperecía de nada; siguiendo su vista, vi que la tenía fija en la pareja que formaban Victoria y un hombre que charlaban animadamente con ella un poco alejados de nosotros. Pude observar que Rafael fruncía el ceño y se agarraba fuertemente a la barandilla del balcón.

—Tiene novio, Victoria? —se volvió a preguntarme pálido y demudado.

—Sí —le contesté; —van a casarse pronto.

Yo sabía que el hombre que hablaba con Victoria era un compañero suyo de oficina, casado con una señora conocida mía; pero el efecto de mi mentira estaba logrado. Vi claramente, por el efecto que le hizo la noticia, que mi marido estaba enamorado de Victoria.

—¡Qué suerte la de ese hombre! —dijo con un gran acento de pena. —Cada día estará más enamorado de su mujer.

Muerta de celos, incapaz de luchar con una rival tan poderosa, subí aquella noche a casa de Victoria y, llorando de rabia y de despecho, la injurie, le dije las peores frases que una mujer puede oír. Ella, sin embargo, me oyó con paciencia.

—¡Pobrecita Elvira! —me dijo cuando estuve más calmada. —Has sido una víctima de la incomprensión de tu tío. El hombre se acostumbra pronto a la belleza del cuerpoo que no se renueva: es preciso que encuentre el mejor amigo en su mujer para que no se le vaya nunca.

Acabé por pedirle perdón; yo sabía que ella no había hecho nada por atraerse a mi marido. Estaba en mi la causa de mi desgracia: en mi educación anticuada, en mi falta de cultura, en mi incapacidad de retener una hora a mi lado a Rafael sin que se aburriera.

Victoria me prometió alejarse cuanto antes, pero yo comprendía que no seríamos felices mi marido y yo nunca. Se quedaba sin la compañera, sin la amiga y confidente. Algo muy difícil de encontrar en la vida. A mí, con una mujer cualquiera bien pagada me podría haber substituido.

A los dos días Victoria se marchó al extranjero: perdió su magnífica colocación y aun tuvo la delicadeza de hacer ver a Rafael que se marchaba por su conveniencia.

Rafael ha vuelto a su vida de café y de círculo. Trabaja poco y está descontento de su obra.

Yo he quitado de su despacho muchos cuadros, figuritas y pufitos, pero no sé substituirlo por lo que a mi marido le gustaría tener. Quiero instruirme; entender la literatura, de arte, pero... ¡es demasiado tarde! Perdi los mejores años. Y hoy deseo decir a las muchachas: Haceos cultas, intríguos, poneros al nivel del hombre, conservando vuestra feminidad. Aprended las labores de vuestro sexo, pero no os límitéis a ellas. Sed de esas mujeres de quienes los maridos necesitan cada día más.

EL ANEURISMA

(Continuación de la pág. 9)

—Cerca le anda usted, joven,—exclamó Garnica, irónico. —Peró hay accidentes que en nada se parecen a los que usted recorre de las gacetillas para 'documentarse'.

Julia Mendoza padecía una enfermedad que no le permitía entregarse a emociones violentas.

Cuando Carlos Oltra se retrababa en sus habituales visitas, Julia tenía que comprimir con ambas manos las violentas palpitations de su corazón. La inquietud, la duda y la impaciencia le mataban lentamente. El toque del timbre de la puerta de entrada, precipitaba la violencia de los sobresaltos de aquel corazón enfermo. Dejábase caer en un sillón, y Oltra la encontraba a veces tan morbidezmente pálida, que le preguntaba:

—¿Qué tienes?... ¿Estás mala?

—En cuanto llegas, todos mis males desaparecen.

La verdad es que ella ignoraba el mal que la consumía, poniendo en peligro su existencia. El médico le había ocultado su diagnóstico. La prescripción facultativa se limitaba sus emociones, comida de convaleciente. Con semejante régimen, podía vivir noventa años.

De ahí dedujó ella que no tenía enfermedad ninguna, y continuó su vida misteriosa apasionada, que ponía en evidencia actividad cerebral y su corazón.

Leonardo conocía el mal de Julia. El médico le había dado pocas esperanzas.

De pronto a su tristeza se unió un pesar inmenso. Leonardo perdió toda su fortuna en una especulación desdichada. ¿Cómo enterar a Julia?

Una fuerte emoción podía causarle la muerte.

La ruina era tan completa, que después de la vida acomodada iban a llegar a la miseria y el hambre.

—¿Qué hacer?

El marido tomó la resolución de marcharse a América, donde tenía amigos que podían ayudarle a rehacer su fortuna.

Pero no podía llevarse a su mujer, cuya salud era más precaria de lo que se figuraba ella misma.

Lo mejor era ausentarse de Madrid con cualquier pretexto; escribir a Carlos, suplicándole que subviniese durante las necesidades de la vida de Julia, sin que esta sospechase la verdad; que la preparase a la idea de una separación más o menos larga, calmando sus temores y su natural desesperación. Por ningún concepto había que anunciarle bruscamente resolución tan grave.

Concebido el plan, Leonardo lo puso en práctica.

A la mañana siguiente, despidiéose de su esposa, diciéndole que marchaba a Santander para un negocio importante, sin fijar el día de su regreso.

Dejó para Carlos una carta en que le explicaba su conducta, sus propósitos y lo que esperaba de su amistad.

El mismo día, cuando Oltra se presentó, a la hora de costumbre, en casa de sus amigos, Julia le anunció con júbilo:

—Tenemos, al menos, ocho días de libertad!

Era una radiante mañana de invierno.

Abrieron el balcón y el claro ambiente les embriagó como una promesa de tiempo primaveral.

—Iremos a dar largos paseos por el campo—dijo ella.

—Bien sabes que no eres libre, Julia, y que nunca podremos amarnos a la faz del mundo.

—Señorito Carlos! —gritó una voz en la antesala.

Otra dió algunos pasos hacia la puerta.

—Esta carta para usted—añadió el ayuda de cámara de Leonardo.

Carlos tomó la carta, la abrió y la leyó rápidamente mientras el criado se alejaba.

—Al fin—exclamó de pronto en una explosión de júbilo—al fin eres mío! Se ha marchado a América.

Julia lo escuchaba sin comprenderle.

—¿Qué quieres decir?... ¿Quién se ha marchado a América?

Poco a poco la sangre se retiraba de su rostro.

—Tu marido! —contestó Carlos.

—Leonardo! ¡Y por qué?

—Está arruinado. ¿Comprendes?

—No—no comprendo—dijo ella en voz débil, levantándose con la mano puesta sobre el corazón.

—Pues es muy sencillo. Te confía a mí.

—Entonces tú me vas a mantener...

—Para que vivas feliz.

—¡Vivir!... Vivir feliz!... —murmuró ella con voz doliente; y sin una convulsión, cayó inerté a los pies de su amigo. Carlos levantó el cuerpo de Julia, que se dobló en sus brazos.

Colocó el cadáver en un sofá, cogió un revólver, ciñó el talle de su amiga con el brazo izquierdo, apoyó su cabeza en la de la muerta y, sin vacilar, se levantó la tapa de los sesos.

Un estremecimiento corrió por el auditorio.

Garnica añadió:

—Carlos no había leído la postdata en que Leonardo le revelaba la gravedad del aneurisma que padecía su mujer.

—¿Y el marido?—preguntó Dotres.

—Murió al llegar a América.

Entonces el poeta, melancólico añadió sentenciosamente, con sus ribetes de ironía:

—Creo que todo falta lleva en si misma su castigo... Creo que el orden trastornado se venga...

—Silencio! ¡Fueras!—vociferaron los demás tertulios.

que Julia para hacer feliz a un hombre honrado y serio, el literato no comprendido y la romántica clorótica concluyeron por amarse en secreto.

Afortunadamente para la dignidad y el buen nombre del matrimonio, aquél amor extra conyugal no traspasó los límites del platonismo.

—Pero el marido les sorprendió a lo mejor,—interrumpió Dotres—; les creyó culpables; les mató a los dos y los ciudadanos honrados se acostaron tranquilos.

—Nada de eso, amigo Dotres,—replicó Garnica.—La vida está llena de dramas que no acaban como los nuestros. ¿Querés saber el desenlace del mío? El esposo sin saber la infidelidad moral de su esposa y de su amigo, infidelidad del alma, mucha más grave que la infidelidad material de los sentidos, hizo morir a los dos culpables.

Todo el mundo se miró con estupor.

—De remordimiento?—preguntó un tertuliano.

—Voluntariamente?—dijo otro.

—No acertás—contestó Garnica.

—Un nuevo amigo, indignado, venga al esposo?

Tampoco.

Si se trata de descifrar un enigma, propongo que se sirvan unas copas de conac.

—Leonardo igual,—continuó el narrador—era un expansivo, un hombre leal, de gran corazón, que ponía en sus afectos todo el ardor y toda la franqueza de su probidad. Se casó enamorado de Julia, y después del matrimonio, su amor aumentó en vez de disminuir. A veces se sentía con el corazón demasiado pequeño para contener su inmensa ternura. Aquel grande amor, aquel efecto sin límites, aquellos nobles sentimientos, engañados, se vengaron por sí mismos, siendo la causa del castigo... Leonardo igual no se vengó, ni le vengo nadie, y sin embargo, quedó vengado.

Supongo que no morirán de accidente—interrumpió un joven partidario de la novela psicológica.—Yo no admito accidente como desenlaces.

(Continuación de la pág. 5).

A R R E P E N T I M I E N T O

—Mira: si tú no quieras ir, no vayas, pero yo si que iré. Quero ver ese balle, pues dicen que será una fiesta muy artística.

—El señor Caley tiene mucha razón—intervino la amiguita de Juana.—¿Por qué no ha de ir al baile?

—Pero si yo no me opongo—murmuró suavemente la esposa—Es más: me gustaría mucho que se divierta.

Aquella noche la pasaron sin salir de sus habitaciones, y a la siguiente, todos, menos la madre, fueron a la fiesta.

La señora Caley pretextó que aún estaba cansada, y para hacer mejor su papel se acostó.

Sin poder dormir pasó algunas horas bastante aburridas, hasta que a eso de las once y media se presentó su marido.

—¿Qué?—le preguntó ella.

—Que te has perdido una fiesta magnífica. ¡Qué lujo! ¡Qué gusto tan exquisito en los trajes! Pero, sobre todo, Ester, la amiguita de Juana, es una chica encantadora.

—Está bien—dijo la señora, disponiéndose a soltar el discurso que ya tenía preparado.—Creo que ya ha llegado el día en que ocupe el puesto que me corresponde junto al fuego.

—Pero estás loca? ¡Ahora, en pleno verano!...

—No me entiendes.

—Quizás no te entienda; pero, si es que te encuentras mal, puedes mandar que te traigan un calentador.

—¡Y dale! ¡No es eso! Me encuentro muy bien de salud.

—Lo que tú necesitas es descansar y aquí podrás hacerlo a tu gusto.

Pasaron unos días de triste reposo para la pobre señora Juana no sólo demostró su extrañeza por los nuevos trajes que usaba su madre, sino que llegó hasta el extremo de no invitarla a que saliera con ellos.

A Miguel le ocurría algo por el estilo, y llegó a conformarse con la idea de que su madre se hallaba cansada y prefería el reposo, sentada en el sitio más retirado del salón, donde, por lo regular, se entretenía haciendo labor.

No había quién hiciera caso de ella.

En vano se decía a sí misma:

—Esto es lo que yo deseaba... ésta es la conducta de una verdadera madre de familia.

Pero la iba invadiendo la más pesada tristeza, hija de la monotonía que la rodeaba.

Lo que le referían sus hijos la parecía extravagante y poco satisfactorio, y a medida que ella se retiraba con prudencia, su esposo parecía rejuvenecerse.

Si se trataba de una excursión, él era el primero, siempre que Ester fuera una de las del grupo. Cuidaba mucho de sus vestidos, y las personas que no le conocían le creían soltero. También el buen señor había protestado varias veces, desaprobando los ridículos trajes de su esposa, pero, como no había medio de convencerla, acababa por dejarla en paz con su marido.

En vez de bailar con ella, como otras veces, lo hacía con Ester, y claro, estaba encantado de la vida.

Hacia diez días que se hallaban en Folkestone, y la señora Caley díó inequívocas muestras de inquietud.

Esto ocurrió una noche en que sorprendió en su hijo Miguel un elocuente gesto de disgusto al ver bailar a su padre con la amiga de su hermana.

—Sufriría el chico porque veía a su padre en ridículo?

—Sería que el esposo buscaba una distracción fuera del hogar?

No, el señor Caley nunca había demostrado esas tenencias ni había disgustado seriamente a su esposa.

Así pensaba la señora, cuando Juana pasó, bailando, junto a Miguel.

Los dos hermanos se miraron, volviendo después los ojos hacia su padre, el cual no dejaba un momento a Ester.

—No es posible—se dijo la señora Caley.—La amiga de Juana es una chica juiciosa. Mis hijos deben ver el asunto bajo otro prisma.

Pero seguían las miradas de Juana y Miguel, y siguió éste con sus movimientos nerviosos y su malestar.

La madre se puso en pie y se acercó a Miguel, diciéndole:

—¿Quieres que salgamos al jardín? Aquí hace mucho calor.

El muchacho continuaba preocupadísimo, pero trató de disimular.

—Ambos salieron a la terraza.

—¿Acaso buscas a papá?...—le preguntó el joven.

—¿Sabes hacia dónde ha ido?

—No.

La madre sabía que no decía la verdad, más procuró llevar la conversación por otro derrotero.

—¿Por qué no bailes esta noche?—le preguntó.

Miguel vaciló y contestó después:

—Espero la fiesta de mañana. Se trata de una cena muy original en la que hay que presentarse con disfraces. Supongo que asistirás.

—No lo creo oportuno a mi edad.

—¿Y por qué?—preguntó Miguel con decisión.—Yo deseo que tú te diviertas como el año anterior. Es muy triste tu retraimiento para Juana y para mí.

En este momento pasó Ester, corriendo junto a ellos, persiguida por el señor Caley, el cual, viendo a su esposa y a su hijo, llegó hasta ellos completamente sofocado.

Nada se dijeron, pues la situación era bastante difícil para los tres, y acabaron por entrar en el hotel sin pronunciar ni una palabra.

A la hora de irse a dormir entró la señora Caley en la alcoba de Juana. Lo primero que hizo fué contemplarse en el gran espejo, y sonrió al ver su anticuada y ridícula indumentaria, causa evidente de lo que estaba pasando.

—Madre—dijo bruscamente la muchacha—estoy no puede seguir así. Tú no eres la misma de antes.

—He decidido vestirme como vosotros—interrumpió la señora Caley—y he decidido también asistir a la cena de trajes, pero desearía saber cómo nos disfrazaremos.

—¡Bravo!—exclamó Juana, abrazando a su madre con alegría.—Ya era hora!...

Y las dos, de acuerdo, se dijeron lo que tenían que hacer para presentarse con arreglo a las circunstancias.

A la mañana siguiente, el peluquero se encargó de restaurar aquellas ondas y rizos que la señora Caley había lucido y que ahora tenía ya descuidados hasta hacerlos desaparecer.

Del resto se encargó Juana, que era muy diestra y cumplió maravillosamente su cometido.

El traje, de pura fantasía, era de un efecto extraordinario.

—Me parece que te voy a eclipsar—le advirtió la madre, sonriéndose con infinita bondad.

Juana contestó con verdadero entusiasmo:

—¡No importa!... Esta noche quiero que seas tú la que más brille en la fiesta.

La señora Caley estaba verdaderamente llamativa.

Un murmullo de aprobación acogió su presencia en la antesala del hotel. Pero el que más sorprendido quedó fué el propio señor Caley.

—Magnífico!... ¡Oh!... ¡Mi mujer está espléndida!... ¡No me lo podía figurar! Esta noche seré el rey de la fiesta!

Esto se lo decía a su hijo Miguel sin darse cuenta. Y el joven, tan sorprendido como el padre, acabó por aplaudir también a la que se había conquistado el título de reina.

Aquella noche, Miguel bailó con Ester, y el señor Caley no abandonó a su esposa, sin tener tiempo para contestar al chaparrón de felicitaciones.

Después bailaron los esposos.

—¿Pero de dónde han sacado este magnífico traje?—preguntó él, sorprendido.

—Es uno, ya viejo, que hemos arreglado entre Juana y yo.

—Pues mañana saldrás de compras conmigo. Esta vez queríe ser yo el que te compre el traje de soirée—dijo el señor Caley.

—Pero...

—La reina de la fiesta merece eso y muchísimo más... Pero no has de bailar con nadie más que conmigo.

—¿Te sientes celoso?

—¡Orgulloso es lo que me siento, esposa mía!—exclamó él.

(Continuación de la pág. 3).

E L M A R E S T A B A E S P E R A N D O . . .

—El pobre viejo Hans se fué al fondo—dijo Reidar. Todos creímos suceder en ese horrible temporal; yo estaba a su lado y lo vi; fué inútil todo intento de salvación; pero no me olvidaré de sus ojos, Astrid. Se hundió sonriendo y feliz e inmediatamente el mar se calmó como si sólo deseara al pobre Hans. El siempre decía que tenía que reunirse a su amada que yacía en el mar; y que el amor es más fuerte que todo...

Astrid contestó, mirando emocionada a su amado:

—Y tú, Reidar, ¿no crees que realmente, el amor es más fuerte que todo?...

CUATRO MODELOS DE ALICE BERNARD

Abrigo en kasha nattier guarnecido de motivos picados y en relieve.

Traje en moiré delgado impreso en tonos beige, adornado con nudos.

Abrigo en lanilla inglesa guarnecido de recortes, formando «ensamble» con el traje precedente

Traje en crepella azul nattier guarnecido de bandas despuñeadas.

Cuello de linón blanco con piquitos azules



Las Damas Blancas de Worcester

Por FLORENCIA BARCLAY autora de "EL ROSARIO"

—Lo más generoso en la Reverenda Madre—dijo el Obispo—está en que, desde el primer momento, se hallaba dispuesta a no aprobar esta oferta de libertad para la intranquila monja. Ya puedes comprender que por la responsabilidad de la buena conducta de la comunidad entera, que depende de la Priora, está obligada a mirar con prevención cualquier innovación que pueda provocar el escándalo.

El Obispo no levantó los ojos, pero de haberlo hecho, hubiese visto que la desesperación substituía a la cólera en los del caballero.

—Aunque, aparentemente, ha obrado con la mayor fidelidad exponiendo a María Serafina mi opinión respecto a este asunto, le dió a entender que estoy inclinado a mostrarme indulgente en lo que se refiere a los votos pronunciados sin verdadera vocación, y también cuando ésta no existe y los recuerdos mundanos están en contraposición con la vida monacal, yo considero que su presencia en la comunidad sería más perniciosa que el cortísimo escándalo que podría suscitarse en el caso de una fuga.

El caballero se movía impaciente en su asiento.

—Os parece, señor Obispo—dijo—que podríamos enternecarnos del mensaje de la Priora del que me hablabais hace poco?

A eso vamos, hijo mío—replicó el Obispo fingiendo la mayor indiferencia—Modera tu impaciencia. Nosotros, los que pertenecemos al Claustro, nos vemos obligados a movernos despacio, con mesurado paso, de modo que cada uno siga cuidadosamente al que la ha precedido, y no andamos saltando como los laicos. A su debido tiempo ya llegaremos a lo del mensaje.

—Bien; pues, como te decía en nuestra conversación, la Priora sabe, sin parecer, mis consejos, exceptuando uno de los más importantes detalles, acerca del cual hizó uso de su propia discreción. Con toda claridad le aconsejé que diera a Serafina que estábamos enterados de tu llegada y que, según me constaba, todas las tardes, cuando las Damas Blancas van a Vísperas, tú te sitúas en la cripta de la Catedral. En resumen, mi querido caballero, incluso llegué a sugerir que si sor María Serafina daba un paso a un lado, apartándose de la fila, por entre las numerosas columnas, tú sabrías ya qué hacer en tal ocasión.

—Pero la Reverenda Madre escribe—y por fin el Obispo empezó a leer:—Estoy tan segura, a juzgar por vuestra descripción del noble caballero que acudió a Vuestra Reverencia en la tribulación en que se halla, de que no puede ser el amante de sor Serafina, que creí mejor no decirle nada de su llegada, ni mencionar, tampoco, vuestra idea de que la mujer que busca se encuentra en este convento.

Una exclamación ahogada, que surgió entre los labios del caballero, manifestó a la vez el triunfo, el alivio y también una amarga carcajada.

—Así es cómo la Priora—añadió el Obispo—usando de su propio juicio, desdena mi superior conocimiento de los hechos y hace burla de mi autoridad. Sin embargo, posee una hermosa naturaleza y es digna de toda clase de respeto y de cariño. Pero tiene una voluntad imperiosa y una fuerza de carácter desusado en las mujeres. Si hubiese permanecido en el mundo y se hubiese casado, no hay duda de que su marido habría tropezado con algunas dificultades en modelarla a su voluntad. Aunque el poseer semejante mujer habría valido la pena de correr el riesgo. Mas no debo entretenerte, querido muchacho, hablándote de la Priora cuando, sin duda alguna, estás ansioso de conocer la decisión de Serafina.

—Temo que las noticias que he de darte serán desagradables para ti. La Reverenda Madre escribe: "Sor María Serafina se manifestó satisfecha por completo con la vida conventual. Declaró que su deseo de volver al mundo había sido una cosa pasajera, de la que estaba curada ya por la oportuna disciplina de la Madre Sub-Priora y por el hecho de que, juntamente con sor María Gabriela, había sido designada para bordar paños del nuevo altar de la capilla. Habló con el mayor interés de un punto de bordado que está aprendiendo de sor María Gabriela, mucho más que de cualquiera de aquellos recuerdos, ya bastante débiles, que parecían haber revivido con tanta intensidad en ella: de manera que me costó bastante trabajo lograr que distrajera su atención del asunto, para ella muy absorbente, de como obtener un color exacto al de las granadas en el bordado que lleva a cabo. Por eso, señor Obispo, a una hermana tan entusiasmada por las labores manuales, casi no me habría atrevido a mencionarle que su amante en el mundo deseaba recobrarla, aunque hubiese salido que vuestro caballero anda buscando a Serafina, pues el

corazón de ésta parece definitivamente identificado con el claustro".

El Obispo levantó los ojos y, hablando al caballero, le dijo:

—Por consiguiente, hijo mío, hemos de llegar a la conclusión de que tu entrevista secreta, cualquiera que fuese el lugar y la ocasión en que la lograste, no tuvo efecto alguno y no ha de dar tampoco fruto.

Pero Hugo d'Argent, frente a frente con el suspendido rastrojo de su destino, destrozaba todas aquellas sutilezas con sus impacientes pies.

Humedeció sus secos labios y dijo:

—El mensaje...

El Obispo levantó la cara.

—Pero—leyó—si creéis que vuestro noble caballero es el amante de Serafina, rogadle que me permita decidir que ninguna monja merecedora del amor de un hombre digno consentiría en quebrantarse sus votos. Una monja que abandonara el convento para acudir a su lado, perjudicaría a él y a sí misma, pues no llevaría ninguna bendición a su hogar. Mucho mejor es un hogar vacío que aquel en el que hay una maldición. Os ruego, ilustrísima, que deis este mensaje de mi parte al noble caballero, diciéndole que se lo manda la Priora de esta casa y que le recomiendo que se aleje en paz, rogando por un corazón sumiso a la voluntad de Dios".

La voz del Obispo dejó de oírse. Hasta entonces había sido apacible y queda, mas, por fuerza, tuvo que elevarla algo para realizar estas frases finales de la Priora, que incluso le causaron cierta emoción.

Hugo d'Argent se inclinó hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas. Luego dejó caer su cabeza entre las dos manos y se quedó inmóvil.

El rastrojo había caído ya y sus espigones de hierro atraían sobre su alma.

Ella le pertenecía, y, sin embargo, la había perdido para siempre. Aquella palabra final de su autoridad, aquél modo de dirigirse a él valiéndose del mismo Obispo, aunque revestida de la dignidad de su elevado cargo, todo le parecía preparado expresamente para desposeerle del último rayo de esperanza que pudiera columbrar.

Y mientras estaba así, silencioso, con la cabeza inclinada y con el cerebro casi vacío de ideas, vióse de pronto, otra vez en el subterráneo con ella. Estaba arrodillado a sus pies, en el amarillo circulo de la luz de la linterna. Y las manos, sus manos de mujer, sus manos firmes y cariñosas cayeron sobre su cabeza. Los dedos se movieron iniciando un suave contacto con su cabello. Luego, su amor y su añoranza pudieron más que su fuerza de voluntad; se rindió a él.

Y mientras estaba en sus brazos ¿por qué la dejó? O, ¿por qué, cuando abrió la puerta y entró la luz gris como de un amanecer en el mar, procedente de la cripta, por qué, como un tonto, subió solo aquellos escalones y la dejó atrás? ¿Por qué no la envolvió en su capa y no se la llevó, sin tener en cuenta para nada su deseo? ¿Por qué?, gritaba en su alma el demonio de la desesperación. Sí, ¿por qué?

Pero, aun entonces, su leal corazón le dió la respuesta. La había perdido precisamente porque la amaba demasiado para llevársela a la fuerza, cuando ella parecía desechar quedarse. Y se marchó solo, porque nunca sería capaz de obligar a una mujer a que se fuera con él contra su voluntad. Su propia fuerza era la mejor salvaguardia de la debilidad de ella.

Entonces Hugo oyó el ruido que hacía el Obispo al doblar la carta de la Priora. Levantó la cabeza y extendió la mano a tiempo que el Obispo la guardaba en su cinto.

Se quedó inmóvil con la mano tendida, mientras sus ojos imploraban.

—No, querido hijo—dijo el Obispo.—No puedo dárte porque menciona a las Damas Blancas por su nombre, a la Orden y a la pobreza y tornadiza Serafina. Pero por ti haré una cosa: prometeré que si tú no poseses esta carta, no estarás en poder de nadie más.—Y diciendo esto, el Obispo desplegó de nuevo la carta de la Priora y la echó entre los ardientes leños.

Los dos espectadores de aquella escena se quedaron observando como se encrosabía y ennegrecía el pergamo. Luego se abrió otra vez y ardío poco a poco. Y mucho después de haber quedado reducido a cenizas, aún aparecía perfectamente visible la frase: "Vale más un hogar vacío, que aquel en donde hay una maldición". Las llamas habían devorado el pergamo, pero la tinta continuaba siendo visible, aunque de color más claro sobre el fondo negro del pergamo. Luego los caracteres se transformaron en letras de fuego sobre cenizas grises.

De pronto el caballero cogió el hierro que servía para atizar el fuego y de un golpe destruyó aquella frase.

—¡Me atrevería a correr el riesgo de ser víctima de la maldición! —exclamó con apasionado acento—. Por el agua de Pilatos, que quisiera arriesgarme.

—Ya lo sé, hijo mío—repuso el Obispo,—y por la corona de Nuestra Señora te habría permitido que lo hicieras, creyendo, como lo creo aún, que todo acabaría en una bendición. Pero escucha, Hugo: al pedir lo que pediste no sabías lo que hacías. No me digas que si ni que no, pero me inclino a creer, con la Reverenda Madre, que la mujer a quien buscabas no era la alocada Serafina, a la cual el reinado de un caballo fue bastante para sacar de quicio y que luego una sencilla labor de bordado redujo a la conformidad y a la obediencia. En este convento hay mujeres que valen mucho más y cualquiera de ellas puede ser la prometida que has perdido. Pero podemos estar seguros de una cosa y es de que, quien quiere que sea, la Priora la conoce y conoce también a quien escribiría cuando te mandó ese mensaje. Goza de la confianza absoluta de todas en el convento, y creo perfectamente que conoce mejor a sus ovejas que el mismo confesor, hombre muy santo, aunque corto de alcances.

—Ahora escúchame. Dije que no sabías lo que pediste. Si tú, hijo mío, hubieras logrado llevarle a tu prometida, habrías tenido mucho que aprender y mucho que olvidar. Creíme: conozco a las mujeres, como sólo puede conocerlas un sacerdote que las ha tratado durante muchos años. Las mujeres son malas o buenas. Las malas están muy por debajo de la comprensión de un hombre porque su maldad no contiene la más pequeña partícula de honorabilidad; hecho que aun los hombres peores no comprendieran nunca. En cuanto a las buenas están por encima de la comprensión de un hombre, porque la perfecta pureza de su corazón hace que su espíritu triunfe de la carne y su instinto amorístico es un instinto de su propio sacrificio. Toda mujer real es una virgen en el hogar o lo sería si el hombre se lo permitiese. Para tal mujer cada promesa de maternidad es una Anunciación, el asombro y la maravilla de Nuestra Señora resuenan nuevamente en el templo de su ser interior, porque su amor ha edificado al hombre que ama y le parece que un hijo de ambos debe ser un niño santo, nacido al mundo para redimirlo. Y así sería si pudiera seguir su propio camino. Pero muchas veces el hombre no comprende y destruye tan perfectas esperanzas y ella, para quien el amor equivale al sacrificio, lo sacrifica todo, incluso sus ideales más nobles, en cuanto su amor deja de ser perfectamente correspondido. Mas te repito que si su instinto de Virgen pudiera desarrollarse por completo, el mundo habría ya sido redimido a la santidad, a la felicidad y a la salud.

—Miraste a gran altura, hijo mío, y también tu amor estaba muy alto. Has mostrado un hombre fiero, a pesar de creer que habías sido traicionado, y ahora debe ser tu consuelo el conocimiento de que también ella fué fiero y de que una doble fidelidad es la que le impide contestar al llamamiento de tu amor. Busca tu unión con ella en un plano espiritual, y algún día, en el Reino en donde todos los seres nobles alcanzarán la perfección más absoluta, ambos podrás felicitarte de que vuestro amor no tuviera que salvar los peligrosos obstáculos de una unión terrestre.

El caballero miró el delicado rostro del Obispo, que sonreía y mostraba su extremado refinamiento.

Así hablaba el prelado, el idealista y el místico, pero el caballero era un hombre enamorado. El moreno rostro se tiñó de rubor y sus ojos brillaron con fuego más intenso del que podría comprender el Obispo.

—No quiero saber nada de planes espirituales ni de reinos de perfección—dijo—. Deseo a mi esposa, deseo mi hogar y podrás tener la seguridad de que si hubiera conquistado a una y a otra, le habría elevado lo bastante para saltar fácilmente todos los obstáculos que se atravesaron en su camino.

—Tienes razón, hijo mío—dijo el Obispo asintiendo con cariño, porque Simón de Worcester siempre admitía de un modo invariable un punto que no hubiera sido bien comprendido.—Tu gran fuerza bastaría para elevar a tu dama sobre los obstáculos, pero eso me recuerda una escena de los días pasados que deseo referirte antes de que nos separemos.

CAPITULO XXII

LO QUE TENIA QUE DECIR FRAY FELIPE

El Obispo se reclinó en su asiento, como si mentalmente contemplara un cuadro que le producía cierta diversión. Sin fijarse, al parecer, en el sombrío silencio del caballero, empezo el relato con el alegre tono de voz que conquista por anticipado el interés del oyente.

Mientras la Priora y yo estábamos discutiendo acerca de tus esperanzas, hijo mío, y yo, defendiendo tus intereses, abogaba porque se permitiera la fuga de sor Serafina, infor-

mé a la Reverenda Madre de que si llevaban a cabo tus planes, cuidadosamente preparados para evitar todo escándalo relacionado con las Damas Blancas, eso obligaría a Serafina a viajar a caballo por espacio de muchas horas, hasta llegar a Warwick, en donde se hallaría en seguridad una nada para el amante que, muchas veces, la había visto correr a caballo durante todo el día en los terrenos pantanosos. Pero para nosotros, que conocemos el efecto de la vida monástica y cuán rápidamente se desacostumbra uno a estos ejercicios, esta romántica carrera a caballo, en una noche de verano, podía convertirse en un serio obstáculo para el éxito de la fuga de Serafina. Por consiguiente, y con objeto de que nuestro pajarillo pudiera ejercitarse sus alas y recobrar su dominio ecuestre, así como para evitar la fatiga y los dolores que habían de seguir a tan largo viaje, persuadi a la Reverenda Madre de que concediese un día de asueto a las monjas, en honor a mi visita, y les prometí mandar mi blanco palafrén, debidamente enjazado, al cuidado de un buen hermano lego, de manera que todas las monjas que quisieran pudiesen dar un paseo por el prado contiguo al río. Tal vez no te lo habrías figurado nunca—dijo sonriendo—pero el caso es que las Damas Blancas gustan mucho de este ejercicio, siempre que se les permite. Tienen una vieja burra en la que alegremente, montan por turno, en los días de asueto, en el patio y en el prado, de manera que los ejercicios ecuestres no les son desconocidos en absoluto, aunque mi palafrén "Iconoclasta" es, en cierto modo, un progreso sobre su vieja asnilla "Saba".

Los ojos del caballero brillaron al oír los nombres de los animales.

—Por qué se llama "Iconoclasta"? —preguntó interesado, pues tan nombre le pareció muy raro para un caballo.

—A causa—contestó el Obispo de que, poco después de haberlo comprado, en un acceso de alegría loca me destrozó por completo algunos arrajes de flores a los que había dedicado mucho tiempo y exquisitos cuidados y por los cuales sentí gran cariño.

—Es una brutalidad—observó el caballero.—Yo, en nuestro lugar lo habría llamado "Diablo", pues lo merecía después de semejante diablura.

—De ninguna manera—replicó el Obispo en suave tono.—El Diabólo habría dejado en paz mis arrajes de flores, pues eran un lazo para mí.

—¿Y por qué se llama "Saba" la burra?

—Le di yo mismo este nombre al regalarla a la Priora—dijo el Obispo,—en respuesta a una pregunta de la Reverenda Madre. La burra era ya vieja y mansa, pero también un animal muy bonito y de excelente raza. La Priora me preguntó si no sería demasiado viva de genio todavía para manejárla las hermanas legas. Yo contesté que su nombre era Saba.

El Obispo hizo una pausa y se frotó las manos suavemente, muy satisfecho con aquel recuerdo, pero el caballero miraba intrigado como si no comprendiese.

—Y eso satisfizo a la Priora? —preguntó más por el placer de pronunciar aquel nombre que por otra causa.

—Perfectamente—contestó el Obispo.—Sonrió y dijo: "Muy bien". Y la burra recibió ese nombre, aunque tan solo la Priora y yo conocímos su significado.

—Y ¿qué querías decirme acerca del asueto? —preguntó el caballero cada vez más impaciente.

—Ah, sí! De eso hablábamos. El día elegido fué el de hoy por la tarde, a fin de que la Priora pudiera cumplir su cometido con sor María Serafina, dejándolo todo dispuesto para nuestro experimento. Aunque fué escrita ayer por la tarde, yo no había recibido la carta decisiva de la Reverenda Madre cuando mandé a "Iconoclasta"; y debo confessar que esperaba los acontecimientos con el mayor interés y ansiosa interrogar al hermano lego a su regreso. Según ya te he dicho, tenía mis dudas acerca de Serafina, si bien estaba seguro de que la Priora vería de lograr que mis intenciones se realizaran en el miembro de la comunidad a quien concernían, ya fuese Serafina u otra, y sin duda alguna podría averiguar no sólo la identidad de la dama, sino que también el probable curso de sus actos una vez estuviera informado de si las monjas habían tomado en serio la lección de equitación. Por consiguiente, con verdadero anhelo esperé el regreso de "Iconoclasta" al cuidado del hermano Felipe.

El Obispo levantó la horquilla de atizar el fuego e inclinándose hacia el hogar empezó a amontonar los troncos, apresurando el fuego.

—Y ¿qué ocurrió? —preguntó impaciente el caballero tascando el freno.—¿Qué ocurrió, Ilustrísima?

El Obispo dejó la horquilla en el rincón acostumbrado.

—Hice una pausa, hijo mío, a fin de que tuvieras tiempo de preguntarme: "¿Por qué se llama Felipe?"

—Los nombres de los hombres no me interesan para nada—contestó impaciente el caballero.—Solamente puede ocurrir que me interesen los nombres de los animales.

—Muy bien—dijo el Obispo.—Adán dió nombre a los animales y Eva a los hombres. Sin embargo, me habría gustado que me hubieses preguntado: "¿Por qué se llama Felipe?" porque la Priora me preguntó eso mismo al oír que llamaba al hermano Marco con este nuevo nombre.

—¿Por qué se llama Felipe?—preguntó el caballero sin el menor interés.

—Porque "Felipe" significa "amante de los caballos". Llámame al buen hermano al observar que demostraba el mayor afecto hacia todos los caballos de mis cuadras. En fin, regresó el hermano Felipe llevando de la brida al palafán. Yo había estado paseando por las colinas que rodeaban la ciudad, montado en mi yegua negra "Sulamita".

—Al entrar en el patio, precisamente cuando llegaba el hermano Felipe con el palafán, le ordené que, ante todo, se ocupase en prodigar a éste sus cuidados y que luego viniese a mí estancia a darme cuenta de lo sucedido, y no tardó en presentarse.

"El hermano Felipe es un excelente narrador. No necesita desfigurar las historias con añadurias, porque su rapidez de observación sorprende en el acto todos los detalles y su excelente memoria no los olvida. Posee la facultad de recordar escenas pasadas en imágenes y refiere una historia como si estuviese ocurriendo en aquel momento ante su visión mental: el sólo defecto que tiene tan excelente narrador es que si la escena que se refiere es cómica, se ve sobrecogido por espasmos de diaphragma y ya no puede continuar la descripción. Y en esta ocasión advertí en seguida que la relación del hermano Felipe iba a ser rica en sucesos divertidos y me dispuse a escuchar.

"Parece que, en efecto, había habido escenas estupendas y la mayor alegría y, según dijeron las mismas hermanas legas al hermano Felipe, se habían divertido más que en cualquier otro asunto.

"Iconoclasta" fue llevado, con gran ceremonia, desde el patio al prado contiguo al río. En los primeros momentos las monjas se presuraron a rodearlo, a darle palmaditas cariñosas en el cuerpo y a acariciarle las crines del cuello y tocar los arreos; proferían gritos de alabanza y de admiración y trataban de darle toda suerte de cosas de comer que no le convenía en lo más mínimo.

"Iconoclasta", según me enteré, se portó como suelen hacerlo algunos machos cuando son el objeto de la admiración de muchas mujeres. Manoteaba orgulloso movía la cola, arqueando el cuello y mirando de un lado a otro. No aceptaba las tortas que le ofrecían y miraba socarronamente al hermano Felipe. Por fin, sin hacer caso de todas las demás, dirigió una cariñosa mirada a la Priora, única entre todas las damas que permanecía apartada, mirando la escena, pero sin tomar parte en la adulación general.

"Por fin empezaron a montar a caballo; el hermano Felipe sostenía con firmeza a "Iconoclasta", mientras que todas las monjas ayudaban a montar a la que habían elegido para que fuese la primera. Y cada vez que el hermano Felipe trataba de darme cuenta de esta parte de la fiesta, se veía acometido de tales espasmos en la región de su cinturón, que no podía hablar; apenas podía hacer otra cosa que sujetarse los costados para no reventar de risa, y cuando empeñaba a serenarse, una nueva visión mental de la escena le obligaba a retorcerse otra vez.

"Y por eso, aunque prefiero las historias completas, desde el principio hasta el fin, me vi obligado a ordenar al hermano Felipe que pasara a relatar escenas que le permitieran articular claramente las palabras.

"La severidad de mi mandato dió al buen hermano la necesaria compostura y con voz aun débil e insegura, pero que recobraba gradualmente su firmeza, describió los ejercicios ecuestres.

"Muchas de las monjas no recorrieron a caballo más que algunos metros, y aun sostenidas por numerosas manos amigas de manera que a cierta distancia no se divisaba más que la cabeza del noble "Iconoclasta" sobre la móvil multitud, y dominada, a su vez, por el atterrador rostro de la monja que se apresuraba a exclamar que el placer que experimentaba no debía hacer aguardar más a sus compañeras su turno respectivo, y así se precipitaba a caer en los brazos que la esperaban para recibirla. Y una vez se veía de nuevo sobre sus pies, se convertía en la más atrevida consejera de la que iba a ocupar su puesto en la silla de "Iconoclasta".

"Sor María Serafina causó a todas una decepción. Había hablado tantas veces de su propio palafán, de su habilidad ecuestre y de las cacerías a que había asistido, que las demás monjas esperaban ver cómo haría galopar al caballo por el campo.

"Primero tuvieron lugar los ensayos tímidos y cortos de las monjas que nunca montaron a caballo. Luego, sor Serafina, haciendo que todas las demás le dejases sitio y se alejaran a un lado, subió a caballo, ayudada por una hermana muy alta.

"Tomó las riendas debidamente, y ordenó al hermano Felipe que soltara el caballo, pero éste, al sentirse libre de la excitada y molesta multitud que lo había rodeado, hizo, para manifestar su contento, una alegría corveta.

"La cueva, a María Serafina, que apenas se había sentado en la silla, hizo dar un grito de espanto y ordenar al hermano Felipe que no soltara al animal, y hasta le regañó con aspereza por haberlo hecho.

"Entonces guío a "Iconoclasta" al prado, seguida por todas las monjas en procesión; mientras tanto, sor Serafina no cesaba de quejarse, primero de la silla, que le cogía de donde no debiera, dejando, en cambio, un lugar vacío en donde

se necesitaba apoyo; luego de los pasos del caballo y también de una arruga en su traje, de manera que la comitiva se devolvía por dos veces para arreglarla. Entonces se quejó de las orejas de su montura, que se movían de un lado para otro sin razón que lo justificase y que luego apuntaban a algo, cosa que indicaba claramente el miedo de que el animal estaba poseído, y por fin de sus ojos, que miraban de reojo y parecían expresar sus malas intenciones.

"Entonces, la Sub-Priora, ya cansada de aquellos paseos y decidida a no quedarse atrás mientras las demás se divertían, exclamó que si los ojos del animal indicaban sus malas intenciones, sor María Serafina debía desmontar en el acto y que el caballo se llevara a donde la Priora estaba sentada contemplando la escena.

"Serafina consintió de buena gana y la procesión de las monjas regresó con la mayor compostura al extremo del campo.

"Pero la alegría volvió a reinar en breve gracias a la anciana lega Antonia, quien provista del consentimiento de la Reverenda Madre, insistió en montar a su vez.

"Numerosas manos dispuestas a ayudarla, calculando mal el peso de la anciana lega, la levantaron mucho más de lo necesario, por encima del lomo del caballo, y entonces María Antonia, abriendo las piernas, quedó montada a horcajadas.

"Pero se quedó sobre "Iconoclasta", firme como una roca, y los esfuerzos de las monjas no pudieron lograr que cambiara de posición. Dijo al hermano Felipe que se fijara "en el señor Obispo" y que en vez de quedarse allí quieto, sosteniendo el caballo, lo que debía hacer era pasearla. La anciana Antonia recorrió el campo triunfalmente, bendiciendo a las monjas, a derecha e izquierda, cuando pasaba.

"Nunca se habían oido allí tan alegres gritos. La misma madre Sub-Priora tuvo que sentarse para no caerse de risa, y todas las quejas de María Serafina se olvidaron en un momento.

"María Antonia dió dos vueltas al campo, con los dedos levantados, en actitud de bendecir. El mismo "Iconoclasta" andaba con sumo cuidado, arqueando el cuello y con la mayor preocupación, como si estuviera bien enterado de que llevaba sobre el lomo noventa años de valerosa alegría.

"En resumen, eso hizo que el día de asueto fuera un éxito. Pero... lo mejor no había ocurrido aún.

El Obispo volvió a atizar el fuego, como si encontrara difícil de decir lo que faltaba.

El caballero respiraba agitado. Su cuerpo, sentado, estaba inmóvil; sin embargo, los rubios de su pecho brillaban continuamente, como otros tantos fieros ojos.

El Obispo continuó su relato, hablando rápidamente, con la horquilla de hierro en la mano y el rostro vuelto hacia el fuego.

"Por fin, entre todas, desmontaron a la vieja Antonia y nuevamente se congregaron en torno del caballo, dándole palmadas cariñosas y dirigiéndole toda suerte deelogios, cuando llegó un mensaje de la Reverenda Madre ordenando al hermano Felipe que llevara el caballo al patio y que las monjas se quedaran en el campo, donde estaban.

"Estas observaron al magnífico animal mientras desaparecía por el arco de la puerta, mas ninguna sospechaba siquiera lo que iba a suceder. Felipe las sorprendió luego mientras discutían.

"Algunas creían que el Obispo había mandado por su caballo; otras, que la Reverenda Madre había temido por la seguridad de la anciana hermana lega, o tal vez tratara de impedir que, en vista de su valeroso ejemplo, las demás se mostraran demasiado atrevidas. Y los ojos expectantes de todas estaban vueltos hacia el arco de la puerta, esperando algo..."

"Y entonces..."

"Oyeron los cascos de "Iconoclasta" al golpear contra las lossas del patio. Luego llegó hasta ellas la voz tranquila de la Priora: "Acaso sería ella la que se acercaba?"

"De pronto, a la luz del sol, a través de la puerta, sola y sin miedo, salió la Priora montada a caballo. En su rostro se advertía la tranquilidad del que no tiene el más pequeño temor, y el mismo palafán andaba como si estuviera orgulloso de la carga que llevaba.

"Ella sonrió y hasta habría dirigido alegres gritos a los grupos, mientras pasaba por su lado, pero, de común acuerdo, las monjas se dejaron caer de rodillas con las manos unidas y los rostros levantados, en actitud de adoración, pues siempre la amaban, siempre la reverenciaban y siempre la creían hermosa. Mas la visión de la Priora, a quien nunca viera nadie a caballo, avanzando hacia el campo inundado de sol sobre el palafán blanco como la nieve, llenó sus corazones de maravilla y del deseo de expresar su admiración.

"En cuanto al hermano Felipe, apoyado en la puerta, observaba atentamente. Sabía que ya no era necesario parar a sostener la brida, desde el momento en que vio a la Reverenda Madre coger las riendas con la mano izquierda, apoyar con suavidad la derecha sobre el cuello de "Iconoclasta" e inclinarse luego para hablarle al oído.

"Montaba a caballo—me dijo Felipe—como sólo puede hacerlo quien se acostumbra desde la infancia.

"Guío su montura haciéndole dar una vez la vuelta al

prado, y luego, agitando suavemente las riendas, le hizo tomar el trote. Una vez llegó al extremo del campo, le hizo dar media vuelta y emprender el galope. Las monjas estaban mudas de asombro y contenían el aliento para ver mejor, en tanto que la Madre Sub-Priora, aunque nadie pudió averiguar la causa, se volvió hacia sor María Serafina y la sacudió con violencia.

En aquel momento la Priora llegaba junto al grupo de monjas, al paso de su cabalgadura, y se arreglaba el velo que había volado a su espalda mientras el caballo galopaba; y también se inclinó para hablar a algunas monjas cuando pasaba.

«En sus ojos parecía advertirse nueva vida. Sus mejillas estaban enrojecidas y parecía una chiquilla.

«Hizo avanzar un poco más a «Iconoclasta» y, deteniéndose junto a la madre Sub-Priora, le dijo...»

El Obispo se interrumpió para dejar cuidadosamente la horquilla en su rincón acostumbrado.

Hizo una pausa—continuó—y dijo: «No hay necesidad de quedarse aquí más de lo que quieran las monjas. En cuanto a mí, ya que estoy a caballo y en vista de que nuestro Lord Obispo no tiene prisa por que se le devuelva su palanquín, tengo la intención de emplear una hora en este ejercicio.»

Simón de Worcester se volvió para mirar cara a cara al caballero y añadió:

—La Priora estuvo una hora, a la luz del sol y sobre la fresca hierba, LA PRIORA PROBO LA FUERZA DE SUS ALAS.

CAPITULO XXXIII LA LLEGADA A MEDIANOCHE

Hugo d'Argent se quedó mudo, devolviendo al Obispo la mirada que éste le dirigía. En su rostro no había temor alguno, sino que expresaba la mayor sorpresa.

Entonces en los ojos de ambos hubo una mirada que casi era una sonrisa, cierta expresión de pena, pero completamente confiada por una y por otra parte. Una mirada que sólo el Obispo podía comprender.

—De manera, Ilustrísima, que lo sabíais todo—dijo Hugo d'Argent.

—Sí, hijo mio. Lo sabía.

—Desde esta mañana?

—Ca! Desde el primer dia en que viniste a referirme tu historia, pues me hiciste cuidadosas preguntas con la mayor indiferencia aparente. No te enojes contigo mismo, Hugo. Has sido fiel a más no poder, pero... nunca un enamorado fue buen diplomático. Los asuntos que tienen mayor importancia en la vida no pueden ser disimulados por los corazones enamorados a las miradas atentas.

—Entonces ¿para qué hablar tanto de Serafina?—preguntó el caballero.

—Serafina, hijo mio, nos ha sido sumamente útil en varias conversaciones. En ninguna otra circunstancia, en todos su egoísta vida, ha sido tan generosamente útil como ahora.

Tú estabas ahí sentado, oyéndome y figurándote que yo estaba falso de juicio por completo, siendo así que me esforzaba en no parecer demasiado enterado de lo mucho que debía al rostro de Serafina, hincharte por el llanto.

—Señor! exclamó el caballero arrobiado por la vergüenza.—Señor! ¿Cómo estabas enterado?...

—Tranquilizate, muchacho. No forma parte de los sagrados deberes de mi cargo seguir los pasos de mi Maestro y tratar de discernir los pensamientos y las intenciones de los corazones? Por otra parte, no sólo respetaba, sino que también aprobaba las razones de tu reticencia, y tal vez te habría dejado marchar sin que sospecharas lo enterado que estaba de lo que tanto deseabas tener oculto, si no fuera porque teníamos necesidad de examinar juntos este hecho: «A pesar de haber enviado este mensaje de finalidad clara y precisa, la Priora ha probado la fuerza de sus alas».

Una explosión de alegría inundó el rostro del caballero.

—Reverendo Padre!—exclamó—Crees que hay esperanza para mí?

Simón de Worcester examinó con todo cuidado esta pregunta, sentado en su actitud favorita y con los labios comprimidos contra las puntas de sus dedos. Por fin dijo:

—Crees que eso no significa más que lo siguiente: se trata de una situación embarazosa para ella, de una lucha entre la mente y su ser físico; entre la razón y el instinto; entre el pensamiento y el sentimiento. La mente, tranquila y respasada, te manda el mensaje de negativa final. El cuerpo sensible, vibrante de vida, se prepara de un modo instintivo para la posibilidad del viaje a caballo contigo, hacia Warrich. Esto equilibra la cuestión. Pero puede ocurrir que se presente en tercer factor para decidir el asunto. Este será el que falle en definitiva. Y tú ni tú yo, ni la tierra o el cielo, así como tampoco las cosas pasadas, presentes o futuras podrían lograr comoverla.

—Y ese tercero factor ¿cuál es?—preguntó el caballero.

—El Espiritual—contestó con tono solemne el Obispo levantando el rostro.

Entonces fué cuando el caballero se sintió compungido. Por vez primera empezó a ver el asunto tal como debía apa-

recer a los ojos del Obispo y de la misma monja, y su obsesión egoista le avergonzó.

—Habéis sido muy bueno para mí—dijo con humildad—. Habéis sido muy bueno y generoso, aunque yo os había dado causa más que suficiente para que os enojárais.

El Obispo dejó de mirar al techo e interrogó con los ojos a Hugo d'Argent.

—¿Enojarle, hijo mio? ¿Por qué?

—Porque he tratado y trato todavía de tentar a la Priora para que obra indebidamente.

La interrogadora mirada del Obispo adquirió extraordinaria brillantez e intensa expresión irónica.

—¿Tu tentarla? ¿A ELLA? Tentaría para que obre indebidamente. No hay hombre en la tierra capaz de conseguirla. Ten la más completa seguridad de que no vendrá a ti, a menos que no crea deber hacerlo y que quede sea malo. Si yo creyese que eras capaz de tentarla, te figuras que me limitaría a observarte y a presenciar el desarrollo de los acontecimientos? ¡De ningún modo! Si me limito a ser espectador y a esperar, es por saber que mientras tanto ella, con visión más clara de las cosas y como se halla más cerca del Cielo que tú o yo, discernirá lo recto y lo justo y, al escogerlo, rechazarás lo equivocado. En caso que se convenza de que su vida contingente es verdaderamente la voluntad de Dios, y te confieso con toda franqueza que atribuiré a milagro que tal suceda, ten la seguridad que vendrá a ti. Mas no vendrá a menos que, naciéndolo, esté persuadida de que elige lo más duro para ella.

—Lo más duro!—exclamó el caballero.—Olvidáis, Padre, que ella me ama.

—¿Qué lo olvido?—replicó el Obispo.—Has notado que sea olvidadizo? El hecho de que te ama es, precisamente, la razón más poderosa contra ti, en estos momentos. A tales mujeres llega siempre el sentimiento instintivo de que lo más agradable puede ser, casi siempre, lo equivocado, y que el pesado camino de la renunciación es el único verdadero. No ascienden al monte Sión para alcanzar la corona, sino dan la vuelta y emprenden el camino por Getsemani hacia el Calvario, seguras de que tan sólo así siguen el camino verdadero. ¿Y qué podemos decir nosotros? ¿No siguen acaso las huellas del Hijo de Dios? Yo temo que mi naturaleza tome otro camino, pues me inclino a seguir al rey David a Salomón en toda su gloria, entonando alegres cánticos de Ascensión desde el palacio del monte Sión al templo del monte Moria. Todo lo armonioso, tanto en condición como en color y forma, me parece bueno y, por consiguiente, justo. Largos años de permanencia en talia me han infiltrado la adoración de lo bello, inextricablemente mezclado con la adoración de lo divino. Desconfío mucho de mi propio raciocinio y temo—dijo el Obispo, cuya cariñosa caridad había ganado a tantas almas a la religión—femo, en verdad, hallarme muy lejos de seguir el ejemplo de Cristo. Pero siempre que tengo la ocasión de verlo reconozco el espíritu de la crucifixión que muchos eligen para sí mismos. Y el aviso que te doy, no es porque olvide, sino porque recuerdo.

Cuando estas últimas palabras resonaron en la estancia, después de salir de los labios del Obispo, el silencio que siguió fue alterado por el fuerte tañido de la campana exterior, seguido por el ruido que producían apresurados pasos en el patio inferior. Acto seguido se vieron brillar algunas antorchas a través de los vidrios de las ventanas y se oyó como alguien quitaba la tranca de la puerta.

—Debe ser cerca de medianoche—dijo Hugo d'Argent.

—Extraña hora para llegar.

El comedor situado en el piso superior del palacio tenía ventanas que daban al patio en el extremo opuesto de la puerta.

El caballero se dirigió a una de esas ventanas, la abrió y, arrullándose en el banco que tenía delante, miró hacia abajo.

—Entra un jinete—dijo—un jinete que acaba de dar una larga y rápida carrera. Su corcel está cubierto de espuma y jadea con las narices dilatadas. El jinete ha entrado en tanto que vuestros hombres señor, se ocupan del caballo—. El caballero volvió a su sitio, exclamando:—Es un excelente animal! Me parece que harían muy bien dandole un pienso con cerveza.

Simón de Worcester no contestó.

Estaba erguido en su asiento, co las manos plegadas, y en sus melillas se advertía la afuencia de la sangre mientras prestaba atento oído a los pasos que se acercaban.

Fon fin llegaron y la puerta situada en el extremo opuesto de la estancia se abrió para dar paso al flaco capellán, que hizo una reverencia.

—¿Qué hay?—preguntó el Obispo prescindiendo de las acostumbradas formalidades.

—Ilustrísima, vuestro mensajero ha regresado y solicita una audiencia sin la menor dilación.

—Hacéde entrar—contestó el Obispo asiendo los brazos de su sillón e inclinándose hacia adelante.

El capellán se volvió a medias y hizo una señal con la mano levantada: luego se situó a un lado al oír que se acercaban los rápidos pasos.

Apareció en el marco de la puerta un hombre joven, vestido con traje de viaje, manchado y sucio por la larga jornada. Sin entretenérse en hacer saludos al estilo de los monjes ni

genuflexión alguna, dió media docena de pasos por el comedor; luego se quitó el sombrero, se detuvo con los pies unidos, de manera que las espuelas estuvieran en contacto, y se inclinó con un saludo propio de soldado, hacia la chimenea.

Después se llevó la mano al pecho, sacó un paquetito provisto de muchos sellos, y tendiéndole al Obispo, le dijo:

—Traigo de Roma para mi señor, Lord Obispo de Worcester, una carta de Su Santidad el Papa.

El caballero se puso inmediatamente en pie. El Obispo se levantó, mostrando su noble figura envuelta en cármenes y oro y adornada por la elevada dignidad de su cargo. Guardando completo silencio, extendió la mano para tomar la carta. El emplazado viajero se apresuró a acercarse, se arrodilló a los pies del Obispo y puso la misiva en sus manos.

Entonces el prelado levantó la carta del Papa e, inclinando la cabeza, besó el sello pontificio, en tanto que el caballero doblando una rodilla, apoyaba la mano en el pomo de la espada y tenía los ojos inclinados al suelo.

Aza por espacio de un momento, reinó el silencio en el comedor. La soberanía de Roma, extendiendo un poderoso brazo a través de los mares, mostraba también su poderío en aquél comedor inglés.

Luego el Obispo puso la carta sobre una mesita que había a la derecha, se sentó he hizo señas a los dos hombres para que se levataran.

—¿Como te ha ido, Roger? —preguntó en tono bondadoso.

—He llegado a tiempo, Reverendo Padre? —preguntó el joven con ansiedad. — Segui puntualmente vuestras órdenes. No he ahorrado gasto alguno. Fleté el mejor barco que pude encontrar y al cabo de una hora de haber llegado al puerto emprendimos el viaje por mar. Tuvimos buena travesía y, habiendo sido afortunado en encontrar relevos de caballos durante todo el camino, llegó a Roma veinticuatro horas antes del tiempo calculado. Entré en la Ciudad a la puesta del sol y gracias a vuestro nombre y a vuestro sello se me abrieron todas las puertas, de manera que vuestra carta, ilustrísima, se halló en manos de Su Santidad antes de que el último rayo de sol se hubiese desvanecido tras de las distantes colinas.

Fui magníficamente tratado por el cardenal Ferrari; y, a decir verdad, un lecho blando y unas cojines de seda fueron bien recibidos por mí después de muchas noches de alojarme sin comodidad alguna en las posadas que hallaba en mi camino a lo largo de Normandía y de Italia. Además, como había conseguido ganar tiempo, me creía autorizado para tomar una larga noche de descanso.

“Pero a la mañana siguiente, apenas empezaban a arrullar los palomos, me llamaron recomendándome ir aprisa. Luego, mientras tomaba mi desayuno, compuesto de extraños y salurosos platos, sentado en un patio de mármol en el que había fuentes de exquisito gusto y parras cuyas hojas colgaban sobre mi cabeza, regresó el Cardenal que había sido llamado ya al dormitorio del Papa, en donde estaba escrita y sellada la respuesta de Su Santidad.

“Por lo tanto, ilustrísima, no perdi tiempo, sino que emprendí el regreso, encontrando, en mi camino, los mismos montes que dejara a la ida, hasta que llegué al puerto en donde me esperaba la nave.

Entonces, por desgracia, hubo un retraso y mucho me alegré de no haber cedido a la tentación de entretenérme en Roma, porque los vientos eran contrarios y transcurrieron algunos días antes de que pudiesemos emprender el viaje; y cuando, por fin, pude convencer a los marineros de que intentáramos la travesía, nos cogió una terrible tormenta en medio del Canal, amenazando con destrozar las velas y, después de levantarnos a grande altura, lanzarnos a nuestra perdición. Desesperados ya, porque los marineros habían perdido el gobierno del barco, hice voto de que si cedía la tormenta y llegábamos al puerto sanos y salvos, yo, cuando sucediera a mi padre en sus posesiones de Gloucestershire, haría donación al digno Abate de una Abadía contigua a nuestras tierras, de un prado cerca del cual el y sus monjes han quebrantado muchas veces el céleste mandamiento, y otros varios también, y de una corriente llena de truchas que lo cruza, pues la mayor delicia del Abate es una trucha gordita para su cena; en cuanto a los monjes, muchas veces se pasan las horas muertas tratando de hacer salir a las truchas de sus frescos agujeros debajo de las orillas de la corriente. Pero si los descubrie mi padre así entretenidos y echados boca abajo, los monjes se apresuraron a ponerse en pie o, al menos lo intentan. Por eso, en el centro del canal, al arrepentirme de mis pecados, recordé que, muchas veces, había ido corriendo a avisar a mi padre de que si se apresuraba encontraría a los monjes echados junio al arroyo, con las mangas arremangadas, las cabezas sobre el agua y muy entretenidos en hacer salir las truchas. Luego me apresuraba a volver por el camino más corto, para esconderme por entre los avellanos y observar como mi padre se aproximaba a pillar desciudados a los monjes. Mis burlonas y juveniles carcajadas parecían resonar a través de las jarcias del barco combatido por la tempestad, y por eso hice voto de que si amainaba la tormenta y llegábamos sanos y salvos al puerto, los monjes serían propietarios de aquel prado. La tempestad se calmó y llegamos al puerto... aunque no sé lo que dirá mi padre. Y temiendo que un retraso pudiera causarlos algún quebranto, en cuanto salí a tierra

monté de nuevo a caballo y aquí vine con toda la rapidez que consintió mi excelente montura. ¡He llegado a tiempo!

El Obispo sonrió al mirar los ojos azules y el franco rostro de Roger de Berchelai, joven muy fiel dedicado a su servicio. Aquel también tenía facilidad de recordar escenas y Símon de Worcester gustó de las visiones de viajar al galope, del olor sabroso de las brasas marinas y del apresuramiento que evocara la voz vehemente y expresiva de su mensajero.

—Si, hijo mío —dijo el Obispo— Has vuelto no sólo a tiempo, sino que todavía nos sobran dos días. Nunca hubo tan veloz emissario como tú. Elegí muy bien y deposité merecidamente mi confianza en ti. Ahora ve a cenar y a gozar de un largo descanso bien ganado, querido muchachito; y mañana ven a decirme si te viste obligado a gastar más de lo que yo te di.

Levantando la voz el Obispo llamó al capellán, de modo que otra vez apareció su simiesca figura en el marco de la puerta.

El prelado le dió instrucciones acerca de cómo debía atender al caballero de Berchelai y luego añadió:

—Haced que iluminen la capilla, padre Benedicto. Tan pronto como la aurora aparezca en el horizonte diré la misa en acción de gracias por la bendición de una carta del Santo Padre, y por el feliz regreso de mi mensajero. No necesitaré vuestra presencia ni la de ninguno de vuestros compañeros, salvo la de aquellos que por casualidad... *Benedicto.*

—Deus—contestó el padre Benedicto inclinándose.

El joven Roger, alegre y satisfecho, se arrodilló y besó el anillo pastoral del Obispo, luego, retrocediendo, apartó de su frente un mechón de hermoso cabello que había caído, diciendo:

—Un baño, ilustrísima, sería aún más agradable que la cena y el lecho. Me avergüenzo casi de haberme presentado así, manchado por el polvo del viaje, no solo ante vos, sino que también ante ese noble caballero.

Y al mismo tiempo dirigió un saludo a Hugo.

—De ninguna manera—contestó Hugo sonriendo amistosamente—. Las manchas y el polvo debidas a un viaje como el vuestro son más deseables que la seda y el fino lienzo. Mucho me gustaría irme esta noche a descansar después de haber hecho lo mismo que vos.

—Ve a bañarte, muchacho—dijo el Obispo—. Eso dará mas tiempo a mis monjes para pescar y preparar algunas truchas para tu cena. Y acuérdate de que ese campo es Corban. Cén bien, descansa mejor y que la bendición del Señor sea contigo.

El joven atravesó la puerta y se alejó, y en cuanto la flaca mano del padre Benedicto hubo cerrado la puerta, el Obispo y el caballero se quedaron otra vez solos.

CAPITULO XXIV

LA ORDEN DEL PAPA

Nuevamente se habían quedado solos el Obispo y Hugo d'Argent y ambos permanecieron sentados algunos minutos sin pronunciar palabra.

Luego el Obispo adelantó la mano, tomó el pliego de Roma y miro al caballero.

Hugo d'Argent se levantó, se dirigió hacia la ventana y se asomó a ella para contemplar la tranquila noche de verano. Pudo oír como el Obispo rompía los sellos de la carta del Papa. Abajo, en el patio, todo estaba quieto y tranquilo y el caballero se preguntaba si los palafreneros habrían secado bien el sudor del caballo, abrigándolo luego, y si le dieron un pleno caliente con cerveza.

Oyó entonces como el Obispo desplegaba el pergamo, que crujió.

La luna que estaba en su cuarto creciente, navegaba por el cielo. Las torres de Santa María parecían negras al perfilarse sobre el cielo.

El palacio estaba en el mismo lado de la Catedral que la calle principal, que conducía directamente a la puerta exterior, al Diezmo y al convento de las Damas Blancas en Whytstone. ¡Cuán extraño parecía el caballero recordar que debajo de él se extendía el paso subterráneo de una milla de largo y sumido por completo en la oscuridad; que precisamente debajo del palacio, tan cerca de la Catedral, ella y él andando juntos, habían llegado al final de su extraña peregrinación! Sin embargo, entonces...

Pudo oír como el Obispo volvía el pergamo.

La luna navegaba en libertad por aquel cielo tempestuoso, como un noble rostro que tranquilamente mirase más allá, por entre toda suerte de perplejidades y de dudas.

Dos noches mas tarde la luna estaría casi llena. ¿Se iría entonces solo a Warwick o lo acompañaría ella?

Como dijera el Obispo, él la había visto varias veces cabalgando todo el día, como un pajar, por las tierras partidas. Pero ahora prefería imaginarse cabalgando en “Iconoclastas” por el prado contiguo al río, con el velo flotante a su espalda.

Peró ¿vendría? ¿Vendría o se quedaría? ¿Se quedaría o vendría?

La luna habíase ocultado tras una nube; más, el borde de ésta estaba pintado de plateada luz.

Si la luna salía completamente de la nube antes de que pudiera contar hasta doce, ella vendría para huir con él.

Empezó a contar despacio. Al llegar a nueve, la luna se hallaba todavía oculta y el corazón del caballero se llenó de angustia.

Pero cuando llegaba a diez, el Obispo llamó: "Hugol", y el caballero, volviendo el rostro, contestó a la llamada.

El prelado tenía en la mano la carta del Papa y también un documento de aspecto legal, del que colgaban algunos sellos.

—Esto te concierne muy particularmente, hijo mío—dijo el Obispo con cierta emoción, dejando el pergamo en manos del caballero.

Hugo d'Argent podría haberse enterado del contenido a la luz de la vela que ardía junto al asiento del Obispo. Pequeño inexplicable movimiento instintivo le obligó a dirigirse hacia la mesa que había en el centro de la estancia, alumbrada todavía por cuatro velas de cera. Se quedó en pie para leer el documento, vuelto de espaldas hacia el Obispo y con la cabeza muy próxima a la llama de las velas.

Una vez, dos y hasta tres veces leyó el documento antes de hacerse cabal cargo de su significado. Sin embargo, estaba muy claro y explícito: era una dispensa, firmada y sellada por el Papa, liberando a Mora, Condesa de Norelle, de todos los votos y promesas pronunciados y recibidos cuando entró en el convento de las Damas Blancas de Worcester, en Whytstone, en la parroquia de Claines, y del cual, más tarde, había llegado a ser Priora; añadió el documento que se le daba plena absolución a causa de haber llegado a conocimiento de Su Santidad que aquella noble dama había entrado en la vida claustral a consecuencia de una intriga maliciosa y criminal que tendía a arrebatarle su castillo y sus posesiones, y también para separarla de un valiente caballero que peleaba en la Guerra Santa, y al cual estaba prometida.

Además, el documento daba facultades a Simón, Obispo de Worcester, o a cualquier presbítero nombrado por él, para unir en matrimonio al caballero Cruzado Hugo d'Argent y a Mora de Norelle, antes Priora de las Damas Blancas de Worcester.

El caballero volvió junto al hogar y se quedó en pie al lado del Obispo, sosteniendo el pergamo en la mano.

—Señor Obispo!—exclamó—¡No sueño!

De ninguna manera, hijo mío—contestó sonriendo el Obispo.—Seguramente ningún sueño que pudieras tener estaría firmado por Su Santidad ni llevaría colgado el gran sello del Vaticano. El documento que tienes en la mano contesta por sí mismo todas las preguntas y asegurará la posición de tu esposa en la Corte y en el mundo, en el caso de que resuelva volver a él.

Pero, que lo haga o no, ello no es asunto sobre el cual la Iglesia debe pronunciarse; además, el Santo Padre añade, en esta carta que me dirige, importantes instrucciones.

En primer lugar: que debe ser deseo de la Priora y decisión espontánea, libre de toda clase de presión indebida exterior, el abandono o no su cargo y aceptar la dispensa que la libera de sus votos.

Segundo: que debe salir del convento y de la vecindad del mismo secretamente; si es posible apareciendo en su nueva situación en la vida como esposa tuya, sin que trate demasiado de dónde vino.

Tercero: que cuando su ausencia sea conocida en el convento, estoy autorizado para anunciar con toda solemnidad que ha sido trasladada por mí, en secreto, con el conocimiento y aprobación del Santo Padre, a un lugar en que era necesario para más elevado servicio.

El Obispo sonrió al pronunciar las últimas palabras y en sus ojos se advirtió una expresión de triunfo. En cuanto al caballero, le miraba aún como si sonara, si bien su rostro reflejaba la alegría expectante de que se hallaba poseído.

—¿Qué noticias para ella, ilustrísima!—exclamó—¡Vais a mandárselas por la mañana o se las llevaréis vos mismo?

El Obispo se oprimió los labios con las puntas de los dedos.

—Lo ignoro—contestó despacio—No sé aún si se las mandaré o si yo mismo le haré entrega de ellas.

—Sería preferible lo segundo ilustrísima—se atrevió a decir el caballero—Esto tendría la ventaja de que solventaría muchas dudas y alejaría numerosas dificultades...

—No corramos de esa manera!—exclamó el Obispo—Casi no me atrevo a casarme con una mujer que tan poco conoce. Ten la seguridad de que ni por un solo momento ha considerado en sus dudas, lo que la Iglesia o el Estado pueden decir o hacer. Para ella el asunto es mucho más sencillo, pues se reduce a sus límites esenciales, sin complicaciones de leyes ni de dogmas. Ella se pregunta tan sólo: «Deberá hacerlo o no? ¿Es la voluntad de Dios que haga eso?»

—Pero, Reverendísimo Padre, si le dais cuenta de la dispensa o permiso del Santo Padre, ¿qué podrá decir ya?

—¿Qué podrá decir?—Simón de Worcester se echó a reír silenciosamente al recordar unas palabras muy recientes que se le venían a la memoria.

—Tal vez dirá: «Me asombráis, ilustrísima. En verdad, me asombráis. Su Santidad el Papa puede gobernar en Roma; vos, señor Obispo, gobernáis en las ciudades que consti-

tuyen la diócesis, pero yo goberno en este convento, y mientras esté a mi cuidado, eso no será nunca!»

El Obispo se frotó las manos con suavidad, como tenía por costumbre cuando un recuerdo le producía vivo placer mental.

Esto es lo que probablemente diría la Priora, mi querido caballero, si yo fuese lo bastante imprudente para mostrarle ese precioso pergamo. Aunque, sin embargo... no sé. Puede ser conveniente mandárselo o mostrárselo sin hacer grandes comentarios; solo para que pueda ver el efecto que en la mente del Santo Padre ha causado el conocimiento de todos los detalles del caso.

—Milord!—exclamó el caballero con el mayor interés—¿Cómo llegó a enterarse Su Santidad de todo lo ocurrido?

—Cuando por vez primera viniste a referirme la triste historia de traición de que fuiste víctima, me dije que si lo grabas ponerte en comunicación con Mora, necesitaríamos estar mejor armados, con la máxima autoridad, para celebrar la boda y para el regreso de Mora al mundo, a fin de evitarle muchas penas y muchos dolores y hasta, quizás, peligros para ti. Por consiguiente, resolví exponer el asunto al Papa, sin la menor pérdida de tiempo. Conozco muy bien a Su Santidad, su inteligencia clara, su caridad y su bondad, así como su deseo de obrar con justicia y su natural misericordiosidad. Además, su amistad por mí es tal, que no me negaría una petición que le hiciera y hasta, en su bondad, esté seguro de que se dejaría guiar por mi propio juicio.

Así, pues en cuanto tuve conocimiento de todos los hechos, algunos por haberme referido tú, otros porque ya los sabía y los restantes por haberlos deducido de ambas fuentes de información, mandé a Roma a Roger de Berchelal, con cuya inteligencia y devoción puedo contar, te di lo que podía necesitar para el viaje y para su manutención, en el menor tiempo posible, y le despaché a Roma con una relación escrita del asunto, sellada con mi sello privado y dirigido todo ello a Su Santidad el Papa.

El caballero escuchó este relato del Obispo con ojos interrogadores y luego dijo:

—Esta bondad vuestra, señor, excede de cuanto se pudiera imaginar. El haberme tolerado mientras os refería la historia de mi dolor ya es mucho; que tacitamente me permitierais hablar a mi prometida, era más todavía. ¡Pero que mientras que yo no os hacía más que confidencias a medias y ella no os refería nada en absoluto, vos estuvierais gastando, reflexionando y trabajando en nuestro favor, arrriesgando mucho si el Santo Padre hubiese tomado a mala parte vuestra extrema generosidad y desinterés...! ¡Y todo esto lo habéis realizado por Mora y por mí! El hecho de que fuisteis, según me habéis dicho, un huésped frecuente de mi casa durante mi infancia y que tuvieseis la mayor estimación hacia mis padres, podría justificar la excelente y bondadosa acogida que me reservasteis. Pero por tal generosidad, por tan maravillosa bondad, me siento confundido. Que hayáis hecho algo tan grande, que puede tener como resultado mi matrimonio con la Priora, sobrepuja a todo lo conceivable.

Cuando Hugo d'Argent cesó de hablar, Simón de Worcester no contestó en seguida, sino que guardó silencio unos momentos. Estaba asentado, mirando al fuego, acariciando con los dedos de la mano izquierda la cruz de oro que colgaba de su pecho, mientras con los de la derecha tamborileaba en la cabeza del león que formaba el brazo de su sillón.

Pareció como si el Obispo se quedara inquieto ante la gratitud del caballero, o que se le hubieran presentado ciertos pensamientos que no quería expresar y que fuera preciso alejar antes de tomar de nuevo la palabra.

Por último, plegando las manos, contestó el caballero, sin dejar de mirar al fuego, adoptando cierta frialdad que parecía rodearle como escudo invisible, aunque impenetrable.

—Me agobias, querido Hugo, con tu gratitud. Nunca creí que mi intervención en este asunto necesitase recibir las gracias, ni explicaciones de ninguna clase. Hay ocasiones en que el hacer menos de lo que podemos sería pelear contra lo más sagrado. Para mí, la mejor definición del pecado que se hace en las Sagradas Escrituras es la del apóstol San Jaime, el más práctico de todos los escritores inspirados, cuando dice: «El que sepa cómo hacer bien y no lo haga, peca». Yo sabía perfectamente cómo hacer «bien» en este caso y, por consiguiente, no se me debe ninguna gratitud por haber dejado de incurrir en el pecado de omisión.

»Por otra parte, hijo mío, muchos que parecen merecer la gratitud de otros serían juzgados en distinta forma si se pudiera revelar la verdad interior que les movió a obrar como lo hicieron. En cuanto a mí, siento casi la manía de que todas las cosas buenas lleguen a realizarse por completo.

»Puede ser que yo estuviera mejor dispuesto para comprender tu historia, porque por el amor de una mujer estuve desterrado siete años de esta tierra, temeroso de que mi gran pasión por ella hiciese el milagro de que su joven corazón, aún no despierto al amor, se inclinara a corresponderme. Nunca me pasó por la imaginación quebrantarme mis votos y, por otra parte, no soy partidario del trato amoroso del hombre y la mujer entre los cuales es imposible el matrimonio; porque, en el mejor de los casos, hay un egoísmo criminal por parte del hombre, que impide a la mujer entrar en su

propio reino. La corona de la feminidad es ofrendar hijos al hombre que ama, ocupar su sitio en el hogar como esposa y como madre. El hombre que no puede ofrecer todo eso y, sin embargo, se interpone en el camino de otro que pueda hacerlo, es un pobre e indigno enamorado.

El Obispo hizo una pausa, separó las manos, alejó su mirada del fuego, y se recostó en su asiento. La piedra de su sortija había adquirido el color azul, el color del nómadas junto al arroyo de un prado.

Entonces miró al silencioso caballero, y en sus ojos, más bien que en sus labios, había una cariñosa sonrisa.

—Puede ser, mi querido Hugo, que la disciplina de mi corazón, de la cual, sea dicho de paso, no había hablado nunca, me haya capacitado para comprender rápidamente los sufrimientos de otros hombres. También puede explicar el gran deseo que siempre tengo de ver como una verdadera mujer llega a la culminación de su feminidad.

»Regresé a Inglaterra poco después que tu prometida adoptara la vida conventual en Whystone. Yo estaba nombrado para ocupar la sede de Worcester, cuyo cargo me daba la dirección espiritual de las Damas Blancas. Mi amistad con la Priora a sido muy interesante y gradable y de verdadera utilidad para mí y espero que también para ella. Me parece haberle dicho, mientras cenábamos, que muchos años atrás la conocí en la Corte cuando yo era confesor de la Reina y preceptor de sus damas. Pero entre la Priora y yo no se había hecho la más ligera mención de que nos hubiésemos conocido anteriormente. Y estoy persuadido de que no habrá reconocido en el débil y ariego prelado de blancos cabellos, llegado de Italia, al presbítero vigoroso, cuyo rostro estaba adornado por un barba de sus días de la infancia y de la primera juventud, que entonces llevaba el nombre... —y el Obispo se detuvo para mirar fijamente al caballero—que llevaba el nombre—continuó—de padre Ger-vasio.

—Padre Gervasio!—exclamó Hugo d'Argent levantando la mano derecha para personarse como solía siempre que nombraba a un difunto. Mas se detuvo en su movimiento instintivo por haber visto algo significativo en aquellos ojos azules.—El padre Gervasio, ilustrísima, pereció en una tempestad, en el mar. El barco que le llevaba se hundió y jamás se vió a ninguno de sus tripulantes.

El caballero hablaba con la mayor convicción, pero mientras tanto la asombrosa verdad se iba abriendo paso en su mente y lo sobrecogía de estupor.

De pronto comprendió por qué los ojos del Obispo habían conquistado en el acto su confianza. Era porque un amigo fiel y querido de su infancia le había mirado desde lo más profundo de ellos. Muchas veces, desde que el Obispo le había dicho que le conocía desde la infancia, habíase maravillado al no recordar ni remotamente a Simón como huésped de la casa de su padre.

Ahora, en aquel momento de revelación, veía con toda claridad la figura del sacerdote famoso, vestido de hábito de color pardo, cubierto por una capa y una capucha, con una cuerda rodeada a la cintura, la cabeza tonsurada, la barba castaña corrida y los pies calzados por sandalias, mientras pasaba por el gran *hall*, o permanecía en la armaría o trepaba las colinas de Cumberland para visitar la Capilla del Monte Sagrado y al ermitaño que allí vivía.

Y como ocurre siempre que se traen a la mente los recuerdos de la infancia, los detalles más triviales eran los que más claramente se le ofrecían. El presente estaba olvidado, y el futuro no se preocupaba al recordar de nuevo las queridas memorias del remoto pasado.

El Obispo le dejó tiempo para que recordase y luego habló, diciendo:

—Es cierto que se hundió el barco, Hugo, y también que no se volvió a saber nada de ninguno de sus tripulantes. Pero si te digo que uno de ellos, buen nadador, después de tragar bastante agua y de luchar con la tormenta, logró arrabiar a la rocosa costa y que por espacio de muchas semanas permaneció enfermo y a punto de morir en la humilde cabaña de un pescador; que se levantó, por fin, como sombra pálida de sí mismo, viendo que su cabello se había vuelto blanco en aquella terrible noche y que todos ignoraban su nombre y su estado, siéndole posible abandonar al padre Gervasio en el fondo de las olas, afeitarse su barba y encaminarse a Roma bajo el nombre que mejor le pareciese. Dicíendote todo esto, te confío un secreto, Hugo, que nadá más ha conocido una persona durante el tiempo transcurrido: esta persona es Su Santidad el Papa.

—¡Padre!—exclamó el caballero profundamente emocionado.—Padre!

Y luego, sin poder continuar, dobló una rodilla ante el Obispo y cogió las manos que éste le tendía.

Había ocurrido una cosa muy extraña. Un ser muy querido y por largo tiempo llorado habíase levantado de entre los muertos; sin embargo, la que más le había amado y mas lamentaría su pérdida, había ya ido al Reino de las Sombras y no estaba en aquella estancia para alegrarse y maravillarse.

—Padre—dijo Hugo en cuanto sintió su voz más firme,—en las últimas palabras que me dirigió mi madre, habló de vos. Fui a su dormitorio para desearte buena noche y los dos

juntos arrodillados ante el Crucifijo: «Repitamos—dijo mi madre—aquellas palabras santas y consoladoras palabras que el padre Gervasio recomendaba pronunciar a sus penitentes cuando estaban arrodillados ante el moribundo Redentor. «Madre—dijo—no las conozco». «Eras tan pequeño, hijo mío—me contestó—cuando el padre Gervasio estuvo con nosotros por última vez». «Decídeme esas palabras—le rogó—pues me gustaría mucho oírlas de vuestros labios». Y así, levantando sus ojos hacia el Cristo muerto, mi madre pronunció, reverentemente y con intenso gozo reflejado en su semblante: «El siempre vivió para interceder por nosotros». Y a la aurora del nuevo día su espíritu pasó a mejor vida.

El Obispo posó la mano sobre la inclinada cabeza del caballero.

—Hijo mío—dijo—de todas las mujeres que he conocido, tu buena madre era la dotada de más santo carácter. ¡Ojalá hubiese muchas como ella en nuestros hogares ingleses!

—Padre—exclamó Hugo:—sabeis lo mucho que había tenido que soportar! Las terribles querellas de mi padre con todos, acabaron por obligarla a llevar una vida de absoluta soledad. La cólera de mi padre contra la Santa Iglesia y su antipatía por sus sacerdotes, privaron a mi madre del consuelo de vuestras visitas. Su enemistad de toda la vida con el Conde Eustaquio de Norelle fué la causa de que nuestras familias, aunque vivían a corta distancia, que se podía salvar a caballo en tres horas, no se trataron poco ni mucho. Jamás había yo entrado en el castillo de Norelle hasta que llegó a él desde el Sur, portador de un mensaje del Rey para Mora. Y a partir de aquél día, Mora no ha estado en mi momento en el patio de mi castillo. Cuando nos prometimos, no me atreví a comunicarlo a mis padres, aunque ya habían muerto el Conde Eustaquio y su esposa, por miedo de que la cólera de mi padre pudiese alcanzar a Mora durante mi ausencia. Las nuevas de su muerte, recibidas cuando estaba en tierras lejanas, me trajeron otra vez a mi hogar, que, por fin, era un hogar verdadero, pues había en él paz y alegría, en vez de la violencia y de la turbulencia que antes reinaran. Os digo eso, padre, porque sé que mi cariñosa madre temía que no le hubieras comprendido y que creyeras que había cesado en sentir por vos el afecto que siempre os tuvo.

Simón de Worcester sonrió.

—Y lo había comprendido así, querido hijo.

—Y por qué—exclamó Hugo apasionadamente—por qué ha de verse destrozada así la vida entera de una mujer y otras vidas han de ser ensombrecidas y entristecidas por los gritos coléricos y soeces de un...

—Silencio, muchacho!—ordenó apresuradamente el Obispo.—Estás hablando de tu padre, y, además, de un difunto. Algo muere en los vivos cada vez que hablamos mal de los muertos. Conocí a tu padre, y, aunque él no me quería, debo decir, honradamente, que Sir Hugo era un buen hombre y un hombre leal, valeroso y honrado. Su escudo no se había empañado nunca y era temido por sus amigos y por sus enemigos. Era valiente y no conocía el miedo. Sólo de una cosa carecía y, a veces, por desgracia, quienes carecen de una cualidad carecen de todas las demás.

Tu padre, Hugo, ignoraba lo que era el amor al próximo. El ser hombre era atraerse su antipatía, y todas las cosas humanas merecían su desden. El contemplar el mismo paisaje, respirar el mismo aire y pisar la misma tierra que lo suscitaba, era interponerse en su camino y suscitar su ira. Sin embargo, en sus maneras rudas amaba a su mujer y a su hijo. Por otra parte, no era presumtuoso y en si mismo tenía a su peor enemigo. Y para no caer en este mismo vicio, lo mejor es que todos los días dirijamos esta súplica: «Oh, Vos que amasteis tanto a la humanidad, concededme que ame a mi prójimo, que me esfuerze en honrarlo hasta que se muestre indigno de ello; que confie en él, hasta que no lo merezca; y hasta que confie en su arrepentimiento y en su enmienda más de lo que confío en mí, pensando mejor de él que de mí mismo». Debemos marchar por el camino de la vida, hijo mío, buscando lo bueno de los demás, no lo malo, porque podemos dejar de advertir lo primero si no nos fijamos en ello; y en cuanto a lo malo, por desgracia, ello mismo irá a nuestro encuentro en seguida aunque no lo busquemos.

De pronto Hugo levantó la cabeza.

—Os acordáis del estornino padre? Aquel estornino que encontramos en el bosque con una ala rota y que llevasteis a casa; allí lo curastéis, lo amastearstéis y lo enseñasteis a decir: «Hugo». Cada vez que yo le daba comida, vos decíais: «¡Hugo! ¡Hugo!». Y muy pronto, cuando el estornino me veía llegar decía también, a su vez: «¡Hugo! ¡Hugo!». Os acordáis, días?

—Perfectamente—contestó el Obispo.—Me parece que te veo aora atravesando el patio y llevando pan y carne en la mano. Eras un muchachito e ibas con la cabeza descubierta a la luz del sol, muy satisfecho porque el estornino, yendo a tu encuentro, gritaba: «¡Hugo!».

Entonces oí, padre, ¡ah, cuántas veces había deseado decirlo esto! Poco después de vuestra marcha, el estornino me dió una cruel lección. Cuando recobró las fuerzas, un dia salió del patio, atravesó la mantequería y se aventuró por el jardín. Yo le seguí silbando y observándolo, y pude ver que el pajaro se hallaba muy contento al pisar

nuevamente la hierba. Acababa de llover y la huerta estaba húmeda. En aquel momento un gusano imprudente, deslizándose por su agujero, se aventuró al exterior. El estornino se dirigió al gusano, llamándolo: «Hugo! Hugo!» Y así exclamando, se acercó a él, lo asió con el pico y lo arrancó, mal de su grado, del agujero. Y mientras picoteaba, no cesaba de exclamar: «Hugo! Hugo! Hugo!». Luego, pronunciando entre vez mi nombre, se lo comió. Yo me quedé con el corazón apesadumbrado, porque hasta entonces había creído que el pájaro me quería de veras y por mí mismo, cuando acudía a mí encuentro pronunciando mi nombre. Pero comprendí que sólo daba mi nombre a la comida que yo le ofrecía, y que a quien quería era a ésta y no a mí. Contento, vi como se marchaba volando, pues me impresionó penosamente que a los gusanos, a las orugas, a los caracoles y a las babosas les diera mi nombre y a todos los llamara «Hugo».

El Obispo se sonrió y luego exhaló un suspiro.

—Pobre corazón inexperto! —exclamó—. Te viste precisado a aprender tan dura lección tú solo, sin que nadie te acompañase. Pero es una lección, muchacho, que más pronto o más tarde aprenden entre tristesas todos los corazones generosos... Y ahora, dejando al pasado con todas sus memorias, volvamos al presente y veámonos de atisbar el incierto futuro. También, mi querido caballero, debo rogarle que aunque estemos solos recuerdes que tu viejo amigo el padre Gervasio con su traje de color pardo, reposa en el fondo del océano; sin embargo, tu nuevo amigo, Simón de Worcester, a ti y a tus intereses os tiene muy cerca de su corazón. El Obispo extendió la mano y Hugo, tomándola, la besó, comprendiendo que aquél era su adios al padre Gervasio.

Luego se puso en pie. El Obispo no dijo nada, si bien se observó en su rostro un cambio indefinible. Otra vez extendió la mano y entonces el caballero se arrodilló y besó el anillo pastoral.

—Os doy las gracias, ilustrísima—dijo—, por vuestra gran confianza en mí y os aseguro que no seré indigno de ella. —Y dicho esto se fúe a sentarse de nuevo.

El Obispo, empuñando la horquilla de hierro, apiló cuidadosamente los troncos que ardían en el hogar.

—¿Qué estábamos diciendo, mi querido caballero, cuando nos desviámos en nuestra conversación? ¡Ah, ya recuerdo! Te daba cuenta de que fuí nombrado para ocupar la sede de Worcester, pero me atrevo a creer que la Priora no reconoció en mí al antiguo amigo a quien tratará antes, hace bastantes años.

El Obispo dejó a un lado la horquilla de hierro que tenía en la mano y apartó su mirada del fuego.

—Al verla me encontré con que había cumplido más que suficiente las espléndidas promesas de su radiante adolescencia. Estaba cambiada. Mostraba signos evidentes de que había pasado por el fuego purificador del dolor, mas el oro puro puede resistir perfectamente el horno. La misma firmeza en el propósito, la noble visión de la vida, la ternura graciosa para los demás habían madurado en ella, desarrollándose al mismo tiempo. Y ni siquiera las necesarias restricciones de la vida monástica podían modificar las líneas generales, tanto mentales, como físicas, en que la Naturaleza la había moldeado.

Me esforzé en no pensar acerca de ella más que en aquellas cosas que se pudieran imaginar siempre de una noble y santa dama que ha pronunciado votos de castidad. Sin embargo, al verla tan bien dispuesta para una vida dichosa en el hogar con su marido, ayudándolo, enalteciéndolo y haciéndole cada día mejor y más noble, y capaz de haber sido madre de una hermosa descendencia de hijos, lamenté extraordinariamente que se hubiese visto inclinada a dejar el mundo por una razón que no podía llamarse, en realidad, vocación y que a sí misma se hubiese privado del ejercicio de tales facultades y posibilidades.

Así pasaron los años, sirviendo apaciblemente a Dios y a la Iglesia. Sin embargo, siempre me pareció que sobrevenía una crisis y que cuando ésta llegara ella me necesitaría. El Obispo hizo una pausa y miró al caballero, cuyo rostro estaba en la sombra, pero mientras el prelado tenía la vista fija en él, los rubores de su pecho brillaban al resplandor del fuego, como si algún repentino pensamiento los hubiese puesto temblorosos.

Al observarlo, el Obispo pareció resolverse y con firmeza y rápidamente, como si no quisiera darse el tiempo de arrepentirse, hablo, diciendo:

Por consiguiente, mi querido Hugo, cuando viniste a referirme tu historia de maldad y de traición, de un modo inconsciente, con cada una de las palabras que pronunciabas acerca de tu prometida, la dábais a conocer al hombre que la había amado mientras tú eras todavía un muchacho y no habías ganado las espuelas y tenías ante ti la vida entera.

En tu llegada, y en la extraña historia que me referiste, vi una maravillosa oportunidad para que ella alcanzara el pleno desarrollo vital para el que estaba tan bien preparada. En verdad, parecía ironía del hado que, en tanto que yo hui y estuve desterrado para que mi presencia no pudiese apartarla del matrimonio, la traición de los demás la hubiera confinado también a la vida celibataria.

Por consiguiente, gracias a mi tácito consentimiento, empezas a trabajar por tí mismo y mientras tanto yo mandé mi mensajero a Roma con una relación completa de todo para el Santo Padre, pidiendo la dispensa de unos votos pro-

nunciados a causa de una decepción y de un desengaño, y rogando, también, el permiso para unir en el santo sacramento del matrimonio a los dos amantes que tanto habían padecido, comprometiéndome, en cambio, a que ningún escandalo se suscitara a causa de ello, ni en el convento ni en la ciudad de Worcester.

Como ya has visto, mi mensajero ha regresado esta noche, y ahora estamos armados con la completa sanción de Su Santidad siempre que la Priora, por su propia y libre voluntad, deseé renunciar a la alta situación que ha conquistado en su santo empeño y prefiera venir a ti.

—Su voz tranquila cesó de hablar; el caballero se levantó lentamente, y por unos momentos permaneció silencioso. Luego hablo con tranquila dignidad, que daba pruebas de la confianza del Obispo.

—En muy alta estima y honor os tengo, ilustrísimo—dijo—, y si nuestras edades y condiciones fuesen distintas de lo que son, de modo que pudieramos pelear por la mujer que amamos, me sentiría orgulloso de cruzar con vos la espada.

El Obispo estaba mirando al fuego y débil sonrisa se dibujó apenas en las comisuras de su boca de delicado dibujo. Las luchas que sostuvo consigo mismo por la mujer que amara habían sido mucho más graves de lo que pudiera serlo un desafío caballeresco.

Hugo d'Argent hablo de nuevo:

—Profundamente os agradezco, Reverendo Padre, todo lo que habeis hecho; y aún todavia más lo que no hicisteis. Seis años después de su primera estancia en la corte encontré a Mora, la amé y la conquisté, y sé muy bien que el dulce amor que me otorgó era un amor cuya flor ni siquiera habrá aspirado hombre alguno.

Hugo hizo una pausa, en tanto que los vivos y amables ojos del Obispo estaban aun fijos en el fuego. Acaso el Prelado se arrepentía de que el secreto de su vida hubiera pasado, por su propia voluntad, al conocimiento de otro.

Hugo dio un paso hacia adelante.

—Y profundamente os amo, Reverendo Padre, por vuestra maravillosa bondad para con ella y, como es natural para comigo. Y ruego al cielo—añadió Hugo d'Argent— que si ella viene a mí, nunca sepa que conquistó una vez el amor de un hombre mucho mejor que el que logró ser correspondido por ella.

Dicho lo cual, el caballero hincó una rodilla y con gran humildad besó el borde del hábito del Obispo. Simón de Worcester estaba muy conmovido.

—Hijo mío—dijo—, tú y yo no somos más que uno en desear su felicidad y su mayor bien. En cuanto a lo demás, Dios y el purísimo corazón de ella deben guiar sus pasos por la senda de la paz.

El Obispo se levantó y se acercó a la ventana.

—Ya apunta la aurora por oriente y el alba se acerca. Ven conmigo, Hugo, a la capilla. Rezaremos por Su Santidad, expresando nuestro reconocimiento por su bondadosa carta y por su orden; también daremos gracias por el regreso de mi mensajero y ofreceremos nuestras devotas oraciones a fin de que la Priora pueda discernir con claro juicio sobre los dos caminos que se le ofrecen y para que nuestra empresa lleve a feliz conclusión.

Así, pues, el caballero se arrodilló solo en la débilmente alumbrada capilla, y mientras tanto, en el alto altar, absorto en el acto supremo de su oficio sacerdotal, estaba el Obispo celebrando la misa.

Y ascendía al cielo una sola súplica de los corazones de ambos.

A la pálida luz de aquel nuevo dia la mujer por quien robaban el caballero y el Obispo, se hallaba también despierta en su celda ante el altar de la Virgen.

—Bendita Virgen—decía—, tú que amaste a San José y fuiste su prometida, pero que, sin embargo, te guardaste como sagrado santuario consagrado al Señor y a Su necesidad de ti: concédeme, te lo ruego, la fuerza de alejar de mí este tormento constante, pensando en los sufrimientos de quien recibió una vez mi promesa, y vuelva a consagrarme totalmente al servicio de mi Señor.

Así, aquellos tres personajes estaban arrodillados mientras apuntaba el nuevo dia.

El caballero suplicaba:

—Dámela, Señor!

El Obispo, por su parte, rogaba:

—¡Guíad sus pies por la senda de la paz!

Y la Priora, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos elevados, decía:

—Permitidme discernir la senda po rta que debo avanzar;

para esto, Señor, elevo hacia Ti mi alma.

Las pálidos rayos de la aurora se tñeron de dorado color como heraldos del sol naciente.

Entonces, en el jardín del convento, se oyeron suavemente las primeras notas, intensas pero dulcísimas, del canto del petirrojo.

CAPITULO XXV

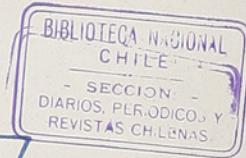
MARIA ANTONIA RECIBE AL OBISPO

A la mañana siguiente del regreso de Roma del mensajero del Obispo, la vieja hermana lega María Antonia cruzaba por casualidad por el patio del convento cuando resonó fuerte llamada en la puerta exterior.

(CONTINUARA).



La gente chic fuma
PICCARDO



CINZANO

VERMOUTH
M.R.

